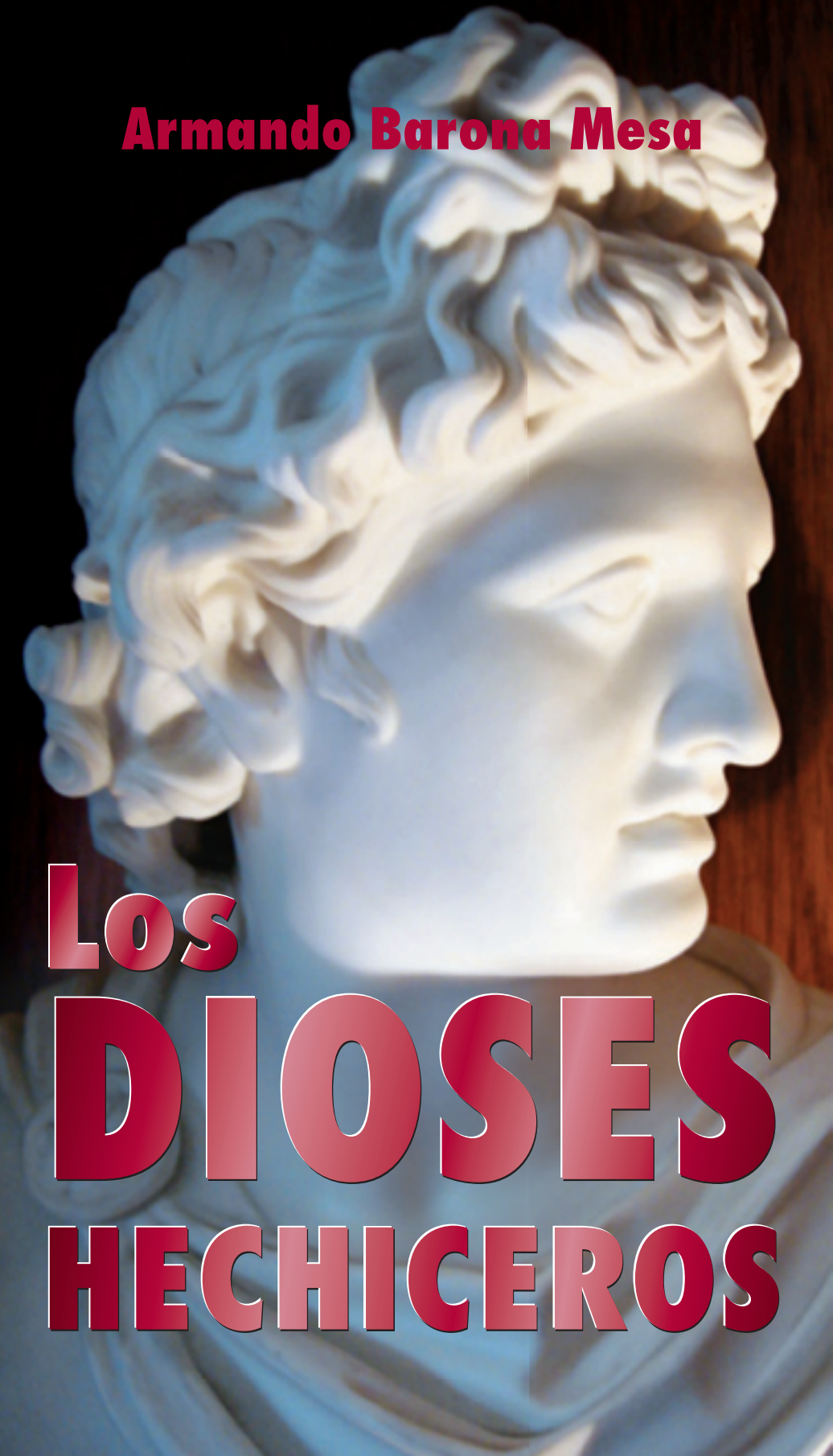


Armando Barona Mesa

Los DIOSES HECHICEROS

El autor de esta obra, Armando Barona Mesa, es un abogado colombiano nacido en el Valle del Cauca, con un dilatado ejercicio profesional, especialmente en el campo del derecho penal. Hombre de estudio, también ha transitado por el terreno de la política, habiendo desempeñado todos los cargos que otorga la democracia en las corporaciones públicas. De paso ha ejercido la diplomacia como embajador de su país en varias oportunidades.

Consagrado a la historia como una pasión, es autor de

Continúa en la segunda solapa

LOS DIOSES HECHICEROS

Armando Barona Mesa

Los DIOSES HECHICEROS

Cali, Colombia, 2008

Barona Mesa, Armando
Los dioses hechiceros / Armando Barona Mesa. -- Cali:
Editora Feriva, 2008.
324 p.: il.; 24 cm.
Incluye bibliografía.
ISBN 978-958-98247-6-4
1. Mitología griega. 2. Mitología clásica. 3. Dioses griegos. 4. Dioses griegos – Historia. I. Tít.
292 cd 21 ed.
A1183388

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

© Armando Barona Mesa
2006

ISBN 978-958-98247-6-4

Derechos reservados

Diseño Carátula: Marcela Barona Montúa

Diagramación:
Departamento de Arte de Feriva S.A.

Impreso en los talleres gráficos
de Impresora Feriva S.A.
Calle 18 No. 3-33
PBX: 524 9009
www.feriva.com
Cali - Colombia

INDICE

I Los dioses existieron 11

II El origen del cosmos y de los dioses 21
Océano y Tetis, Gea y Urano 22
La lucha por el poder 26
La Titanomaquia 27
Atlante y el Jardín de las Hespérides 30
El rey de los dioses 31
La Gigantomaquia 31

III El origen del hombre 37
Epimeteo y Prometeo 39
Pandora y su cofre de infortunios 41

IV Los dioses mayores y los dioses menores 45

V Zeus 57
Tántalo 58
Pélope y el auriga Enómaos 58
Tiestes y los atridas Agamenón y Menelao 60
Zeus bienhechor 61
Los hijos de Zeus 62
El nacimiento de Atenea y Atena 63
Las Horas 63
Las Moiras 64
Las Musas 64
Perséfone 64
Apolo y Ártemis o Artemisa 65

Las Cárites 65
Los reyes vienen de Dios 65
Los amores de Zeus....66

VI Hera 73
Los hijos de Hera....75
La ninfa Io 75
Tifon 77
Los hijos de Hera con Zeus....78
Otros hijos putativos....79

VII Hestia....85

VIII Hefeistos....91
Los Cabiros y los Telquines 94

IX Apolo....99
El oráculo de Delfos....101
Helios o Helio....102
Eos, la Aurora....104
Apolo y el carro del sol....105
Apolo en el país de los Hiperbóreos 105
Asclepio....107
Admeto y Alcestis....109
Dafne o la virtud 111
Hiacinto o Jacinto....112

X Ártemis o Artemisa....117
La muerte de Acteón. Los Centauros 118
Orión el cazador....122
Aconcio y Hermocares....123

XI Deméter 129
Déspoina o Déspine y Arión....130
Perséfone 130
Pluto o Ploutus....131
Los misterios de Eleusis y el rapto de la doncella....131
Erisictón, el hombre que se devoró a sí mismo 134

XII Hades 139
Sísifo y la roca 142
Las Danaides y el barril sin fondo 145
Orfeo y Eurídice 149

XIII Atena o Atenea 159
Aracne 163
Tiresias 164
Perseo y Medusa 164

XVI Ares 175
Los cuernos de Hefeistos 177
Eros 179
Eros y Psique 180
Harmonía, Deimo (el terror) y Fobo (el temor) 184
El Aerópago 184

XV Afrodita 189
Pigmalión 191
Adonis 192

XVI Dionisos 199
Matrimonio con Ariadna 203
Enopión y Orión 204
Estafilo 206
Dionisos y los piratas 207

XVII Hermes 211
Los amores y los hijos de Hermes 215
Hermafrodito 216
Pan 217
El duelo musical con Apolo. Midas 218
La Ninfa Eco 220
Narciso y Eco 220

XVIIIPoseidón 227

XIX Teseo 235

El minotauro....243
Dédalo e Ícaro....245
La muerte del minotauro....246
Teseo en el infierno....254

XX Heracles y sus doce trabajos....265
Tespio y los heraclidas....271
El tributo a los minios....272
El matrimonio con Megara....273
La locura y el parricidio....273
El camino de la expiación y las doce tareas....274
Los doce trabajos....275
La muerte del león de Nemea....276
La muerte de la Hidra de Lerna....278
El jabalí de Erimanto....281
La cierva Cirinia o Cerynites....284
Los pájaros de la laguna Estínfalia....287
La limpieza de los establos de Augias....289
La captura del toro de Creta....293
Los caballos de Diomedes....295
El cinturón de Hipólita y Admite....296
La captura de los bueyes de Gerión....298
Las manzanas de oro de las Hespérides....301
El perro Cerbero....303
Muerte de Ifito y nueva penitencia....306
La sumisión a la reina Ónfale....306
La liberación de Hesíone en Troya....307
Otras aventuras....309
Deyanira, el centauro Neso y otra vez Yole....310
Muerte de Eurito, Yole y muerte de Heracles....312

Epílogo....317

Bibliografía....323

Zeus, Júpiter de los romanos

I

Los dioses existieron

Un día escuchaba la conferencia de un filósofo que se remontaba con singular emoción a la conocida sentencia del templo de Delfos, consagrado a Apolo: "Conócete a ti mismo". Destacaba él toda la filosofía que detrás de tan simples palabras se esconde, para elevar la más cálida apología –palabra que viene de Apolo– a aquel dios de la virtud, las artes, la música, la luz en medio de la oscuridad. Al terminar su disertación se abrió un foro. Yo le dije lo primero que se me vino a la mente: Comencemos por anotar que Apolo, como todos los dioses, ha sido una creación de los hombres. Detrás del templo de Apolo, y detrás del culto al dios, siempre hubo un hombre –o varios– pensante, que le dio forma, que inventó sus hazañas, que recorrió en su nombre el mundo conocido entonces e imprimió amor en los seres humanos.

De igual modo hizo –o hicieron– sentir el terror de las saetas, "que hieren desde lejos" según Homero, y que sembraban la peste o muerte lenta con dolor o fulminaban con la muerte súbita sin dolor, porque no obstante que Apolo amaba y era amado, lo que le hacía prevalecer como divinidad no era esencialmente el amor, sino el temor que podía inspirar.

Las flechas de Apolo, como los rayos de su padre Zeus –Júpiter para los romanos–, eran temibles, certeras, sin ninguna posibilidad de error. Hacia donde se dirigían, allá iba un castigo implacable, que era precisamente el que, ante la pequeñez del hombre, daba razón de ser a la existencia del dios todopoderoso. Por supuesto, el castigo mayor fue el Infierno. O el Hades, que no tenía llamas sino que era silencioso y macilento.

El filósofo me miró cuando ya iba a terminar el acto y me dijo: "Piense que Apolo sí existió. La próxima vez que nos veamos continuamos esta conversación". Y yo me fui sumido en la reflexión que aún me asalta. Si Apolo es una creación inmaterial del hombre, como una idea, es porque Apolo sí existió, como que las ideas toman forma y vida y son sujetos de recuerdos. Igual que existió don Alonso Quijano o Quijada. Y que existieron Hamlet y Adán, aunque nunca en verdad hayan existido. Basta con que estén en la mente, con que ocupen una idea dentro del imaginario de una siquis cualquiera, para que sean, es decir, para que existan.

Así pues, cuando volví a encontrarme con mi filósofo amigo, le dije que después de pensarlo compartía su idea sobre Apolo.

Y, por supuesto, pensé en los demás dioses: los de la vida y los de la muerte, los del Olimpo y los del Infierno. La variada cosmogonía de aquel pueblo helénico de tanto pensamiento y heroísmo, supersticioso como lo fueron los latinos, lo que indica el alto grado de espiritualidad y religiosidad que los animaba.

En el fondo de todo esto lo que hay que destacar es la presencia de la eterna dualidad de los contrarios. El bien y el mal, que también son creaciones del hombre y por supuesto existen; el dolor y la alegría, el alfa y el omega, que es como decir el ser y el no ser de Hamlet. Hay dioses buenos y dioses malos, porque así lo reclama la dualidad del hombre. Su trajinar entre el bien y el mal, protegido para lo uno por los dioses buenos, y justificado para lo otro por los dioses malos.

La religión griega, tan heterogénea y rica, era fruto del trasplante de religiones autóctonas practicadas por otros pueblos pero acogidas por la confluencia étnica de los aqueos, y a su vez adoptada por los latinos con nombres

cambiados, pero conservando los mismos mitos y creencias. Porque en esencia las religiones, por complejas que sean, siempre apuntan a lo mismo. Y los dioses serán más o menos perfectos según el grado de civilización que haya alcanzado una sociedad.

Tales reflexiones conducen a resaltar, como altamente llamativo, que alrededor de aquellas deidades y creencias primitivas de los griegos hubieran florecido las dos más grandes civilizaciones del mundo antiguo, a su vez origen de la nuestra, muy a pesar del oscuro piélago de ignorancia que caracterizó, por motivos de fanatismo religioso en una creencia que debía ser mejor –el cristianismo–, la Edad Media.

Me surgió entonces una meditación complementaria: ¿los griegos florecieron por sus dioses, o fueron sus dioses los que florecieron y reinaron poderosos por el pensamiento de los griegos? Me atrevería a pensar que sin la presencia de Palas Atenea –Minerva para los latinos– seguramente el pensamiento de los filósofos atenienses no habría alcanzado tanto desarrollo, ni las artes habrían tenido tan perfecto desenvolvimiento. Es difícil de aceptar que sin el apoyo de Artemisa –Diana para los latinos– y de Deméter –Ceres de los romanos– hubiese podido florecer la agricultura, o que se hubiere podido desarrollar la industria enológica sin que los que la hicieron posible con su trabajo hubiesen tenido como guía la idea y el pensamiento de Dionisos –Baco para los romanos.

Y así podemos ir haciendo igual reflexión comparativa sobre lo que fue la vida de aquellas regiones. Por ejemplo, ¿cuánto crimen se pudo evitar por la sola creencia de la existencia de las Erinias que después se transformaron en las Euménides –Furias para los romanos–, inicialmente vengadoras implacables y terribles del crimen que alguno cometiera en un consanguíneo? Esos seres femeninos a los que llama Esquilo "*vírgenes malditas, condenadas a eterna doncellez, pues que nadie, ni hombre ni dios, ni bestia quiere compartir su lecho*".

Y ¿cuánto heroísmo se dio porque entendieron los ejércitos que Atenea los acompañaba?

No corresponde a la verdad, como lo sostienen muchos, que fue el pensamiento de Homero o el de Hesíodo el que

creó la intrincada cosmogonía de los griegos. Los poetas lo que hicieron fue cantar con bellos versos lo que ya estaba consagrado, y relevar con otras razones creativas la epopéyica derivación del mito que dio lugar al rapto de Helena, originado todo esto, como después veremos, en los enredos de los dioses del Olimpo, cuando el episodio de la manzana de Eris o la Discordia.

De ahí que he podido llegar a varias conclusiones: los dioses hicieron posible lo que fueron los pueblos, porque los pueblos fueron lo que ellos mismos vieron en sus dioses.

Esto, de cierta manera, demuestra que aquellos dioses, como todos los que en la historia han sido, realmente existieron por creación de los pueblos que en ellos creyeron. Y como complemento de este pensamiento, aparentemente simple, cabe la afirmación de que el estudio de las civilizaciones antiguas debe ser resultado del estudio y conocimiento de la mitología. Mejor dicho, una civilización no se puede entender, desde el punto de vista histórico, antropológico o sociológico, sin comprender primero lo que fue su religión, sus mitos y sus dioses.

El gran historiador Heródoto afirma que Homero y Hesíodo dieron hasta el nombre a los dioses y que los filósofos les atribuyeron carnadura y presencia humana, las mismas pasiones de los hombres y hasta sus debilidades. Puede ser cierto en parte. Es tanto como creer en los predicadores que hablan con Dios y a él le atribuyen lo que su intelecto piensa. Pero ha sido una acumulación del imaginario popular la que fue dando forma a los dioses. Por supuesto, dentro de ese imaginario también se encuentran esos que desde siempre se dedicaron a su culto, esto es, a vivir de él y a atribuirle a las deidades aquellos atributos sin los cuales el dios no sería temible y por lo tanto dejaría de ser dios.

La absoluta debilidad del hombre ante el rayo y la centella hizo que creara a un ser excepcional que manejaba ese poderosísimo elemento de electricidad estática a voluntad. Y así surgieron Thor, Zeus, Júpiter, Marduk.

Y para comprender mejor a esa poderosa deidad, el artista lo proveyó de un rostro adusto pero hermoso al mismo tiempo, en tanto que el poeta lo rodeó de virtudes y defectos. Estos últimos se iniciaban con su iracundia, que constituía al mismo tiempo para los humanos su mayor virtud, como

que era precisamente la que les hacía ser temibles. La ira santa, o ira de Dios. Ante ella se prosternaban y humillaban, utilizando en su oración las palabras más zalameras y aduladoras, en orden a ensalzar al dios para aplacar su capacidad furiosa.

O sea que en materia de dioses hay defectos que se tornan en virtudes y virtudes que se cambian en defectos. Dioses volcánicos, impiadosos, que mataban pueblos. Y como la muerte de un pueblo no era comprensible que ocurriera simplemente como resultado de la furia desmesurada y sin motivo de un elemento natural –una tormenta, el terremoto, la peste–, era preciso atribuir el suceso a la culpa general del pueblo, para que así pudiese hablarse de un castigo divino.

Había otro fenómeno de carácter sicológico en la explicación de la existencia de los dioses, que es la necesidad del hombre de sentirse asistido por una fuerza superior, suprema, sobrenatural, divina en otras palabras, que estimulara su psiquismo para, acorde con ese estímulo, potencializar y acrisolar sus personales fuerzas en la dura batalla contra la enfermedad, en la guerra, y aun en los empeños de la cultura. Dicen que nunca es más grande un hombre que cuando está de rodillas alabando la grandeza de Dios.

Igual ocurría con la caza y la agricultura, elementos vitales para la subsistencia del débil sujeto humano, dotado entonces de muy pobres herramientas. ¿Cuánto significaba llegar al bosque y afrontar al tigre de colmillos de sable, o al jabalí de fuerza descomunal y colmillos retorcidos –que dio muerte al perfecto Adonis–, armado solo con un palo al que se ataba una piedra medio pulida en la punta, o aun de bronce o hierro, como ocurriría después? Se necesitaba de un gran coraje para enfrentar a estas fieras y esos peligros.

Es entonces cuando, para acompañarse en su debilidad e indefensión, el hombre crea a Artemisa, con cuyo simple nombre eleva su psiquismo y puede vencer, como de hecho venció durante todos esos milenios pasados, a las poderosas fieras de fuerzas muy superiores a las suyas, que tanto daño le hicieron. Se diría que el convencimiento o la fe ciega de que un dios lo amparaba, le daba fortaleza para obrar el eterno milagro del vencimiento de las adversidades naturales. Pero para ello era necesario que la deidad estuviera dotada

de la capacidad de vencer las leyes naturales con prodigiosos actos que superan las débiles posibilidades de los humanos. Y es así como, de inmediato, le da al dios invisible que solo existía en su mente, esos poderes que se tornan en magia. O mejor aun, en hechicería. De ahí que eran, ciertamente, dioses hechiceros.

O sea que cuando el desamparo de los humanos los lleva a crear a Artemisa y a Apolo, por ejemplo, es porque los necesita. Y ellos, con la capacidad de ser todopoderosos que les era característica, también sabían volverse tiernos, amorosos y benefactores. Entonces venían en su auxilio. Los prodigios de la fe son creadores de hechos asombrosos, que no son más que el resultado de las poderosas fuerzas inconscientes del cerebro humano.

Aquellos dioses, según Homero, participaban en las reyertas y conflictos del hombre y tomaban partido aun en sus trivialidades. Esa costumbre, por cierto, persevera hoy en sucesos banales de la vida social. Porque siempre existe la esperanza de que la fuerza superior divina llegue en auxilio y favorezca. Son tantos los partidarios de cada equipo de fútbol que en un partido invocan, cada uno por su lado, al dios de sus preferencias –que seguramente es el mismo–, para que éste se ponga del lado de su equipo. Y si por ventura éste gana, es porque Dios le ayudó. ¿Y el otro?

O sea que los dioses sirven a las necesidades de los hombres, sus creadores, porque estos son sus criaturas. Desde ese ángulo válido de observación es preciso decir que los dioses sí existen y el hombre no puede vivir sin ellos, como que aquéllos acuden a su llamado para salvarlo de los grandes y pequeños males que asedian la vida. Y porque, además, son mágicos. Hechiceros, para ser más exactos.

Vale la pena, finalmente, decir que de lo único que con su psiquismo superior realmente no ha podido librarse el ser humano, ni con la ayuda de los dioses, ha sido de la propia amenaza del hombre contra sí mismo.

Entremos, pues, en el estudio de la mitología y las leyendas griegas para entender de qué modo pudo existir Aquiles con su talón de debilidad, mito que es el mismo del Sigfrido de los germanos, o Heracles –Hércules para los romanos–, vencido en la distancia y en el tiempo por la propia muerte del centauro Creso a quien el héroe mató, a través de la ino-

cente túnica empapada en su sangre –la del Centauro– que le envió Deyanira, su esposa. U Orfeo yendo hasta los infiernos detrás del amor, mas vencido por la incertidumbre del amor. Todo este panorama mítico les dio un gran marco espiritual y cultural a seres reales como Sócrates, creyente en la atracción de los opuestos, o Platón discurriendo por las profundidades mayores del pensamiento humano.

Por supuesto, la pretensión de esta obra no alcanza a cubrir todo el mito ni toda la teogonía de los griegos, ni siquiera a acercarse a la totalidad de esas hazañas. Esa es una labor titánica que no está al alcance del autor, pobre mortal. Empero, la red imaginativa popular que ha sido la creadora de estos relatos, a manera de los mejores cuentos literarios que pueden encontrarse, y que se sustraen al campo lúdico, dejará al lector la enseñanza profunda de la vida y de las circunstancias y obstáculos que dificultan el camino. Y encontrará allí las soluciones con las delicias de la hechicería.

Es la virtud de Dafne y el valor convencional del laurel, la astucia de Sísifo quien pudo encerrar cautiva a la Muerte creándose con ello un problema en el mundo, porque nadie moría. La astuta inteligencia de Hefeistos para chantajear a los dioses después de la trampa que le tendió a su propia madre con el trono de oro, y, siendo el más feo, lograr el lecho de Afrodita; pero al mismo tiempo los cuernos, previsibles por cierto, que debió soportar después, y luego su venganza imaginativa, que lo reivindica en un picante cuento de alcoba.

Todo eso es lo que persigue esta obra, a más de que, en fin, comprenderemos cómo sí existió Apolo y su sentencia elemental y profunda, de corte socrático: "Conócete a ti mismo".

Hera, Juno de los romanos

II
El origen del cosmos y de los dioses

"Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era soledad y caos y las tinieblas cubrían el abismo". Así comienza la Biblia el relato elemental y simple de la creación del Universo. Para los griegos todo se inició con la palabra Khaos, que significa abismo. O sea que para unos y otros todo provenía del Caos, concepto que tal vez puede tener el alcance de inexistencia o nada. Hoy, para los que científicamente creen en el *Big Bang*, la cosa se originó cuando el todo universal llegó a un punto sobrecargado de masa, como pasada por un gran agujero negro, hasta que la negación no resistió más y estalló generando una formidable dispersión o expansión, que todavía subsiste. El universo desbocado, de que habla Azimov.

Y es posible que el fenómeno se hubiese repetido en el indescriptible concepto que reemplaza la noción del tiempo y el espacio a la que nosotros circunscribimos nuestras existencias y pensamientos. Pero eso es demasiado profundo y se diría que aún no está resuelto.

Los griegos, como casi todos los pueblos, llegaron al convencimiento de la existencia de un Caos como punto de partida. Y con ello iniciaron lo que parecía lógico, por supuesto, dando por descontado que todo tenía por principio la voluntad de

un ser de inconmensurable poder, al que le fueron poniendo distintos nombres, casi todos coincidentes con la palabra dios. Era, por supuesto, imposible que se pensara que la titilación infinita de pequeñas luces que empedraban la bóveda celeste en la oscuridad profunda de la noche constituyera otros mundos y soles. Ninguna mente de aquellas lejanías podía intuir eso entonces. No obstante los griegos irían descubriendo, a base de talento y observación natural, la redondez de la Tierra y la proyección del universo a distancias siderales. Cosas que hoy son obvias, resultado de equipos de alta tecnología y de grandes ecuaciones matemáticas, pero que permanecen al mismo tiempo tan distantes todavía de la verdad total.

En circunstancias tales, o sea cuando el hombre no las entiende a plenitud, idea frases como "la naturaleza le tiene miedo al vacío", para referirse al por qué el vacío succiona los líquidos; o "el agua tiene memoria de la altura", para referirse a la ley de los vasos comunicantes, que resultan exactas. Y del mismo modo, en materia tan grave y profunda como la creación del hombre y el universo, forja el mito que se nutre de observaciones elementales.

Océano y Tetís, Gea y Urano

Los griegos no escribieron un libro sagrado como el de Moisés. Solo existen leyendas sueltas, y un libro muy posterior que fue la *Teogonía* del gran poeta Hesíodo, quien presenta el génesis:

"*En el principio nació el Caos, luego la Tierra –Gaia o Gea–,*[1] *con su amplio abrazo, eterno e inamovible pedestal de los inmortales que habitan el Olimpo, y Eros, el más bello de los inmortales, que destila su dulce deseo sobre los dioses y los hombres, que doma los corazones y derrota todo consejo razonable".*

Es ciertamente hermoso el mito que después de la aparición de la Tierra hace surgir a Eros, el mancebo de dulces y delicadas facciones y formas, provisto de un carcaj con dos clases de flechas para llamar al amor o al odio, o ese pequeño dios ciego en que se transformó en la mente de los romanos,

1 Tellus de los romanos.

llamado Cupido, que infunde el amor con sus dulces flechas, y que, a base de repartirlo, hizo poblar la Tierra.

Pero tras esa explicación poética viene otra más racional: del Caos sobrevinieron Érebo, que eran las Tinieblas, y Nix, la Noche, los cuales habrían de copular para a su vez dar nacimiento a Éter, que es el firmamento, y a Émera, que es la luz del día.

O sea que, según Hesíodo, primero fue la noche y luego el día, en lo que coincide con el Génesis judaico. Posteriormente, de la misma unión vendría Gaia o Gea, la Tierra, madre amplia y generosa que crearía a Urano "sin la dulce unión de amor", conforme lo dice bellamente el poeta, que era el firmamento estrellado, con el que habría de casarse para engendrar a los titanes Océano, Ceo, Crío, Hiparión y Jápeto y a las titánides Tea, Rea, Temis, Mnemósine, Febe y Tetis, que eran gigantes muy bien proporcionados de cuerpo.

Y seguiría la prole con los cíclopes, igualmente gigantes, de un solo ojo, grandes constructores y muy poderosos. Eran Brontes, que quiere decir el que Truena; Estéropes, el que da el Rayo y Arges, el que Brilla. Estos elementos propios, como se verá, le serían donados por ellos a Zeus para que pudiera gobernar la Tierra. Y vendrían después los Hecatónquiros, seres gigantescos con cien brazos y cincuenta cabezas, los que también eran tres: Coto, Briareo y Giges.

Océano se unió a su hermana Tetis, unión de la que surgirían las tres mil oceánides, que eran ninfas del mar, siendo muy conocidas Calipso, isla donde se refugió Ulises; Europa, a la que seduciría Zeus, y según algunos Tique, la diosa Fortuna de los romanos.

Así pues, los griegos entendieron que una vez creada la Tierra y el Universo estrellado, lo primero que existió fue el Océano, padre dios nacido de Gea. Era éste un gigantesco río que circundaba la Tierra, saliendo de sus profundidades la vida que se transmitía al mar y a los ríos y arroyos. Más o menos cierto en cuanto a que todo principio vital salió del agua lustral de los océanos. El agua es la vida.

Todos estos seres diferentes, o dimorfos, eran dioses porque eran inmortales. Pero más representaban una idea que movía simplemente a un culto. Los dioses posteriormente irían tomando forma dentro de una religión con estructuración, culto y fe, como deben ser todas las religiones.

La creación de Urano es equivalente al primer día de la creación de la Biblia, o sea que Dios creó el cielo y las estrellas. Es decir, lo primero creado y de una vez por todas fue el universo infinito. Urano, pues, es el universo. Después vendrían la Tierra y el hombre. Y los dioses. No se distinguía, ni siquiera se pensó, que el término Dios no admite la posibilidad de un comienzo, puesto que el concepto de perfección suprema supone la existencia infinita, es decir, sin principio ni fin. Lo que significa que eran dioses que nacían, aunque no morían sino en circunstancias muy especiales.

Urano procreó a los titanes, seres inmensos a los que odiaba porque los consideraba intrusos y seguramente dispuestos a disputar su poder supremo. Entonces los hacía sepultar, en la medida en que iban naciendo, en el Tártaro que eran las profundas y negras entrañas de su madre Gaia o Gea, la Tierra.[2]

Ésta, conmovida por la suerte de sus hijos, al nacer el último decidió salvarlo a él y a los otros. Se llamaba Cronos,[3] que es el Tiempo que todo lo abarca. Éste mostró desde su nacimiento ser el más decidido y valiente, motivo de esperanza para Gea, que vio en él a un libertador en potencia. Entonces lo salvó del Tártaro, luego lo liberó y escondió en una cueva. Posteriormente le entregaría un arma muy apropiada: una hoz de pedernal, que tanta simbología tiene. Era la forma suprema para que ella misma y sus hijos pudieran sacudirse del yugo impuesto por el padre universal.

Hábilmente le dio las instrucciones, que el infante escuchó con suma atención. Se escondería sigilosamente debajo del lecho donde iba el padre a copular con Nix, la Noche, con la que había engendrado ya a Tánatos –la Muerte– y a Hipnos –el Sueño.

Estos dioses, como se ve, eran dioses humanos; y como los hombres, copulaban guiados por un instinto de procreación, pero sobre todo por lascivia o concupiscencia, que a ellos acuciaba tanto como a los humanos.

Por supuesto que ese dios supremo también estaba dotado para esos menesteres de genitales, igual que los hombres.

---

2 Tellus de los latinos, de donde viene la palabra telúrico, relativo a la Tierra.

3 Saturno para los latinos.

Entonces, cuando Urano llegó con presteza y erección a poseer a Nix, su hijo Cronos salió de su escondite, le tomó con sus manos titánicas los testículos con la rapidez del que domina el tiempo, y con la hoz, en la fulguración de un instante, lo castró. No hubo apelación ni tiempo para echar atrás lo sucedido. Y con los nobles elementos en la mano parricida, de inmediato, desde la altura sideral, los arrojó al mar.

Nix, la Noche, fue además madre de Némesis, que no era una diosa sino una idea o símbolo de la venganza de los dioses, y de la Memoria. También lo fue de Eris o Ende, cuyo nombre latino fue Discordia, y de las Moiras, o el Destino de los romanos.

No era cualquier cosa que esos testículos sagrados, pertenecientes al más inmortal de los dioses, fueran a dar a las aguas marinas. Se formó entonces una enorme espuma, y de la espuma nació la concha de una ostra de superior belleza y dimensiones, que en vez de ostra, en su interior nacarado, dio origen al ser de la más perfecta belleza que la mente humana hubiere podido concebir: Afrodita,[4] la que salió triunfante y airosa de las aguas, tal como se ve en la hermosísima pintura de Sandro Botticelli.

De las gotas de sangre divina y de semen que cayeron a la Tierra nacieron las Erinias, después convertidas en Euménides,[5] que eran tres ancianas horribles, vengadoras y justicieras, que se encargaban de descargar su golpe terrible contra los parricidas, o sea el que diera muerte a sus ascendientes o descendientes o cónyuge, a los que conducían después al reino de las sombras "donde nunca existió la alegría", según frase de Esquilo.

Estos seres vengativos iban a la casa del parricida y se sentaban en el umbral con un hachón ardiendo y unos látigos, a proferir imprecaciones llameantes. Y no se retiraban sino con el alma de su perseguido que conducían al Tártaro.

Habían sido, como se vio, fruto de un coito que no logró perfeccionarse con Nix, la Noche, de todas maneras considerada su madre.

---

4 Venus de los latinos.
5 Furias de los latinos.

Cronos no se conformó con haber vencido a su padre Urano, sino que, como éste, o lo que quedaba de él, era inmortal y aún representaba un peligro para su nuevo reinado, al igual que a los Cíclopes y a los Hecatónquiros, lo condenó a recluirse perpetuamente en el Tártaro, que era el círculo más profundo y oscuro del infierno.

La lucha por el poder

Vencido Urano, el hijo Cronos, es decir el Tiempo, reinó sobre toda la creación. Mas como es natural que los seres humanos estamos ineludiblemente sometidos al rigor del espacio y del tiempo, quiere ello decir que somos temporales y espaciales; por lo mismo, mortales. Se torna entonces inexorable que el Tiempo todo lo devore, porque todo es temporal y sucumbe o muere a su paso. Y así, pues, el mito establecía que el Tiempo devoraba al nacer a sus propios hijos.

Cronos,[6] triunfador sobre Urano, se casó con otra de las titánides, Rea.[7] Y de la unión nacieron Deméter,[8] Hera,[9] Hestia,[10] Poseidón o Posidón[11] y Hades.[12] También Zeus,[13] que fue el último.

Pero en la medida en que nacían, Cronos, temeroso de que el hijo atentara contra su poder, según una profecía que había hecho su madre Gaia, los iba engullendo. Empero, como eran inmortales, no morían ni se digerían en el estómago del Tiempo. Allí permanecían. Cuando nació el último, es decir Zeus, Rea, angustiada por la suerte que habían corrido los anteriores, imploró la ayuda del castrado Urano y de su madre Gea para salvar a su último hijo y así, el uno por venganza, la otra por compasión, la ayudaron de inmediato. Fue de esta suerte como escondieron al neonato en las profundidades de una caverna en Creta, donde

6 Saturno de los romanos.
7 Cibeles de los romanos.
8 Ceres de los latinos.
9 Juno de los latinos.
10 Vesta de los latinos.
11 Neptuno de los latinos.
12 Plutón de los latinos.
13 Júpiter de los latinos.

lo asistieron con mucho entusiasmo los Curetes, que eran asimismo hijos de Gea, danzando y celebrando la llegada del pequeño.

Por su parte, Rea logró engañar la ceguedad del Tiempo; y en vez del hijo pasó al padre, envuelta en pañales, una gigantesca roca que Cronos ingenuamente devoró sin masticación –labor imposible con un dios–, ni digestión alguna. Pero quedó satisfecho durmiendo la siesta de todos los tiempos, mientras su hijo menor, llevado por su madre Rea, se refugiaba, como se dijo, en la isla de Creta y se alimentaba de la leche de la horrenda cabra Amaltea, al cuidado de los también gigantes Curetes y de las Ninfas, quienes lo escondieron en los árboles.

Cuando Cronos se dio cuenta del engaño, emprendió la más implacable persecución del infante.

Amaltea era una cabra monstruosa que le profesó gran amor al pequeño Zeus, quien jugaba con ella. Un día, en un juego de esos, al asirla de uno de los cuernos, accidentalmente se lo arrancó –cómo sería la fuerza–; entonces el dios, agradecido por los delicados cuidados recibidos, se lo obsequió a las Ninfas con el hechizo de que de él salieran en abundancia todos los frutos de la Tierra. Se lo llamó entonces la Cornucopia o Cuerno de la Abundancia.

Muerta la cabra Amaltea, con su piel hizo Zeus una vestimenta que le daba absoluta invulnerabilidad. Se la llamó la égida. Y a la cabra la elevó a las estrellas con el nombre de Capricornio. Hace parte del Zodíaco.

La Títanomaquía

Vendría después lo que podría llamarse la revolución universal contra el Tiempo, y el establecimiento del nuevo orden que imprimieron los griegos a su civilización. Ese episodio se llamó la Titanomaquia, símbolo de la lucha perenne entre el bien y el mal de casi todas las religiones. Más o menos la revolución fallida de Luzbel. Aquí también ganaron los buenos. Aunque para la historia siempre los que ganan son los buenos.

Cuenta el mito que a pesar de la severa persecución de su padre, cuando Zeus creció, muy fortalecido por la leche de Amaltea, logró enfrentarse a su progenitor y vencerlo. ¿Cómo? A base de fuerza y astucia. Luego, ya vencido, le

hizo beber una poderosa droga que le suministró la titánide Metis, hija de Océano y Tetis, posteriormente primera amante de Zeus.

Los efectos del brebaje eran tan fuertes, que con los dolores de estómago que le provocó, vomitó a sus hijos.

Metis era una bella diosa, la personificación de la Prudencia, porque era prudente y tenía vastos conocimientos sobre todas las cosas.

Zeus, triunfante y agradecido, la hizo su amante y le engendró un hijo que no alcanzó a alumbrar, porque Zeus la devoró entera antes de que naciera la criatura, como quiera que ya la profecía le había dicho que se repetiría la historia de su padre Cronos al que él había derribado, en una sucesión de acontecimientos renovadores en el mando.

O sea, otra revolución. Y fue así como, temeroso, el ya rey de los dioses, para que no naciera ese hijo premonitorio, como lo veremos en detalle después, hizo lo mismo que Cronos, pero anticipándose al nacimiento, para lo cual era preciso engullir a la madre.

Lástima que cuando Zeus devoró a Metis, ésta ya no existiera para darle otra pócima de las mismas. Pero de todas maneras, del dolor de cabeza que le dio, como ya lo veremos, habría de nacer adulta y armada la bella y sabia Atena o Atenea.

Es así, pues, como con el brebaje de Metis y el dolor de estómago que sufrió Cronos volvieron a la luz los hermanos devorados, que acataron a su libertador como el rey de los dioses, quienes para entonces tomaron el nombre de Olímpicos, como que fueron a morar en el Olimpo, montaña griega rodeada de nubes.

La piedra del engaño, envuelta en pañales, también fue regurgitada, y Zeus la tomó como el objeto más sagrado y la depositó en lo que después sería el Oráculo de Delfos. La llamó el *Ónphalo* u *Ónfalo*, que significa ombligo y señalaba el centro del mundo.

Para encontrar ese punto Zeus puso a volar desde cada uno de los confines de la Tierra a dos águilas portentosas a la misma velocidad, y se encontraron precisamente en ese punto que por lo mismo fue señalado como el centro de la tierra.

> El mito es recurrente. Y elemental. Se trata, en primer lugar, del temor del padre a que el hijo lo reemplace, lucha en la que normalmente debe triunfar éste. Freud trata el tema ampliamente. Es, por lo demás, el mismo mito de Edipo. Se trata, además, del hijo que pretende ganar su propia identidad alejándose de la personalidad de su padre, dentro de la cual ha girado como un satélite, para procurar en lo posible ser mejor.

Pero la cosa no pararía allí. Los hermanos de Zeus liberados sabían cuál habría de ser el castigo que les esperaba si dejaban fortalecer de nuevo a Cronos. Entonces lo atacaron con ardentía y coraje. Cronos, ante peligro tan serio, se alió con sus hermanos los Titanes. A esta conflagración se la conoce como la Titanomaquia.

Fue, por supuesto, una guerra universal. Pero con Zeus también se aliaron algunos titanes, entre ellos Océano, igual que su hija Estige –nombre que llevaría el principal río y la laguna del Infierno–, la que a su vez aportó a los ejércitos el contingente de sus hijos. De gran significación eran éstos, cuyos nombres tienen una amplia resonancia en griego: Cratos, que quiere decir Poder; Bía, que significa Fuerza; Zelo, que desde entonces quiere decir Celo, tesón, esmero; y Nice, que a su vez traduce Victoria.

También lo acompañaron los hijos del titán Jápeto, cuyos nombres tanto significan para los seres humanos: Prometeo y Epimeteo. La madre de los titanes y del propio Zeus dijo estar dispuesta a colaborar, pero con la condición de que éste liberara a los Cíclopes y a los Hecatónquiros del Tártaro, la región más terrible del Infierno, donde los había condenado Cronos.

Zeus y sus hermanos, por supuesto, liberaron a estos monstruos que lucharon por su causa. Gran beneficio obtuvo Zeus de este trato, pues los Cíclopes, que eran excelentes creadores, en gratitud le obsequiaron el rayo y el trueno, mayor expresión de su poder; a Poseidón, el tridente con el que dirigió los abismos del mar; y a Hades, el dios de la muerte, el casco de piel de perro que lo volvía invisible. La Muerte llega siempre invisible.

Ese casco era el *Kinei*. Fue con el mismo casco como Hades logró llegar hasta su padre Cronos sin ser visto y desarmarlo, situación que aprovechó Poseidón con su tridente

y Zeus con su rayo para darle muerte. Aunque lo cierto es que nunca murió, porque el Tiempo, sin duda alguna, nunca muere. Pero desapareció de la escena protagónica de los dioses.

Esta guerra, como la de Troya, duró diez años. Zeus y los suyos establecieron sus cuarteles en el monte Olimpo; Cronos, en el monte Otris, donde moraba el río Esperkeo, que era uno de los titanes, con sus hijas las Ninfas.

Los Hecatónquiros, que debían ser excelentes guerreros como que tenían cien brazos, golpearon con todas sus manos armadas con gigantescas rocas, a los Titanes, dándoles muerte a muchos.

Participó en esa batalla Pan, con las patas de macho cabrío de los Sátiros, hijo de Hermes y de la hija de Dríope, según unos, o de Zeus y de Hibris, según otros, o de ese mismo dios y Calisto. Tenía la virtud de tocar la flauta como ninguno, pero además poseía una característica muy acentuada, y era que podía producir un grito, a su vez lamento, y una nota aguda que infundía un terror paralizante –desde entonces se lo conoce como pánico–. Con ese alarido venció al resto de los Titanes, que salieron despavoridos mientras los otros los remataban.

Allí terminó todo. A los que no murieron Zeus les impuso la pena terrible del Tártaro, bajo la vigilancia de los monstruosos e invencibles Hecatónquiros.

Atlante y el Jardín de las Hespérides

Al titán Atlante,[14] quien fue el gran comandante de las fuerzas de Cronos, lo condenó Zeus a una labor realmente titánica: fue confinado en el extremo occidental del mundo conocido, donde existe el peñasco de Gibraltar, a sostener sobre su nuca todo el orbe, que para entonces ya se sabía esférico. Atlante debía soportar hacia la eternidad el mundo.

Cerca de él estaba el Jardín de las Hespérides, cuidado por éstas, que eran sus hijas. Eran tres y se llamaban Egle, Eritia y Aretusa. Florecían allí unas manzanas de oro de las

14 Atlas de los romanos.

que, a más del néctar y la ambrosía, también se alimentaban los dioses. El que comiera una de esas manzanas alcanzaba la inmortalidad.

Así mismo fue padre Atlante, con la ninfa Pleyone, de las Pléyades, que eran siete: Alcione, Electra, Celene, Mérope, Taigete, Maya y Astérope. Hoy hacen parte de la constelación del mismo nombre.

El rey de los dioses

Triunfante Zeus, administró con justicia su victoria. Era un dios ecuánime y justo. Aunque furioso. Bajo su amparo tuvieron apoyo los humildes, que consagraban un espacio de sus moradas a venerar al gran dios. Los campesinos le confiaban el éxito de sus cosechas, y la equidad se imponía bajo la invocación de su nombre. Pero los dioses eran entidades independientes. Ninguno estaba sometido a Zeus por obligación, sino por convicción y a veces por temor a sus rayos, que también obraban contra los inmortales. O sea que era una especie de director de orquesta, pero cada cual tocaba su instrumento.

Zeus reinaba en el Olimpo; Poseidón, en los abismos de todos los mares; Hades, en el mundo de los muertos e igualmente en las entrañas de la Tierra donde se esconde la riqueza mineral y la agricultura. Las otras deidades tenían su propio oficio en el que eran, como se anotó, totalmente independientes.

La Gigantomaquia

Gea –la Tierra– se puso furiosa después de la Titanomaquia, porque aunque liberaron del Tártaro a sus hijos los Cíclopes, como ella había pedido, al mismo lugar de terror fueron condenados, conforme se ha dicho, los Titanes que eran también sus hijos. Entonces engendró a los Gigantes, a su vez seres inmensos, con los cabellos llenos de serpientes y dragones en las colas. Sin duda alguna hacían referencia a los dinosaurios. Estos gigantes derribaron montes y árboles, allanaron montañas, borraron caminos, sublevaron al mar, torcieron los ríos y los lagos, en lo que se entendió era la nueva guerra que desataban contra los dioses olímpicos y que, por lo mismo, se la llamó la Gigantomaquia.

Hoy se entiende que todos estos fenómenos telúricos obedecieron a los grandes cambios que se gestaron antes de la destrucción de los dinosaurios y posteriormente, cosa que ocurrió, como hoy se sabe, muy seguramente por un envenenamiento colectivo causado por un aerolito que se estrelló contra la Tierra, y en cuya estela había gases altamente tóxicos.

La Gigantomaquia fue un poco folklórica. Estaban allí todos los dioses atacando con la plenitud de sus armas. Peleaban Zeus, con su rayo; Poseidón, con su tridente; Ares,[15] dios de la guerra; Hefeistos,[16] forjador de armas; Hermes,[17] dios del comercio, la medicina y mensajero de los dioses; Dionisos,[18] acompañado con su séquito de Sátiros y Silenos; las Moiras, que representaban el Destino; Afrodita;[19] Hera,[20] esposa y hermana de Zeus y Atenea.[21] Hasta Apolo, la Estige y la hechicera Hécate fueron al combate.

Los gigantes se defendían como héroes invencibles y la batalla estaba indefinida. Entonces alguno de los dioses recordó la profecía que también había hecho Gaia, con la que anunciaba esa guerra y cómo, cuando los dioses todopoderosos iban a perderla frente a enemigo igualmente poderoso, debía ser un mortal, no obstante que aun no habían nacido los hombres –cuestiones de la contradicción de haber matado al Tiempo–, el que viniera en ayuda de los inmortales para ganar batalla tan decisiva.

Ese mortal fue Heracles,[22] hijo de Zeus y de Alcmena, esposa de Anfitrión, a quien no le sirvieron sus bondades y generosa hospitalidad para impedir que el enamorado y juguetón rey de los dioses le quitara momentáneamente a su mujer.

Heracles, pues, fue a dar la batalla al lado de los dioses contra los gigantes; y a pesar de que los otros combatientes

15 Marte de los latinos.
16 Vulcano de los romanos.
17 Mercurio de los romanos.
18 Baco de los latinos.
19 La Venus de los latinos.
20 Juno de los latinos.
21 Minerva de los romanos.
22 Hércules romano.

eran colosos sin par, este héroe mortal, que después sería otro dios olímpico, dio muerte en el campo Hegreo, de un flechazo, a Alcioneo, enorme gigante casi invencible. Y al lado de Apolo también mató a Efialtes, nombre que fue usado con mucha frecuencia por los griegos. El ignominioso traidor de las Termópilas llevaba ese mismo apelativo.

En uno de los terribles combates Zeus fue a enfrentarse al oprobioso monstruo Tifón, que pretendía destruir al mundo. Al descuidarse Zeus, porque los dioses eran humanos y aunque inmortales podían morir, Tifón lo golpeó tan brutalmente que, sin sentido, cayó a un abismo. En ese momento corrieron en su ayuda el ágil Hermes y Pan con su alarido que paralizó al monstruo y despertó a Zeus, quien recuperado pudo matarlo.

En realidad tanto la Titanomaquia como la Gigantomaquia significan muchas cosas: el triunfo de la razón sobre la fuerza bruta, el de la justicia contra la iniquidad, el del bien sobre el mal. Todo esto tiene asiento en el estudio sociológico y sicológico de los primitivos pueblos griegos. Los aqueos, para ser más precisos. Pero el juicio se torna válido si se sienta una premisa indiscutible: los dioses eran bellos, perfectos, como mente humana pudo imaginarlos. En cambio, los Gigantes, hijos de Gea, eran monstruos abominables, parecidos a los dinosaurios ciertamente.

Pero un pueblo como el helénico, de tanta seducción por la belleza, era obvio que identificara a sus dioses tutelares con ésta y, por lo tanto, con el bien. Como dijo, con razón o sin razón, el gran orador Hipérides en la defensa de Frini, la cortesana de Atenas, en el cuerpo de tanta belleza no podía albergarse la maldad. O sea que el juicio se vuelve sencillo: la belleza es sinónimo de bien y de justicia, la monstruosidad y la fealdad son sinónimo de mal. Y esa pelea, de entrada, la ganó el bien.

Hestia, Vesta de los romanos

III

El origen del hombre

Durante la guerra con los titanes y luego en la Gigantomaquia no existían aún los hombres. Teoría coincidente con la existencia gradual de la vida en el planeta y el paso de los dinosaurios, como se anotó atrás. El hombre surgió a la vida un tiempo después por la voluntad del conjunto de los dioses.

El famoso poeta Hesíodo, que vivió en el siglo VIII a. de J., señala que al crearse el hombre por los dioses hubo un primer período conocido como el período de oro. Los hombres eran jóvenes y no envejecían. No tenían que luchar contra nada y todo se los daba la naturaleza con abundancia. Más o menos el paraíso del Génesis sin la individualización de Adán y Eva. Luego vendría un período de plata, en el que los humanos vivieron alejados de los dioses y no pudieron conocer la felicidad. Por su impiedad Zeus los condenó al exterminio.

Sobrevendría después un período de bronce, y en él los hombres adoraban a los dioses pero practicaban la guerra con gran afición. Coincide igualmente con los períodos de la prehistoria y la edad del bronce, aunque los humanos siempre practicaron la guerra. Vivieron de ella y para ella. Estos hombres también fueron exterminados entre ellos mismos.

Pero en la misma edad de bronce llegaría el hombre virtuoso, que iría a vivir eternamente en los Campos Elíseos, que no eran propiamente los del París de hoy.

Finalmente sucedería la edad de hierro con hombres injustos, por lo cual sufrirían el castigo de nunca conocer la felicidad. Y es muy posible que así sea: que los hombres injustos no tengan capacidad para conocer la felicidad. Tal parece demostrarlo la historia.

Esta edad posmodernista, naturalmente, sigue siendo la edad del hierro, es decir, la edad de las herramientas más sofisticadas para matar. Y es verdad que el hombre en ella, ordinariamente, carece de la capacidad para conocer la felicidad, retenerla y hacerla suya.

La felicidad es indefinible y es, como lo proclama la Constitución de Filadelfia, un objetivo del Ser. En realidad no es mucho lo que se requiere para ser feliz. Basta lo elemental, y se diría que tener paz. Mas, irónicamente, el ser humano, que anda en pos de ella, no se da cuenta cuando es feliz. Solo se percata de ese estado cuando ya ha pasado. Esto, sin duda alguna, obedece a una razón antropológica: a que nunca está –ni puede estar– satisfecho con nada.

Porque es precisamente esa insatisfacción la que busca el progreso, el avance, el cambio. A ella se debe la ambición, que es un impulso que nunca se sacia. Y se torna indiscutible que es a la ambición a la que se debe la civilización actual y las que vendrán, que deben ser parte de la misma. Si el hombre se hubiera declarado satisfecho en la caverna al lado del fuego sagrado que le entregó Prometeo y que le daba una cierta comodidad, allá estaría.

Es de resaltar, por lo demás, que el pequeño ser del paraíso tampoco se daba cuenta de la felicidad que éste le proporcionaba. Solo lo añoró cuando lo había perdido; y aunque sigue anhelando volver a él, sabe que jamás existió y que el concepto del paraíso es la negación de lo que ha sido su titánico esfuerzo sobre la Tierra, semejante a los esforzados trabajos de Heracles. O de Teseo, o de Perseo.

De ahí que, mirado de otra manera más directa, puede decirse que el hombre ha sido el fruto de su propio esfuerzo; y sus conquistas, todas, han sido un logro de su capacidad virtuosa para vencer las dificultades.

Epímeteo y Prometeo

Mas el símbolo de todo este conjunto se encuentra en la historia de Epimeteo y Prometeo, hijos ambos del titán Jápeto, y personajes de la mayor significación en la historia humana. Creados los hombres solo en idea por los dioses, comisionaron a los dos titanes hermanos, que habían sido leales en la Titanomaquia y la Gigantomaquia, para que cumplieran esos designios. A Epimeteo entonces se le asignó la tarea de repartir con equidad los bienes terrenales para que se asegurara la procreación y conservación de las especies.

Bella tarea que cumplió a cabalidad el titán. Porque efectivamente la Tierra les fue entregada a los hombres para que sobre ella edificaran su hogar y apuntalaran una civilización. Pero por el extremo celo en no trascender las órdenes que se le dieron, dejó Epimeteo al hombre sumido en desnudez y orfandad, aterido de frío, mientras pasaban las diferentes glaciaciones. Y fue entonces cuando su hermano Prometeo, compadecido de ellos, robó el fuego sagrado a Hefeistos, el forjador, y la sabiduría a Atenea; y los transmitió, extralimitando las órdenes, a los seres humanos.

Gran crimen a los ojos de Zeus. Implacable entonces, y manteniendo contra Prometeo un rencor anterior que el tiempo no había borrado, ordenó que lo ataran con poderosas cadenas hechas por Hefeistos a una montaña en el extremo oriental del mundo, de la misma manera que hizo con Atlante en el extremo occidental.

Allí, en la mayor soledad, todos los días llegaba un águila a devorarle las entrañas, causándole los más terribles dolores. Le arrancaba el hígado a picotazos y se lo comía. Empero, como era un inmortal, por la noche se le regeneraba para volver a sufrir el mismo castigo a la mañana siguiente.

La culpa que no había olvidado Zeus era sencilla. Habiéndole ofrecido Prometeo en sacrificio a aquél un buey, con cierta astucia lo dividió en dos y colocó en una parte la carne pulpa y en otra, bajo la piel, los huesos y la grasa. Entonces puso al dios a escoger. Zeus, por supuesto, conoció

el engaño, pero escogió, para que se diera la culpa, la parte de los huesos.

Prometeo entonces, ya bien asada la carne en el fuego sagrado, la dio a los hombres y les enseñó de esa forma a comer la carne sazonada sobre el fuego. Zeus no olvidaba ese suceso. La ofensa subió más porque el hombre aprendió del filantrópico titán a hacer lo mismo, y en todos los sacrificios que le tributó en adelante al rey del Olimpo le ofreció solo los huesos y la grasa, según cuenta una tradición.

Ningún amigo tuvo el hombre en su tránsito por la Tierra más íntegro que ese titán, y nadie sufrió más por su causa que él. El gran dramaturgo Esquilo, en *Prometeo encadenado*, sitúa a los personajes en el escenario de la montaña, mientras describe con lastimoso acento el inenarrable dolor de Prometeo, no obstante mostrar su orgulloso carácter que no se rendía. Ante el coro hace un discurso, después de que, por órdenes de Zeus, es conducido por el titán Cratos –el Poder, hijo de Estige– y por Hefeistos, que va con todos sus implementos de herrero, para cumplir la misión de encadenarlo a la roca. Prometeo, sin quejarse de su desgracia, pronuncia las siguientes palabras: "*No creáis que mi silencio nazca de debilidad o de orgullo. Pero una idea me destroza el alma, viéndome ultrajado de esta suerte, porque ¿quién sino yo aseguró a esos dioses nuevos sus prerrogativas? Pero sobre este punto no diré más, pues sabéis muy bien lo que podría decir. Escuchad, en cambio, las miserias de los mortales, y la manera como, de niños que eran, he hecho de ellos seres inteligentes, dotados de razón. Si lo refiero aquí, no es para denigrar a los humanos, sino para mostraros los beneficios que recibieron con mis dones. En el principio ellos veían sin ver, escuchaban sin oír, y semejantes a las imágenes de los sueños, vivían su larga existencia en el desorden y la confusión. Nada sabían de las viviendas construidas con ladrillos endurecidos al sol; no sabían labrar la madera, y vivían bajo tierra, como las ágiles hormigas, en lo más escondido de cavernas donde no penetraba la luz. No había para ellos señal segura ni del invierno, ni de la florida primavera, ni del fértil verano. Todo lo hacían por instinto hasta el día en que los instruí en la difícil ciencia de las salidas y los ocasos de los astros. Siguió después la de los números, lo más importante de las ciencias que para ellos*

inventé, así como la composición de las letras, memoria de todas las cosas, madre de las Musas. También fui el primero que unció al yugo a los animales salvajes y los sujetó al arnés o al jinete, para que supliesen al hombre en los más rudos trabajos, y uncí al carro los caballos dóciles al freno, ornamento de la vana opulencia. Nadie sino yo inventó los vehículos de alas de lino, en los cuales surca el marino los mares. ¡Y el desventurado que tantas veces supo inventar para los mortales, no sabe hoy descubrir el secreto que le librara de sus miserias presentes!".

El tormento de Prometeo duró, como se verá adelante, hasta que Heracles lo liberó y cambió su destino con el del centauro Quirón, para que éste pudiera morir y aliviarse de los inmensos dolores que le causaba el veneno de una de sus flechas que, por accidente, lo hirió.

Pandora y su cofre de infortunios

Por supuesto, a los hombres también castigó Zeus por haber recibido los dones prohibidos que les entregó el titán. El castigo consistió en que mandó a Hefeistos a que con tierra y agua hiciera una mujer que fuese tan bella como una diosa. ¡Qué bella hechicería! Cuando estuvo terminada, Afrodita, por encargo del mismo rey de los dioses, le dio un toque de gracia y seducción femeninas, mientras las Ninfas la adornaban con cintillas doradas y las Horas la llenaron de flores. Pero Hermes, igualmente por encargo del jefe del Olimpo, llenó su palabra y su corazón con la capacidad de engañar.

Hermosa y con vida, que al fin y al cabo ellos eran los dioses, Zeus la llamó Pandora y la entregó a Epimeteo, el cual, deslumbrado por la belleza de la mujer, inicialmente la hizo su esposa, una especie de derecho de pernada, pero luego la entregó a los hombres, hasta entonces sin pareja. Habría sido la felicidad completa, si no fuera porque Pandora portaba un cofre que le había entregado el propio Zeus y en el que había encerrado todos los males. Pandora por curiosidad, como Eva con la manzana, lo abrió y desencadenó entre los hombres los más terribles maleficios. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho cerró la caja, pero ya era tarde porque todos esos elementos habían salido.

Solo alcanzó a quedar guardada la esperanza. Así, pues, los hombres tuvieron al lado de su eterna compañera a la enfermedad, el dolor y la muerte, que antes no conocían. Empero, siempre les quedó, como una gran reserva de superación, la esperanza, con la cual han podido salir de los mayores desastres y calamidades.

Sobresale, por supuesto, en toda esta idea, como en lo pertinente de la Biblia, el criterio peyorativo en que siempre se mantuvo por el hombre a la mujer, a la que atribuye la pérdida de la inocencia y el origen del mal. Es el mismo mito de la manzana como fuente de la maldición al hombre y de su consiguiente debilidad, de su concupiscencia y su imperfección. Y para desatar esos males, que antes no conoció en el Paraíso, se busca como elemento transmisor a la mujer por su curiosidad natural y la capacidad de mentir y engañar que se le atribuye injustamente, aun desde esos meandros sagrados de las religiones.

Es poco lo que se ve acerca de la evolución de las especies y del hombre en el período conocido como prehistórico, salvo la alusión mítica a los titanes y gigantes y a su lucha por sobrevivir. Pero es que las religiones no se inspiran en relatos históricos sino en leyendas y mitos.

Hefeistos, Vulcano de los romanos

IV
Los dioses mayores y los dioses menores

Indro Montanelli atribuye a la creación de los dioses en Grecia una clasificación social, la misma que separaba las clases de aquellas ciudades-estados, identificadas por la misma lengua pero separadas por una confluencia de pueblos que fueron conquistándose unos a otros. Primero los pelasgos, luego los aqueos, posteriormente los dorios. Por supuesto los separaban una serie de intereses y ambiciones que los mantuvieron en un estado de guerra permanente y que terminarían por acabar con la hegemonía que alguna vez conquistaron sobre el Mediterráneo. La confluencia racial a base de conquistas con sangre hizo que proliferaran las deidades cuando cada uno llegó con sus propios dioses, hechos a la medida de sus necesidades.

Esta circunstancia hizo que fuera imposible calcular el número de aquéllos, hasta el punto que, según alguno, no se podía esconder una fanega de trigo porque en cada hueco había un dios. Montanelli, hablando de los dioses griegos, apunta: "*Ningún pueblo los ha inventado, maldecido y adorado jamás en tal cantidad. 'No hay hombre en el mundo* –decía Hesíodo, que, sin embargo, pasaba por ser competente– *que pueda recordarlos a todos'. Y esa plétora es debida a la mezcla de razas –pelasga, aquea y doria– que*

se superpusieron en Grecia, invadiéndola en oleadas sucesivas. Cada una de ellas traía consigo sus propios dioses, pero no destruyó los que ya estaban instalados en el país. Cada nuevo conquistador degolló un determinado número de mortales, pero con los inmortales no quiso líos."

O sea que es imposible hacer un inventario de todos los dioses. Pero sí sabemos que hubo dioses olímpicos o celestes, a cuya cabeza se encontraba Zeus, triunfador de toda la epopeya que hemos visto. Tales dioses celestes, a más de Zeus, fueron: Hera, su esposa, "*de ojos de novilla",* como la llama Homero, hija de Cronos y Rea, o sea hermana de Zeus; Poseidón o Posidón, que reinaba con su tridente en todos los mares; Deméter, Apolo, Ártemis o Artemisa, Hermes, Atenea o Atena, Ares, Afrodita, Hefeistos o Hefaistos y Hestia. Seis hombres y seis mujeres. No está allí Hades, que aunque pertenecía a la misma familia de Zeus y de Hera –hermano– reinaba muy lejos del Olimpo, igual que Poseidón. Se agrega también a este grupo a Dionisos, quien fue subiendo de estatus, y hasta a Heracles, al que habría de concedérsele por sus hazañas esa categoría suprema.

Estos dioses, en su mayoría, eran hermosos y nobles.

Pero había otros dioses, algunos monstruosos, aunque sin la categoría de los olímpicos o de los preolímpicos, pero también inmortales:

Hécate, la hechicera, quizá la más monstruosa deidad, madre del mal de ojo con que castigaba a los niños. Para congratularla y evitar su furia, le ofrendaban muñecas de madera.

Las Gorgonas, que eran tres: Medusa, Euríala y Esteno. Aladas y con cuerpos de mujer, sus cabelleras eran de serpientes, sus dientes de jabalí y a todo el que las mirara lo convertían en piedra.

Las Grayas o *Greas*, que eran tres: Enio, Tefredo y Dino. Hijas de Forcis y Ceto, simbolizaban la Noche y la Tempestad. Vigilaban la entrada a la caverna donde habitaban las Gorgonas. Otros seres monstruosos, de las tinieblas. Nacieron y siempre fueron viejas. Tenían solo un ojo y un solo diente para las tres y se turnaban para usarlos.

Las Harpías, hermanas de Iris –la hermosa diosa del Arco Iris, mensajera del Olimpo–, hijas de Taumas o Taumante, a su vez hijo de Ponto que también era el Mar, y de la

oceánide Electra, hija de Océano o de Poseidón y Osomena. Las Harpías eran Aelo, Ocípete y Celeno, encarnaban las tormentas, arrasaban las cosechas y causaban todos los males posibles. Tenían rostro de mujer y cuerpos de aves de rapiña y largas uñas.

Las Ninfas eran muchas. Femeninas y hermosas. Se estima que eran hijas de Zeus y el agua que caía del cielo. Por eso las suponen protegiendo los ríos y las aguas en general, al igual que los bosques donde moraban.

Las Erinias,[23] que ya se mencionaron. Eran hijas del semen de Cronos caído a la Tierra. Otros dicen que su madre fue la Noche. De ellas volveremos a hablar.

Las Moiras,[24] el Destino, de las que hablaremos adelante.

Las Nereidas eran ninfas del mar, hijas de Nereo, a su vez hijo de Océano, el primer dios del mar, que fueron varios, y de Dóride. Ellas eran tres: *Tetis*, *Anfatrite* y *Galatea*. Llegaron a ser muy importantes y simbolizaban las olas de todos loa mares.

Tetis –distinta de la oceánide del mismo nombre– era una divinidad del mar. De ella se enamoró inicialmente el propio Zeus, y luego Poseidón, pero esas pretensiones fueron rechazadas por la Moira, que había establecido que serían mortales tanto el padre como el hijo que ella tuviera.

Y así, enamorado de la ninfa el mortal Peleo, hijo de Endenis y del rey de Egina, con la ayuda del centauro Quirón logró acercarse a la diosa. El centauro Quirón le había dicho que por nada del mundo, cuando la tuviera asida, la soltara; y fue así, entonces, como en cuanto la tuvo agarrada el enamorado Peleo, por ningún motivo la soltó, no obstante que ella, haciendo alarde de su enorme poder de hechicería, se transformó alternativamente en fuego ardiente, en león y en agua. Ante la persistencia de Peleo, siempre con el designio de la Moira de por medio, Tetis cedió y se ayuntó con el mortal.

De este modo nació otro mortal marcado por el destino, Aquiles, a quien su madre trató de volver inmortal ponién-

23 Furias de los romanos.
24 Parcas para los romanos.

dolo todos los días a la parrilla y dándole a comer ambrosía, escena que vio el padre e, ignorante de tales cosas divinas, las prohibió horrorizado. Entonces la madre, siguiendo igualmente el designio de la Moira, tuvo que conformarse con la mortalidad del hijo.

Muy desilusionada, sabiendo que Aquiles moriría en la guerra de Troya, se alejó de él y de su padre, apartándose en la profundidad del océano, de donde salía con alguna frecuencia para ver en los momentos cruciales a ese hijo valiente, invencible ante todos los rivales y experto en la muerte de los otros, que repartía con ardorosa maestría. Madre buena y amorosa, ¡cuántas veces se desplazó al Olimpo para implorar humildemente la intercesión de Zeus a favor de aquel!

Peleo entonces puso a Quirón a que ejercitara a Aquiles para las lides de la vida. Y el centauro fue un buen maestro, porque le enseñó todo lo que demostró después el héroe que, como su madre, siempre supo que moriría joven en los fragores de una guerra. Esta fue la de Troya, que se convirtió en el arquetipo de todas las guerras que ha librado el hombre.

> La guerra de Troya fue una confluencia pasional de sentimientos encontrados. Inútil como son a la postre todas las conflagraciones en que se ha comprometido el hombre. Cruel, agobiadora y sanguinaria, pero con arrojos de heroísmo, cuando éste se confunde con la capacidad de matar. Y hasta de saber morir, como ocurrió con el propio Aquiles, quien lleno de coraje concurre sin temor a la cita fatal, a sabiendas del resultado conocido de su propia muerte.
>
> En realidad la guerra de Troya fue la concentración del espíritu guerrero del ser humano, y por eso se convirtió en un arquetipo. O sea que en esa guerra se identificó patéticamente la pavorosa capacidad del hombre para matar a sus semejantes y honrar con gloria al que más muertes produjera.

Anfitrite, como su hermana Tetis, fue diosa o reina del mar. Enamorado de ella Poseidón, que al igual que su hermano Zeus no se detenía ante nada, la mandó a raptar

por un delfín que la condujo ante él. Ella accedió gustosa al rapto, al devaneo subsiguiente y a la culminación de alcoba. Luego la convirtió en su esposa y reinó con ella en la inconmensurable magnitud del mar con sus profundidades abisales. Su carruaje era tirado por varios delfines.

Galatea, según el poeta Ovidio, fue la amante del pastor Acis, hijo de Fauno y la ninfa Símetis. Al sorprender Polifemo –el cíclope del que volveremos a hablar– a Galatea haciendo el amor con Acis, enamorado como estaba de ella, con su fuerza volcánica arrojó sobre el pastor una enorme roca que le dio muerte y cayó al mar. Galatea, desesperada, se lanzó igualmente al mar, recogió la sangre de su amante y la convirtió en un río que corría al lado de ella y llevaba su nombre.

Las Sirenas eran unas ninfas del mar, hijas de Fortis, otro de los dioses marinos. Tenían hermosas cabezas de mujer, pero, contra la creencia generalizada, su cuerpo no era de pez sino de ave.

Homero las recrea en la *Odisea* en su rol de encantadoras de los navegantes a los cuales hechizaban con sus voces perturbadoramente sensuales y los llevaban hasta un paraje desolado donde solo se veían esqueletos humanos y allí les daban muerte. Dicen unos que cuando Orfeo y los argonautas lograron birlar su superchería y salir airosos, igual que hizo Odiseo, ellas por decepción se arrojaron al mar y perecieron. Parece ser que ni siquiera sabían nadar.

Otros dicen que al competir con las Musas para saber quién cantaba mejor, al ganar éstas, por desilusión las sirenas se suicidaron, porque era evidente que habían perdido el poder de asustar y matar que les daba la hechicería de sus cantos.

Tique.[25] Era otra personificación del Destino; pero a diferencia de las Moiras que regían lo relativo a la vida y la muerte, ella regulaba lo que todavía conocemos como la Suerte. La buena o mala suerte, que implica la desgracia o la felicidad de alguien. Veleidosa Fortuna, que hoy tiene bien a un hombre y mañana lo abandona a la desgracia.

25 La diosa Fortuna de los latinos.

Digamos que trabajaba al lado del dios Pluto, al que Zeus había vuelto ciego para que sin ver repartiera la riqueza, y de Némesis, quien cobraba sus venganzas humillando y escarneciendo a los mortales.

> La personificación divina de lo más arbitrario que puede regir los destinos de los hombres, ciertamente la veleidosa Suerte o Fortuna, significa en cierta forma que la teogonía en realidad lo que buscaba, con un gran conocimiento de la vida, era encontrar el origen de todas las cosas que hacen parte de las preocupaciones humanas.

Eris o Eride o Ende[26] y la manzana. Era una diosa menor, pero diosa al fin y al cabo. Su misión consistía –tal vez sigue siendo así– en sembrar con insidia la discordia. Abominada en el Olimpo porque en una oportunidad en que se realizaba la fiesta de una boda, ella puso a pelear a todos los dioses hasta llegar a la violencia.

Antecedente de ingrata recordación que sirvió para que, en ocasión posterior cuando Zeus iba a dar otra fiesta, ordenara a la mensajera Iris –la del conocido arco– que no invitara a Eris.

Aquélla cursó la invitación a todos; pero al pasar por encima de la morada de la perversa diosa, dándose cuenta ésta de que estaba siendo omitida en algo, capturó a Iris y, bajo amenazas la puso en confesión. Iris no tuvo más remedio que contar el plan de Zeus.

"¡Ah! –dijo Eris con cierta dignidad–, dígale a Zeus que no se preocupe por mí, que yo no voy donde no me invitan. Pero mandaré un regalito". Y efectivamente, el día de la fiesta envió en un regio empaque una preciosa manzana de oro en la que había inscrito la leyenda: "A la más bella de las diosas".

Afrodita, Hera y Atenea intentaron coger la manzana como regalo propio, pero cada una, al tiempo, se opuso a la pretensión de las otras, porque cada cual se sentía más bella que las otras dos. Hubo, por supuesto, ofuscación de las tres deidades. ¡Ah la vanidad femenina que conocía muy bien Eris! Y cuando estaba sembrada y encendida la chispa

26 La Discordia de los latinos.

de la discordia entre las tres divinidades, los otros dioses fueron expresando sus simpatías por la diosa que les era más afín. De esta manera los ánimos de los inmortales también se fueron acalorando y, como la anterior fiesta, ésta terminó igualmente en gran pelea.

En realidad era la aplicación de una sicología elemental –que aún rige– entre los divinos seres del Olimpo. Porque ninguna mujer cede en vanidad ante otra. Eso, por supuesto, era lo que estaba en juego con el regalito de Eris. Y se podrá uno imaginar el grado de satisfacción de la insidiosa Discordia.

Pero la cosa no pararía allí. Comoquiera que la pelea continuaba entre las tres más bellas diosas, finalmente, atendiendo consejos del equilibrado Apolo, se pusieron de acuerdo para nombrar como árbitro al elegante y bello príncipe troyano Paris, que sabía de mujeres.

Hera trató de sobornarlo ofreciéndole que haría de él el hombre más poderoso de la Tierra. Pero Paris declinó. Atenea, por su parte, también intentó el soborno ofreciéndole que lo convertiría en el hombre más sabio. Pero el bello Paris igualmente rechazó. Afrodita no se quedó atrás y le ofreció que le daría a la mujer más bella. Paris entonces aceptó y entregó la manzana a Afrodita.

Ésta cumplió en parte su palabra y le mostró a Helena, a la que comunicó el hechizo para hacerla enamorar perdidamente del troyano. No en vano era la madre de Eros y ella misma la diosa del amor. Pero no le dijo a Paris que esa hermosa mujer estaba casada con Menelao. De todos modos, ya la Suerte –Tique– estaba corriendo en su pista. La Moira también.

El resto de la historia está narrado en la obra de Homero y todos la conocen. Los diez años de cruenta guerra en la que estuvieron comprometidas todas las deidades. Y, sin duda alguna, todo ese conjunto de sucesos desgraciados, como se puede observar, fue un triunfo de Eris o Ende, la diosa Discordia.

Los hijos de Eris fueron seres muy especiales, de enorme importancia en la civilización: Ponos (la Pena), Lete (el Olvido), Limos (el Hambre), Algos (el Dolor) y Horcos (el Juramento).

> He aquí la fuente de una gran sabiduría constituida por algo tan ineludible como es la discordia, causante de tantos

embrollos y tragedias; y asociada a ella los cinco hijos de Eris, muy especiales, complementarios entre sí. Qué sabio que a la pena suceda el olvido.

Proteo era otro dios del mar, al que ubican en la isla Faros, situada en Egipto. Tenía el don de cambiarse a voluntad la fisonomía y el cuerpo y adquirir cualquier rostro de hombre, o forma de animal o cosa. Pero también tenía el don de adivinar el futuro. Era otro oráculo y un gran hechicero.

Cuenta otra leyenda distinta a la que acabamos de ver, que Menelao, celoso como vivía teniendo por esposa a una mujer tan bella como Helena, se fue a buscar a Proteo a la mencionada isla de Faros para que le adivinara el porvenir. Pero como no se podía arrimar al dios así no más, se disfrazó de foca, y de esa manera logró aproximársele.

Cuando Proteo se dio cuenta del engaño adoptó la forma de un león furioso, pero como Menelao no se aterraba, se tornó alternativamente en tigre, dragón, jabalí, agua y árbol, sin atemorizar a Menelao. Al fin, movido por la resistencia de éste a sus actuaciones, accedió a contestar la consulta.

Enterado de todo el asunto, Proteo pidió al mortal que le llevara a su hermosa consorte. Quería verla y dialogar con ella. Menelao, que era creyente y devoto como todos los griegos, cumplió el encargo del dios. Y así fue como Menelao convenció a Helena para acudir a la divina cita. De esta manera, cuando ella se ausentó para irse a la isla de Faros, todos en Esparta creyeron que había desaparecido y que Paris, que anduvo por allí cerca, la había raptado.

Tremenda equivocación. Porque, de ser cierto el hecho, querría decir que la guerra de Troya fue una gran equivocación en la que no cayeron en la cuenta ni siquiera los propios dioses que en ella tomaron parte. Pero ya era absolutamente tarde e irreparable. El error arrastra y se convierte en verdad.

Némesis no era una diosa sino un concepto espiritual que hacía cumplir las leyes y la veneración que se debía a los dioses contra cualquier ultraje. A los que profanaban tales deberes o cometían otras faltas mayores, Némesis les aplicaba un duro castigo o expiación. Debido a esas tareas punitivas se la consideraba la Venganza, quizás porque su característica más pronunciada era la buena memoria que,

como no olvidaba, no perdonaba. De ahí que también es el símbolo cosmogónico de la Memoria.

> Es preciso observar de todo este conjunto de dioses y mitos, que los griegos habían resuelto el enigma del hombre y sus actos con un sentido filosófico y antropológico muy claro: el obrar del hombre depende de fuerzas superiores a su voluntad. De esto se deriva que creyeron con fe ciega en un determinismo, que habría de servir de tema y discusión por los siguientes veinticinco siglos.
>
> El determinismo, esto es, el destino o fátum inexorable trazado por las Moiras, hace que en el campo moral y aun jurídico el hombre deje de ser responsable de sus actos, porque ellos son una determinación de los dioses, o mejor, de Dios. El propio San Agustín se inclinó por él cuando le dio tanta vigencia a la frase de que no se mueve la hoja de un árbol sin la voluntad de Dios. Y Calvino fue intransigente en esta concepción.
>
> En contrario, Santo Tomás de Aquino habría de reconstruir el pensamiento de Aristóteles en orden a reivindicar la capacidad del hombre para tomar sus propias decisiones con base en su conciencia, es decir, el libre albedrío.
>
> El tema, por supuesto, aún no está cerrado, porque cuando se tiene por axioma la fuerza de la voluntad y el acto humano de Santo Tomás, en verdad existen muchos factores endógenos, desde el punto de vista de la sicología y la siquiatría modernas, que señalan cómo, bajo el designio insuperable de la genética, una serie de taras inducen a un hombre al crimen. Son fallas de la personalidad síquica, lo que podría llamarse defectos de fábrica, que limitan la voluntad de determinado sujeto con imperfecciones, inclinaciones, debilidades de carácter, irascibilidad no controlable que, ante un estímulo o fenómeno exógeno, desatan la fuerza destructiva del homicidio, por ejemplo. Fenómenos que se llamaron antes sicopatías y posteriormente sociopatías, tornan proclive a la persona a determinados acontecimientos antisociales.
>
> Si uno examina tales aspectos desde el punto de vista de la política criminal, es obvio que el Estado debe reprimirlos,

acorde con el derecho penal, cuyo objetivo es garantizar la convivencia ciudadana. Pero si se los mira desde el ángulo de la moral, es bien difícil establecer el reproche indiscriminado, porque las circunstancias son determinantes e independientes de la voluntad del sujeto. Nadie por su propio deseo es un malvado.

Por supuesto que estas reflexiones devuelven la filosofía, y aun la religión, a la concepción griega del determinismo. El regreso de la Moira.

Obviamente estas reflexiones conducen a la observación de un ingrediente altamente filosófico en la creación de las deidades griegas, y escudriña imaginativamente en los instintos e imperfecciones del ser humano para darle una categoría superior a su propia creación, es decir, dioses dotados de cosas buenas y cosas malas. Tiene especial significación la existencia de la diosa Eris o Discordia, que ha reinado entre los humanos siempre, con predominio sobre la cordura y el amor. Se constituye entonces en el símbolo de la disparidad y la belicosidad pasional, que es un distintivo de los hombres.

Y en concordancia estrecha y filosófica está la inasible Tique o Fortuna, dictadora sobre el destino y la felicidad humanos.

Hasta un dios como Proteo tiene una resonancia muy profunda en la vida, porque tanto el bien como el mal suelen disfrazarse engañosamente a la presencia de los hombres, siendo así que éstos obran tantas veces pensando que harían el bien, cuando lo que producen es el mal. Son las caras múltiples y engañosas de la vida.

La historia de los dioses menores, como la de los mayores, es una mezcla de leyendas y de imaginación, con una alta dosis de hechicería y magia, en la que se involucra a los hombres como seres pasivos que sufren el despliegue del poder divino, o como héroes que, igualmente con la ayuda divina, vencen sobre el mal o las divinidades que lo representan.

Apolo y Dafne

V

Zeus[27]

Vimos ya su nacimiento, su crianza y sus batallas. Su niñez con la delicada alimentación que le prodigó la cabra Amaltea, el cuidado de las ninfas, las travesuras de niño, su fuerza descomunal, y luego, ya adulto y fortalecido, la batalla contra su padre Cronos, al que venció por etapas para luego recluirlo en el Tártaro. También se vio que en la Titanomaquia los cíclopes, agradecidos por su liberación, le obsequiaron el rayo y el trueno, símbolos de su poder y de la capacidad de castigo que tenía sobre los mortales y los propios inmortales. Ese era Zeus, el rey de los dioses, bueno, piadoso, benefactor, magnánimo, pero con poca paciencia para tolerar las faltas ajenas; enamorado insaciable y, como cualquier donjuán, a la búsqueda picante de aventuras de alcoba, que también podían ser a la intemperie en la tierra o en el mar.

Después de haber triunfado, y de haberse instalado en el Olimpo para cumplir con su papel de rector del mundo, tuvo Zeus con la oceánide Pluto –distinta al dios de la

27 Júpiter de los romanos.

riqueza del mismo nombre al que volvió ciego para que la repartiera sin miramiento alguno– a uno de sus innumerables hijos: Tántalo, que era un aqueo, a quien hizo rey de Frigia.

Tántalo

Su condición de hijo bienamado de Zeus, le dio a Tántalo el derecho a participar en los banquetes del Olimpo, no obstante su condición humana. Y así conoció tanto la ambrosía que comió como el néctar que escanció. Pero después no tuvo escrúpulos que le impidieran una mala acción y los robó para entregarlos a los mortales. Como consecuencia de tal indelicadeza sobrevino la ira de su padre, que, como es de imaginar, era temible.

Tántalo no se arredró ni sintió temor. Era imaginativo. De ahí que tuvo la genial idea de calmar al dios supremo con un acto igualmente supremo. Le entregó en sacrificio lo que le era más sagrado: su propio hijo Pélope o Pélops, cortado en pedacitos, sazonado y servido a la mesa.

Zeus se indignó y juntó de nuevo los pedazos del hijo al que devolvió la vida. Y unos dicen que, ante la belleza del mancebo, lo convirtió en amante y lo llevó al Olimpo. A Zeus le gustaba el asunto. Otros cuentan otra historia, que es la que veremos.

Pélope y el auriga Enómaos

Reunido Pélope o Pélops de nuevo, arrojó a los infiernos a Tántalo, vivo, y lo sometió a un refinado tormento, que se tornó proverbial aun hoy. Estaba condenado por una eternidad a morir de hambre y sed, pero no moría. Su castigo consistía en que se encontraba en una fuente de agua que no podía beber, y a su alcance estaba un árbol con los mejores frutos, que tampoco podía comer. Gran sarcasmo. Allí, pues, quedó Tántalo, se supone que hasta hoy y seguirá otro tiempo.

Entronizado por herencia Pélope en el trono de Frigia, los aqueos lo depusieron por mal gobernante, y anduvo vagando por distintos territorios hasta que llegó a una tierra alta en la montaña, que después se conocería como el Peloponeso, pero que en aquella época se llamaba Élida. Allí

reinaba un auriga llamado Enómaos, hijo de Ares, quien le había regalado unos caballos alados en los que remontaba a gran velocidad los espacios, uncidos a su carro de guerra, con el que era invencible por la velocidad.

Enómaos, de origen divino, tenía una hija muy hermosa de nombre Hipodamia.

Se había vuelto legendario que el rey no tenía rival en las carreras de caballos. Pero además, con motivo de existir la socorrida profecía que le anunciaba que su yerno le daría muerte para usurpar el poder, el rey tenía establecido como ley que el pretendiente de su hija que se atreviera a esa aspiración debía competir en una carrera con el padre y llevaría a su hija en su cuadriga. Enómaos lo perseguiría en su carro con sus caballos alados. Si les daba alcance, el pretendiente moriría. Al que le ganara, cosa que resultaba imposible, le entregaría la mano de Hipodamia.

Pélope o Pelops, tan marrullero como su padre Tántalo, se puso de acuerdo con el encargado de los establos y del cuidado de los caballos divinos, de nombre Mirtilo. Y en el acuerdo entró la complicidad de la hija, ya enamorada. Mirtilo se comprometió a efectuar algunos arreglos en el carro de su amo para que perdiera la competencia.

La recompensa para el traidor sería que entre ambos, Pélope y Mirtilo, partirían los gajes del poder y las riquezas de la corona. Y así, dentro del pérfido acuerdo, Mirtilo ajustó más de lo debido las ruedas del carro, hasta el punto de que en plena competencia se rompieron los ejes, rodando el rey contra las rocas hasta morir.

Fieles a lo acordado, Pélope casó a Hipodamia y se coronó rey. Se había convertido en el primer héroe del Peloponeso.

Pero no le cumplió a su cómplice Mirtilo, al que acusó de pretender violar a Hipodamia, y pleno de furor lo arrojó al mar encrespado en el que pereció. Cuando Mirtilo se hundía, antes de ahogarse, alcanzó a maldecir a Pélope y a su descendencia, con acento patético que todos alcanzaron a oír. Parece ser que en esa época eran pocos los que sabían nadar.

Las maldiciones lanzadas en precedencia de la muerte estaban cargadas de un fátum irresistible. En este caso porque también eran una especie de compensación. Y así, con el espíritu trágico y determinista de los griegos, la de Mirtilo habría de cumplirse al pie de la letra.

Tiestes y los atridas Agamenón y Menelao

Entre los descendientes de Pélope estuvo Tiestes, que fue hermano mayor de Atreo, padre a su vez de Agamenón, Menelao y Plístenes, a los que Homero llama atridas por ser hijos de su padre, igual que a Zeus lo llama cronida, por ser hijo de Cronos.

El asunto es que, tal vez siguiendo la ruta de la maldición, Tiestes no tuvo inconveniente en seducir a la mujer de su hermano Atreo. Grave crimen. Consecuencia del mismo, Atreo, que también seguía la maldición, se vengó utilizando el método que su bisabuelo Tántalo había usado ya: mató a los hijos de Tiestes y se los sirvió guisados a su propio padre, en el marco de una gran fiesta.

Lo más lamentable es que en ese ágape no estuvo, como cuando Tántalo hizo lo mismo a Pélops, el tatarabuelo Zeus para reunir los pedazos de los hijos de Tiestes, que bien muertos se quedaron.

Luego, a la marcha del tiempo, los dos atridas Agamenón y Menelao se vieron involucrados en una trama fatalista. Por arreglos de su padre Atreo con el rey de Esparta Tíndaro, también descendiente de Zeus, ambos casaron respectivamente con las dos bellas hijas de éste, Clitemnestra y Helena. Y allí quedaba marcada la tragedia.

Por supuesto ya llegaría la venganza de Tiestes, para la que esperó pacientemente. Al hijo que le quedaba, de nombre Egisto, lo aleccionó para que le quitara la mujer a su primo Agamenón, rey de Micenas, cuando partió para Troya.

La maldición se iría a cumplir, con la participación muy activa de las dos bellas féminas, y de los dioses, que tomaron partido desde antes, en los sucesos inevitables trazados por la Moira y la maldición de Mirtilo. Estos episodios hacen parte de la tragedia *Tiestes* del latino Séneca.

Se mencionó antes que por la infidelidad de la hermosísima Helena se inició la guerra de Troya, si es que el mito de Proteo que atrás se vio no es cierto –claro está que ningún mito lo es–. En esa guerra, como también se dijo, después de diez años, vencieron los aqueos.

Y es así como al regreso triunfante a su patria del gran rey Agamenón, Clitemnestra, perversamente en compañía

de su amante Egisto, le daría una muerte traidora y brutal en el baño.

Crimen tan atroz desencadenó que los hijos de Agamenón, Orestes y Electra, bajo la inspiración de Apolo vengador, dieran muerte a su propia madre y a su cómplice Egisto, en un drama que han destacado con terribles acentos los trágicos.

Consecuencia de tales desarrollos fue que a Orestes y a Electra los persiguieran implacables las Erinias, sin importar la protección que les brindó Apolo. Orestes, pues, habría de refugiarse en el templo de éste, pero hasta allá llegaron ellas con sus vestidos negros y sus hachones ardiendo, cobrando la venganza.

Todo esto, según Esquilo, culminó con un juicio en Atenas presidido por Atenea, en el que también tomaba parte Apolo. Hubo un jurado de conciencia que finalmente dio un veredicto con el visto bueno de Atenea. Y fue tan sabio el fallo al absolver a Orestes, que las temibles diosas Erinias, a partir de allí, se convirtieron en las Euménides, que quiere decir las Bondadosas. Cambiaron incluso su fisonomía y en adelante favorecieron al hombre, como diosas que también eran de la agricultura.

> Hasta aquí, pues, puede verse que, en lo que se refiere a los reyes y patricios aqueos, griegos primitivos y protagonistas de la cultura micénica, existió un parentesco directo con los dioses, más estrechamente con Zeus. De ahí que los doce dioses del Olimpo hubiesen tenido ese nexo de consanguinidad que les daba intimidad con los héroes, es decir con los señores dominantes, los que incluso podían desafiarlos.

Zeus bienechor

Zeus, junto a su hija Atenea, gobernaba Atenas. Era su protector y merecía la adoración de los atenienses, que le daban los nombres de *Prómajo*, que significa defensor, y *Sótirio*, que quiere decir salvador. También lo llamaban Olímpico. Por eso no solo se le atribuía el poder del rayo terrible y asolador, sino que se lo comparaba con el águila por su vuelo sagrado hasta las mayores alturas. Era además el que producía la lluvia y velaba por las cosechas.

Mas no solamente se le rendía culto en Atenas sino en toda Grecia.

Sus virtudes eran ecuménicas. Zeus hacía respetar los juramentos y las promesas. Zeus era el protector de la amistad, y por eso lo llamaban Zeus *filio.* En su honor, igualmente, se celebraban los juegos olímpicos y los demás juegos, conjuntamente con el atletismo, que constituían con el arte y la belleza el entretenimiento y la disciplina de los griegos.

Zeus era severo en los castigos e implacable. Nada alcanzaba a ser más terrible que su justicia divina. Pero se dejaba convencer con bondad por el arrepentimiento sincero del que cometiera falta. Porque, más allá de su severidad, había que considerarlo, realmente, como un dios magnánimo.

Empero, ese dios supremo era un enamorado compulsivo, y hasta se convertía en un personaje juguetón cuando se ideaba las formas más inimaginables para engañar la virtud de sus víctimas. Pertenecen a la picaresca gran parte de sus amores, esquivos a la mirada escrutadora de Hera, mas siempre descubiertos por ella. Y así como Zeus era un amante compulsivo, su esposa Hera fue el ser más celoso que haya existido. Perseguía a su marido con saña y descargaba implacable sobre sus cómplices el peso de su poder, tan grande que era casi similar al de su augusto consorte.

Los hijos de Zeus

Ha de observarse que en verdad Zeus era muy prolífico, lo que debe entenderse por ser el padre de todo lo creado –o casi todo–, incluidas las deidades. Señor todopoderoso del universo, en consecuencia, debían dimanar de él las virtudes que encarnaban esas divinidades y sus defectos, al igual que los arquetipos de los hombres, es decir, los principales héroes y líderes. En general, el orden de la creación.

Lo que explica que cada uno de los nacimientos de los que él fue progenitor tuviesen una importante función en la sociedad y la historia. Veamos entonces cuáles fueron sus hijos, no sin advertir que había muchos otros que no alcanzamos a registrar:

El nacimiento de Atenea o Atena[28]

La primera querida de Zeus fue Metis, la Prudencia, madre además de la Sabiduría. Una oceánide que fue, como ya ha sido dicho, la que le dio la pócima que le haría ingerir a Cronos para hacerle regurgitar a sus hermanos. Después habría de dejar a Metis para unirse a Hera.

Cuando se separó, Metis estaba embarazada. Y vuelve a tomar lugar el mito del temor del padre frente al hijo. Porque le dijeron, igual que en su momento habían hecho con su padre Cronos, que tuviera cuidado con el hijo que esperaba, porque éste habría de destronarlo y asesinarlo. Y fue entonces cuando, repitiendo aquella historia en la que él había triunfado, presa del temor no tuvo inconveniente en ingerir a Metis de cuerpo entero, y con ella al hijo sin nacer, cuyo sexo en esos tiempos no podía, como hoy, saberse anticipadamente.

Agotado un tiempo, digamos que como el de la germinación, le atacó un terrible dolor de cabeza que aun a él, el hechicero mayor, se le hacía irresistible. Desesperado llamó al herrero Hefeistos, y con toda la resolución, le ordenó que le diera un golpe –algunos dicen que un hachazo– allí donde más le dolía. Éste así lo hizo y fue en ese momento cuando, ante sus ojos asombrados, se realizó el prodigio. De su mente nació su amada Atenea, ya adulta y vestida de guerra, con escudo de armas y una lanza, pero inundada de encanto y de sabiduría. La de su madre Metis, por supuesto.

Las Horas

Con Temis, una de las titanes, personificación de la justicia, tuvo Zeus unos amores sencillos y calmados. Como consecuencia nacieron también en igual calma, en primer lugar las Horas (*horai*), que eran tres, y que encarnan con gran sabiduría no solamente las horas del día, sino las estaciones y realmente la medición del tiempo. Filosófico y hasta poético, si se tiene en cuenta que esto fue antes de que existieran los prosaicos relojes, tan imprescindibles.

28 Minerva de los latinos.

Las Moiras[29]

Posteriormente con la misma Temis tuvo por hijas a las Moiras, que también eran tres: Átropo, Cloto y Láquesis, a las que les estaba confiado el destino de los humanos, sin que ante sus designios pudiese interceder ni mediar ninguno de los dioses, ni siquiera el mismo Zeus. Con un hilo manejaban la vida de los hombres desde su nacimiento hasta la muerte. La primera Moira, Átropo, lo hilaba; la segunda, Cloto, lo enrollaba y Láquesis lo cortaba. Y allí moría la persona.

Las Musas

Luego se aparearía Zeus con Mnemósine, titánide hija de Urano y Gea, símbolo de la memoria, con la cual tuvo a las nueve Musas, madres de la sabiduría, la concordia, las artes, la poesía y el canto: Clío, madre de la historia; Euterpes, de la música; Calíope, madre de la elocuencia y la poesía épica; Melpómene, de la tragedia que tanto gustaba a los griegos; Urania, diosa de la astronomía; Terpsícore, de la danza; Thalía, diosa de la comedia; Eratho, de la poesía lírica y Polimnia, diosa de la mímica.

Tenía lógica que estas sublimes deidades de las grandes virtudes y de lo más noble que puede dar el hombre fueran descendientes directas del mayor de los dioses, y que compaginaran con Apolo, de cuyo séquito inmediato siempre hacían parte.

Perséfone[30]

Con su hermana Deméter[31] tuvo Zeus a Perséfone, lo que dio lugar a las más enconada persecución de Hera a la madre. Deméter dio a luz en la Tierra a su muy amada hija, con la cual se desarrollaría después un mito de extraordinaria importancia y significación, que fue su rapto por Hades enamorado, que expondremos adelante.

---

29 Parcas de los latinos.
30 Proserpina de los latinos.
31 Ceres de los latinos.

Apolo y Ártemis O Artemisa[32]

Hablamos de los hijos de Zeus, y uno de ellos fue Apolo, hermano gemelo de Ártemis o Artemisa.

Apolo fue el dios más perfecto que hubo. Su madre fue la titánide Leto,[33] a quien le ocurrió lo mismo que a Deméter. Perseguida por Hera, tuvo que ambular por muchos sitios para dar a luz. Hera había dicho que la arrinconaría en un sitio donde no entrara el sol.

Poseidón le ayudó y en la isla miserable de Artigia –codorniz–, que después se llamaría Delos, pudo sosegadamente entregar a la luz a Apolo y a Artemisa, su gemela. Pronto irían a reclinarse en el Olimpo por la voluntad de su padre y por los méritos de los dos dioses. En capítulo aparte se verá lo concerniente a Apolo y a Ártemis o Artemisa.

Las Cárites[34]

Con Eurínome, según unos, Hera o Afrodita según otros, tuvo Zeus a las Cárites, que eran inicialmente dos, después tres, Eufrosine, Talía y Hágale, las que ganaron –aún la tienen– una gran significación en la música. Andaban en el séquito de Apolo con las Musas y también con Afrodita. Eran diosas de la amistad y de lo noble y hermoso de la vida. De ahí el nombre latino de *gratiae.*

Los reyes vienen de Dios

Las cabezas visibles de los pueblos griegos tuvieron origen en Zeus, como padre que era de los dioses y los pueblos. De esa forma, como estaba establecido que los reyes todos venían del dios mayor, se les daba legitimidad a aquéllos y se consideró hasta la Revolución francesa, que era Dios el que imponía la autoridad de los monarcas; y que ir contra ellos era ir contra Dios. Veamos esa aristocracia divina cómo era:

Helén, cabeza de los helenos, fue hijo de Zeus y de Pirra.

---

32 Diana de los latinos.
33 Latonia de los romanos.
34 Gracias de los latinos.

Lacedemón, origen de los lacedemonios o laconios o espartanos, fue concebido con Taigete, madre a su vez del Taigeto.

Argo, dios de los argivos, fue engendrado con Niobe.

Macedón, cabeza de los macedonios, fue engendrado con Tía.

Cres, cabeza de los cretenses, fue concebido con Ida.

Los amores de Zeus

Muchos de sus innúmeros amores fueron conquistas fáciles. Otras no, y el padre-dios tuvo que recurrir a subterfugios y supercherías para lograr su objetivo.

Europa. A la ninfa Europa la enamoró disfrazado de toro blanco. Retozaba Europa en una playa de Tiro con otras ninfas. Zeus llegó subrepticiamente con la forma de un hermoso toro blanco; y con su ternura y la mirada ardiente conquistó a la ninfa, a la que raptó corriendo con ella hacia el mar donde luego, llevándola en sus lomos taurinos, navegó hasta Creta, y allí la amó con la pasión de un dios en el cuerpo prestado de un toro. Pero para el dios no podía existir incomodidad.

Leda. Era una hermosa mortal, esposa del rey espartano Tíndaro, del que ya se habló, madre de Cástor y Pólux, igual que de Clitemnestra y Helena, la del rapto. Zeus, cautivado por su belleza, se le apareció en forma de cisne y la poseyó, tal vez con la misma incomodidad del toro. Pero se dijo que había tenido con ella dos hijos: Pólux y Helena.

Dánae, era así mismo una mortal, hija de Acrasio, rey de Argos. Éste, en virtud de la ya comentada socorrida profecía, surgida de un oráculo, que le aconsejaba que debía impedir que su hija tuviera un hijo porque él habría de destronarlo y quitarle la vida, la encerró herméticamente en una torre. Como Zeus no pudo seducirla en su forma natural, además porque ningún mortal soportaría la presencia del dios en toda su intensidad, se le apareció en la torre en forma de lluvia de oro. Y concibió al héroe Perseo. Luego hablaremos de esta historia y de la profecía, que sí se cumplió.

Asteria. Ninfa hija de Febea. Zeus se enamoró perdidamente, pero ella, con gran virtud, lo rechazó y huyó por el bosque, con la solidaridad de los animales y los árboles. Como la persecución continuaba, utilizó un recurso extre-

mo: convertirse en una codorniz y arrojarse al mar. Ya en el océano, con la mano vengativa de Hera de por medio, se convirtió en la isla desierta y solitaria llamada inicialmente Artigia, que quiere decir codorniz. Después cambiaría el nombre por Delos, cuando clandestinamente allí llegó la perseguida Leto a dar a luz a Apolo y a Artemisa. Y se convertiría en una hermosa isla de regocijo y de vida.

Antíope. Es una bella y triste historia. Antíope era hija de Nicteto, rey de Tebas. Doncella y hermosa, atrajo las miradas libidinosas del dios mayor. Y en menos de lo que se puede imaginar, Zeus tomó la forma de un sátiro, con patas de chivo. La poseyó en el bosque sin que valiera la resistencia de la princesa. Pero Nicteo, su padre, era un ser muy celoso, y lejos estuvo de aceptar el cuento de la hija. De modo que, agitado y furioso, iba a imponer el más terrible castigo a Antíope, quien despavorida, como pudo, huyó por los bosques.

Y así la profanada doncella pudo llegar a Sición, donde gobernaba un rey llamado Epopeo, que no solo le dio asilo sino que se enamoró de la deslumbrante belleza de Antíope y la hizo su esposa.

El furor de Nicteo subió de punto y se fue con un gran ejército punitivo a Sición. Pero en las batallas se hiere, se mata o se muere. Manes de las Moiras, Nicteo cayó herido. Entonces, antes de morir, nombró rey a su hermano Lico, que era más perverso que él, y le hizo prometer que vengaría su muerte y castigaría a su hija.

Así lo ofreció Lico y así lo cumplió.

Días después logró apresar a su sobrina, a la que, según la mujer de Lico, Dirce, sometió a sus deseos. Cuando la llevaba para Tebas de regreso, Antíope dio a luz a los dos hijos que le había dejado Zeus. Se llamaron Zeto y Anfión. Pero Lico no la dejó llevarlos, sino que los entregó a unos campesinos para que los criara. Días amargos esperaban a la desgraciada mujer. Porque Dirce la encerró en una torre en muy malas condiciones y la hacía objeto de agravios y crueles castigos. Empero, Antíope era experta en fraguarse fugas, y volvió a escaparse. Se fue al bosque y de allí pasó, seguramente con la ayuda de algún dios amigo –no de Zeus que, cometido el pecado, nada dijo ni hizo para favorecer a su víctima– , al lugar donde había dejado a sus hijos –ya

grandes–, a los que contó a plenitud la amargura de sus desdichas.

Ellos, hijos del dios mayor al fin y al cabo, se fueron a Tebas cargados de venganza –manes de Némesis– y dieron muerte a Lico, mientras a la perversa Dirce la amarraron a un toro bravo que la arrastró hasta darle una muerte ignominiosa. Realmente estaba vengada la larga cadena de sufrimientos de Antíope. Por lo menos así parecía.

Pero dijimos cómo la veleidosa Tique cambia las cosas de un momento a otro. Lo peor estaba por venir. Porque Dirce, devota de Dionisos, convocó al dios antes de morir. Indignado éste le descargó un castigo afrentoso a la pobre Antíope: la enloqueció como había hecho Hera con él mismo, cuando debió vagar por el mundo sin encontrar otra mano amiga que la de Proteo, en Egipto. Este escurridizo dios lo acogió y le devolvió la cordura, para bien del vino, que sembró en esas tierras bañadas por el Nilo. Irónico también que hubiera sido el bueno de Dionisos quien cobrara con una hechicería que él mismo había padecido, una venganza injusta contra un ser atropellado e injuriado sin razón o motivo alguno.

Mas, como también se dice desde aquellas lejanas épocas, no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista –otra mentira–. Y he aquí, pues, que un hombre bueno estaba llamado a reparar tanta injusticia. Se trató de Foco, nieto de Sísifo –del que también hablaremos posteriormente–, el que hizo aparición en el conmovedor drama. Enamorado igualmente acogió a la ultrajada, la cuidó, la curó, la vistió como una reina y se casó con ella. Al final, un cuento rosa con expiación y reivindicación del cruel infortunio. O sea que el mito recoge los eternos altibajos de la vida humana, con triunfo reparador de la justicia.

Ganímedes. Era un mancebo hermoso, de origen troyano. Su radiante belleza enloqueció a Zeus que, como todos –o casi todos– los griegos y romanos, también jugaba en esa pista. Y lo secuestró en el monte Ida de Frigia, transformándose el olímpico dios en águila, sin importarle esta vez Hera o cualquier otra deidad. Se lo llevó de una vez al Olimpo en cuerpo y alma donde le adjudicó el honroso cargo de escanciador o copero de los dioses.

El advenimiento, primero de Zoroastro con el dios único Aura–Mazda, luego del judaísmo con Javé y finalmente del judeo-cristianismo, fue dando paulatinamente una visión religiosa a sus propios pueblos, que se fue extendiendo universalmente en un largo proceso histórico tendiente a la concepción religiosa alrededor de un solo dios. Y a partir de allí se fue llamando paganismo a la religión griega y a otras multideístas. Esta obra no pretende entrar en el tema religioso, porque lo que interesa al autor es identificar la existencia del mito como un antecedente histórico social.

Pero es de resaltar de qué manera toda esta teogonía responde a un sentimiento del ser humano representado por el pueblo que mayor inteligencia demostró en todos los campos del saber. Ese sentimiento de identidad con sus propios dioses desentrañaba cada uno de los aspectos psicológicos, de las debilidades, temores, vicios, bondades, impulsos y tendencias que caracterizan al hombre. Por cada uno de tales elementos síquicos se creó un dios, aunque bien pareciera que era el dios el que creaba en el hombre esos aspectos. Y cada dios era idéntico al hombre en su aspecto exterior, para poder comprenderlo casi como a un ser humano. Pero tenía el poder supremo del rayo, la saeta o la flecha, y en especial de la hechicería, para que el hombre supiera del respeto y la adoración a que estaba obligado.

Asclepio, padre de la medicina

VI

Hera[35]

Hera fue la reina del Olimpo y todo lo presidía al lado de su esposo Zeus. Se la consideraba bella y muy poderosa. Encarnaba varias virtudes, la primera de ellas, la lealtad, entendiendo en ella la fidelidad conyugal, en época en la que, después de un largo tiempo de poligamia, los griegos habían adoptado como costumbre general la monogamia. Mas la lealtad no solo comprendía las relaciones matrimoniales, sino que en ella había que incluir todo lo relativo a la amistad y los negocios, en fin, todas las derivaciones de la vida.

Y cuando eso se daba en la devoción a Hera, ésta superaba en el otorgamiento de dones y protección a cualquier otra deidad. Todo lo noble: el heroísmo, el valor, la laboriosidad y la familia, tenían bajo su advocación a su patrona y protectora. Las novias castas, los novios jóvenes, los contrayentes matrimoniales, los hijos recién nacidos y en general las buenas costumbres, eran consagrados a esta hermosa diosa.

---

35 Juno de los latinos.

Pero de igual modo en Hera se identificaba una capacidad vengativa terrible. Se tornaba vindicativa y furiosa cuando profanaban sus virtudes y sus fueros. Y por supuesto todos los dioses, incluso su marido y hermano Zeus, le temían no obstante que, en el caso de éste, no se abstuviera de hacer todo lo que a ella le parecía más abominable que eran las infidelidades conyugales.

Porque, como ya se ha visto, Zeus era infiel por naturaleza. A diario pasaba revista por todos los rincones en la deliciosa tarea de encontrar un nuevo amor. Y en ese caso la ira de su consorte se hacía sentir con furia irreflexiva, especialmente contra aquella mujer, deidad o mortal, que se atrevía a profanar sus derechos de esposa.

Se decía que había nacido en Samos, donde con el tiempo habría de construirse un imponente santuario conocido como el Heraión. En realidad lo que quiere decir esa tradición es que fueron los habitantes de esa ciudad los que la crearon, adaptada a toda esa cosmogonía que recogen Hesíodo y Homero.

No obstante, fue en Argos donde más devoción se le tuvo y se le construyó un templo mayor. Eso obedecía a que fue allí donde, ya crecida, la vio Zeus que andaba en el eterno plan de enamoramiento. Estaba ella en la montaña Kókigas –que quiere decir golondrina– cuando el galán la vio. Y acudiendo a sus trucos y hechicerías se convirtió en una pequeña golondrina que, por lo aparentemente débil y desprotegida, mereció que Hera la acogiera y le diera el calor de sus manos y de sus senos, con mimos y ternura. Cuando eso estaba ocurriendo, Zeus recuperó su forma y figura y ella no pudo resistirse. Pero sí le exigió, antes del suceso, que prometiera con su palabra de dios supremo que se casaría con ella agotado el coito, palabra que cumplió cabalmente. Aunque jamás consagró a ella su fidelidad de marido, como ya se ha visto.

Lo hermoso de esta historia es que la golondrina es el ave que preludia la primavera y la fertilidad de la tierra, por lo cual a Hera se la representaba siempre con una golondrina en su cetro.

Los hijos de Hera

Hera tuvo con Zeus tres hijos legítimos: Ares,[36] que era el dios de la guerra; Hebe, la diosa de la juventud, escanciadora de los dioses antes de Ganímedes y posteriormente esposa de Heracles; e Ilitia, patrona de los obstetras, como que era la diosa de los partos.

El deforme Hefeistos era igualmente hijo de Hera. Unos dicen que también lo fue de Zeus, otros dicen que no, que fue solo de Hera. Bien oscuro, gibado y feo, realmente a Hera le dio vergüenza de él. Y qué decir de Zeus: legítimo o bastardo, lo odió por feo y lo arrojó del Olimpo, a raíz de una de sus habituales peleas domésticas con la esposa, en la que Hefeistos, hasta allí buen hijo de su madre, salió a favor de Hera, en gesto que tampoco ella agradeció nunca. Fue tanta la violencia con que lo lanzó, que al caer en la Tierra, en la isla de Lemnos, del brutal golpe quedó además cojo para toda la vida.

Fue un ser laborioso. Aprendió la forja de los metales y nadie como él llegó a dominar ese arte. En realidad era el dios del fuego salido de las entrañas de la Tierra, y del trabajo. Los latinos lo llamaron por eso Vulcano. Y esa también la razón para que haya caído en una tierra volcánica como Lemnos. Además fue él quien con gran ingenio y por encargo de Zeus, como antes se vio, hizo a Pandora. Y también fue a él a quien robó el fuego sagrado Prometeo. Se hablará de Hefeistos con más espacio adelante.

La ninfa Io

Hay una conmovedora historia de injusticia y dolor, pero al mismo tiempo de reivindicación, como un cuento de hadas, atribuida a los celos enfermizos de Hera.

Es la historia de Io, la doncella ninfa hija de Inaco, un dios titán que era un río. Sobra decir que era bellísima. Zeus, ambulatorio galán, la sorprendió y se enamoró perdidamente de ella. Pero sabía que Hera no le perdía el ojo. Entonces yació con la ninfa en un claro del bosque, junto al río. Pero para engañar a Hera, sucedido el refocilamiento, mientras

36 Marte de los romanos.

dormían apaciblemente en la pradera, le dio a la dulce ninfa la forma de una vaquilla blanca.

Hera los vio y no se tragó el cuento. Bajó a la Tierra y puso en evidencia a Zeus, quien es natural que le temiera como marido culpable. Éste insistió en que se trataba de una hermosa vaca. Hera, "con ojos de novilla", siguió la corriente y pidió a Zeus que, como la vaquita era tan bella, se la regalara. Zeus no pudo rehuirse y la obsequió, indefensa, a la perversidad de la diosa.

Hera, conocedora ya de toda la historia, la llevó a la custodia del gigante Argos, que tenía cien ojos. Era imposible que los pudiera cerrar todos al mismo tiempo para dormir. Y bajo su vigilancia insomne la desgraciada Io, convertida en vaquilla hermosa, atraía la concurrencia de los vecinos, pues su belleza se volvió legendaria. Hasta los padres de la ninfa fueron a ver a la vaquilla, pero sin sospechar que esa era su hija por la que habían llorado. Ella, desesperada, mientras pasaba el tiempo, haciendo un gran esfuerzo logró escribir su fácil nombre con una pezuña. Pero de nada servía, pues como se sabe, la voluntad de la diosa era implacable cuando se trataba de los amores de su marido.

Zeus no dejó, como había hecho con otras, tirada a su suerte a la infeliz Io. Un día mandó al inteligente y astuto Hermes, acompañado de la flauta siringa de Pan, a visitar a Argos. Hermes, para disimular su visita, se disfrazó de pastor. Y trabó conversación con el desconfiado Argos. Luego sacó la siringa –recuerdo de la ninfa Siringe, de la que hablaremos luego– y con ella interpretó la música más seductora, hasta el punto que, conmovido, lloró el celoso guardián con sus cien ojos. Pero después lo hizo entrar en trance y en un sueño. Mas no se cerraban todos sus ojos.

Entonces Hermes tañó sus más bellas melodías y entonó la composición que había hecho el propio Pan en la que contaba la dolorosa y triste historia de la ninfa, que se transformó en caña para evitar la persecución de aquel fauno enamorado. Y prosiguió el canto acerca de cómo, desconociendo Pan la transformación que se había operado, muy desconsolado cortó la caña e hizo la flauta con la que tocaba Hermes. Actos deliciosos de hechicería, que al fin lograron el propósito perseguido, porque finalmente, muy conmovido y lloroso, el gigante Argos se durmió como un infante.

Sus cien ojos se cerraron todos y mientras roncaba como un niño, el diligente Hermes, que había esperado ese momento, con su alfanje de plata le cortó de un solo tajo la cabeza.

Muerto el gigante, Hermes salió triunfalmente con Io, aún convertida en bovina.

Grande fue la ira de Hera. Lloró como esposa triste y abandonada. Sacó los cien ojos de Argos y los llevó a las plumas del pavo real, que desde entonces los ostenta en el extremo de ellas, y persiguió por tierra, mar y aire, despiadadamente y sin alma, a Hermes y a la vaquilla.

Cuando iba huyendo de la persecución de Hera, Io se sumergió en el mar y tornó las aguas de un azul intenso. Se lo llamó Jónico, que en griego es Ionios, en recuerdo de aquella dulce ninfa.

Finalmente Hera solo cesó su férrea persecución y se ablandó cuando Zeus, con un gesto amoroso –y muy inteligente–, buscó de nuevo sus favores sexuales. Una seducción que terminó en el lecho y trocó en sonrisa la furia huracanada de su mujer.

Y así, ante las súplicas del marido y la promesa, bajo palabra de dios, de no volverla a ver, Hera asintió en que Io retornara a su forma primitiva de ninfa, aún muy bella. Pero debió marchar desterrada a Egipto, donde volvió a ser dulce, bella y tierna, aunque muy triste.

Tifón

Cuando Atenea nació de la cabeza de Zeus, armada, y entró éste con ella, majestuoso al Olimpo, Hera tembló de la ira. Suponía que le estaba siendo arrebatada su función exclusiva e insustituible de procrear los hijos de su marido. Pero él no se daba por aludido, como que al fin y al cabo era el padre universal.

Entonces, deprimida, Hera se fue a las profundidades del Océano y lloró su desgracia. Se separó de Zeus y pidió a todos que le ayudaran a tener un hijo suyo propio, sin la participación traidora del esposo que amaba, pero que en ese momento, por la atracción de los contrarios, odiaba.

Las diosas del mar y de la tierra concurrieron a expresar su solidaridad a la esposa triste. Y fue tal la concentración de todas en el esfuerzo sobrehumano para que Hera conci-

biera sin varón, que Gaia, la madre de todas, al terminar el ejercicio la sintió grávida.

La rodearon de las más altas consideraciones y mimos en la etapa dulce de la espera. Finalmente nacería su propio hijo, que ella soñaba habría de ser bello, no solo acorde con la hermosura de la madre, sino con el desafío que le había planteado al desleal Zeus. No se repetiría el fracaso que tuvo con el feo Hefeistos, porque esta vez había concurrido el esfuerzo mental colectivo de todas las diosas. No podía fallar.

Pero no fue así. El ser que nació era monstruoso, sin forma humana: Tifón, dios del Mal para los egipcios, serpiente gigantesca que vomitaba fuego. Hechicería pura.

Hera, llena de vergüenza, retornó al Olimpo, pero no como Zeus victorioso y pleno de orgullo con la hermosa Afrodita, sino con el monstruo que había parido su orgullo.

Tifón no solo era un ser horroroso, sino que naturalmente llegó a importunar a todos los dioses, sintiéndose él mismo dios, que lo era desde el punto de vista de la lógica. Pero hubo algo que definitivamente no era aceptable ni razonable para ninguno de los inmortales: es que pedía una esposa divina.

Insoportable se volvió para Zeus y para la propia progenitora. Fue entonces cuando, por voluntad de aquel, fue llevado al sitio donde Pitón custodiaba el templo de Gea, que posteriormente habría de ser el Oráculo de Delfos. Y allí vivió Tifón al lado del otro ofidio al que Apolo habría de dar muerte. Pero saldría de allí, cuando la guerra de la Titanomaquia, a combatir a Zeus y a sus aliados. Y no tuvo inconveniente en enfrentarse a éste, al que casi mata como se vio al comienzo, y finalmente fue vencido por Zeus con la ayuda de Pan con su grito, de Hades con su Kinei y el rayo de los cíclopes fulgurado por el rey del Olimpo.

Cuando esto ocurrió, Tifón fue conducido al fondo del mar y confinado por el resto de la eternidad.

Los hijos de Hera con Zeus

Hijos legítimos suyos con su esposo fueron, como ya se dijo:

Ares, el hermoso pero agresivo dios de la guerra.

Ilitia, la importante y noble diosa que ayudaba a las parturientas a tener sus hijos sanos.

Hebe, diosa de la juventud, hermosa y noble. Era la escanciadora de los dioses antes de Ganímedes.

Otros hijos putativos

La reina de los dioses, además, fue madre de crianza de personajes de la leyenda y el mito tan curiosos y disímiles como Tetis, la Hidra de Lerma, el León de Nemea y el dragón que custodiaba las manzanas del Jardín de las Hespérides, que fueron objeto, en su mayoría, de los trabajos de Heracles,[37] que miraremos al final.

En resumen puede decirse que Hera jamás consintió que su esposo fuera tan pródigo en aventuras amatorias, que en el caso de Zeus podían ocurrir en cualquier parte, abierta o cerrada, y en circunstancias y formas absolutamente increíbles. Las combatió con ardentía y se tornó en el ser más odioso y vengativo. Fue insidiosa, criminal, cruel y alevosa. Pero a pesar de todo ello, Zeus la amaba y la deseaba con un furor interior que nunca cesó.

Para tener una idea de lo que el Cronida sentía en su presencia, vale la pena traer estas palabras de Homero, cuando Hera llega a buscar a su esposo al Gárgaro, la cumbre más alta del Ida en el Olimpo. Va en cierta forma a despedirse, pues inicia un largo viaje a las profundidades del mar, en busca de Océano y Tetis, que han roto su relación amorosa, con el fin de reconciliarlos. Pero Zeus, tan pronto la ve, se excita sin control y le dice:

"¡Hera! Allá se puede ir más tarde. Ea, acostémonos y gocemos del amor. Jamás la pasión por una diosa o por una mujer se difundió en mi pecho, ni me avasalló como ahora: nunca he amado así, ni a la esposa de Ixión, que parió a Pirítoo, consejero igual a los dioses, ni a Dánae Acrisione, la de los bellos talones, que dio a luz a Perseo, el más ilustre de los hombres; ni a la celebrada hija de Fénix, que fue madre de Minos y de Radamantis igual a un dios; ni a Sémele ni

37 Hércules de los romanos.

a Alcmena en Tebas, de la que tuve a Heracles, de ánimo valeroso, y de Sémele a Dionisos, alegría de los mortales, ni a Deméter, la soberana de las hermosas trenzas; ni a la gloriosa Leto; ni a ti misma: con tal ansia te amo en este momento y tan dulce es el deseo que de mí se apodera".

Ante tal proposición anhelante, Hera hizo algunas observaciones recatadas sobre no amarse a la intemperie y a la vista de los otros dioses. Mas Zeus, urgido por los deseos, remató los remilgos de su esposa: "*¡Hera! No temas que nos vea ningún dios ni hombre. Te cubriré con una nube dorada que ni el sol, con su luz, que es la más penetrante de todas, podría atravesar para mirarnos".* Y así retozaron, a pesar de la premura que traía Hera, con los ardores punzantes de la carne divina y la sed insacible de dos adolescentes.

Realmente lo que se tiene es el cruce pasional del sexo, que todo lo mueve desde los comienzos de la humanidad: con la infidelidad sedienta de otros amores y aventuras, que se refleja en el monarca de los dioses, procreando en todas partes, porque esa era su función creadora. Resalta el claro contraste con la fidelidad de Hera, pensando en el hogar y en la monogamia que acababa de entronizarse en la sociedad griega, después de ese período tan largo de poliandria. Mas es de destacar que, a pesar de tales infidelidades éste amaba tiernamente y con deseos acuciantes a su bella y temible esposa.

En cuanto al mito sobre los hijos de Hera es altamente instructivo. El que concierne a su hijo abominable Tifón se torna, si se medita en él, en un filón de gran alcance filosófico. Porque era de esperarse que un ser tan perfecto en belleza física y espiritual como la diosa, además ayudada por sus ancestros divinos y la madre Tierra en el propósito de procrear un hijo perfecto sin padre, como hizo Zeus con Atenea, debía de haber engendrado a otro ser maravilloso. El resultado obtenido, el monstruoso y abominable Tifón, es ilustrativo de que el orgullo y la falta de amor no pueden engendrar ni la bondad ni el bien. Como escribió Valencia, "El hombre como el huevo, en nido de dolor será serpiente…". Y los dioses también eran hombres que conocieron el amor y el dolor.

En relación con Ares, su hijo predilecto, puede decirse que éste es por cierto el reconocimiento a la expresión belicosa del hombre, a su eterna violencia, al espíritu agresivo y malhumorado, elevado a la función pública y divina. Así hemos sido y seguramente seremos los seres humanos.

Pero también tiene nacimiento en Hera Ilitia, la noble protectora de las madres cuando paren en medio de dolorosas contracciones. Esta función de la hija es propia de la madre como la esposa del soberano de los dioses.

Igual cosa cabe decir de Hebe, la siempre adolescente y pura doncella, floreciendo a la vida y, por lo tanto, símbolo y protectora de la juventud. Habría de casarse con Heracles, cuando éste ingresó al Olimpo y Hera reconoció su pecado de persecución sobre él, como se verá en el último capítulo de este libro.

Deméter, Ceres de los romanos

VII

Hestía[38]

Fue la diosa más importante, después de Zeus y de Hera, sus hermanos. Ella, como éstos, fue hija de Cronos y de Rea, y por algún tiempo no identificable, vivió en las entrañas de Cronos. Hestia fue uno de los hijos que éste engulló, con el temor de que se cumpliera la eterna profecía del destronamiento y muerte del padre por el hijo, que, a pesar de esa medida preventiva tan aterradora, habría de cumplirse fatalmente, como se vio atrás.

Pero Hestia no era importante por ser hermana del poder supremo, ni por ser mayor que Zeus, como que fue la primogénita. No. Fue importante por su eterna bondad. De su poder no se escapó nunca una injusticia. Y derramó sobre los seres humanos su infinito amor, razón por la cual éstos reconocieron en ella a su bienhechora sin que en ello contara el temor que infundían los dioses, sino el amor más puro de que cada uno era capaz.

---

38 Vesta de los romanos.

Era discreta y sencilla, y como jamás participó en las discusiones de los dioses, menos en una guerra, no figuraba en los frisos ni en las pinturas. Cuando Dionisos fue introducido al Olimpo después de haber vagado loco por el mundo, ella con la mayor nobleza le cedió su lugar preeminente y se fue humilde a vigilar el fuego sagrado. En realidad no tenía hazañas qué resaltar. No obstante, su solo nombre inspiraba la confianza y la fe que producían los milagros del diario vivir. De allí que, aun por mandato de Zeus, que también la respetaba y amaba tiernamente, su imagen y advocación estuvo en todos los templos de los diferentes dioses, aun en los del rey de ellos.

Ovidio narra una historia un tanto cómica. Príapo, el hijo de Afrodita y Dionisos, encarnación del sexo desenfrenado, una noche borracho trató de violar a Hestia que dormía. Tenía el enorme falo levantado como un mástil. Y en los momentos en que iba a dar el asalto, el burro de Sileno rebuznó desesperadamente despertando a todos. Y allí quedó en ridícula evidencia el horrendo Príapo, que tuvo que devolverse con el rabo entre las piernas, avergonzado.

Hestia era la deidad del hogar por excelencia. Su nombre en griego significaba el fuego doméstico que ardía en cada casa. Ese fuego que había entregado Prometeo a costa de tantos tormentos para él, se consagraba en las viviendas a quien, después de Prometeo encadenado, defendió a los seres humanos y supo acercárseles con su distintivo fundamental que era el amor. El amor que no quería sexo ni tenía interés diferente a ese sentimiento de afecto puro. Era pues el fuego de Hestia, es decir el hogar, que todos tomaban de su templo y llevaban al sitio donde vivían para que fuera santificado por la diosa.

Cuando los griegos, en la plenitud de su florecimiento, fueron a fundar colonias en otros lugares del Mediterráneo, llevaban indefectiblemente en sus barcos la llama que habían encendido devotamente en el templo de Hestia. Y si se les apagaba la volvían a encender frotando dos maderos, uno de los cuales hacían rotar sobre sí mismo encima del otro. La forma primitiva. O, conforme lo conocieron después, por medio de un cristal con cierto poder de aumentar los rayos del sol. Así seguía siendo, naturalmente, el fuego sagrado.

Hestia era virginal. Como debían serlo sus sacerdotes y vestales. En una oportunidad, motivados por su dulzura, se enamoraron de ella Apolo y Poseidón y ambos quisieron poseerla a la manera de los dioses, sin pedir permiso. Pero Hestia logró esquivarlos y fue ante Zeus, le puso una mano en la cabeza y juró por él, que era lo más sagrado, que jamás conocería un varón. Y en adelante un dios tan libidinoso como su hermano Zeus, la hizo respetar de todos.

Era a ella a quien primero, en toda reunión, se le hacían las ofrendas, incluso antes que a Zeus. Y a la que se le consagraban, por encima de los demás dioses, los sacrificios más tiernos: terneras de menos de un año, con lo que se hacía alusión a su virginidad.

Se puede alguien preguntar: siendo tan discreta, ¿cuál era la razón para que todos la veneraran con tanta unción por encima de las otras deidades? La respuesta es simple: porque era la diosa del hogar, esto es, de la familia que ella protegía. Propiciaba el amor entre los padres y de éstos a los hijos y de los hijos hacia ellos mismos, en un conjunto sabio inspirado por esa diosa virginal que tendía su manto protector sobre todos.

En otras palabras era la paz primigenia de la familia congregada, sin disputas, como una ambición primordial del ser humano. Algo que seguramente no era tan fácil en una sociedad donde los griegos decían que tenían esposas para procrear hijos, concubinas para divertirse y si les alcanzaban los recursos, aún quedaba una instancia superior, que era el ambiente de la cortesana, donde se refinaba el espíritu en todos los aspectos. No ha de olvidarse que Sócrates asistía a la tertulia de Aspacia, la cortesana, de tanta inteligencia que logró cautivar a Pericles y hacerlo su marido.

Por cierto que fue Hestia la que enseñó a los hombres a construir sus casas con bloques de barro y arena secados al sol y luego pegados con la misma mezcla.

En cada ciudad o aldea se construía un templo expuesto al aire, con el fuego sagrado en el centro, que era el *Pritanción,* o templo de Hestia, pero al mismo tiempo lo era de todos los demás dioses. Y era en ese lugar donde se reunía normalmente el pueblo y donde hacían recibimiento a los embajadores y visitantes ilustres. Al mismo tiempo era allí donde acudían los que partían en funciones de comercio,

o a la guerra, o a la aventura, para pedir el auspicio de la amorosa Hestia.

> Hestia fue una diosa tan importante porque en ella la imaginación popular creadora no puso los elementos imperfectos, pero humanos, de las pasiones, de los vicios, de los robos de que era patrón Hermes, ni de los homicidios de que también lo era Ares, o de de los celos furiosos de Hera o las infidelidades de Zeus o los trucos eróticos de Afrodita y Eros. No. En Hestia se congregaba la mayor nobleza, la ternura, la pureza, el amor familiar y de los amigos, como el más acendrado don que puede surgir del ser humano. En otros términos, era la más pura encarnación del bien.

Afrodita, Venus de los romanos

VIII

Hefeístos[39]

Vimos cómo, según unos, era hijo de Hera y Zeus. Según otros, solo de Hera, versión que parece más aceptable, comoquiera que Zeus produjo hijos muy hermosos. Hera en cambio, cuando obraba de rueda suelta, solo engendró y parió un monstruo como Tifón. Por eso seguramente Hefeistos, también fue su vástago exclusivo. "*Por ser yo cojo –se quejaba–, Afrodita, hija de Zeus, me cubre continuamente de deshonra. Ama a Ares el destructor, porque es hermoso y tiene las piernas derechas, mientras que yo soy defectuoso de nacimiento. Pero la culpa no es mía sino de mis padres…*"

También se narró que, sin poder tolerar su fealdad, Zeus, a raíz de una de sus frecuentes peleas con Hera, cuando Hefeistos salió en defensa de su madre, lo cogió de una pierna y lo arrojó con tanta fuerza sobre Lemnos que quedó cojo. Dios volcánico y por lo tanto dios del fuego.

Pero esa no es la sola versión que existe. Se cuenta igualmente que, por el horror que le dio a Hera la visión muy morena del neonato –un poco quemadito por los volcanes–,

39 Vulcano de los romanos.

con giba y exageradamente feo, resolvió dejarlo expósito en el mar a su suerte. Mala madre.

Y allí, la noble Tetis y Eurínome, lo recogieron y lo llevaron a la cueva de Nereo, otro de los antiguos dioses del mar, donde se crió con cariño y practicó, como ninguno otro desde entonces, la herrería y la forja.

Ya adulto, llegó la hora de la venganza. Dulce. La planeó con singular inteligencia. Es de advertir que en su alma todo se podía albergar, menos amor por su madre. Pero lo fingió y le mandó tiernamente un trono de oro en el que había gastado un tiempo largo de trabajo y meditación. Sobra decir que esa silla no tenía par con ninguna otra. Ni siquiera con el trono de Zeus.

Dionisos, otro dios discriminado al principio y objeto de las iras despiadadas de Hera, porque amaba mucho el vino y porque era hijo de Zeus con Sémele, ya reivindicado de la locura con que Hera lo castigó y muy seguramente por coincidencia, sirvió de mensajero y llevó la silla. Todos los dioses quedaron deslumbrados con el trabajo tan fino.

Hera, la de los níveos brazos, quizás avergonzada con su comportamiento inicuo de madre, ante una respuesta tan noble de su hijo, muy agradecida de inmediato y haciendo alarde de toda su majestuosidad, se sentó en la silla. Su orgullo le duró poco tiempo, porque instantáneamente se dio cuenta de que todos sus hermosos y blancos miembros quedaron atrapados en el mueble, como si fuera una mosca en esas telas almibaradas. ¿Por cuánto tiempo? Imposible calcular como que trabajamos con la eternidad.

Cuando había pasado un largo período con Hera tullida en su silla de oro, a pesar de los esfuerzos conjuntos de todos los dioses, incluidos los del propio Zeus, para liberarla, no tuvieron más remedio que llamar a una asamblea de inmortales en orden a resolver, de consuno, el que ya era un gravísimo problema. Y concurrieron la totalidad de los dioses esforzados y aun los titanes que habían sido leales en la Titanomaquia y la Gigantomaquia, intentando todos la liberación, sin lograrlo.

Acudió Zeus, entonces ya desesperado, a su hijo el híspido dios de la guerra Ares, enamorado desde antes

–como el mismo Zeus– de Afrodita, para que fuera hasta la caverna de Hefeistos y lo convenciera de dejar libre a su madre. Mas cuando Ares llegó a los dominios del herrero fue bombardeado con terribles descargas de fuego. Cobardemente, ignorando su misión, regresó.

Comisionaron entonces al mismo Dionisos, amigo de Hefeistos por lo discriminados que ambos eran, y quien había llevado la silla. Éste lo recibió amable. Y como Dionisos tenía su magia particular, cuando lo invitó a paladear el vino exquisito que llevaba, el herrero bebió encantado hasta la embriaguez. En este estado, y muy sin conciencia, lo llevó en un asno al Olimpo. Cuando volvió en sí, disgustado al darse cuenta en donde estaba, quiso regresar. Pero no lo dejaron porque los dioses todos lo rodearon de zalemas y adulaciones.

Hefeistos entonces, que todo lo tenía planeado y era muy inteligente, vio calva la ocasión y pidió dos cosas: primero, ser recibido en el Olimpo con todos los honores; segundo, nada más y nada menos que la mano de Afrodita. La fábula de la bella y la bestia. O mejor, la inteligencia alcanzando la belleza.

Afrodita tembló mientras Zeus decidía. No había salvación. El chantaje era perfecto e insuperable. Pero además era la oportunidad del padre de los dioses para desquitarse con la bella diosa, que había rechazado sus requiebros. Y accedió a las demandas del herrero, para acibarar el rencor de la hija póstuma de Cronos. Afrodita, pues, ante el mandato del rey del Olimpo y la gravedad de la situación en que se encontraba Hera, no tuvo alternativa ni voluntad propia. Hubo de aceptar, aunque a regañadientes, y se casó con el más feo.

Claro que no fue bueno haber contraído esas nupcias, que no auguraron amor ni fidelidad. El amor con Afrodita debía ser piel, huesos, sangre, boca volcánica y ardor en las entrañas. Ninguna de esas cosas podía dar el bueno de Hefeistos, un obrero incansable.

De donde la bella diosa, insatisfecha y buscando la atracción de la violencia con que a veces se engaña el amor, tenía que mirar a Ares y seducirse por él. De estos episodios hablaremos después.

La elaborada venganza del Cojo con su madre es no solo dulce y deliciosa, sino que tenía, como se ve, un transfondo ambicioso y muy audaz: casarse con Afrodita y reinar en su lecho, así fuere por una noche. Ese era no solo un triunfo de la inteligencia sino un goce infinito por el que cualquiera daría la vida. Y Hefeistos lo logró con astucia y hechicería.

En adelante todos lo apreciarían y respetarían, no solo porque era noble, imponderable en el trabajo y de una inteligencia como pocos, sino porque, en el evento de que lo ofendieran, tenía una capacidad superior a la del ofensor para desquitarse con gran eficacia.

Pero preciso es recordar, para agrandar la admiración por él, que fue su mano la que, por encargo de Zeus, hizo a la mujer. Y la hizo perfecta. O casi, si se recuerda el toque de Afrodita y el de Hermes.

Los Cabiros y los Telquines

Los Cabiros eran espíritus inmortales, no dioses olímpicos, pero tenían existencia corporal y una función específica. Algunos, con error, los han considerado demonios. Este concepto no existió en Grecia en la forma en que el cristianismo lo concibe. Había dioses buenos y malos, dioses mayores y menores. Pero después de la Titanomaquia y la Gigantomaquia, los que subsistieron eran considerados simplemente deidades.

Los Cabiros fueron hijos de Hefeistos y de Cabira, una hija de Proteo. O sea que eran divinidades volcánicas por su padre, y del mar por su madre, como que Proteo, ya se sabe, era uno de los dioses del mar.

Eran tres y tenían asiento, como Hefeistos, en la isla de Lemnos, donde se les rendía culto porque ayudaban al hombre en las labores de la fragua, de la tierra y, por supuesto, del mar, los tres más importantes oficios de la época.

Y tenían además una particularidad muy especial que compartían, a su manera, con Hebe, la diosa de la juventud: ellos ayudaban al joven en el intrincado y arisco tránsito de la pubertad a la adolescencia. O sea que los Cabiros eran nobles y buenos.

En Tebas, donde existió una ciudad llamada Cabirio, se les rendía culto especial. Y tenían un rito secreto, como el de Eleusis, que hasta hoy permanece casi desconocido.

Originarios de Rodas eran los Telquines, otras deidades menores. Decían unos, que seguramente no los querían, que eran monstruos como serpientes, con escamas, que aplicaban la brujería y podían secar la tierra o llenarla de agua. Habladurías, porque tenían manos y piernas y trabajaban como Hefeistos en la fundición de metales y en la herrería, que era un noble oficio.

Habilidosos y muy laboriosos, fueron ellos nada menos que los que construyeron el terrible tridente que obsequiaron a Poseidón. Y también fueron ellos los que elaboraron la hoz con la que Cronos castró a su padre Urano. O sea que no eran unos ignaros cualesquiera.

Tuvieron el mérito de haber criado entre ellos a Poseidón, antes de la Tinanomaquia. Y por supuesto este poderoso rey de los océanos los quería con todo su amor, y hasta contrajo nupcias, por primera vez, con una Telquín llamada Halia. Parece ser que fue una boda –que duró poco– de gratitud. Pero tampoco debió ser un romance insignificante, porque tuvieron seis hijos varones y una mujer que se llamó Rodo, de donde tomó su nombre la isla Roda o Rodas.

El asunto es que, en tierra de sismos como el conjunto de las islas griegas, se produjo alguno que hizo que los Telquines abandonaran, temporalmente según su intención, a Rodas. Pero Rodo se quedó, y en el ínterin casó con Helio, el sol, que ayudó por supuesto a reparar los daños del temblor. Y naturalmente hubo prole entre Helio y Rodo, que fueron los Helíades.

Éstos se apropiaron de la isla, muy seguramente hasta hoy, aunque por allí han pasado los turcos y los mongoles. Y así, cuando los Telquines quisieron volver, ya esa isla estaba ocupada y no los dejaron arrimar.

Es ciertamente hermoso el mito de los Cabiros, no solo por todo su poder laborioso, sino porque, de una manera curiosa, los griegos idearon en ellos a unos protectores y guías de los adolescentes, actividad que también atribuyeron a Ártemis

y a la propia Hebe, símbolo como se ha dicho, de la juventud, función por lo demás que cada uno de ellos ejerció de distinta manera. Caso singular porque desde esa época ya los jóvenes que abrían su camino tenían que enfrentar ese tránsito brutal del niño al hombre, y sobre todo el despertar sexual, sin ayuda de nadie.

Atenea, Minerva de los romanos

IX

Apolo[40]

Era el dios más perfecto. Bello en todos los sentidos. Noble y bueno. Hijo, como ya se anotó, de Zeus con Leto[41] y hermano mellizo de Artemisa.[42] Vimos su nacimiento en la isla de Delos, después de tener que vagar su madre por diferentes lugares. Estuvo en Troya, en los Cárpatos, en Creta, en Samotracia y, finalmente, en las que luego fueron las islas Cíclades, sin encontrar un asilo dónde recostarse para traer a la vida a las dos grandes divinidades que albergaba en sus entrañas.

La insidiosa y poderosa Hera la perseguía con agresividad y egoísmo, movida por sus eternos celos por Zeus. Y así Leto solo pudo pernoctar en las últimas islas mencionadas, precisamente en la más pobre y pelada, Artigia, que como ya se dijo quiere decir codorniz en recuerdo, ya se contó, de la ninfa Asteria que murió convertida en una y luego en isla, tras huir de la inapelable escogencia que le hizo la

40 Conserva el mismo nombre entre los latinos.
41 Latonia de los romanos.
42 Diana de los romanos.

inconmensurable concupiscencia de Zeus, a la que opuso una virtuosa resistencia.

La isla carecía de soporte, es decir de fijación. Era una isla flotante. Y aunque como isla contaba con la animadversión de Zeus por el recuerdo ingrato de la ninfa virtuosa que se sacrificó por respeto a Hera, es decir a la fidelidad conyugal, por esa circunstancia especial sí gozaba –la isla– de la protección de la matrona de las diosas. Curioso.

De manera que cuando Leto buscaba un lugar, siendo tan pobre y abandonada la isla, Hera dejó de perseguirla y permitió que allí fuera el parto, para el que se prepararon Poseidón y los dioses marinos, y le dieron fijación a tierra, en el medio de otras islas que, a partir de ese momento, se llamaron las Cíclades.

Empero, el parto no fue sencillo. Hera había prohibido a su hija Ilitia, como ya sabemos la diosa que ayudaba a las parturientas, que tomara parte en el evento. Y así discurrieron nueve días de padecimientos para Leto. Fue entonces cuando las diosas madres, Rea, Anfitrite, Dione y Temis concurrieron presurosas a prestar el auxilio solidario de mujeres que sabían lo que era tener un hijo, y ayudaron a Leto. Primero nació Ártemis, luego Apolo.

Al nacer los dos dioses, la isla se convirtió en un sitio de belleza sin par y tomó el nombre de Delos. Ahí se dieron cita los devotos de todos los rincones del mundo conocido para rendir tributo a Apolo, y consagraron uno de los templos más grandes a su culto. El otro gran templo que tuvo fue en Delfos, aunque hubo muchos santuarios y templos de gran importancia consagrados a su nombre.

Apolo era el dios de la luz, de la belleza, de las artes, de la poesía y la música. Hay quienes sostienen que existen dos grandes categorías de hombres: los apolíneos, que aman la belleza, la razón y las artes; y los dionisíacos, que aman el placer y el caos.

Era además médico, pues curaba las enfermedades.

Pero como todos los dioses, Apolo, el que hiere de lejos, decía Homero, cobraba caro las faltas contra él. Disparaba sus flechas desde lejos, y con ellas sembraba la muerte. Bien de una manera directa, hiriendo certeramente, o bien de modo indirecto con la peste, como lo hizo con los griegos en Troya, después de la ofensa que Agamenón infirió

al sacerdote apolíneo Crises, padre de la hermosa Criseida, retenida como botín de guerra por el rey de los hombres, como también llama Homero a Agamenón.

Por eso y para eso era dios. Pero luego curaba. Con la misma magia y hechicería con las que igualmente hería.

Inmediatamente nació subió al Olimpo con su hermana y su madre, y fue recibido con especial alegría por los demás dioses, en especial por su orgulloso padre Zeus. Incluso por Hera que tuvo que aceptar, aunque con dolor, que su esposo tuviera otros hijos que no fueran de ella. De inmediato les ofrendaron ambrosía y néctar para que fueran inmortales.

El oráculo de Delfos

Apolo, que también era adivino, tuvo a continuación la idea de levantar el templo donde pudiera consultarse un oráculo para que los hombres tuvieran acceso no solo a su propio pensamiento, sino al de su padre. Y así, después de examinar varios sitios, cerca a la ciudad de Crisa, en el monte Parnaso, escogió y delimitó uno que le pareció el más apropiado. Al pie de la fuente Castalia, que aún existe.

Solo que allí estuvo antes, durante todos los tiempos, otro santuario con su oráculo consagrado a Gea o Gaia. Y como era custodiado por una terrible serpiente de cien cabezas llamada Pitón, Apolo le dio muerte, para gran agravio de la madre Tierra.

Este monstruo, en la época de la persecución de Hera a Leto, recibió órdenes de aquélla para ir a buscar a la segunda y darle muerte. A ella y a su hijo –entonces solo se sabía que iba a tener uno–. O sea que la venganza de Apolo al dar muerte a Pitón estaba justificada.

Ha de recordarse que por órdenes de Zeus allí también se encontraba, compartiendo mutuamente su monstruosidad, Tifón, el hijo de Hera. Apolo, muerto el primero, tomó al segundo, después de la batalla ya narrada, y lo dejó proscrito en los círculos abisales del mar.

La razón para que a la sacerdotisa que transmitía el oráculo se la llamara Pitia era una remembranza innegable a Pitón, que lo cuidaba. Y a Apolo, que tuvo varios nombres, también se lo llamó *Pitio*.

La muerte del gigante sagrado Pitón, manchó de culpa a Apolo. Por ese motivo debió ser purificado del crimen. Y siguiendo la costumbre de entonces viajó en ese propósito

a Tempe, en Tesalia, donde se lavó unciosamente de tal pecado. Esa es una versión.

La otra, quizás la más acertada, señala que el santuario había sido regalado por Gea a Temis, y ésta a su vez a Febe. Febe, como se ha visto, diosa de la juventud, ante la postura juvenil de Apolo, el de la belleza eterna, lo cedió a él, circunstancia que le valió al dios para que se le diera el nombre más conocido de *Febo Apolo*.

Mas como era preciso que se dotara al santuario de un personal para que atendiera el oráculo y el culto al dios, éste, viendo desde el Parnaso un barco que viajaba con mercancías al Peloponeso, decidió que fueran los marineros los que cumplieran esa labor. Entonces se transformó en delfín y junto a la quilla del barco les hizo cambiar su destino, para siempre.

Los condujo al puerto de Crisa, donde tomó la forma humana de un hermoso joven y les comunicó que habían sido escogidos para atender el santuario y el oráculo. Los instruyó en el culto, les hizo hacer sacrificios a Zeus y a él mismo y purificaciones, y los dejó para eterna memoria al lado de la Pitia, dando a través de ella las respuestas suyas y de su padre a las inquietudes del mundo. Por esto también se lo llamó *Apolo Delfinio*.

El oráculo se explica porque, como se ha dicho, Apolo era adivino y de él provenían los dones proféticos de los primeros videntes que hubo en la antigüedad: Crises, Calcas, Anfirao y Casandra.

Apolo era por definición el dios de la luz. El que derrotaba la oscuridad. El que anunciaba la salida del día. El que conducía diariamente el carro de Helios, el Sol, desde el Oriente al Occidente.

Helíos o Helío

Hay, como siempre, dos versiones: la una es que la función solar estaba exclusivamente atribuida al dios Helio o Helios, hermano de Selene, la Luna y de Eos, la Aurora, e hijo del titán Hiparión y de la hermana de éste Tea. Esta versión tenía origen especialmente en Rodas, donde se adoraba a Helios por haberse casado con la ninfa Rodo, que en otra parte comentamos.

Y precisamente por ese motivo, en Rodas se levantó en su honor el famoso Coloso, escultura de treita y dos metros,

obra del igualmente famoso escultor Jaris y que fue una de las maravillas del mundo en la antigüedad.

Tuvo varios hijos, uno de los cuales fue Faetón o Faetonte, quien murió cuando cometió el despropósito de convencer a su padre de dejarlo conducir el carro solar. Y lo hizo con tal desatino, que todo se transtornó, porque en cierto momento lo acercó a otros astros y amenazó con causar un desastre universal; y de igual manera lo aproximó a la Tierra, quemando rebaños y bosques. Él mismo perdió la vida, porque Zeus, antes de que ocurriera el gran cataclismo, lo fulminó con un rayo.

El carro era tirado por tres caballos que tenían nombres muy especiales: Flegonte, que significa Ardiente; Aetón, que quiere decir Resplandeciente y Eo, que es el Amanecer.

Todas las mañanas Helios iniciaba su recorrido que describía un arco por el Este, desde un punto en el que se iniciaba la corriente del mar océano, y continuaba ascendiendo de tal manera que a la mitad del día se encontraba en la mitad del arco. Al finalizar el día iba a perderse en lo profundo del mar en el occidente, llamado Ocaso desde entonces.

En la noche portaba unas alas que le fabricó Hefeistos, con las que viajaba desde el país de las Hespérides hasta Etiopía, donde dormía en un lecho de oro. Allí estaba su mansión y tenía ganado. Sus vacas eran rojas.

Tuvo muchas esposas y muchos hijos. Casó con su hermana Selene, que es la Luna, con la que según algunos tuvo a las Horas (*Horai)*. La mayoría sostienen –versión más probable– que las Horas, como atrás se vio, eran hijas de Zeus. Pero no fueron amores permanentes los de Helios con la Luna. Fueron breves. El gran amor de Selene fue Endimón, un bello mancebo que rogó a Zeus que le concediera el don de la eterna juventud. Zeus accedió y Endimón fue bello siempre, a diferencia de Titono que, como luego veremos, fue inmortal pero no joven.

Los amores de Selene y Endimón se consumaban en una apartada cueva de Caria. Y fueron tan intensos que tuvieron cincuenta hijas, las que se consideraron las cincuenta semanas del año lunar que regía entonces. Y además de esta prole, se dice también que Selene fue madre del famoso león de Nemea, al que dio muerte Heracles, según se verá. Y de Herse.

Se unió igualmente Helio a la oceánide Perséis con la que tuvo a Fetes y a Circe, la bruja hermosa que hechizó a Odiseo. Y tuvo igualmente unión con Pasifae, la que fue esposa del rey de Creta Minos, cuya historia se verá adelante. Con la ninfa Rodo estuvo casado en Rodas y con ella procreó siete hijos. También se unió a Nera y con ella engendró a las Helíades, que cuidaban sus rebaños. Con Clímene, en Etiopía, tuvo entre otros a Faetón o Faetonte, cuya historia acabamos de ver.

Eos, la Aurora

Al igual que Selene, fue su hermana –de Helios– Eos, que era la Aurora, quien anunciaba el día en el esplendor de los amaneceres de un cielo matizado con colores radiantes –nunca uno igual a otro– que iban diferenciando la luz de las sombras.

Eos, por supuesto, era una invitación al amor. Con Astreo concibió a los Céfiros, que eran los vientos vespertinos. Tuvo con él además a Bóreas, Noto, Eósforo y todas las estrellas del cielo. Y fue además amante de Céfalo, hijo de Hermes, y también lo fue de Orión, cuyas historias contaremos adelante. Y fue igualmente amante de Clito.

De ella se enamoró Ares, el fatídico dios de la guerra. Eos lo rechazó por no gustar de su oficio. Y ese fue motivo para que Afrodita, amante a la sazón de Aresile, impusiera con una flecha la condena para que se enamorara de todos los hombres apuestos que encontrara en su camino. Aparentemente una buena condena, pero a la postre la iba a hacer sufrir.

Porque se enamoró de Titono, un mortal de belleza legendaria. Lo raptó y lo llevó a vivir a su palacio dorado. Fue tan grande su amor, fruto de la flecha de Afrodita, que se casó con él y suplicó a Zeus que lo hiciera inmortal. Zeus, un tanto malvado, aceptó la súplica y lo convirtió en inmortal. Pero no le dio el don de la eterna juventud; y fue así como, pasado el tiempo, mientras Eos conservaba su radiante belleza, Titono se fue agotando y envejeciendo. Pero no podía morir. Titono, pues, fue extinguiéndose en sus carnes y músculos, de tal manera que de su belleza no quedaba sino una piel marchita que terminó extinguiéndose a sí misma, y una voz. Cuando todo esto había sucedido, el amor le alcanzó a Eos para usar sus artes hechiceras y convertirlo en una cigarra.

Pero quedaron dos hijos de esa unión memorable: Ematión y Memnón, quien habría de ser rey de Etiopía y moriría como un héroe en la guerra de Troya, al lado de Héctor, por la furia de Aquiles.

Apolo y el carro del Sol

La otra versión, acogida por los latinos, es que Apolo era quien conducía a Helios, es decir, al Sol, en su carroza, igualmente por el arco ascendente y descendente que traza su camino diario, que es el día y la noche. O sea que aparece una especie de simbiosis que absorbe a Helio como personaje para convertirlo en Apolo. Pero la mitología tiene suficientemente diferenciados como dos personajes muy similares a los dos dioses.

Apolo en el país de los Hiperbóreos

Al final de cada año Apolo se iba, mientras dejaba su trabajo en Delfos a Dionisos, al país de los Hiperbóreos, o de la luz permanente, donde no existía la noche ni la oscuridad. Tampoco el mal ni la injusticia, que no cometían sus moradores. Por lo tanto no había ni guerra, ni discordia, como que allá no tenían recibo ni Ares ni Eris. Tampoco existía el tiempo, como que no había ni día ni noche, ni horas ni estaciones.

En ese bello lugar de la eterna primavera, Apolo permanecía tres meses, en los cuales no había iluminación mayor en la Tierra, precisamente por su ausencia. Pero al cabo de ese tiempo regresaba a su sede, y con él llegaba la primavera con su carga de alegría y el reverdecer de los campos y las flores. Y desaparecía el invierno. Porque Apolo era la luz. La luz física y la luz espiritual que irradiaban de su ser.

En el frontispicio de la edificación o templo de Apolo en Delfos, hoy en venerables ruinas, estaba inscrito el pensamiento de la sabiduría apolínea: CONÓCETE A TÍ MISMO. En verdad no hay una sentencia que oriente mejor al ser humano que la que contiene tan aparentemente simple mandato. El que llega a conocerse a sí mismo ha ganado la sabiduría, porque sabe quién es, qué busca, qué quiere, hacia dónde va, y especialmente cómo debe llegar sin causar agravio o mal a nadie.

El hombre, que ignora su destino y las inciertas jugadas de Tique –la diosa Fortuna–, de las cosas que más anhela es conocer el futuro. Por eso mismo siempre ha habido brujos, chamanes, profetas y adivinos en general que dicen tener, con muy buena acogida en la estulticia, el don profético.

Así, pues, la elevación a la categoría de deidad, precisamente en Apolo el más perfecto de los dioses, de la facultad premonitoria, es como la culminación filosófica del origen y la función de los inmortales.

De ahí que el oráculo de Delfos tuviese tanta importancia en la antigüedad. No hubo rey o caudillo, ni guerra, ni destino político que no hubiere estado asociado a un oráculo. Y al consultarlo, los consultores tenían una fe ciega, de carboneros, en lo que dijera la pitia, y a ello se ceñían. Era la palabra divina.

Claro está que hoy se sabe que los marineros a los que reclutó Apolo transformado en delfín no eran tales sino expertos en política mundial. Más o menos como los politólogos de hoy. Y además en los oráculos contestaban sibilinamente y utilizando ambigüedades, algunas de las cuales fueron famosas.

Por ejemplo, el legendario y rico rey Creso de Lidia, magnánimo y generoso con todos los artistas y filósofos, vio en gran peligro su reino ante las hordas victoriosas de Ciro el meda, vencedor ya de los asirios y rumbo a la costa del Asia Menor, donde estaba ubicada Lidia.

Creso, que era griego, mandó a consultar al oráculo de Delfos acerca de lo que ocurriría si él, siguiendo el consejo de sus estrategas y adelantándose a las maniobras militares de Ciro, pasaba el río Halys, frontera entre Lidia y Media. El oráculo contestó: "*Si cruzas el río Halys, destruirás un gran imperio.*"

Por supuesto, Creso creyó que iba a destruir el imperio de los medas, que llegaba hasta Babilonia. Pero no fue así. Lo que destruyó con ese paso fue su propio imperio. Jamás sospechó de la ambigüedad. El oráculo, por supuesto, se cumplió, y Creso pasó prácticamente a ser esclavo.

Asclepio[43]

Numerosos hijos tuvo Apolo. Ya se hablará de ellos. Uno de los más grandes fue Asclepio. Hijo de la princesa Corónide, hija de un rey bribón de Tesalia llamado Flegias, quien en compañía de ella viajó al Peloponeso para estudiar la forma de robar todos los tesoros que allí había. Mas en el camino Apolo la vio y se enamoró de ella. La conquistó fácil y la hizo suya al lado de la laguna Beobea. La dejó embarazada, mientras él regresaba a cumplir sus deberes en Delfos. Era, como es ya obvio, un dios muy ocupado.

Mala madre Corónide, tuvo la criatura en el piedemonte de la montaña Mirtio, que eran tierras de Epidauro. Ya tenía otro amante llamado Isquis. Y no tuvo escrúpulo ni entraña que le impidiera dejar abandonado al infante, al que su padre llamó Asclepio. Le costó cara tanta perfidia, porque Apolo le descargó una de sus temibles flechas de plata.

El alma caritativa del pastor Arestanas hizo que recogiera al niño. Y luego, cuando observó que una de sus cabras lo había alimentado, mientras su perro lo cuidó de todo mal, no tuvo duda de que había en él un designio divino. Entonces comunicó, a través de oraciones, el suceso a Apolo, quien como afectuoso padre asumió su papel. Pero no pudiendo educar personalmente al infante, se lo entregó al noble y sabio centauro Quirón, quien moraba con sus congéneres en el monte Pelión. No obstante el niño no tuvo necesidad de ese tipo de educación formal, porque heredó del padre la capacidad de curar y conocer los remedios.

Atenea, que amaba al niño, en una oportunidad se le apareció para darle un regalo muy especial: se trataba de dos retortas que portaba en las manos, y en cada una de ellas había sangre de la Medusa. Pero la retorta de la mano izquierda envenenaba sin remedio alguno al que se le administrara una mínima parte. En cambio, la de la mano derecha tenía el poder de resucitar a los muertos.

43 Esculapio de los romanos.

Asclepio aprendió estas artes, que sin lugar a dudas eran de hechicería. Y como supo resucitar a los muertos, cuando se presentó el doloroso hecho de la injusta muerte del auriga Hipólito, hijo del esforzado héroe Teseo y de Antíope, reina de las amazonas, lo resucitó.

La trágica historia refiere que el gran héroe Teseo, como lo veremos después, luego de dar muerte al Minotauro y haber salido triunfal del laberinto de Dédalo con la ayuda imprescindible de Ariadna a la que había enamorado para evadir la insomne y férrea vigilancia del padre de ésta, Minos, y de su madre infiel Pasifae, huyó con ella para luego, con la mayor infamia, dejarla tirada en el puerto de Plaxos.

Ruindad que cometió porque se había enamorado perdidamente de Fedra, hermana de Ariadna, como también después veremos. Se casó con ella, es decir con Fedra, y todo indicaba que sería una bonita historia de amor. Pero no habría de ocurrir de esa manera, porque el espíritu de la tragedia rondaba. Fedra, quizás un poco tocada por los hechizos de Afrodita, o sencillamente por liviandad, se enamoró con pasión del bello Hipólito.

Mas como éste, respetuoso de su padre Teseo, no atendió a las insinuaciones de su madrastra, ella, intrigante y perversa, le comunicó al héroe que el hijo había intentado violarla.

Teseo entonces, preso de la ira, imploró a Poseidón para que enviara un monstruo marino que asustara los caballos del carro de su hijo. Y así ocurrió cuando Hipólito se desplazaba en veloz carrera. Y como consecuencia del planeado accidente, los equinos arrastraron al joven, que murió. Asclepio, conmovido por el doloroso suceso, lo resucitó y Artemisa se lo llevó bajo su protección a Italia.

Fedra, en la culminación de este drama de dolor y de amor, se suicidó. La conmovedora tragedia fue recogida por la pluma de Eurípides en una obra que lleva el nombre de la triste y bella Fedra, enamorada de un ideal imposible.

Zeus miró estos sucesos con gran preocupación. No tanto porque le importara mayormente Hipólito, ni porque además se alterara el orden y se birlara el designio de la Moira, sino porque con ese poder Asclepio podría resucitar

a los gigantes y peligraba en esa forma su propio poderío de rey del Olimpo.

Y conforme a ese temor, ya político, sin pensarlo dos veces, con un rayo que le prepararon especialmente los cíclopes, fulminó al médico, que de inmediato se convirtió en el cielo en la constelación de Serpentario, comoquiera que su símbolo era una vara en la que se enrosca una serpiente. Símbolo que sigue siendo de todos los médicos.

Apolo, por su parte, se llenó de dolor. Y como le era imposible tomar venganza contra su padre, sí lo hizo con los cíclopes a los que dio muerte con las saetas forjadas por Hefeistos.

> Asclepio, o Esculapio para los latinos, se convierte en el símbolo de los médicos. Bien hacen, pues, los modernos galenos en rendirle un culto de tradición y admiración a su memoria. Pero en cierta forma confirma, con los actos de hechicería de las resurrecciones y curaciones misteriosas, de la retorta del lado izquierdo y la del lado derecho con la sangre de Medusa, que la medicina y los médicos primeros fueron, al igual que los dioses, hechiceros. El sacrificio de Asclepio es un mensaje sublime. Entregar la propia vida para salvar las ajenas.

Admeto y Alcestís

Zeus castigó a Apolo como a un muchacho por haber dado muerte a los cíclopes, que habían sido sus servidores incondicionales en la Titanomaquia, y los que le dieron el rayo y el trueno. Esa acción le llegó al alma, si es que la tenía, y en consecuencia puso a Apolo, sin poder alguno, a servir a un mortal durante un año.

Apolo, humilde, debió aceptar y escogió a Admeto, rey de Feres en Tesalia, para prestarle sus servicios. Admeto, por su parte, lo utilizó como pastor de sus rebaños. Hizo un buen negocio, porque Apolo, a pesar de que no tenía ningún poder, sí logró que sus vacas, al parir, tuvieran terneros mellizos. Claro que seguía siendo hechicero.

Admeto había sido uno de los argonautas, o sea que era un héroe. Fue un rey justo y hospitalario, hasta el punto que Apolo le prodigó todo su afecto. Cuando había cumplido el año de castigo y había reasumido el esplendor de su destino,

Apolo ayudó a su antiguo patrón en los amores encendidos que tuvo el rey con Alcestis, la dorada princesa hija de Pelias, el rey de Yolco. Como ésta era de tanta belleza e inundaban el reino los pretendientes, con fórmula muy griega Pelias estableció que la mano de la hija le sería entregada a quien lograra uncir a su carro a un león y a un jabalí. Más o menos como amarrar a un tigre con un burro sin que el burro le hiciera daño al tigre.

Apolo, que también, como se ha visto, era un enamorado, compareció en ayuda de su amigo Admeto. Y así, con semejante ayuda, le fue fácil a éste cumplir la exigencia. Unció a su carro al león y al jabalí, y con tamaña ventaja ganó la mano de Alcestis.

Pero Admeto ya era un hombre maduro y le rondaba la muerte. Era triste y no tenía sentido que unos amores tan bien cultivados, fin de una historia donde los buenos, así fuera con hechicería, triunfan, culminaran tan pronto y tan fácil. Y fue así como Apolo volvió a intervenir.

Con el concurso de Dionisos embriagó a las Moiras y logró que éstas aceptaran que otra persona reemplazara a Admeto el día señalado. Era ya un gran logro. Entonces éste pensó que como él mismo habría dado la vida para salvar a un hijo, con la misma lógica alguno de sus padres ancianos podría sacrificarse por él. Gesto generoso pero no tan fácil. Porque ninguno de los dos quiso el sacrificio. El apego por la propia vida es mayor, así se sea anciano.

Y de esta suerte, otra vez la tragedia griega se cumple, porque la que sí se sacrificó por amor fue la hermosa y adorada Alcestis, que otra vez inspiró a Eurípides en la conmovedora obra que lleva su nombre. Y murió la bella, que entró de la mano de Tánatos al mundo gris y silente del Hades, para dolor de Admeto, que ya quería morir de tristeza y depresión. No era para menos.

Ante tan desolada historia intervino esta vez no Apolo, sino Heracles, en pleno desarrollo de sus trabajos. Bajó a la tumba y entró en franca lid con la Muerte y la derrotó. Alcestis, pues, rompió el inexorable designio de las Moiras y regresó triunfal a la vida de la mano de Heracles. Y así, la historia rosa continuó con tres hijos que vinieron al mundo con amor: Eumelo, héroe de la guerra de Troya; Hipaso y

Perimela. Y fueron felices unidos todos los miembros de la familia.

Dafne o la virtud

Era una ninfa de dulce porte. Hermosa en formas, delicada en belleza y grácil como todos los venados del bosque. Amaba a Apolo y a su culto había consagrado su pureza con un voto. Ningún varón la habría de poseer, porque ella y su virtud pertenecían a Febo.

Un día cumplía su revista a las flores y tejía guirnaldas, cuando Apolo, en su viaje diario, la divisó y quedó girando bajo el hechizo de su hermosura. Descendió entonces con la velocidad del pensamiento y se dio a la persecución de la núbil ninfa. La asió por el talle con dulzura y amor. Pero ella, horrorizada sin saber quién era el profanador, no veía sino la inminencia de la violación.

Con gran agilidad y esfuerzo logró zafarse de los poderosos brazos del dios y corrió despavorida por el bosque. Él, apasionado, no estaba dispuesto a dejarla ir.

Dafne en su desesperación pidió ayuda a Gaia, la madre de todos y quien, al fin y al cabo mujer, al tanto de lo que estaba ocurriendo, acudió en su ayuda, cuando Apolo la había vuelto a alcanzar y a asir. En ese momento las delicadas y torneadas piernas de alabastro se alargan y se hunden en la tierra, el talle adquiere rugosidades de árbol y de sus manos y sus ojos van saliendo ramas y hojas que se elevan en follaje verde. El dios enamorado queda abrazado al tronco, mientras de sus diáfanos ojos azules se escurren unas lágrimas.

Inútil que el dios la llame por el nombre Dafne, que en griego es laurel. Inútiles sus palabras a la Tierra, que ya sujeta con fuerza sus raíces. Todo es inútil ante el silencio inexpresivo y la soledad de árbol en que se ha transformado la minutos antes esplendorosa ninfa.

Apolo, en honor a la virtud, desde ese momento consagra las hojas del laurel al reconocimiento de todo lo que sea bello, noble y heroico. Él mismo se ciñe siempre la cabeza con una corona de dafne y aun hoy, en su recuerdo y de modo simbólico, es colocada otra corona similar en las sienes de los hombres que alcanzan un gran mérito.

Claro que en la época presente no son tantas las testas coronadas. Y es así como, con el correr de los tiempos, el

laurel solo va adquiriendo una connotación en las recetas de gastronomía.

Hiacinto o Jacinto

Era un mortal. Un hermoso mortal, mancebo de clásica hermosura. Príncipe espartano. Su perfecta armonía corporal era tal que enloquecía a hombres y dioses, conforme a la idea de que los hombres son como los dioses y los dioses como los hombres. Por tanto, como los hombres griegos no tenían limitación para enamorarse de un hombre o una mujer, que todo estaba en juego, también los dioses podían enamorarse de un mancebo, como ocurrió con Zeus y Ganímedes, raptado por aquél y elevado al Olimpo en cuerpo y alma, sin el tránsito molesto y obligado de la muerte y el Hades. Para eso se tenía el poder supremo, ilimitado de dios de los dioses.

El hermoso Apolo se prendó de Jacinto, porque era más bello que todos los de su mismo sexo. Si no fuera porque es una historia homosexual, se diría que puede considerársela una dulce y triste historia de amor. Jacinto andaba por el campo entre flores y fuentes y cazando venados. Apolo lo vio y muchas veces lo siguió a hurtadillas, sin atreverse a confesarle su amor.

> Los griegos, casi todos, eran lo que hoy se diría bisexuales. Amaban la belleza en las mujeres y en los hombres. De hecho el más grande de todos ellos, Sócrates, casado y con hijos, tuvo muchos amores con mancebos. El recio varón Alcibíades había sido amante del filósofo cuando era un joven imponente.

Pero el asunto no era tan simple, porque al mismo tiempo también había visto a Jacinto, y al punto se había enamorado de él, una deidad muy importante y poderosa: el dios del viento del Oeste, Céfiro.[44] Se decía de éste que era el esposo de su hermana Iris, la del conocido arco, ciertamente muy afín el uno con el otro. Hermano igualmente de Cloris, diosa de las flores, y de Bóreas, con quien había competido y ganado por el amor de esta otra hermana.

44 Favonio de los romanos.

Existía otro dios del viento –y hubo otras deidades que hacían lo mismo– llamado Eolo. Zeus le había confiado el manejo de los poderosos vientos de tierra y mar, que Eolo mantenía aprisionados en una gran caverna y luego soltaba y manejaba a su albedrío. Homero en la *Odisea* cuenta que Ulises fue a visitarlo en su accidentado y encantado viaje de regreso a Ítaca, después de haber tenido ya varios fracasos.

Eolo le confió, en un gran gesto de amistad, una bolsa sellada para que administrara prudentemente su contenido, solo en caso de necesidad. En ella acomodó algunos vientos que le podrían servir en la fragorosa ruta. Era aquella, como se sabe, una marinería a vela; y es de imaginar lo que ocurría cuando no había viento en popa.

Ulises descuidó la bolsa; y los marineros, creyendo que allí se encerraba oro, la abrieron escapándose abruptamente los vientos, lo que les causó enormes dificultades. Cuando volvieron en procura de ayuda donde Eolo, éste, disgustado, se negó a recibirlos mientras soportaban el embate arrasador de los vientos desatados.

Retomando el tema de Jacinto, hay que recordar que en una ocasión en que Céfiro debió ausentarse del lugar, cosa que de vez en cuando ocurría, Apolo aprovechó y se acercó al efebo. Le confesó, con la dulzura de su voz sublime y la seductora música de su arpa, el amor que le profesaba y que había guardado en silencio. Le invitó a la felicidad eterna y le desgranó, al fin y al cabo padre de la poesía, las más hermosas palabras.

Jacinto oía emocionado, dejando caer una dulce lágrima, mientras la ternura lo doblegaba. Entonces extendió su blanca mano que tomó en la suya el dios, y partió con él por el sendero esmaltado de flores.

Fueron al bosque y cazaron. Las saetas argentadas hicieron blanco en la fauna. Luego soñaron como dos enamorados con las delicias de un amor profano, teniendo por testigo la fertilidad de la naturaleza. Todo esto, por supuesto, era el amor que no se atreve a decir su nombre, según la frase de Wilde.

Pero el amor ordinariamente es triste. Y he aquí que Céfiro volvió. Nada es para siempre. Y cuando los encontró en los arrobos de su pasión, mientras Apolo practicaba y enseñaba al mancebo el lanzamiento del disco, encendido de

celos y de envidia –el hombre mata lo que más ama, según también lo expresó Wilde– sopló con tanta fuerza el disco que había lanzado el dios, que siguió la trayectoria caprichosa y criminal del viento y fue a golpear en la hermosa cabeza de Jacinto.

Del pozo de sangre que agotó la vida del joven, Apolo hizo brotar una mata con la hermosa flor que recuerda a aquel muchacho que, con su belleza enamoró a dos dioses y entregó la vida, sin saber en dónde había ofendido a alguien.

> La existencia de Apolo constituyó una construcción espiritual muy elevada de los griegos. Porque en él se reúnen la nobleza, la belleza, la inteligencia, el arte y el amor. En fin, Apolo será siempre la luz luchando contra la oscuridad.
>
> Paradojalmente, es posible que la oscuridad venza siempre a la luz. La noche termina venciendo al día. Y hay que observar que el espacio infinito es la oscuridad total. Se puede apreciar en las noches despejadas cuando se observa que las constelaciones solo logran alumbrar un restringido espacio.
>
> Siendo tan potente su energía, su débil luz no alcanza a cubrir la inmensidad infinita sumida en las tinieblas. El antiguo Khaos, y hasta la nada que va más allá de los espacios intuidos, pero no conocidos por el hombre, eran y siguen siendo la oscuridad total. Esa es una verdad tangible y evidente. Mas lo importante es que el ser viviente y mortal ama la luz y siempre la estará buscando. Y la encuentra en la figura simbólica de Apolo. Es el LUZ, MÁS LUZ de Goethe, en la antesala de la muerte.

Ártemis o Diana de los romanos

X

Ártemís o Artemísa[45]

La noble hermana melliza de Apolo, ya se vio, nació antes que éste en la misma isla de Delos y en las difíciles circunstancias que se narraron para el nacimiento de Apolo, perseguida su madre Leto por los celos tormentosos de Hera, quien hasta prohibió a su hija Ilitia, la diosa que ayudaba a todas las parturientas en alumbramientos difíciles, que interviniera. La saña de Hera fue tanta, que inclusive ordenó a Pitón que abandonara el oráculo, en ese momento de Gea, para que fuera a dar muerte a la sufrida Leto y a su criatura –se desconocía que eran mellizos–, crimen que afortunadamente no logró cumplir el monstruo.

La nobleza de Ártemis fue tanta, que cuando se presentaron las complicaciones del parto de su hermano, no obstante que ella acababa de nacer, ayudó a su madre Leto, con el concurso de todas las diosas que habían sido madres.

Quizás por este episodio Ártemis fue considerada en adelante como ayudante, al igual que Ilitia, de las mujeres de parto. Así se consagró en su hermoso santuario de la ciudad

45 Diana de los romanos.

de Braurona, donde iban a darle las gracias las madres que habían tenido su hijo felizmente. O a llevarle las ropas de las que habían muerto en las complicaciones del parto.

Y de igual forma se le dedicó la advocación como *Ártemis Kurotrofos*, por ayudar a criar a los niños, como lo hizo con Apolo. Así se consagró en su glorioso templo de Éfeso, que fue una de las maravillas del mundo antiguo. Y era mentora, como los Telquines, de los jóvenes que hacían el tránsito de la niñez a la adolescencia.

¡Dulce Artemisa!, bienhechora de todos los nobles sentimientos pero temible con los que contrariaban su virtud. Ningún dios tenía la puntería suya con el arco, que usaba sin vacilación alguna cuando algo no le gustaba. O se valía de la hechicería con especial ingenio vengativo.

De hecho, como su hermano Apolo, que es el símbolo de la luz del Sol, Ártemis lo era igualmente de la luz nocturna, la dulce y blanca luz de la Luna. Ejercía esa función en una dualidad teogónica con Selene, como la de Apolo con Helio. Tal vez por esto era común que se la representara portando una tea de madera de pino, que ardía en su mano y alumbraba la noche.

> El Sol y la Luna fueron siempre, en todas las teogonías, inspiración de los pueblos para crear la dualidad de la vida y la muerte; de la luz, que es la vida, y de la oscuridad, que constituye la muerte. O sea que ambas deidades, Apolo y Ártemis, hermanas de nacimiento, son símbolo de esas dos claridades. La caliente del Sol y la fría de la Luna.

> Artemisa constituía, conjuntamente con Atenea y Hestia, la trilogía de las diosas vírgenes. Rechazaban cualquier posibilidad de amor profano, o amor carnal. No lo necesitaban y entendían, como por mucho tiempo lo creyó la humanidad con equivocación, que la virtud suprema radica en no sentir las pulsaciones de la pasión, o la simple necesidad fisiológica del sexo. Hoy se acepta que la represión sexual puede conducir a neurosis y alteraciones del comportamiento.

La muerte de Acteón. Los Centauros

Acteón era ya un hermoso joven, hijo de Aristeo y Autonome, padres que por motivos innobles decidieron no

criar al niño y lo entregaron recién nacido al noble centauro Quirón. Éste se esmeró en su crianza y lo rodeó de mimos y cuidados. Le enseñó la cacería, que entonces era un oficio honorable, y le entregó los perros, el arco y las flechas que manejaba con precisión, internándose todos los días en los bosques, mezclado con la naturaleza salvaje, para regresar a casa al caer la tarde. Allí encontraba el calor del hogar que le proporcionaba su afectuoso padre adoptivo.

Quirón, por supuesto, fue el más noble de los centauros. Fue hijo de Cronos, quien, como acostumbró hacerlo después su hijo Zeus, era enamorado y conquistador, a las buenas o a la malas. Así fue como Cronos se enamoró de la ninfa Filira, hija de Océano, y la persiguió con todas sus capacidades de dios supremo. Ella, desesperada, en la huida se transformó en yegua. Él la alcanzó; y para estar en iguales circunstancias se transformó en caballo y la poseyó.

El resultado, pues, fue Quirón, con apariencia mitad humano, mitad caballo. Mas a pesar de esa apariencia, era un inmortal, hermano de Zeus.

Pero no cultivaba la hechicería para el mal, sino para el bien. Era médico y cirujano, artes entonces en ciernes, mezcla de estudio y brujería. Y fue músico, filósofo y matemático. A su nobleza proverbial y sapiencia se debe que haya sido escogido como preceptor de Orfeo, también de Jasón, de Asclepio, posteriormente de Aquiles y de Heracles.

Vale la pena interrumpir el relato de Admeto para referir que hubo tres grupos de centauros: los sabios y nobles, que tenían como antecedente de origen divino a Quirón, de quien se conocen dos hijos: Ocytroe e Hippo, una sibila ésta tan noble como el padre, cuya muerte vaticinó. Ella dijo que su padre cambiaría la condición de inmortal y por lo tanto moriría, y así ocurrió. Los descendientes de Quirón eran, como él, filósofos y médicos.

Otro grupo de centauros fueron los hospitalarios y amigos de los hombres, que tuvieron como cabeza a Pholus o Folo, hijo de Sileno, quien igualmente moriría por una causa accidental como ocurrió con Quirón.

El asunto de los dos accidentes mortales sucedió cuando Heracles, como se habrá de ver con más detenimiento al final, debió enfrentar una batalla con los centauros de

la tercera clase, que comían carne cruda y eran agresivos y salvajes.

Descendientes éstos de Ixión, que fue rey de Tesalia, violento, abusador y sanguinario. Se cuenta que para purificarlo, Zeus lo llevó al Olimpo. Pero en vez de agradecer el gesto, intentó seducir a Hera. Entonces el padre de los dioses conformó de las nubes a un ser de apariencia similar a Hera, al que llamó Nephele[46] y de la unión nacieron estos centauros, que fueron malos. A ellos perteneció Neso, al que mataría Heracles cuando intentó violar a su esposa Deyanira.

Con ellos debió librar batalla Heracles. Y sin que Quirón se hubiere involucrado en la guerra, pues era amigo de aquél y había sido su maestro, accidentalmente una de las flechas disparadas por Heracles, envenenadas con la sangre de la Hidra a la que el héroe había dado muerte, hirió al noble Quirón. El veneno era mortal y no tenía antídoto.

Así, pues, no obstante ser médico el centauro bueno, ninguna ciencia alcanzaba para curarlo de la herida, que le causaba mucho dolor. O sea que como Quirón era inmortal y la herida no tenía cura, estaba condenado a padecer el horrible sufrimiento durante una eternidad.

No se quejó de su dolor. Por el contrario, lo estudió más a fondo para poder sanarlo en los mortales.

Pero Heracles, sintiendo el peso de su arrepentimiento, aunque todo había sido un accidente, buscó una manera de aliviar a su querido maestro, al que solo la muerte, como un privilegio especial, podía redimir de tan cruel castigo.

Buscó entonces a Tánatos (la Muerte) y le expuso el caso. Éste le dijo que solo cuando alguien estuviere dispuesto a cambiar su vida por la muerte de un inmortal podía suceder. Y de esta manera Heracles recordó que Prometeo –del que se habló antes– permanecía atado a la roca en el Cáucaso soportando el suplicio de que un águila le devorara, con inenarrables dolores, el hígado todos los días, reponiéndose la víscera por la noche. Todo este castigo, se repite, por haber entregado el fuego sagrado a los hombres.

---

46 Nephele significa nube; de allí viene la palabra nefelibata, que quiere decir el que anda por las nubes.

Heracles propuso el cambio, que tanto Quirón como Prometeo aceptaron. Y así este último fue redimido de su implacable castigo, y en su lugar Quirón, tal como lo había profetizado su hija Hippo, pudo morir y superar en esa forma su eterno dolor.

La vida de Quirón fue tan ejemplar que Zeus elevó su cuerpo al firmamento y lo convirtió en la constelación de Sagitario.

Es quizás el primer caso de eutanasia que se recuerde. Para aliviar el dolor y la degradación de la calidad de la vida se da una buena muerte, que es lo que en griego quiere decir aquella palabra.

En cuanto a Folo, quien cuidaba los rebaños y viñedos de los centauros hospitalarios, al ser atropellado por los centauros malos, que se emborracharon con el vino y dieron lugar a que Heracles interviniera a favor de los primeros, Folo, al margen de la batalla, recogió una de las flechas de Heracles perdida en el campo. La observó atentamente y la manejó con sumo cuidado. No obstante, la flecha se le desprendió de las manos y al caer alcanzó a herirlo en una pierna. Herida mortal irremediable, por el envenenamiento que ya conocemos. Y por supuesto murió, sin que Heracles, sollozante, pudiera hacer nada por su amigo.

Volviendo a Acteón, hay que decir que ya era un adolescente fuerte. Y una tarde calurosa caminaba en su faena diaria por los bosques. Tenía sed y se dirigió a la fuente Partenio en el valle de Gargafia. Mientras sus perros descansaban, él se acercó al agua. Pero antes de beber se presentó a sus ojos un espectáculo muy especial que lo dejó absorto: en la fuente se bañaba desnuda, con todo el fulgor de su belleza, Ártemis acompañada de sus ninfas, igualmente castas y desnudas. Él no supo qué hacer. La visión de unas mujeres despojadas de sus ropas mostrando naturalmente sus ocultos encantos lo fascinó. Era un adolescente que despertaba a la vida y allí sintió el deseo ardiente.

Y siguió mirando con fascinación, hasta que una rama se movió y los sensitivos oídos de la diosa y sus ojos escrutadores percibieron el ruido. Ártemis volvió la mirada hacia donde se encontraba el inocente joven. Al sentirse

observada, Ártemis, que era celosa de su virtud hasta en la sola mirada, montó en cólera. Una ira despiadada. Entonces le arrojó un poco de agua y con los gestos propios de la hechicería pronunció un conjuro que convirtió al pobre Acteón en un venado, hecho lo cual la diosa hizo señal a los perros –precisamente ella que era la deidad de la cacería–, para que atacaran al venado sin piedad ni clemencia, dándole muerte a mordiscos y comiendo su carne.

Al caer el sol los perros, que notaban la ausencia de su amo, llegaron tristes a casa. Quirón, al verlos, presintió que algo horrible había ocurrido. Entonces se fue con ellos y se internó en el bosque, hasta que encontró lo que quedaba del cuerpo de su hijo. Inconsolable regresó a su casa y en el mutismo de su dolor, el centauro, que era un artista, comenzó a moldear una enorme roca con sus manos y sus lágrimas, hasta darle la forma perfecta de Acteón. Y así, en escultura, siguió acompañándolo durante el resto de sus años, sin poder decir nada de la arrogancia divina.

Orión el cazador

Adelante tendremos oportunidad de ver mejor lo relacionado con Orión. Entretanto debe anotarse que era un gigante, o por lo menos un hombre grandote, fornido, atlético y de una hermosura varonil impresionante. Fue novio, como se verá, de la hija de Enopión, y se dice que este rey, hijo de Dionisos, a la traición, después de engañarlo con una fiesta llena de vino, como que era hijo del dios pertinente, lo cegó hiriéndole en los dos ojos y lo arrojó al mar.

Pero Orión tenía amigos claves. Tanto Poseidón, como Hefeistos y el propio Helios, dios de la luz, lo salvaron y le devolvieron la vista.

Ya repuesto de tales percances, fracasó en sus intentos de venganza con Enopión y, un tanto desengañado, se fue a otros lugares.

Allí se bifurca el mito. Unos señalan que Ártemis se enamoró de él por su belleza; y por temor a perder su virtud le dio muerte con una flecha.

Otros dicen que Apolo, que volaba plácidamente por los cielos con su hermana, celoso del sentimiento de ésta hacia el mortal, y temeroso de que ella perdiera su castidad, viendo en el mar un punto que se movía en las aguas –sabía

que era la cabeza de Orión–, le planteó una apuesta a la diosa para ver si atinaba al dispararle desde esas alturas al punto que se movía. Ésta, que no fallaba tiro, acertó causándole la muerte al nadador.

Una vez se dio cuenta de lo que había hecho, lloró inconsolable. Había sido engañada por Apolo, al que tanto amaba, pero estaba a buen recaudo su virtud.

La otra versión es la más conocida y probable. Enamorada estaba Ártemis de Orión, que no solo era un gran nadador sino cazador de pasión, hombre enamorado y ducho en las lides galantes. Y entonces un día en que se hallaba cazando en los predios de la diosa, ella desfalleció por él. Quedó electrizada. Pero antes que perder su doncellez le envió un escorpión que alcanzó en plena acción al cazador y le clavó su ponzoña causándole la muerte.

El dolor de la diosa fue tanto, que con súplicas convenció a su padre Zeus de llevar el cadáver, fragmentado en muchas partes, al espacio profundo del éter para dejarlo allí convertido en una constelación. A su lado está la constelación de Escorpio, eternamente persiguiendo al infeliz mortal.

Aconcio y Hermocares

Son dos mitos parecidos. Aconcio era un joven de buena familia y hermoso, como casi todos los griegos, procedente de la isla de Ceos. Había llegado a la isla de Delos, lugar donde se vio habían nacido Ártemis y su hermano Apolo, para asistir a las grandes celebraciones en honor de la diosa. Habían acudido peregrinos de todos los lugares y el templo de Ártemis estaba lleno. Naturalmente, estaban todos los habitantes de esa ciudad.

Ante el altar desfilaban las mujeres recién casadas y depositaban en él sus velos. También lo hacían las novias próximas a casarse y ofrecían guirnaldas. Las que aún no eran novias iban en pos de la ayuda de Artemisa para que les consiguiera enamorado. Vestían, por supuesto, las mejores galas. Y Aconcio, fascinado con el desfile, no se perdía detalle. Era todo miradas.

De pronto hizo su aparición una damita de la más excepcional belleza. Se llamaba Cidipe. Era la hija de un gran patricio ateniense, y había ido a Delos solo por las fiestas de

Artemisa. De hecho, ya estaba comprometida en matrimonio, que habría de celebrarse pronto.

Aconcio, privado de la sensatez y la prudencia, prendado a simple vista muy seguramente con un flechazo de Eros, perdió la cordura; y desesperadamente se jugó su suerte a la audacia de una medida impensable para cualquier otro hombre: en un membrillo escribió como pudo unas palabras y lo arrojó a los pies de la linda ateniense. Ésta, desprevenida e inocente, lo recogió y en voz audible por todos leyó lo que había escrito el joven, al que ya había mirado Cidipe: "*Aconcio, juro por Ártemis que seré tuya.*" La muchacha no salía de su asombro. Pero ya había hecho ante la sagrada diosa un juramento, que todos oyeron, incluida la deidad.

Las fiestas terminaron y cada cual se fue para su casa. Cidipe a Atenas, Aconcio a Ceos. Pero ambos iban flechados y comprometidos. Empero, ignorante de todo, el padre de la joven organizó la boda con grandes fiestas. Mas la víspera del casorio Cidipe cayó gravemente enferma, hasta el punto que pensaron que iba a morir.

Claro, el matrimonio se aplazó. Y cuando Cidipe recuperó su salud, el padre fijó de nuevo la fecha y se agotaron otra vez los preparativos. Sin embargo, tal como había acontecido la vez anterior, en esta también Cidipe volvió a enfermar gravemente.

Entretanto en Ceos el joven Aconcio, transido de amor, preparó su viaje a Atenas. Al llegar a la ciudad majestuosa, quizás la más grande de toda Grecia, él sin dato alguno, se fue calle tras calle, esquina tras esquina, plaza tras plaza, preguntando por su amada. Al fin le dijeron dónde vivía, pero le agregaron la mala noticia de que estaba muriendo. Desesperado la buscó afanosamente, pero el padre de Cidipe, hombre aristocrático que no vio con buenos ojos al joven extranjero de estirpe y recursos menores que los suyos, no lo dejó entrar.

La joven empeoró. Y así, doblegado por el dolor que sentía, el aristócrata se fue a Delfos y consultó al Oráculo. La pitia entonces le transmitió el pensamiento de Apolo: el juramento ante Ártemis hecho por Cidipe, así hubiere sido con engaño, la obligaba y no cumplirlo significaba desatar la ira divina. El aristócrata regresó perplejo ante el dilema:

o moría su hija de amor, o aceptaba los amores con Aconcio, de menor estirpe y recursos. Grave predicamento para un rico. Y finalmente, con su dolor a cuestas, tuvo que aceptar el amor y entregar a su hija, que sanó de sus males y fue feliz, hasta donde se puede uno imaginar.

El mito de Hermocares es similar. Estaba éste viendo danzar en los rituales de Artemisa, en el templo de Apolo, a las vírgenes consagradas a su culto. Una de las vestales era una joven de un belleza indescriptible llamada Ctecila. Hermocares se enamoró de ella perdidamente. Y al igual que Aconcio, se ideó un golpe de audacia. En una manzana que lanzó a los pies de Ctecila escribió un mensaje similar al de aquél. Ella recogió la manzana y leyó en voz alta lo que estaba escrito: "Juro a Apolo amar a Hermocares". Igual que Cidipe, Ctecila, aunque con engaño, había quedado comprometida con un juramento ante Apolo.

El asunto es que el padre de Ctecila, hombre muy rico llamado Alcidamas, ya la tenía comprometida en un favorable arreglo matrimonial con otro joven. Pero se ve que Hermocares era un lanzado arribista, sin ninguna timidez. Y así, fue donde Alcidamas y le contó lo del juramento de su hija ante Apolo. Alcidamas, por salir del paso y no contrariar a los dioses, le dijo que le prometía formalmente a Ctecila. Pero no cumplió. Dejó pasar el tiempo hasta que pensó que Hermocares y los demás habían olvidado el compromiso. Luego de lo cual, Alcidamas la comprometió con otro; y ya ante el altar apareció Hermocares. En ese momento Artemisa, que conocía el juramento hecho a su hermano Apolo, hizo que Ctecila se enamorara de Hermocares. Y ocurrido ese prodigio de hechicería los dos jóvenes huyeron dejando plantados al novio, a Alcidamas y a todos los invitados que no pudieron participar del convite.

Los amantes se fueron a vivir a Atenas, en donde, al cabo de nueve meses, iba a nacer una criatura. Mas he aquí que Ártemis, que era tan buena, no obstante que había tenido una participación clave, como se vio, en este desaguisado, cobró una venganza tardía e implacable sobre el incumplido Alcidamas. Pero no lo castigó a él sino que se llevó en el parto a la hermosa Ctecila.

Y así, cuando se celebraba el oficio religioso con cuerpo presente de la pálida y hermosa Ctecila, vestida post mórtem

con impecable traje blanco, ante un Hermocares sumido en el más insondable dolor, una paloma, igualmente blanca, voló hasta el catafalco y al pasar por él, la amada trémula y yerta desapareció. Solo quedó de Ctecila un recuerdo, que no satisface en relación con la memoria de Ártemis.

Las leyendas de Aconcio y Hermocares, al igual que de las dos damas Cidipe y Ctecila, tienen varios aspectos interesantes. Por un lado, el candor de las féminas, su inocencia rayana en estulticia. Pero al lado de ellas la intrépida audacia de dos muchachos enamorados capaces de todo ingeniosamente, para lograr su objetivo. Se dice que en cuestiones de amor todo vale. Aunque eso no sea ni pueda ser justificado.

Naturalmente que el mito falla en el aspecto ético, en tanto destaca el valor de un juramento que no era el resultado de una decisión consensual. El engaño de que fueron víctimas las dos jóvenes mujeres no puede constituir derecho alguno y menos inducir la despiadada cólera divina.

Afrodita y Pan

XI

Deméter[47]

Hermana de Zeus, es decir, hija de Cronos y Rea. Era la deificación de la agricultura y de la riqueza de la Tierra. Fue quien enseñó al ser humano a sembrar utilizando la semilla de las plantas y los abonos. Deméter fue aliada de Zeus cuando se libró la batalla definitiva de la Titanomaquia y la Gigantomaquia. Era un ser puro, bondadoso, que amaba al hombre al que benefició con sus conocimientos para cultivar la tierra y sacar sus frutos. De su nombre latino Ceres viene la palabra cereal.

Deméter no era exactamente bella como Afrodita. Pero tenía la hermosura de las espigas doradas por el sol. Poseidón se apasionó por ella, como decir la atracción del Mar por la Tierra, y mejor aun, el Mar trayendo la vida. La buscó con amor, pero fue desdeñado. No era Deméter encarnación sexual ni gustaba del sexo. Por ella habría permanecido virgen, como la tierra que, aunque prolifera sus frutos, es virgen.

Poseidón, tan poderoso como era aun en Tierra, no aceptó el rechazo, y cuando eso ocurrió, no obstante que

47 Ceres de los latinos.

Deméter huyó veloz, amparada por Gaia o Gea, la persiguió implacable y ardiente. Ella, desesperadamente, en su carrera se mezcló con unos caballos que pacían en un vergel, y se disfrazó a sí misma de yegua. Pero el dios del Mar no se distrajo ni se desanimó. Descubrió el engaño y a su vez también se transformó en caballo. Hechiceros que eran. Un instante después, con el poder de su fuerza, la diosa fue sometida y violada.

Nada puede hacer ella, y presa de un estado depresivo, abandona el Olimpo para recluirse en una caverna donde aislada pena por su virtud profanada. Hasta que un día decide lanzarse en busca de purificación al río Ladón –distinto al dragón del mismo nombre que cuidaba por mandato de Hera las manzanas del Jardín de las Hespérides–. Este río tenía la virtud de hacer olvidar los hechos vergonzosos. ¡Bello mito!

Déspoina o Déspine y Arión

Una vez que logró la purificación, retornó Deméter al Olimpo con los otros dioses. Pero llevaba el germen que le había dejado su hermano Poseidón, y como consecuencia nacieron dos hijos: Déspoina o Déspine, que era una divinidad de segundo orden, adorada en la Arcadia. El otro hijo fue un caballo muy conocido, que hablaba y tenía el don de prever el futuro, llamado Arión. Fueron sus primeros hijos.

Perséfone[48]

Luego Zeus, padre de los dioses, tal vez por ostentar esa preeminencia que era al mismo tiempo una misión, pretendió y enamoró a Deméter, así fuese con intenciones temporales, pero le dio una hija llamada Perséfone o Core, que fue para Deméter el gran amor de su existencia. La amó con la pasión con que la tierra ama su fruto y el surco cubierto de verde. De hecho significaba el grano fecundo que sacia el hambre y conserva la vida.

48 Proserpina de los romanos.

Por supuesto, Perséfone era bellísima. No solo por la personificación del fruto agrario, sino porque se la consagró con una belleza sin igual, como la de las grandes diosas del amor.

Pluto o Ploutus

Hasta aquí, Deméter había sido un sujeto pasivo de las lides del amor. Pero llegaría para ella el toque de Eros. Un día descubrió a un personaje, tal vez de origen divino, como que se decía era hijo de Zeus y Electra, o de aquél y la ninfa Hemera. Se llamaba Pasión o Yasión, el cual estaba consagrado a propagar el rito de Eleusis y el culto a la diosa de la agricultura.

Bello como eran casi todos los personajes de la leyenda griega, despertó el amor de la casta diosa, quien con él yacería en la tierra sembrada y engendraría otros dos hijos: Pluto o Ploutus y Filomelo.

Pluto era ni más ni menos, como se mencionó antes, el dios de la riqueza, al que Zeus cegó para que no tuviera miramientos en la repartición que debía hacer de ella. Por supuesto era la riqueza –mineral o vegetal– que provenía de la tierra.

> El mito es sabio, justo y filosófico para un dios. Solo que Pluto, ciego y todo, jamás repartió la riqueza sin miramientos, pues de alguna manera hizo trampa y se la entregó a unos pocos.

Los misterios de Eleusis y el rapto de la doncella

El rito de Eleusis, entre cuyos iniciados se contaba Sócrates, fue instituido como un homenaje a Deméter, pero en especial a lo que ella y su hija Perséfone simbolizan en el eterno debate del hombre entre el bien y el mal, entre las sombras y el día, entre los dones de la tierra y los desastres naturales, en fin, entre los conceptos opuestos: el dolor y la alegría, la vida y la muerte, la ciencia y la virtud, el vicio y el crimen, linderos dentro de los que gira inexorablemente la vida de los seres humanos. Y hasta de los dioses.

Era un rito iniciático como la masonería, y por lo tanto cobijado por misterios que aún hoy guardan su discreto silencio a los profanos. Mas se conocen algunos aspectos en los que se puede identificar con el moderno rito del templo masónico: el Universo al fondo, el blanco y negro del suelo que se pisa, el fuego sagrado, y la invocación al Gran Arquitecto del Universo, que era Zeus para los griegos, Javé para el pueblo de Israel y otros muchos dioses para otros tantos pueblos, pero que sigue siendo el mismo concepto superior de Creador, más metafísico que religioso.

El mito es así:

Deméter vivía muy orgullosa de su hija Perséfone, y eso se tradujo en abundancia de los campos labrantíos y bienestar para los hombres.

Mas ocurrió que un día Perséfone jugaba en un jardín con las ninfas oceánides. Entonces observó cerca de allí un hermoso narciso solitario. Su belleza la atrajo y se le aproximó. Cuando iba a cogerlo, la tierra se abrió y del narciso salió Hades,[49] el dios del mundo de los muertos, quien, deslumbrado por la irresistible hermosura de la pequeña diosa, la asió del talle y bajó con ella a su sombrío territorio subterráneo. Nadie se percató del rapto o a ninguno pareció importarle. El Sol, es decir Helios, y el propio Apolo, no dejaron de alumbrar la senda del radiante día.

Solo cuando el dolor contrajo el alma desolada de Deméter por la desaparición de su hija, Helios acudió y le contó lo que había visto. Y fue entonces cuando Deméter, indignada con Zeus por permitir semejante desafuero, volvió a abandonar el Olimpo.

A partir de entonces nadie conoció un dolor igual al de esta madre. Vagó infructuosamente y sin consuelo por todos los lugares de la Tierra, en averiguación de cualquier dato o elemento que le permitiera recuperar a su amada hija. Descuidó su apariencia sin importarle nada, adoptó la forma de una vieja, y se sentó en una piedra cercana a Eleusis. Esa piedra, desde ese momento, fue llamada "la piedra sin alegría".

Llorando su dolor la encuentran cuatro doncellas, Demo, Calídice, Calitoe y Clicídice, hijas del rey Céleo y de

49 El Plutón de los romanos.

su esposa Matanira, las que, sin saber exactamente de quién se trata, la llevan a su hogar. Y así pasa un tiempo escaso de sucesos, sin que la diosa recobre su alegría.

Hasta que un día Deméter decide revelar su identidad a los benefactores. Entonces Céleo, inundado de profunda devoción, inicia la construcción de un templo consagrado a ella, junto a la fuente Kalijoro. En él se refugia con su insondable dolor la augusta diosa. Y desde ese momento se inician los misterios de Eleusis.

Entretanto los campos se marchitan, las cosechas se pierden, cunden la desesperación y el hambre por la ausencia de Deméter, y solo así Zeus, antes indolente no obstante tratarse de su propia hija, se conmueve y manda a Hermes a convencer a Deméter para que regrese al Olimpo. Inútil. Ella continúa inconsolable.

Ante la calamitosa situación de hambruna que se va desatando por el abandono de los campos y las cosechas, el padre de los dioses decide enviar al mismo Hermes, mensajero de los dioses y conductor de las almas al río Estige, a convencer a Hades, el dios de los muertos.

Tarea imposible porque éste siente un amor que ni la muerte, desconocida para los dioses, puede extinguir. Entonces Zeus insiste con su temible poder de dios supremo, a través de Hermes, por supuesto. Y así, finalmente y con mucho esfuerzo, accede Hades a entregar a Perséfone, ya reina de los infiernos, a su madre. Pero solo pasará con ella ocho meses del año. Algunos dicen que seis. El resto estaría al lado del taciturno y poderoso señor del mundo de las sombras.

Simbología esta de una prodigiosa proyección. Los campos fructifican ocho meses del año. Los otros cuatro son de preparación para la siembra, labor que el mito señala como una obra de Perséfone desde las profundidades de la Tierra.

Son los meses fecundos y los infecundos. Esto es la alternación de las luces y las sombras, y por lo tanto las oscilaciones entre la vida y la muerte. Y aun más, entre el bien y el mal.

Al regresar Perséfone, la alegría desterró el dolor de la madre –atracción de los opuestos– y retornó la primavera a los campos. Éstos dieron sus frutos y el hombre volvió a la prosperidad.

Entonces Deméter regresó al Olimpo, pero dejó a Céleo y a sus hijas los secretos que había acumulado en su vida fecunda. Formó entonces su propio rito, que fue un canto a la vida. Y de allí se alimentaba el curso de la filosofía que desarrollarían los grandes pensadores de la Hélade.

Erisictón, el hombre que se devoró a sí mismo

Era un mortal avaro y rico, y además un misántropo. No le importaba la solidaridad humana ni respetaba las creencias de los demás y solo buscaba la ganancia. Este hombre, cargado de odio, vivía con una hija virtuosa llamada Mnestra.

En el bosque natural, ornado de flores y árboles, consagrado a Deméter, había un gran roble, frondoso y respetable, que inspiraba unción por la naturaleza y por la vida. Allí llegaban los peregrinos a orar e invocar los dones de la tierra.

Pero un día hizo su aparición el huraño y rico Erisictón, armado de afilada hacha con el propósito de derribar el árbol para vender la madera. Todos, horrorizados le suplicaron que no lo hiciera. Oídos sordos. El empecinado blandió el hacha y se dispuso a cumplir su propósito. Deméter, que había oído a los suplicantes, se hizo presente vestida como una noble mujer y se acercó al energúmeno pidiéndole que cesara de cometer el atropello porque eso encolerizaría a la diosa.

Poco importaron sus palabras, pues ya Erisictón había descargado el primer hachazo, tras el cual siguieron muchos otros. El árbol empezó a llorar y a sangrar, sin que se condoliera el misántropo. Luego el hermoso roble y su follaje se desplomaron y el tronco fue convertido en tablas.

Deméter, aunque bienhechora y bondadosa, era justiciera y drástica como todos los dioses. El crimen debía pagarse, y ella, dadora de las cosechas de la tierra, ya lo había dispuesto: sería sancionado con el hambre.

Pero el poder de Deméter no iba sino hasta negarle el grano y las demás cosas surgidas del arado. Le era vedado llegar hasta el perverso, porque ese no era el rol de su oficio. Entonces se valió de una ninfa de su confianza y la envió hasta el paraje gélido y desolado, carente de toda vegetación, donde moraba Limos (el Hambre), hija de Eris, que era, como antes se contó, la Discordia. Limos era famélica, macilenta, encorvada y perversa como su madre.

La ninfa le transmitió el recado que le enviaba Deméter, a quien Limos respetaba. Y sin más palabras emprendió el largo camino en el carro alado que a la ninfa había prestado aquélla. Sobre el filo de la noche, llegó al lecho donde dormía plácidamente Erisictón.

Limos lo vio con la malicia de una fiera midiendo la distancia de su presa. Y luego lo abrazó todavía en el sueño, lo besó largamente en la boca y, con su delgadez de espada, penetró profundo al esófago y al estómago de Erisictón y volvió a salir para terminar el beso apasionado. Agotado lo cual Limos regresó con la ninfa. Erisictón solo despertó a la mañana.

Nada le había cambiado, salvo un apetito voraz que lo llevó a la cocina para engullir todo lo que encontró. Mas no tuvo la satisfacción de saciar su hambre que, encendida como una llama, seguía ardiendo en sus entrañas buscando más comida. Y así pasó el día comiendo y comiendo, pero necesitando comer más y más. Y siguió el otro día y el siguiente del otro siguiente. Y el hambre lo iba consumiendo, porque lo que devoraba no lo nutría.

Para poder comprar comida utilizó el dinero acumulado, pero fue inútil porque aun agotado éste no se saciaba. Entonces vendió los muebles de su casa con el mismo propósito, con el desesperante resultado de tener que comer todavía más, porque el hambre no lo abandonaba en ningún momento.

Cuando no tuvo nada más que su propia hambre, vendió a su hija Mnestra como esclava y con el dinero siguió comiendo. El maleficio de Limos seguía su curso. Entonces empezó a comer basura, hasta que agotó toda la basura. Se fue a otra parte, donde también agotó los desperdicios y sobrantes. Todo era un suplicio sin pausa.

Los dioses acudieron donde Zeus para pedir clemencia para Erisictón y su hija Mnestra, en su deplorable condición de esclava de unos extranjeros que partían a lejanas tierras. El rey de los dioses la liberó a ella, pero respetó el castigo de Deméter y de Limos, quienes, por su parte, fueron implacables en mantenerlo.

De este modo la hija volvió para ver a su padre encorvado por el hambre deambulando por las calles en busca de cualquier cosa que pudiera comer. Se apiadó de él y lo per-

donó. Y juntos reanudaron con proceloso afán, la busqueda de comida. Robaron despensas y graneros. Hasta que todo se acabó, incluso la paciencia de la devota hija.

Ya en esas condiciones, no tuvo más remedio el antaño pérfido misántropo, que devorarse inicialmente una mano, después la otra, luego los pies y, finalmente, todo lo que le quedaba.

El rito de Eleusis es esotérico. Desapareció hace miles de años, pero fue recogido por otros pensamientos y filosofías. Trajinando en el templo de Deméter entre el bien y el mal, ante un universo infinito, el hombre pudo desarrollar su sentido unitario. Tal es el mito, su trascendencia, su simbolismo. El rito de Eleusis es la encarnación de la agricultura de la que salía el trigo y por lo tanto el pan, símbolos del trabajo del hombre y de su alimentación. Constituye un elemento sublime de devoción que se sintetiza precisamente en el culto a la verdad, al trabajo y a la generosidad de la madre tierra.

De otro lado, el mito de Erisictón es de naturaleza humana y filosófica. No hay peor tortura que la del hambre. Es el recuerdo de Ugolino: condenado por sus crueldades a morir de hambre encerrado en una torre, devoró a sus propios hijos a ofrecimiento de ellos mismos, y sin embargo murió famélico. Knut Hamsun describió en su novela *Hambre* lo que era la tortura de las noches inagotables y el delirio de un hombre viendo sus dedos como salchichas e intentando comerlos. Es, por supuesto, el mismo mito del rey Midas, que como todo lo que tocaba se convertía en oro, carecía de alimentos pues también se volvían oro.

Pan, escultura de mármol

XII

Hades[50]

El cronida Hades era el dios del inframundo y de las sombras subterráneas. De la muerte. Reinaba bajo la Tierra, donde el mundo de los vivos tenía su final. Se lo consideraba con la figura de un hombre, porque todos los dioses, aun siendo inmortales, eran humanos. O, para decirlo de otra manera, porque los mortales tenían la forma de los dioses. Era un ser alto, de cuerpo muy bien proporcionado, de largos y sedosos rizos y barba casi rubios. Muy blanco, con la palidez del que no recibe los rayos del sol. Vestía con una túnica roja y un manto del mismo color. Llevaba siempre un casco, el *Kinei*, que le habían regalado, como en otra parte se vio, los cíclopes, y cuando lo usaba se volvía invisible a los ojos ajenos. De hecho Hades traduce invisible en griego.

Como casi todos los dioses, tuvo muchos nombres, según la región. En Beocia se lo llamó *Triphonios* que significa el que torna la tierra más fértil, porque siendo un dios subterráneo era a la vez señor de las riquezas subterrestes y promotor de la agricultura. De ahí su afinidad con Deméter

50 Plutón de los latinos.

y su amor por Perséfone su hija. En Hermión y Atenas se lo nombraba como *Klymenos*, que significa el Ilustre. En las islas Cíclades se lo conoció como *Eubuleus*, que quiere decir el que da buenos consejos. También era llamado *Polidektes* o *Polidegmon,* que es como decir el que recibe muchos huéspedes. Y otro nombre muy importante era *Isodaites,* el que da a cada uno una parte igual.

La muerte y la existencia más allá de ella tenían un complejo mecanismo extracorpóreo de designios divinos. Nos referimos a las Moiras, que eran quienes administraban la vida y señalaban la muerte. El *Destino* o *Fatum* de los romanos, que trazaba las líneas de la existencia y del final de la vida humana. Luego estaba *Tánatos*, dios al servicio de Hades, aunque independiente. Vestía de negro y portaba siempre un afilado cuchillo.

Los romanos cambiaron el mito y le atribuyeron a Tánatos sexo femenino. La llamaron *Mors*, figura de mujer muy flaca y macilenta, que igualmente vestía de negro y manejaba la hoz afilada que todos conocemos en la representación sombría de la muerte.

Y existía para los griegos otra divinidad: Keres, el ejecutor, que obedecía ciegamente a Tánatos, quien daba la orden, cuando a él no le importaba ejecutarla personalmente. Keres sentía gusto, como su patrón, por la eliminación de los humanos y podía dar la muerte violenta o apaciblemente.

Además de estos personajes, según el caso, como ya antes vimos, podían aparecer las Erinias, que se sentaban a la puerta de la casa del réprobo a cobrar la venganza divina. Atormentadoras, con una lengua de incinerantes imprecaciones, cargaban el alma del culpable de terribles reproches, y no se marchaban hasta haber sobrevenido la muerte.

Producido el deceso, el alma se separaba del cuerpo, y sin carne alguna era conducida por Tánatos, o Keres, o por las Erinias si fuere el caso, y por Hermes, el que las acompañaba en todo el recorrido que se iniciaba al llegar al territorio del Érebo. Comenzaba entonces el triste itinerario que tenía principio en el río Aqueronte, donde se debía abordar la fatídica barca de Caronte, el barquero eterno que cobraba el óbolo, moneda de oro que debía entregarle el alma y que los deudos debían colocar sobre los ojos del cadáver, según unos, debajo de la lengua, según otros.

Si no llevaban el óbolo, el barquero no hacía la travesía y las almas debían quedar errantes. Melancólica suerte que les estaba deparada a los pobres.

Ya embarcados, Caronte daba el rumbo. Pasaban al río Estige, o atravesaban un bosque pequeño conocido como el *bosquecillo de Perséfone* y luego llegaban a las puertas de Hades, herrumbrosas, pesadas, a cuyo pie permanecía feroz el perro Cerbero, animal de tres cabezas. Era el custodio perenne del Averno.

Es versión más o menos aceptada, y de gran fondo filosófico, que existían otros dos ríos en la región del Hades de enorme significación: el río Lete o Leteo, que significa olvido. Al alma que llegaba le hacían beber de sus aguas e inmediatamente todo le era olvidado. Su situación, su nombre, su pasado, sus seres queridos y hasta sus enemigos. Decían igualmente los filósofos que sostenían la metempsicosis o reencarnación, que a las almas que de allí salían a reencarnar en una nueva vida, también se les daba a beber del Leteo.

El otro río era el Mnemósine, cuyas aguas hacían recordar todo lo que se había olvidado.

Como se dijo en algún lugar atrás, los griegos no tenían noción ni del demonio, ni del infierno como el castigo en llamas, sino del Tártaro, o como lo soñó Dante, en círculos de punición para la eternidad. Pero sí creían en un juicio final, al que debían acudir las almas cuando pasaban la puerta del Hades. Ese juicio lo realizaba un tribunal compuesto por Minos, el legendario rey de Creta, al mismo tiempo legislador; Eaco, hijo de Zeus y rey de Egina; y Radamanto o Ramadantis, hijo también de Zeus.

Detrás de los jueces se encontraba Hades, como una instancia superior.

Si en vida se había sido justo y bueno se le premiaba con los Campos Elíseos, que era un paraje especial, de todos modos bajo la Tierra. Allí no existían las preocupaciones, la temperatura era agradable, y una tenue felicidad acompañaba al espíritu del muerto.

Pero si el alma había cometido pecado contra los dioses, o un crimen con alevosía, o parricidio, en fin, cualquier acto atroz, el réprobo era condenado a pasar al Tártaro, donde estaban los Titanes vencidos; los gigantes; Tántalo, Sísifo;

las hermanas Danaides, que dieron muerte a sus maridos; Tifón y todos los perversos que habían cometido actos despiadados.

El Tártaro era un lugar sombrío y tétrico rodeado por las aguas en llamas del río Flegetón, con tres murallas superpuestas que impedían cualquier contacto con los otros lugares del inframundo.

Hades era además el dueño de la riqueza de la Tierra, en especial de los metales, que daba a Pluto para que administrara. Hades era un ser muy poderoso y rico. Quizás por ese motivo los latinos lo llamaron Plutón, que significa *el que da la abundancia.*

No tuvo muchos amores. Obviamente no era querido, pero sí temido. Su gran amor fue Perséfone, historia que atrás se narró. Y como significación de la muerte, era invisible. Así podía asestar, sin ser visto, sus golpes terribles de los que nadie logró salir con vida.

Sísifo y la roca

Era el rey de Corinto, en una época muy lejana. Taimado y socarrón, le asistía una inteligencia aguda para calcular sus acciones buscando provecho donde no lo había ni lo veía nadie. Casado con una mujer fiel e ingenua de nombre Mérope, que era una de las pléyades, vivía realmente como un rey, amigo del lujo, de la holganza, de la buena mesa y la buena bebida.

Un día que, como en los otros, se encontraba descansando, miraba el mar en su perenne agitación de olas que vienen y van, combinando el azul intenso con el blanco de la espuma y las nubes. Y cuando nadie esperaba un acontecimiento insólito en medio de la rutina, él ve un prodigio: atraviesa el cielo un águila gigantesca y majestuosa que lleva en sus garras a una ninfa hermosa. Su vista le alcanzó para ver cómo el águila descendía con su bella y delicada carga en una pequeña isla cercana. Era inicialmente la isla Anone, que después se llamó Enopía.

La astucia de Sísifo y sus conocimientos le permitieron adivinar, sin error, que esa águila era Zeus, forma que, como ya se vio, adoptaba de vez en cuando el rey de los dioses. Ninguna otra deidad podía volar con la majestad de éste. Sísifo supo, a partir de ese instante, que el suceso habría

de significarle algo bueno en el futuro inmediato, y guardó silencio en discreta y paciente espera.

No fue larga, porque no había pasado mucho tiempo cuando apareció una deidad que él supo al instante se trataba de Asopo. Era el angustiado padre de la ninfa raptada, que llamaba Egina. En realidad Asopo era un río de caudalosas y cristalinas aguas. Preguntó atribulado a Sísifo, si había visto a Zeus volar en forma de águila llevando a su hija que amaba con gran ternura.

Sísifo entonces se dio cuenta de que había llegado el buen momento esperado, y para iniciar su delación exigió previamente que Asopo le levantara una fuente en el centro de Corinto, que carecía de aguas abundantes para beber. El afligido padre, que esperaba las noticias, lo complació con la fuente. Satisfecho, Sísifo le narró lo que había visto y le señaló la isla donde aun debía de estar Egina.

Asopo, que era muy poderoso, fue a la isla y rescató a su hija. En la isla Anone o Enopía florecería una ciudad que tomaría el mismo nombre de la ninfa Egina. Pero Zeus supo, porque todo le era conocido, que el que lo había delatado era Sísifo, el rey corintio. Montó en cólera, por supuesto. Y antes de partir al impío con un rayo, llamó a Tánatos para que, sin término de tiempo, ejecutara sus órdenes de muerte y lo condujera al infierno.

Tánatos cumplió. Con su indumentaria negra y su cuchillo afilado, se hizo presente en Corinto. Sísifo lo vio llegar. En cierta forma lo esperaba porque sabía a quién había traicionado. Pero no se alarmó. Con sangre fría lo recibió tributándole una cortesía real. Y le manifestó que no había ningún problema, que siguiera adelante que él, obsecuentemente, lo seguiría. Cuando Tánatos, sorprendido con tanta amabilidad, emprendió la marcha, al entrar en la habitación contigua, que ya estaba preparada, Sísifo lo encerró con tales seguridades que la Muerte no pudo abrir ni salir. En vano usó su afilado cuchillo y sus fuerzas. Ni la puerta ni el cerrojo cedían. En realidad estaba en un calabozo impenetrable.

Bueno, se podrá imaginar cualquiera el alboroto que se armó. Zeus supo que el bribón se había burlado de él y de todo el Olimpo. Igualmente del inframundo de Hades. Pero nada se pudo hacer por un tiempo, porque el rehén de Sísifo era la Muerte, prisionera que, curiosamente, se necesitaba en el mundo.

Y fue transcurriendo el tiempo, sin que sea posible calcular cuánto. Pero se sabe que nadie moría en la Tierra. Que le salieron telarañas a la barca de Caronte y los viejos se encorvaban sobre su propio cuerpo sin poder morir. Tampoco hubo guerras ni conquistas, corriéndose el grave riesgo de que los seres humanos se volvieran, como los dioses, inmortales.

Zeus entonces no aguantó más y le dio orden terminante a Hermes, su enviado directo ante Hades, para que condujera a Sísifo, como fuera, al Infierno y libertara a Tánatos. Hermes, que como se verá era ladino, llegó a cumplir su misión, que también era esperada por Sísifo. Previamente éste llamó a su mujer Mérope y le dijo que iba a morir, pero que por ningún motivo le diera sepultura. Que lo dejara en un cuarto oscuro y frío y le pidió que no averiguara el porqué ni que dejara de cumplir su palabra. Ella, sin comprender nada, así lo hizo.

Muerto al fin, Hermes lo condujo al Averno, en la compañía de Tánatos, ya liberado. Se le impuso el juicio con alguna suavidad, pues no dejaba de producir cierta admiración en Hades y en Perséfone la audacia del mortal rey de Corinto. Pero éste, desde el propio juicio, arguyó en su favor que ninguna de las deidades infernales podía condenarlo sin que se hubiera cumplido con su cuerpo el rito religioso de la sepultura. Él debía regresar para castigar a su mujer por el despiadado gesto de dejarlo sin las honras fúnebres, y velar por que se cumpliera con ese requisito.

Perséfone, bondadosa como era, convenció a su esposo de que accediera a la súplica del mortal, y así volvió a la vida con el propósito indeclinable de lograr, acorde con sus creencias y honor, su sepultura y regresar bajo palabra a su sitio entre los muertos.

Pero Sísifo era, como se sabe, mañoso. Cuando salió del Érebo ya tenía el propósito de no volver jamás. Y como un camaleón adoptó distintas fisonomías y se mezcló con los pueblos donde viajó incansable, logrando con esa habilidad de metamorfosis evadir otra vez a Tánatos y vivir largamente, olvidado por supuesto de su honrada mujer Mérope, abandonada a su suerte. Otras mujeres llegarían a su lecho de fugitivo. Hasta que la vejez le sobrevino, sin ver a un médico. Los años pues lo fueron doblegando y sus fuerzas se fueron disipando. Entonces, de alguna manera

Keres o Tánatos se enteraron de que aquella alma que estaba a punto de entregar la vida, era Sísifo. Y, por supuesto, ya no había lugar a tretas. Murió anciano.

Su alma repitió el camino ya conocido y enfrentó al tribunal compuesto, como se sabe, por Minos, Éaco y Radamantis. Con el consejo de Hades fueron implacables en la sentencia: Sísifo por toda la eternidad estaría condenado al Tártaro, y allí todas las mañanas, tendría que subir una pesada roca a la cúspide de una empinada montaña. Cuando ya iba cumpliendo su diaria jornada, la roca se devolvía con ímpetu aplastándolo y rodando por la cuesta hasta regresar a la base, donde al otro día tendría que volver a emprender el inacabable destino.

> Sísifo, por supuesto, es el hombre en toda su dimensión de inteligencia, con capacidad para el engaño, astuto y elusivo, pero trágico. Albert Camus desarrolla con desolación existencialista el mito de Sísifo, que refleja desgarradoramente al hombre siempre irredento, subiendo la pesada carga que debe sobrellevar sin posibilidad alguna de terminar la ingente tarea.

Las danaides y el barril sin fondo

Danao era un rey de Libia, hermano de Egipto, rey a su vez de Arabia. Ambos eran hijos de Belo, quien reinaba en todo el territorio del Nilo, que comprendía gran parte del África y se extendía a Arabia. Belo, igualmente, tuvo un hermano llamado Agenor, el que se retiró del territorio de su padre y se fue a reinar a Siria. Agenor y Belo eran hijos de Poseidón con la ninfa Libia.

Retirado Agenor, Belo fue el monarca de los vastos territorios ya nombrados. Entonces, cuando murió Belo, los dos hijos, Dánao y Egipto, se repartieron el inmenso reino y así Dánao fue rey de Libia que iba hasta el Nilo; y Egipto, de Arabia. Todo esto se hizo con la mayor armonía y fraternidad.

Pero llegó a rondar por allí la diosa Eris y comunicó la ambición a Egipto. A partir de ese momento este último tomó el Nilo en un gesto de poder y suficiencia que, naturalmente, indignó a su hermano. Allí ya estaba sembrada la discordia.

Mas la cosa no paró, sino que Egipto, quien tenía cincuenta hijos varones todos, le hizo saber a Dánao, por su parte padre de cincuenta mujeres a las que llamaban las danaides, que iría por todo el territorio de éste, y por su propia vida.

Danao, temeroso, no lo pensó dos veces, y una noche abandonó la heredad que le había dejado su padre Belo; se proveyó de lo que pudo, incluido un tesoro grande, y tomó la ruta del mar con sus cincuenta mujeres.

Después de larga travesía llegó a Argos. A pesar de estar desterrado, seguía siendo sin duda un hombre muy rico. Se instaló a todo confort en esa ciudad y se convirtió, naturalmente por su riqueza, en un ser muy poderoso. Milagros del tesoro que había salvado. Pero guardó rencor, explicable por cierto, contra su hermano Egipto, usurpador de su imperio, y contra sus cincuenta hijos.

En Argos reinaba un viejo monarca de rancia prosapia: Gelanor, quien había otorgado al destronado rey y a sus hijas una generosa acogida. Pero lejos estaba de la gratitud el señor Dánao; y haciedo gala de unos ímpetus que no había mostrado para defender lo suyo, un día, así, por las buenas, pidió que lo nombraran rey, pasando por encima de Gelanor.

Era sin lugar a dudas una propuesta inaceptable. Pero se supone que Danao ya había comprado los servicios de unos soldados, y además tuvo ocurrencia en esos días un suceso premonitorio que movió la voluntad del débil rey argivo. Cuando paseaba por las calles una manada de bovinos, de un bosque vecino surgió un lobo que se abalanzó sobre el toro mayor y con gran ferocidad le dio muerte y lo devoró al instante.

Gelanor observó en el hecho un mensaje divino, y como la hebra se revienta por la parte más delgada, entendió que debía entregar a las buenas la corona al advenedizo. Y así ocurrió sin que nadie se opusiera.

Dánao no fue en realidad un rey malo. Como era un hombre de mucha fortuna, se carecterizó por las grandes fiestas y el boato de su reinado. Pero también cultivó el deporte y practicó los juegos, que fueron famosos. De él nacieron los danaos.

Ya instalado como rey en un país extraño, no olvidó los agravios del pasado y mantuvo oculto un compulsivo deseo

de venganza. Es así como, siendo ya un rey de mucha nombradía, mandó emisarios a Egipto, que ya para entonces así se llamaba no solo su hermano sino el país que gobernaba. En la embajada cursaba la invitación para que, como señal de olvido de todo lo pasado, asistieran los cincuenta sobrinos, hijos del hermano usurpador, a Argos donde serían agasajados con grandes festejos. Y los cincuenta emprendieron el viaje a través del Mediterráneo.

Al llegar efectivamente fueron agasajados con fiestas generosas de integración familiar. Lo pasado, pasado. Los sobrinos, creyendo en la sinceridad del tío, hasta se atrevieron a pedir la mano de las cincuenta mujeres de la prole de Dánao, que por cierto eran bellas. Éste, que tal pedido esperaba entre sus planes, accedió gustoso y se celebró una boda monumental. Hubo sacrificios a los dioses con una hecatombe. Y hubo vino y comida para todo el pueblo.

Hasta allí, hermoso. Pero la noche del casorio el rey argivo le entregó a cada hija una afilada daga y les pidió que cuando sus cónyuges fueran a cumplir con el consabido deber matrimonial, aprovechándose de su indefensión y de la oscuridad, les dieran muerte traidora y les cortaran la cabeza.

Fue una matanza alevosa y cobarde, que las hijas cumplieron con satisfacción y a cabalidad. Menos una de ellas de nombre Hipermnestra, que no quiso asesinar a su esposo que se llamaba Linceo.

Al otro día el rey celebró con sus hijas el genocidio, y a Hipermnestra la mandó a encerrar cautiva en una torre. Luego mandó a efectuar los ritos funerarios en Argos para los troncos decapitados. Mas tuvo aun el coraje de agregar a su acción la ignominia de enviar las cuarenta y nueve cabezas a su hermano, quien las hizo sepultar en Lerna, Egipto. Su dolor fue tan grande que se retiró a morir a una pequeña población.

Por toda Grecia se expandió la noticia, que lejos de preocupar a Dánao y a las danaides, les hizo sentir orgullo de su poder y de la leyenda de que se vieron rodeados. Naturalmente, las Erinias tomaron sus antorchas y se fueron a palacio a reclamar justicia.

Zeus, que tenía parentesco cercano con los protagonistas, ordenó que se purificaran tanto Dánao como sus hijas

y emprendieran el camino de la expiación. No obstante, la purificación no era suficiente sino que exigió además que se hiciera un juicio de responsabilidad contra las danaides, en el que, curiosamente, Hermes y Afrodita fueron los abogados defensores. Hermes, como ya se verá, era un maestro de la argumentación y Afrodita no necesitaba de muchas palabras. Iniciado el juicio, la labor de la defensa se remitió al recuerdo del crimen cometido contra Dánao por su hermano el rey Egipto y sus cincuenta hijos, y al valor ético de la venganza, sagrado para todos los griegos. Con tan buena defensa, las danaides fueron absueltas.

Mas pasado un tiempo surgió un fenómeno que perturbó su felicidad. Las cincuenta hijas tenían necesidad de maridos. Eran bellas y sensuales, y estaban vírgenes, por lo menos algunas de ellas. Entonces el rey hizo una promoción publicitaria para buscar maridos. Mas todo fue en vano, porque ningún hombre sensato se le arrimaba a la idea de casarse allí.

Y en la medida en que discurrían los meses, se hacía más urgente la necesidad de satisfacer a todo ese serrallo. Fue entonces cuando a Dánao, que era además inteligente, se le ocurrió la idea de convocar a todos los estados-ciudades griegos a grandes juegos de atletismo, y anunció que a los ganadores de cada competencia se les entregaría, fuera de una gran dote, la mano de una de las hijas, a elección del triunfador.

Y allí sí fue, porque los griegos amaban la competencia. Todos aceptaron y participaron. Así pues, bajo el olvido que propiciaba el deporte, y por el boato de todo el dinero, cada una volvió a conseguir pretendiente con palabra de matrimonio.

Fue tanta la felicidad, que Dánao mandó a liberar a su hija rebelde Hipermnestra y hasta permitió que se uniera nuevamente a Linceo, el devoto amante que esperaba pacientemente ese momento.

Hubo, pues, nuevas bodas. La felicidad, esa rosa esquiva, reinó entre todos, olvidándose de los muertos del pasado. Pero el mito se explaya en los terribles perfiles de la tragedia. Ese Linceo, tan leal y fiel al amor por Hipermnestra, reviviendo el pasado se levantó la misma noche nupcial y dio muerte, uno a uno, a Danao y a las cuarenta y nueve hijas, que no alcanzaron a probar las delicias del amor.

Al llegar el padre con sus danaides al Érebo, los tres jueces del Averno, nombrados antes, no se dejaron convencer por la purificación ordenada por Zeus y el juicio absolutorio, comoquiera que ninguno de los purificados, realmente, estuvo arrepentido del pavoroso crimen de los cuarenta y nueve maridos decapitados. Su sentencia fue terrible, como su crimen: purgarían por toda la eternidad en el Tártaro la pena de llenar con sangre un barril que no tenía fondo.

O sea que se hizo una justicia implacable, a pesar del juicio absolutorio ya aludido. Mas carecemos de datos relativos a la suerte que debió correr Linceo, reo del mismo delito.

> Es una historia de justicia, donde al final todo crimen se debe pagar. Nada debe quedar impune, así la pena solo sea el reproche de la propia conciencia. El mito enseña con imaginación lo que Dostoyevski intuyó en su obra *Crimen y Castigo*. Y no cabe la argucia de que se estaba ante un caso juzgado.

Orfeo y Eurídice

Lo más seguro es que Orfeo haya sido hijo de Apolo con la musa Calíope, la de la poesía épica. Pero no faltan los que le atribuyen la paternidad al rey de Tracia, Eagro, al que habría sucedido en el trono. Quizás tengan razón. Otros sostienen que su madre fue la musa Polimnia o Urania. Empero, solo reteniendo mentalmente lo que fueron la poesía y la música que Orfeo combinaba con su lira, que de siete cuerdas él aumentó a nueve en homenaje a las musas incluida su progenitora, puede adquirirse la certeza de que su padre era el dios de la luz y de la música y su madre la que mejor hizo de la poesía la palabra alada.

Ese fue, en líneas generales, el juglar que caminaba por todos los lugares, que viajó al desierto egipcio, que doblegó con sus pies montañas, bosques y selvas; que cabalgó sobre las olas del mar y en la llanura, y a todas partes iba acompañado solo de su instrumento, regalo de su padre, y de su voz bellísima y su palabra melodiosa con la que embelesaba a todo el que le oía, hombre o mujer, animal manso o fiera.

La magia de la música y la poesía, elevada a la más encumbrada potencia, salía de sus labios y de su cítara a

sublimizar en conjunto al que lo oyera. Cautivaba, emocionaba, elevaba y finalmente, si él lo quería, dormía al oyente cuando su siquis se había doblegado y no le quedaba más que el ensueño. En esas épocas en que todos andaban armados e iban a la guerra por gloria y por gusto, nunca portó algo que pudiera herir a nadie. No lo necesitaba, porque su música desarmaba al más fiero. Y aun a los monstruos que poblaban los caminos agresivos o los bosques.

Las hazañas conocidas de Orfeo no son muchas. Las no conocidas son supuestas por la imaginación. De las que tradicionalmente se cuentan, se sabe que fue uno de los argonautas.

En esa bella aventura en pos del Vellocino de Oro, por el cual habrían de ir hasta el Jardín de las Hespérides, como ya se vio, custodiado por el poderoso dragón, en la compañía de Jasón, Orfeo hizo de cómitre, o sea que daba el compás a los remeros para que movieran los remos al unísono, primero de un lado y luego del otro.

Era una travesía colmada de riesgos. Primero, porque les tocó soportar varias tormentas terribles, que él enfrentó victoriosamente con su música. Y no solo logró calmar la agitación de los marineros, sino conmover a Poseidón y de esa manera hizo posible que se amainara el encrespado agitar de las olas. Segundo, porque debieron enfrentar el canto de las malvadas sirenas, que enloquecía a los navegantes y los arrastraba hacia ellas; y cuando ya los tenían en sus dominios, les daban muerte y los devoraban.

Orfeo las venció con su música. Cuando ellas entonaban su canto embrujado, aquél logró superar el hechizo con el suyo, superior en notas y arpegios. Y hasta se dice, como atrás se vio, que, llenas de decepción, se suicidaron arrojándose a los abismos del mar. Seguramente tampoco sabían nadar, a pesar de ser sirenas.

Cualquiera puede imaginarse que un ser privilegiado como Orfeo contaba con una aureola de divinidad entre los griegos que atribuían a don especial de los dioses ese talento excepcional. Por supuesto, de ese don se derivaba un poder sobrenatural muy superior al de cualquier mortal. Y es de fácil comprensión, igualmente, que las mujeres suspiraran por el amor de Orfeo. Lo idolatraban y buscaban por todos los medios yacer con él; entregarse a sus caricias y oír per-

manentemente su voz melodiosa. Pero Orfeo no sucumbió ante ninguna de ellas. Ni las deseaba ni se dejaba dominar por los encantos femeninos.

Hubo solamente una ante la que quedó maravillado y cautivo desde el primer instante: la ninfa Eurídice. Fue ésta la única mujer que lo conmovió con su mirada azul indefinible, transparente, dulce, tierna y al mismo tiempo apasionada.

De ella se enamoró con un amor sin igual. No era la pasión afrodisíaca, ni el desbordamiento de la siquis, aunque era de hecho un amor de la carne y los sentidos. Pero no era solo eso. Era la ternura imprescindible, suave, que embargaba todo el ser. Que no se distraía por ningún otro estímulo, ni dejaba de pertenecer a lo noble y elevado de la existencia humana. Puede decirse que no ha existido un amor tan grande como el de Orfeo, compartido con la misma emoción y pasión por Eurídice.

Se casaron y, a pesar de los viajes del juglar, fueron felices. Con la felicidad del que comparte sentimientos, tristezas, alegrías, momentos de recogimiento, momentos de pasión y caricias. Sueños e ilusiones. La felicidad de saber que podrían envejecer juntos y aun disfrutar de un beso.

Pero un día Eurídice, en ausencia de su amado Orfeo, se regocijaba en un vergel con sus amigas. Y atinó a pasar por allí otro hijo de Apolo, de nombre Aristeo. Éste, que seguramente no conocía a su hermano Orfeo, y tampoco a la esposa Eurídice, a la primera visión quedó transtornado por la belleza de ésta, y salió en su persecución. Nadie por aquellos años se detenía a meditar en el respeto debido a una dama, sino que era común una especie de derecho de conquista al abordaje. Eurídice, naturalmente repudió al atrevido enamorado, pero sus palabras de rechazo y auxilio no eran oídas por la pasión brutal de Aristeo. Ella corrió despavorida por el campo. Pero detrás de ella iba el agresor.

En su desesperación, Eurídice no vió y pisó un áspid que la mordió en el pie. Al poco tiempo había cesado su vida. El agresor huyó y no se volvió a saber de él, mientras un dolor intenso abatió a las ninfas. El regreso de Orfeo se vio perturbado por la noticia, que lo sumió en la más desoladora aflicción.

Le oprimía el alma saber que no la había defendido del rufián, malhadadamente su hermano. Le torturaba el espacio

vacío de su lecho, y sentía el mismo aletear de la tristeza en la mañana, en la tarde o en las noches de espanto y soledad. No se iguala la pérdida de la amada con ninguna otra pérdida irreparable. De ahí que su canto se tornó en melancolía, y en un dolor taciturno que todo el que lo oía lloraba fundido al mismo dolor del poeta.

Así, pues, con el consuelo de su padre Apolo, y de las Musas, tomó una decisión: iría al mismo Infierno para suplicar al propio Hades que le devolviera a su dorada ilusión. Rescataría de la muerte y de las sombras eternas a su amada Eurídice.

Tomó entonces en vida el camino de la muerte. Preguntando marcó la ruta y con su pasos de caminante, hacia allá tomó rumbo. Iba cantando su dolor y entonando la melodía de su pena. Todos los que lo oían callaban y lloraban compasivos. Y así le fue posible llegar hasta el Érebo, desde donde divisó el río Aqueronte y entró hasta verse con el temible barquero Caronte, quien oyendo su canto estalló, conmovido, en sollozos y pasó en su barca al desolado poeta, que no cesaba de cantar, a la laguna Estige. Luego entró por la puerta herrumbrosa en la que las tres cabezas y los seis ojos del perro así mismo se conmovieron y lloraron.

Ya para entonces hubo un suspenso de todas las actividades del Averno. Tántalo dejó de sentir hambre y sed, para llorar la misma pena de amor. Las danaides dejaron de llenar el tonel sin fondo de la sangre. Sísifo cesó el penoso ascenso y la roca guardó equilibrio en el espacio. Los tres jueces, Ramadantis, Éaco y Minos, también lloraban enternecidos. Y así todo se paralizó momentáneamente, mientras se escuchó la música y el canto de Orfeo.

Pasó el bosquecillo de Perséfone y siguió bordeando el Tártaro hasta la planicie suave pero oscura de los Campos Elíseos. Allí halló en sus tronos a Hades y a Perséfone, quien también sabía, al lado de su madre, lo que era una pena de amor al infinito. Con su canto y la lira contó su historia y formuló su súplica. Eurídice, pálida, salió de las sombras y Orfeo divisó su sonrisa de vida y navegó un instante en la dulce transparencia de sus ojos azules. Pero siguió cantando sin cesar.

Y entonces el rostro duro y macilento de Hades se conmovió, y el de su esposa no pudo contener las lágrimas que

antes había derramado por el dolor de Deméter. Sabía ella lo que era el desgarramiento de las entrañas y el aturdimiento inconsolable por la pérdida del ser querido.

En ese momento tan dramático, el rey del inframundo dictó una sentencia inapelable: Eurídice regresaría al mundo viviente. Orfeo iría adelante y ella atrás en silencio. Solo que por ningún motivo él podría volver la cabeza, pasara lo que pasara. En realidad la condición era simple y se había logrado el triunfo sobre la muerte.

Agradecido él, que recordaba por donde había venido, tomó el camino de regreso, siempre entonando su melopea. Y así superó lo escabroso, los lamentos desgarrados de las almas en pena, la tupida oscuridad, la barca de Caronte, la laguna Estige, el río Aqueronte, y estaba próxima la salida del Érebo cuando lo sacudió un temor incontrolable: la angustia de que no fuera verdad lo que estaba pasando y la posibilidad de haber sufrido un engaño. Le atropella el silencio de las sombras y la falta de algún movimiento que indicara que su amada Eurídice sí caminaba detrás.

Presa de una duda irresistible, volteó la cabeza y de inmediato su estupor se confundió con la alegría de un instante. Allí estaba Eurídice, siguiendo sus pasos en el más sacralizado silencio. Cuando dejó la lira y se lanzó a abrazarla, su imagen se desdibujó en el aire y su cuerpo fue solo un espacio vacío. Había incumplido él, vencido por el temor, su promesa. Y los dioses habían sido implacables en exigirla.

Nunca más pudo borrar de su mente atormentada la imagen última del rostro adorado de su Eurídice cuando, ella sin comprender la infidelidad a su palabra, se volvió para verlo en el instante supremo que precedía a la vida. La despedida silenciosa y asombrada de sus ojos azules y un gesto de su mano extraviado en el aire, antes de que se perdiera definitivamente desvanecido como un fantasma.

Volvió a tomar la lira y a entonar un canto aun más triste que recogía todo su dolor, pero ya era en vano. Ni siquiera Caronte, que antes había llorado por él, se desprendió de la dureza pétrea de su semblante. Allí se le cerraron todas las puertas hacia atrás y solo pudo trastabillar al iniciar su camino hacia la luz. Había cumplido la hazaña increíble del

viaje a los Infiernos para regresar indemne al mundo de la vida. Pero en adelante sería un muerto más, ambulante en el territorio de los vivos, porque había perdido la esperanza para siempre.

Lo que resta entonces de la vida de Orfeo es variado y contradictorio, según el país donde se tejiera la leyenda. Unos dirán que, habiendo creado Orfeo el rito iniciático de los misterios Órficos, y habiéndoles contado a sus hermanos el secreto de la vida y la muerte, y la forma de llegar a los Campos Elíseos, Zeus le disparó un rayo y le dio muerte porque esas cosas hacían parte solo del conocimiento exclusivo de los dioses.

Otros dirán que las Ménades, en una dionisíada, le dieron muerte despedazándolo, porque Dionisos mantenía celos con el poeta cantor, comoquiera que le había quitado el favor de Apolo.

Pero lo que está más cerca de la verdad que cabe en un mito, se encuentra en la muerte que, histéricas y delirantes, le dieron las mujeres tracias después de oírlo entonar sus dolamas al son de la lira, queriendo cada una conservar una parte de su cuerpo divino. La cabeza fue arrojada al mar y flotando llegó hasta Lesbos donde fue recogida por las Musas, que le dieron sepultura.

Con un ingrediente de hechicería viene otra versión según la cual Afrodita, vengativa y terrible, en desquite con Calíope, la madre de Orfeo, por haberle quitado una parte del tiempo de Adonis en el fallo que dio, hizo enloquecer de amor a las mujeres tracias para que, enceguecidas y sin control, cada una quisiera poseer a Orfeo. Como éste se negó a otros amores, lo despedazaron en la forma dicha.

Su lira náufraga, al lado de su cabeza, fue llevada al espacio infinito convertida en una constelación. Y seguramente su alma se reencontró en los Campos Elíseos con la adorada Eurídice.

El mito de Hades penetra en la complejidad del fin de la vida. El secreto eterno de la muerte está fundido a la vida y la sobrecoge siempre. Y luego el paraíso y el castigo, sin la existencia del demonio cristiano. Hay allí un mundo imaginativo de muy honda espiritualidad, pero sin que

la creencia religiosa fuera impuesta por la fuerza. Todo lo que el ser humano es se refunde en figuras deificadas que personalizan los temores irredimibles del hombre, trágico y finito.

El hermoso mito de Orfeo y Eurídice significa, naturalmente, la persecución constante de la belleza y el ideal, ordinariamente esquivos. Pero hay algo más. El miedo del hombre a perder su felicidad hace que, precisamente por ese temor, caiga en lo que afanosamente quiere evitar. Orfeo y Eurídice es la búsqueda perenne y sin tregua del ser humano por lo noble y bello de la vida, que se pierde por un motivo cualquiera. Especialmente por la desconfianza a ser feliz.

Dionisos, Baco de los romanos

XIII

Atena o Atenea[51]

Fue la encarnación de la sabiduría, el valor, la estrategia y la virtud, porque asimiló desde el primer instante vital, en el vientre materno, esos elementos que poseyó en abundancia su madre Metis, dueña de toda la sabiduría entonces conocida, y además de la Prudencia.

Zeus amó a Metis verdaderamente y la hizo su amante. Pero se interpuso un anuncio profético que empañó su mente. Esa adorable diosa de la sabiduría habría de darle un hijo más poderoso y sabio que él mismo y quien, repitiendo su propia historia, habría de destronarlo.

¿Quién pudo haber hecho esa profecía cuando apenas se fundaba el Universo y Zeus acababa de vencer a su padre Cronos? Seguramente nadie. Es posible más bien que se tratara de un temor invencible propio, al pensar que la historia bien podría repetirse en su contra. Y para prevenirlo, sin vacilación alguna, se tragó en cuerpo y alma a la virtuosa Metis, después de haberle hecho el amor.

---

51 Minerva de los latinos.

Pero ésta ya llevaba en su vientre el producto de esa cópula. Y así, nueve meses después, Zeus sintió un irresistible dolor de cabeza. Desesperado, el todopoderoso señor del Olimpo llamó a Hefeistos y le pidió que, ante lo insufrible del padecimiento, le descargara un golpe en lo alto del cráneo, lo que éste hizo con un hacha. Y asombrosamente se alivió su dolor cuando de la herida salió, ante sus ojos atónitos, una mujer adulta, vestida con arreos de guerra y armada de lanza. Bella por definición y sabia. Desde ese mismo instante lo amó a él como padre y madre, porque ésta se quedó en las entrañas de Zeus. Y se llamó Atena o Atenea. Como símbolo característico, que también lo fue de la sabiduría, por los ojos siempre abiertos, en su hombro se posaba una lechuza.

Fue virgen y ninguno pudo quebrantar su pureza. Se cuenta que, enamorado como estuvo de ella Hefeistos, bajo promesa de matrimonio la llevó al tálamo. Mas cuando iba a llegar al orgasmo, precoz por cierto, el cuerpo pasivo de la diosa se desvaneció y el Cojo solo pudo eyacular en el aire. El semen cayó a la Tierra y de ella brotó Erictonio. Apolodoro sostiene que el frustrado coito fue un intento de violación de Hefeistos y que, cuando soltó su semen en el aire, le cayó en una pierna a Atenea. Que ella se limpió con un paño de lana que arrojó a la Tierra y fue de allí de donde brotó Erictonio. Es más o menos lo mismo.

Atenea recogió al niño y lo adoptó maternalmente y, por sus enseñanzas y cuidados, hizo de él un rey de Atenas cuya sabiduría fue legendaria.

Fuera de las armas al nacer, la diosa se presentó además con un atavío completo de guerra. Usaba casco, la lanza en la mano derecha, el escudo en la otra, y sobre el pecho la égida, que era la armadura que le tomó a su padre, hecha con la piel de la cabra Amaltea (de la que ya se habló). Después de que Perseo dio muerte a Medusa con su ayuda, en el centro de la la égida colocó el abominable rostro del monstruo, con sus serpientes enroscadas por cabellera (también se habló de ella antes), que convertía en piedra a los que la miraran.

Por esta circunstancia, y por proferir gritos de guerra igualmente al nacer, se la tomó como una deidad bélica. Y ciertamente lo era. Pero, como se verá en el capítulo siguiente, a diferencia de su hermano Ares, que amaba la guerra por

las matanzas, la sangre derramada, los brazos hendidos, las cabezas rotas y la muerte, Atenea era diosa de la guerra justa. De esa que los tratadistas de derecho internacional siempre han conocido como la *ultima ratio*. Y era una estratega que dirigía los combates con inteligencia. En la guerra de Troya estuvo al lado de los griegos, como que era la patrona de Atenas, y fue ella la que sugirió al taimado Odiseo la treta del caballo. Y hasta por ellos llegó a enfrentarse a Ares, al que inclusive hirió y doblegó.

En la *Ilíada*, Ares ha dado muerte brutal a muchos. Engolosinado con la matanza, a la que también asiste Atenea. Ares, acabando de dar muerte al gigante Perifante, ya se aprestaba a emprenderla con el noble Diomedes, domador de caballos y protegido de Atenea. Tembloroso, éste implora a su deidad. Atenea le contesta: "¡Diomedes Tidida, carísimo a mi corazón! No temas a Ares ni a ninguno de los inmortales. Tanto te voy a ayudar". Y sale a enfrentarse con Ares, listo a dar el golpe mortal. "*Al hallarse a corta distancia –dice Homero–, Ares, que deseaba quitar la vida a Diomedes, le dirigió la broncínea lanza por encima del yugo y las riendas; pero Atenea, la diosa de ojos de lechuza, cogiéndola y alejándola del carro, hizo que aquél diera el golpe en vano. A su vez Diomedes, valiente en el combate, atacó a Ares con la broncínea lanza y Palas Atenea, apuntándola a la ijada del dios, donde el cinturón se ceñía, hiriole, desgarró el hermoso cutis y retiró el arma*". Ares, adolorido, con la herida abierta, fue donde Zeus a ponerle la queja contra Atenea. Y Zeus, después de oírlo, le respondió: "*No te lamentes, sentado junto a mí, pues me eres más odioso que ningún otro de los dioses del Olimpo. Siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas y tienes el espíritu soberbio que nunca cede.*"

Ares era la fuerza bruta y la violencia. Atenea era el cerebro y la virtud.

Con muchos otros apelativos se conoció a Atenea. Homero la llamaba *Glaucopis* porque tenía los ojos verde azulados. Se la llamó así mismo *Atenea Ergane,* porque protegía a los artesanos, que eran todos los que ejercían un oficio distinto al de filósofos. Pero al mismo tiempo se la llamó *Atenea Partenos,* que significa virgen. Y es natural que a ese apelativo se debe que hayan levantado el famoso Partenón de Atenas, construido por los dos grandes arqui-

tectos Ictinos y Calícatres. Y ya se dijo que Fidias lo decoró con grandes esculturas.

Y cuando acompañaba a sus protegidos en la guerra, se la llamaba *Atenea Prómajos.* Pero en la ciudad se la llamaba con unción *Atenea Polías.* Cuando ayudó a los griegos a triunfar en las guerras *médicas*, contra los invasores medas, se le dijo *Atenea Nice,* de *Niké,* victoria. Y se le erigió la gran escultura de Fidias en la Acrópolis llamada *Atenea Prómajos,* que significa el que avanza en la lucha.

Empero, el apelativo con que mayormente se la conoció fue el de *Palas Atenea.* Y no se sabe a ciencia cierta de dónde provino ese sobrenombre. Algunos dijeron que ella había sido hija de Palas, un ser andrógino y perverso al que la misma Atenea debió dar muerte porque intentó violarla, y lució en adelante en su armadura la piel de cabra con que aquél se adornaba. Otros han sostenido que llevó su nombre en homenaje a una ninfa llamada Palas, hija del río Tritón, amiga inseparable de la diosa y compañera de crianza. Se cuenta que Atenea dio muerte accidental a Palas, y en cuyo nombre edificó el Paladio de Atenas. Es muy posible que ese haya sido el origen del nombre.

Pero aun hay otra explicación que se remonta al significado mismo de la palabra en griego antiguo: *la que blande el escudo.* Sin embargo, lo más acertado debe ser entender que proviene de la palabra griega *Payas,* con la que se significa a un joven, hombre o mujer. Atenea siempre fue una joven.

Atenea enseñó a los atenienses, y por lo tanto a todos los griegos, el cultivo de la oliva. Siempre se la colocaba de adorno en sus representaciones pictóricas o escultóricas. Esto ocurrió en una competencia con Poseidón para disputar cuál de los dos dioses sería el patrono de una ciudad innominada aún, la que votó por Atenea y además tomó su nombre: Atenas.

Y fue ella quien les dio herramientas para la labranza y les hizo conocer las artes. Inventó la flauta, según se dice, como Hermes la cítara y, ya inventada, también les enseñó a danzar, habiendo sido la primera que bailó una danza llamada *pírrica*. También les dio lecciones para que edificaran, acorde con una arquitectura hermosa y monumental, y para el desarrollo de la escultura, que alcanzó la perfección. Se dice igualmente que domesticó el caballo para los hombres, por lo que se la llamó *Atenea Hipia*.

Las fiestas más grandes conocidas en Atenas fueron las Panateneas, por supuesto en homenaje devoto a su patrona Atenea. Tenían lugar cada cuatro años, hacia la mitad de la calenda que usaban entonces, es decir, hacia lo que hoy es el mes de junio, consagrado por herencia a Juno, que era la romana Hera. Al comienzo de las fiestas se realizaban justas de todos los deportes. Había jabalina, disco, salto, carreras, lucha y boxeo.

Luego venían competencias de poesía, teatro, canto, música y danza. Y fue para una de estas competencias cuando la diosa bailó de su propia inspiración una danza que luego se llamó *pírrica*. A los vencedores se les obsequiaba con una hermosa ánfora decorada con las ocurrencias de años anteriores.

El último día se celebraba, con la mayor gala, una procesión que terminaba en la Acrópolis. Esa procesión fue tan importante que el escultor Fidias, ya nombrado, con base en ella hizo los famosos frisos del Partenón, lugar donde concluían los ceremoniales.

Vale la pena repetir que de las diosas olímpicas hubo tres vírgenes que desecharon cualquier contacto sexual con los hombres o con los dioses masculinos: Atenea, Ártemis y Hestia.

Aracne

Hubo un oficio que practicó Atenea con gran virtuosismo: el de tejer. Era incomparable en el tejido. Y se cuenta que había en Atenas una mortal que también tejía con perfección. Se llamaba Aracne. Y como su fama fue tanta, su orgullo creció hasta tal punto que se atrevió a decir que tejía mejor que la diosa. Un día Atenea se le presentó con apariencia de anciana y le llamó la atención para que mermara su enorme vanidad. Pero la mujer, lejos de bajar el tono, desafió a la diosa para demostrarle que ella, aun siendo humana, la vencería. En ese momento la deidad se despojó de su disfraz y aceptó el desafío, con todo el pueblo ateniense por árbitro.

Ante la expectativa general, las dos tejedoras iniciaron su tela, que debía llevar además toda una ilustración histórica. La diosa narró con imágenes su competencia con Poseidón por el patronazgo de Atenas. Aracne fue más lejos y se atrevió a pintar los diferentes amores de Zeus. Al ter-

minar las telas el pueblo no se atrevió a decir nada. Atenea entonces miró el trabajo de su émula y estalló en ira. Lo volvió añicos. Es evidente que había perdido y su orgullo de mujer y de diosa omnipotente no lo permitían.

Ante la furia de la diosa, Aracne intentó ahorcarse. Pero Atenea se lo impidió. Y no fue porque un sentido de bondad y admiración se lo impusieran. No. Fue porque, como también era hechicera, llena de rencor resolvió transformarla en araña para que siguiera tejiendo por toda la eternidad.

Tiresías

Fue el gran adivino griego, hijo de Cariclo, y con figuración en las grandes tragedias. Debió ser él quien descubrió el velo que labró su desgracia al rey Edipo. Era entrañable devoto de Palas Atenea y además era ciego. Como lo fue Homero.

Su historia es más bien breve. Siendo un muchacho aventajado y curioso, un día se escondió entre los arbustos para ver desnuda a la diosa virgen, que tomaba un baño. Desde luego ella lo descubrió y castigó su irrespeto quitándole la vista. Así eran los dioses. Ante esa pavorosa tragedia, Cariclo, la madre del mancebo, muy fiel de la diosa, suplicó a Atenea que le levantara el castigo. La diosa se negó, porque el castigo de un dios no podía ser reversible. Pero le dio un bastón maravilloso que todo lo veía, y el don adivinatorio que le sirvió para ser acatado y solicitado en todo el mundo conocido.

Perseo y Medusa

Atrás se mencionó a Dánae, la hija de Acricio, rey de Argos, de la descendencia de Dánao, padre que fue de las danaides, como también se vio antes. Acricio, pues, tuvo una hermosa hija, Dánae, a la que amaba tiernamente. Pero a él también le llegó la fatídica profecía, porque los griegos eran trágicos, de que el hijo de ésta, o sea su futuro nieto, habría de darle muerte para reinar él. Acricio entonces la encerró en una torre de su palacio, absolutamente inaccesible para cualquier hombre. Pero no para Zeus que, omnipresente como el dios mayor, ya había puesto sus libidinosos ojos en la hermosa princesa.

Y así, cuando la núbil mujer al despuntar un día maravilloso de sol se asomó a la ventana, Zeus la atalayó resuelto. Entonces se transformó en lluvia de oro y en esa forma le bañó todo el cuerpo y la penetró profundo. Excentricidades curiosas de hacer el amor que se gastaba el omnipotente dios. Naturalmente, quedó embarazada y de ese embarazo divino habría de nacer el primero de los grandes héroes griegos, Perseo. De su descendencia, como biznieto, habría de nacer Heracles, cuya historia se relata al final de esta obra.

Furioso Acricio, a pesar de saber quién era el padre, porque Dánae le contó, resolvió desembarazarse del peligro y sin que hicieran efecto alguno en él las conmovedoras lágrimas de la princesa, con resolución de monarca embarcó a su hija y a la criatura en una pequeña arca sellada y los lanzó al mar. Le asistía la creencia plena de que habrían de sucumbir. A nadie sería posible salvarse en esas condiciones.

No fue así. El mito, que coincidía con el de Moisés, cuenta que después de un largo recorrido, en una isla del Egeo llamada Sérifos, un pescador cuyo nombre era Dictis, divisó el arca y la rescató llevándose la sorpresa del maravilloso hallazgo. Entonces condujo a la princesa y a su pequeño hasta su casa donde les dio albergue y comida. Ya estaban lejos de Argos.

En esa isla reinaba un hombre llamado Polidectes, quien, enterado de la noticia, fue a conocer a la princesa y a su hijo. Y como Dánae era tan hermosa, se enamoró al instante de ella. Y fue así como después de oír su historia, conmovido y enamorado, los llevó a vivir a su palacio. Pero Dánae, que era virtuosa, rechazó tenazmente durante el largo tiempo que duró su hospitalidad los rendidos amores del anfitrión. Mas Polidectes, que parece era un caballero, la respetó no obstante las circunstancias, con la esperanza de que un día lo amara.

El tiempo pasó y Perseo ya era un mancebo. Un día que se celebraba una fiesta, el joven brindó por su benefactor y al expresar la gratitud suya y de su madre hacia él, dijo que para demostrarla estaría dispuesto a ir en pos de la cabeza de Medusa, la diosa monstruosa cuyo solo nombre llenaba de horror. Era seguramente una baladronada juvenil.

Pero Polidectes la aceptó al instante e hizo un agregado. "Si no regresas con la cabeza de Medusa, tomaré a tu madre por esposa con su consentimiento o sin él". Naturalmente, en el improbable caso de que triunfara, dejaría libre a Dánae.

Ya en ese momento no tenía alternativa diferente. Estaba embarcado en lo que parecía una aventura imposible. Pero le acompañaban el valor y la fuerza para una empresa tan desalada. Y algo más: tenía una asistencia insospechada, como hijo que era de Zeus. Esa noche Atenea se le apareció enviada por su padre y le dio instrucciones, que después completó el astuto Hermes, igualmente su hermano, sobre la manera como debía obrar para poder cumplir con la imponderable tarea.

Las Gorgonas eran seres inmortales, rodeadas de poderes como todas las diosas. Nacidas de Cronos y rezago de la época de los grandes monstruos y gigantes vencidos en la Gigantomaquia. Habían sido leales a Zeus y por eso conservaban la vida. Eran tres hermanas: Medusa, Euriala y Esteno. La más temible era Medusa, ser horrendo con los dientes retorcidos de jabalí, la cabellera compuesta por víboras y los ojos centellantes que tenían el poder de convertir en piedra al que los viera de frente. Mas, no obstante esa fealdad, Medusa había sido amante de Poseidón.

Vivían en una enorme caverna, antes de la cual estaba otra donde habitaban las Grayas, sus custodias.

Las Grayas eran igualmente tres hermanas inmortales que nacieron viejas y así mismo horrendas. No tenían más que un solo ojo y un diente para las tres, que compartían por turnos. Y allá, donde ellas, llegó Perseo, bien instruido por Atenea y Hermes, los cuales además le marcaron la ruta. Con agiilidad de felino las despojó del ojo, al tiempo que les notificaba su decisión de no devolverlo si no le daban la clave para vencer a la Medusa. Las Grayas, en esas dramáticas circunstancias, soltaron la lengua y dijeron que quienes poseían las armas y los secretos para esa empresa eran las ninfas, sin precisarse cuáles, pues es sabido que las ninfas eran muchas con especialidades específicas; pero le indicaron el camino.

Perseo entonces se encaminó a ese destino. Y no hubo en realidad mucha dificultad con las ninfas, que le dieron la información y lo proveyeron de un casco, como el *Kinei*

de Hades, que lo haría invisible mientras lo usara; unas sandalias aladas como las de Hermes y un saco especial de cuero donde debía guardar herméticamente la cabeza del monstruo legendario para que nadie la viera ni se perdiera su sangre.

Ya provisto de tales elementos, volando con las sandalias se dirigió a la cueva fatídica donde se veían, en medio de la oscuridad y en las profundas galerías, los elevados bultos humanos como estatuas de piedra, de aquellos héroes que se habían atrevido a la misma hazaña.

Ya dentro, se colocó el casco que lo hizo invisible. Euriala y Esteno dormían. Medusa ambulaba por las galerías produciendo a cada instante sus gritos de monstruo infernal. Siguiendo las huellas de tales sonidos, Perseo se acercó. Llevaba el escudo de bronce bruñido como un espejo, con el cual miraba como hoy se hace por un retrovisor. Sabía bien que no podía ver directamente al monstruo. Y así llegó al frente de Medusa que, en la presencia del intruso, aumentó sus gritos de espanto y se movía como una fiera.

Pero Perseo no se veía porque era invisible. Además volaba con velocidad de pensamiento. Lo hacía, por supuesto, de espaldas, mirando el escudo que portaba en la mano izquierda, el que también, como todo lo suyo, se tornaba invisible. En la diestra tenía un hacha de oro que le había entregado Hermes, de filo sepulcral. Y en esas condiciones, buen conocedor de la clase de enemigo que encaraba, de un golpe maestro y sin titubeo le cortó la horrible cabeza, que cayó al piso de tierra. La recogió, sin mirarla, asida por las impresionantes serpientes, y la introdujo en el saco mágico que le habían dado los ninfas.

Empero, la sangre que vertió el cuello inmundo corrió como todas las sangres derramadas. Y del pozo que se hizo fue formándose, a los ojos asombrados del denodado héroe, un caballo blanco, alado, que se llamó *Pegaso*, cuyo padre fue Poseidón, que ya había preñado al fatídico monstruo.

Cumplida hasta allí la misión, salió volando invisible de la caverna, mientras las otras dos Gorgonas iban en su persecución iracundas. Jamás lo alcanzaron.

Al pasar Perseo por África, del saco cayeron unas gotas de sangre. Y de esas gotas surgieron las fieras que poblaron el continente.

Ahora, es de preguntarse, ¿dónde quedaba la morada de las Gorgonas, o sea, desde dónde venía Perseo? No se

sabe, pero debía de ser muy lejos cuando al regreso tenía que pasar por África. Empero, es preciso imaginar que Perseo no venía caminando, ni navegando. Lo hacía volando con sandalias similares a las de Hermes –el mito no dice que fueran las mismas–, que le suministraron, como se ha anotado, las ninfas. Tampoco se descarta que, en verdad, tanto las sandalias como el casco hubieran sido prestados por Hades y Hermes a instancias del propio Zeus, o de Atenea.

Aún estaba en África Perseo, más exactamente sobre Etiopía, cuando divisó extrañado a una hermosa mujer, muy joven, atada por una cadena a una enorme roca. Rápidamente se acercó a ella. Su nombre era Andrómeda, hija de Cefeo el rey, y de Casiopa la reina. La habían puesto en ese estado por un motivo muy curioso. Su madre, mujer fatua, alardeó con la belleza de su hija –que en verdad era mucha– y dijo a los oídos de todos: "*Mi hija es más bella que cualquiera de las Nereidas*". Éstas, como ya se vio, eran ninfas del mar, muy hermosas, hijas de Nereo, una de las deidades marinas. Pero mujeres al fin y al cabo, prestaron cabal atención a las palabras de Casiopa, superficiales y tontas, no obstante lo cual se sintieron altamente ofendidas.

Así, con tan gran ofensa, llevaron la queja a Poseidón y el pedido de venganza. Éste, susceptible como era y con el poder supremo sobre el mar y las aguas, castigó a los etíopes con una inundación diluvial, y se hizo el anuncio de que a esas aguas llegarían unas ballenas monstruosas creadas por el dios, que devorarían a los habitantes.

A través de oraciones el rey Cefeo y sus súbditos le imploraron con la mayor devoción a Poseidón y a las Nereidas que volvieran todo a la normalidad, y hasta exclamaron en vano que las Nereidas eran las más bellas.

Nada. Los seres divinos eran arrogantes y hacían sentir su superioridad a los pobres mortales. Y fue así como las Nereidas, con la ayuda del omnipotente dios, les dijeron que retirarían las aguas, pero a cambio debían hacer un sacrificio muy grande: ofrendarían a Andrómeda para ser devorada por uno de los monstruos, atada a una roca en la playa con una cadena. Tal como estaba al pasar Perseo, esperando la hora llegada de esa muerte terrible.

Perseo, por supuesto, se enamoró de ella de inmediato. Y como él ya era un héroe, se dio a la tarea de liberarla. Na-

turalmente, con una condición elemental pero firme al rey Cefeo. Si le daba muerte al monstruo y la liberaba, el padre tenía que darle la mano de su hija. Cefeo, ante las angustiosas circunstancias, aceptó gustoso.

Y no se conocen los detalles sobre el enfrentamiento con el monstruo de apariencia de ballena. Pero es fácil imaginar que un hombre que acababa de dar muerte a la Medusa, podría, con las mismas armas que aún conservaba, eliminar a un monstruo menor. Y así sucedió, ante la mirada de todo el pueblo congregado en la playa. Rompió entonces las cadenas y tomó en sus poderosos brazos, cargada, a la hermosa doncella Andrómeda, que también se había enamorado de su libertador como en un cuento de hadas.

Mas ya en ese momento el padre Cefeo volvió a ser el propotente rey. Y no solo olvidó su promesa, sino que sintió celos. ¿Cómo iba a entregar a su hija a un hombre desconocido, tan misterioso, que pasaba por allí? Y cuando Perseo reclamó la recompensa, el rey, deshonrando su palabra, dijo que no. Que su hija era una princesa, y el que la había salvado, un desconocido.

Perseo montó en cólera. No hay que olvidar que era un mancebo que a duras penas tendría veinte años. Y sin más palabras, sacó del saco mágico la cabeza de Medusa. Al mirarla el rey, su consorte Casíopa y algunos cortesanos, quedaron convertidos en estatuas de piedra. Hecho lo cual, tomó en sus brazos a Andrómeda y huyó volando a través del ancho mar Mediterráneo.

Y volvió, por supuesto, a Sérifos, la isla donde había dejado a su madre Dánae prisionera de Polidectes. El regreso fue apoteósico. Todos salieron a tributar su admiración al joven héroe que volvía con el trofeo en el saco, y acompañado de una princesa tan hermosa como Andrómeda. Gran fiesta que duró hasta que Polidectes dejó de ser un hombre galante y caballeroso para retornar a la prepotencia de los reyes.

Y así, se negó a cumplir la promesa de liberar a Dánae de sus amores no correspondidos. Y cuando eso ocurrió, sin apelación alguna, Perseo, que ya sabía del enorme poder que le acompañaba, volvió a sacar a la luz la cabeza del monstruo mitológico y convirtió en piedra a Polidectes.

Ocurrido este acto de hechicería, Perseo colocó en el trono a Dictis, el pescador que lo había salvado a él y a su madre de las aguas.

Había llegado la hora del regreso a Argos. Y lo hizo. Sabía de la profecía que tenía como origen a las Moiras, pero no le pasó por la mente ir a buscar venganza con su abuelo Acricio, el rey de Argos. Más bien tuvo en el pensamiento demostrar que era falsa la profesía que había comprometido su vida, e ir a hacerse conocer de ese abuelo para reclamar su derecho de herencia, naturalmente con la garantía de que no iba a atentar contra él.

El abuelo supo todo esto. Las noticias iban con los navegantes, y los dioses también las comunicaban. O sea que las andanzas de Perseo le eran conocidas perfectamente a Acricio, quien todavía estaba cobijado por el temor horrible al destino, que él sabía inexorable. Conocía que estaba sentenciado que ese hombre, nacido de su hija Dánae en unión con Zeus, habría de darle muerte.

Y presurosamente, cuando supo que llegaría a Argos partió para Larisa donde el rey, que llevaba el nombre de Teutámides, celebraba con gran pompa unos juegos atléticos. Éste recibió con honores a Acricio.

Perseo entonces, cuyo viaje tenía por única finalidad amistarse con su abuelo a través de una noble reconciliación, también se dirigió a Larisa. El rey Teutámides igualmente los recibió con aprecio a él y a Andrómeda, que le acompañaba. Es posible que ya en esas circunstancias tan favorables haya ocurrido la reconciliación a la que iba dispuesto el héroe, y seguramente Acricio habría llorado abrazando a su nieto, de cuyas hazañas debía estar orgulloso.

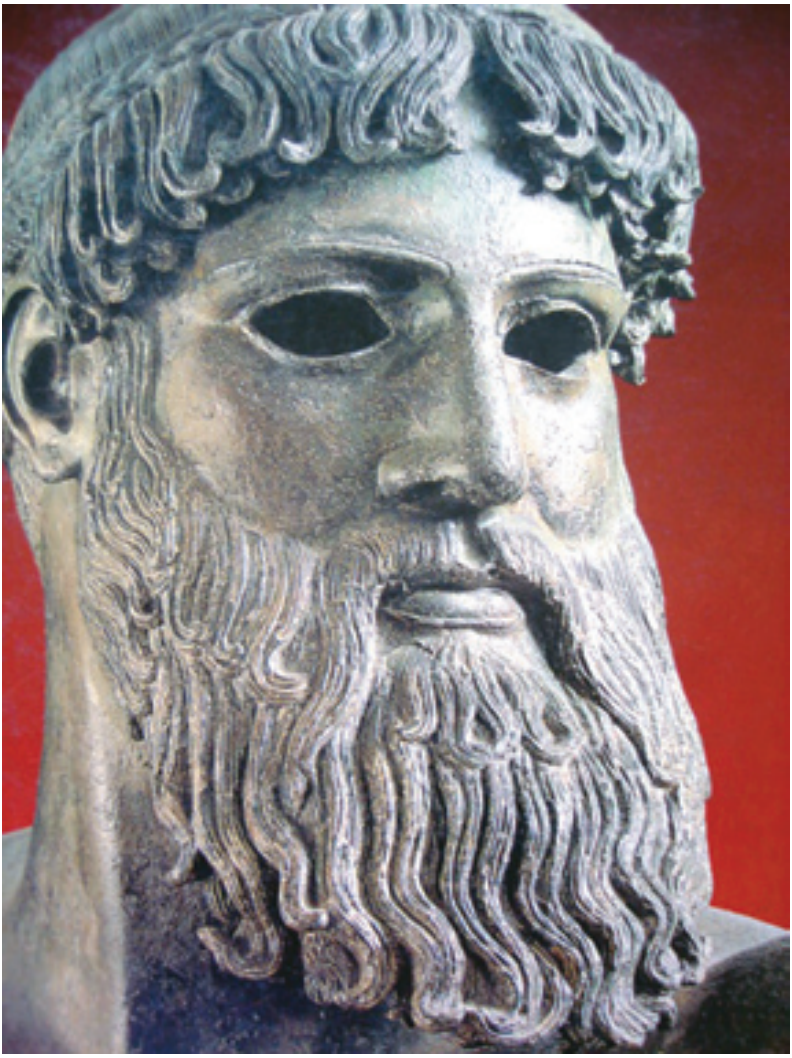
O sea que todo estaba hecho para un final feliz. Pero entonces Teutámides pidió al héroe que participara en los certámenes. No siempre se tiene un héroe de esa categoría a la mano.

Perseo, gran campeón en toda la gama de los deportes, accedió. Para entonces –se desconoce a ciencia cierta cuándo– ya había devuelto el casco y las sandalias y había hecho entrega de la cabeza de Medusa a Atenea, que la incrustó en su égida y allí siempre la llevó. Y así, ante un estadio colmado, le tocó participar en el lanzamiento del disco. Nadie le podía ganar. Mas cuando tomó posición, soliviantó el pesado disco, torció el cuerpo para impulsarse y lanzó, un poder más avasallador que el poder divino se interpuso y el disco se salió de la pista y fue a dar precisamente en

la cabeza de Acricio, quien murió al instante. Ese poder era el de Láquesis, la Moira que cortaba el hilo del destino del hombre.

Atenea, hija de Metis, la sabiduría y la prudencia, encarnaba toda la inteligencia que se transmitió al pueblo ateniense y de allí a toda la Hélade. Los filósofos lo fueron, porque Atenea estableció las circunstancias para que así fuera. Aunque, como se dijo en un principio, era en realidad el talento griego el que creaba dioses a la medida de sus necesidades y pensamientos. Y, como era un pueblo guerrero, como todos los pueblos que han florecido en la historia –los que no lo fueron sucumbieron– vieron en Atenea a la estratega, es decir, el predominio de la inteligencia sobre la fuerza bruta. El episodio homérico de la herida que le inflige Atenea a Ares es altamente simbólico. Diosa bienhechora que enseñó el cultivo de la oliva y dejó trazado un destino que dura hasta hoy, como el de Dionisos con el vino.

En cuanto al mito de Perseo, imaginativo, decorado y fantástico, como todos los cuentos de hadas, establece varios aspectos: el determinismo del Destino, en el que, como antes dijimos, creían los griegos. El triunfo del bien, aunque es de poner en duda si el héroe tenía el derecho de usar la cabeza de Medusa para petrificar a los etíopes que la vieron. Y el favorecimiento de los dioses a un mortal, semidiós por cierto, es delicioso, pero rompe el equilibrio a que debe estar sometido un dios. Claro que esta exigencia no cabe en el terreno mitológico de una religión que estaba hecha consultando los defectos e imperfecciones humanos.



Poseidón, Neptuno de los romanos

XIV

Ares[52]

Hijo de Zeus y Hera, fue concebido y alumbrado con el gran amor que, sin poderse negar, hubo entre sus padres. Pero estuvo lejos de ser un dios de amor o de bondad, dispensador del bien. No. Era el dios de las matanzas, de la sangre, de los campos tendidos de cadáveres. No era el divino reivindicador que auspiciaba que el hombre luchara por la justicia, o mejor, contra la injusticia por un ideal o un principio noble. Tampoco. Amaba la reyerta y la violencia, porque era, por supuesto, el dios de la guerra. Sus compañeros inseparables eran Eris o Ende, Discordia de los romanos, y Terror. O sea, personificaba el instinto agresivo, hostil, belicoso y homicida del hombre. Nada honroso, en verdad, pero real, porque el hombre siempre fue y seguirá siendo eso: un ser agresivo y homicida.

¿Podría afirmarse que el ser humano debe su civilización a la guerra, es decir, a la matanza y conquista de los pueblos por el hierro? Suena como un despropósito y una exageración. Pero así ha sido.

---

52 Marte de los romanos.

Dentro de lo que parece el axioma de que en la naturaleza no sobrevive sino el fuerte, se puede observar que no hubo un oficio más glorificado que el de los grandes homicidas, es decir, los que fueron capaces de asaltar y quemar una aldea, o una ciudad y pasar a cuchillo a sus habitantes, hombres, mujeres y niños. Esos, cuando lograron sobrevivir, fueron los héroes vivos y los que gobernaron. Los que murieron en el combate fueron los héroes muertos y consagrados si su causa triunfó. Mas los que fueron derrotados jamás fueron recordados, porque según sentencia de Breno: "¡Vae victis!".[53] Eran los débiles.

El homicida individual, y aun el que mata a unas pocas personas, es un criminal frente al derecho. Pero el que asesina pueblos, ante la historia es un prócer, un gran capitán, un líder que termina siendo un estadista.

"*Ares, Ares, funesto a los mortales, manchado de homicidios*", lo llamó Apolo bajo la inspiración de Homero. Y aun el padre Zeus en la misma *Ilíada* le increpa: "*No combato yo a otro dios tanto como a ti, porque siempre quieres pleitos, dolores y guerras*". O sea que no era un dios querido ni por los dioses ni por los mortales.

Era de origen tracio, que fue un pueblo guerrero. No tenía un culto con devoción y amor. Pero todos volvían a él sus ojos y plegarias cuando subía la ira y los invadía el deseo de combatir a otros pueblos. Sus templos permanecían cerrados y solo se abrían en época de guerra y se le brindaba el tributo. Por supuesto sigue teniendo vigencia. Y es de anotar que todas las sociedades primitivas tuvieron su equivalente dios de la guerra.

A diferencia de Atenea, como atrás se señaló, que también era guerrera y era invocada en aras de muy altos ideales: la patria, por ejemplo, el heroísmo, en cambio Ares era la guerra por la sangre, por la destrucción, por el dolor, por la humillación de los pueblos vencidos. De hecho ambos emulaban y tuvieron enfrentamientos en la guerra de Troya, donde Atenea, con inteligencia, en dos ocasiones logró vulnerarlo. La primera ya se vio antes. La segunda ocurrió cuando logró derribarlo con una piedra. Luego lo apostrofó:

53 ¡Ay de los vencidos!

"*Pobre tonto, todavía no has comprendido cuán superior es mi fuerza a la tuya*". Por supuesto, la diosa se refería a la fuerza que dimana de la inteligencia.

Los cuernos de Hefeístos

Hay una historia picante que se relaciona con Ares. Se sabe, cuando se estudió la vida de Hefeistos, el herrero, cómo este dios cojo y tan feo como era, llegó a convertirse en el esposo nada menos que de la hermosa Afrodita. La bella y la bestia.

Pues bien, Ares tenía un cuerpo armonioso y un rostro con perfil griego perfecto, caracterizado por la nariz recta, sin muesca al salir de la frente. De antes del matrimonio de Hefeistos con Afrodita, Ares ya la perseguía enamorado. Y ya casados aquéllos, comoquiera que el herrero seguía entregado al yunque y a la fragua, Ares viendo muy libre a Afrodita, es decir, servida la ocasión, continuó requiriendo sus amores. Entonces ésta, frívola y coqueta, no opuso resistencia y se entregó a los encantos amatorios del dios de la contienda sangrienta. Buena combinación entre la guerra y el amor.

Sin embargo, esos amores no se consumaban porque los dos amantes tenían temor a Helios, el Sol, que todo lo descubría y hacía público. Nada queda oculto bajo el sol, dice la sabiduría popular. Se sabía además que Hefeistos era realmente bravo e ingenioso para soportar esos cuernos, que ciertamente aumentarían la fealdad de su ya repugnante figura. Así pues, convinieron en que cada vez que tuvieran su cita de amor, Ares llevaría a Alectrión que era su inseparable cortesano. Éste, como es natural, no debía dormir cuando estuviere de centinela. Y así ocurrió siempre. Antes de que saliera el sol llamaba a los dos dioses que, agotado el acto sexual, como ocurre con casi todas las parejas, eran vencidos por el sueño. Entonces se levantaban y partía cada uno por su lado.

Pero la confianza siempre va venciendo las precauciones y las alertas. Es decir, la rutina que automatiza los actos. Una noche Alectrión se durmió, y como consecuencia la Aurora sorprendió a los amantes abrazados en el lecho. Helios inmediatamente vio el cuadro y lo contó sobre la marcha a Hefeistos. Éste llegó presuroso, ardido de coraje y

dolor. Los pilló en flagrancia, todavía dormidos. Pero guardó un inteligente silencio.

Rápidamente, veloz como era a pesar de ser cojo, bajó a su taller y elaboró una fina red de hilos de oro que, una vez partieron los enamorados, imbricó en el lecho con especial cuidado de que no se viera. Y esperó con paciencia la siguiente cita galante. Luego fingió que iría de largo viaje, y se preocupó porque todo el Olimpo se enterara.

Y es así como al partir Hefeistos, Ares, ansioso, le comunicó a su augusta enamorada la oportunidad que se les ofrecía. Y con la fruición de los amantes y su desespero, se entregaron a las delicias de ese amor tan grande y pasional, aparentemente tan dispar pero avenido al mismo tiempo. Ya se podrá uno imaginar cómo sería un acto sexual de Afrodita.

Cuando estaban en el frenesí de la cópula, apareció Hefeistos como cualquier marido engañado. Ellos, sorprendidos, trataron de abandonar el lecho y de hacer creer que no era lo que parecía. Pero no pudieron porque la red sobre la que estaban acostados, como cualquier telaraña con un par de moscos, los había atrapado.

A esas alturas del proceso ya el Olimpo estaba notificado de la infidelidad de Afrodita, con gran escándalo.

Hay que decir que las armas y artificios trabajados por Hefeistos eran invulnerables, aun para los dioses. O mejor, eran hechicerías con fórmulas reservadas. O sea que por más que intentaron librarse de la red, no pudieron. Afrodita y Ares desnudos, casi sin poderse mover, a la vista de todos los dioses. Era no solo un gran escándalo, sino un escarnio público. No había triunfado la traición.

Agotados estos hechos, como si nada, el Cojo se dio vuelta. Y con mucho desprecio regresó tranquilamente al trabajo. Iba entre satisfecho y golpeado, porque aún amaba a Afrodita. Y la siguió amando, aunque por cuestiones de honor se separó de ella de inmediato. Eran sin duda otras épocas.

¿Cuánto tiempo pasó? No se sabe. Es preciso repetir que estamos trabajando con la eternidad. La cuestión es que ninguno de los dioses logró convencer al rencoroso Hefeistos de que cediera y los liberara. Solo al cabo de un tiempo el

dorado Apolo, con fina perspicacia y persuasión, lo hizo recapacitar y acceder a romper la red.

Y, así, liberados por fin, ambos se fueron por su lado. Afrodita llena de vergüenza, según unos, se refugió en Chipre, tierra donde se la quería mucho. Otros dicen que se fue a renovar su virginidad, es decir la virtud, si alguna vez la tuvo, en el mar azul de la isla de Pafos. Hay quienes sostienen que, ante el escándalo infamante, Afrodita, humildemente, se fue como Deméter después de la violación, al río Ladón, que tenía la virtud purificadora de lavar las vergüenzas del pasado.

Mientras tanto Ares, para bien de la humanidad, dejó momentáneamente su oficio y se aisló en Tracia, de donde era originario, para mascullar su humillación. Y allí permaneció un período largo. Pero se vengó de Alectrión, que en griego quiere decir gallo, convirtiéndolo en uno que anunciara para siempre la salida del sol.

Eros

Estos amores no fueron estériles. De tal unión nació nada menos que Eros, según el criterio prevalente de los estudiosos. Al comienzo vimos que en la versión de la creación de Hesíodo, Eros había sido la primera divinidad creada. El más bello de todos los inmortales y el de más noble misión, como que buscaba enamorar a los hombres y a las mujeres para así inducirlos a la procreación. Pero el criterio dominante es que Eros nació el primero de cuatro hijos del intenso amor de Afrodita y el bronco Ares.

O sea que Eros llevaba en su sangre de dios la capacidad de infundir el amor que le había transmitido su madre, pero al mismo tiempo la forma pasional y violenta muchas veces del amor que le transmitió su padre. El amor y la muerte. El amor y el dolor. Ese amor, terrible mal del que nadie aparentemente se muere, pero que sí termina por matar.

Aristófanes en su obra *Las aves*, siguiendo el curso de Hesíodo, remonta el origen de Eros a la creación y supone el primer huevo puesto por Nix (la Noche), fecundado por Érebo (la Oscuridad). De ese cascarón nacería Eros, al cual, precisamente por eso, los griegos en los misterios eléusicos dieron el nombre de Protógonos, que significa el primero en nacer.

Inicialmente lo tuvieron como un antagonista de Afrodita, porque ésta incitaba al amor entre hombre y mujer. Él favorecía los amores de hombre con hombre, cosa, como se ha dicho, normal en aquella Grecia, y hoy, después de tantos ires y venires, reivindicada en el mundo entero.

Pero así fuere verdadero el mito anterior, que pudo serlo en Esparta, es lo cierto que Eros simbolizó el amor de la procreación envuelto en la magia de la atracción sexual, que él manejaba con dos tipos de flechas que disparaba a discreción, certeramente, según las circunstancias y el humor que tuviera.

Unas flechas eran doradas y con plumas de paloma en la parte posterior. Con ellas, de inmediato, producía el hechizo de dejar perdidamente enamorado al que la recibía de alguien cercano o predispuesto. Las otras eran de plomo, como un anticipo de las armas de fuego de hoy, y plumas de búho en el final, que producían el efecto contrario, es decir, el odio y la repulsión.

El dios muchas veces era juguetón; pero otras, vengativo. Dicen que como Apolo se burló de su puntería con el arco, se desquitó disparándole la flecha dorada que lo dejó prendado perdidamente de Dafne, y a ella le lanzó la flecha de plomo que lo hizo odiar al dios. No es tan creíble el cuento, pero muestra sí el carácter de Eros, al que los romanos llamaron Cupido y pintaron como un niño travieso, con los ojos vendados. Ese, por supuesto, no tiene nada que ver con el Eros griego, que era un apuesto mancebo con ojos muy abiertos, hijo de Afrodita y de Ares.

Eros y Psique

Es el mito que recoge el escritor romano Apuleyo en una de las historias de su obra *La Metamorfosis*, "El asno de oro". Psique era una de las tres princesas, hijas del rey de Anatolia. Su belleza fue tan impresionante, que Afrodita, que todo lo veía y era celosa como cualquier mujer, la divisó y fue suficiente para que su genio se dañara. No podía tolerar que la hermosura de una mortal desbordara la de la propia diosa. Y en ese estado de ofuscación le ordenó a su hijo Eros que fuera hasta Anatolia y le disparara una flecha dorada para que Psique se prendara del hombre más repugnante y feo que encontrara en el camino.

Eros, obediente, se fue a cumplir su misión, listos el arco y la saeta. Pero cuando la vio, disparó la flecha al mar para que se perdiera y él mismo, sin necesidad de flecha alguna ni de hechicería, quedó perdidamente enamorado de la princesa.

Mas nada dijo, porque temía la furia de Afrodita. Permaneció al acecho y oculto, en la espera de la oportunidad que habría de brindarle la noche. Y fue así como, cuando la doncella dormía, se introdujo a su casa, la tomó en sus brazos y la raptó hacia las lejanas profundidades de la noche, donde tenía su palacio de dios itinerante.

Y allí, en la oscuridad, la poseyó con el despliegue y refinamiento del amor que en un ser de su categoría es de suponer. Ella quedó perdidamente enamorada, así mismo sin flecha alguna, de los ardores y sapiencia amatoria de ese ser desconocido, al que no podía ver su cara. Porque a la noche siguiente se repitió la escena, y en las que siguieron, todo en la oscuridad.

Un día, estando ambos subyugados por el dulce sentimiento y la pasión, él le dijo a ella que el amor subsistiría por siempre, pero con la única condición de que solo compartieran las delicias del lecho en la noche y en la oscuridad y que ella no le viera el rostro. Sabía, como buen hijo, lo que sería la rabia de Afrodita, sobre todo porque era precisamente él, el dios del amor profano, el que la había traicionado en el cumplimiento de sus órdenes perentorias.

Nadie puede burlarse de los dioses, así se sea uno de ellos.

Cuando el amor fue más importante que los ardores de la pasión, Psique sintió la soledad de los días y añoró a sus hermanas. Entonces le pidió al galán que le permitiera traerlas a pasar una temporada. Él aceptó y las trajo, sin que lo vieran. Para eso era un dios y tenía poder de hechicería. Pero advirtió a su amada que encontraba en ese deseo un terrible peligro para su amor.

Y así fue. Las hermanas, inicialmente encantadas, dieron comienzo al aguijoneo de la curiosidad. “Cómo es posible que no le veas el rostro”, le dijeron. Y alguna agregó: “Tiene que ser que tu marido es un monstruo”. “O un criminal”, agregó la otra. Psique, mortificada y dudosa, convino con

ellas en que esa noche, cuando él durmiera, lo alumbraría con una lámpara y verificaría los temores que angustiaban a sus hermanas y que ella, antes, no padecía.

Cuando no reinaba sino el silencio y se había agotado el ejercicio de la cópula, Eros dormía profundamente. Psique prendió la lámpara de aceite y disipó sus temores sobre la fisonomía de su amado. Vio al dios perfecto con su rostro hermoso; y nada habría pasado si no hubiera sido porque una gota muy caliente de aceite se desprendió de la lámpara y cayó en el pecho de Eros, quien por supuesto despertó ofuscado, no propiamente por el dolor. Se había roto una promesa, y sabiendo su identidad una mujer, la sabrían otras mujeres, las hermanas. Y así las cosas, todo llegaría a dominio del conocimiento de su madre. Era, a partir de allí, un asunto de mujeres apasionadas.

Amándola tanto, le notificó que nunca más la vería, pues su curiosidad había desatado una serie de males que ella no entendía. Para ese momento, por supuesto, ya Psique sabía que su marido era el dios del amor y que lo había perdido por la debilidad de su carácter. Eso convertía su dolor en una llama.

A partir de allí el dolor de la pobre Psique fue infinito. No hubo sitio a donde no fuera suplicante y llorosa a invocar la bondad de Afrodita, en orden a remover el obstáculo de su ira que le impedía el seguir viendo a su amado. Pero su suegra era rencorosa, y lo que comenzó como un acto de celos unilateral de la diosa ya era una ofensa gravísima para su orgullo lastimado.

No obstante, como era una deidad y éstas tienen que ceder ante las oraciones y súplicas de los mortales, porque para eso existen, finalmente accedió a levantar la prohibición solo si Psique cumplía, al estilo de Heracles, tres trabajos a cual más difícil. El último era, nada más y nada menos, que ir hasta el reino de Hades para recibir un cofre que le enviaría la reina Perséfone a su amiga Afrodita.

Como se sabe, el amor mueve montañas. Psique, con su belleza ultrajada por el sufrimiento, pero con la energía y fe de su amor invencible, tomó el camino del Hades, sin morir. Fue, como hicieron otros pocos venciendo a la Moira, hasta el río Estige, pasó en la fatídica barca de Caronte al que

entregó las monedas de oro respectivas, atravesó el territorio en el umbral de Cerbero, prosiguió por las sombras, donde encaró las patéticas figuras macilentas de los muertos, y pudo acercarse al trono de Perséfone, que sabía bien igual que Psique, lo que es el amor y el dolor que de él dimana.

Eso, por supuesto y su resolución, le ayudaron, porque la hija de Deméter y esposa de Hades le dio el encargo que iba a buscar con destino a Afrodita: el cofre que solo podría abrir su destinataria.

Mas he aquí cómo vuelven a salir al juego la curiosidad femenina y la ambición. El alma enamorada, y Psique es el alma. Pensó que dentro del cofre iba algún hechizo que hiciera poderosa a la persona que lo poseyera. Ella entonces, siempre pensando en su amor, cuando ya había salido del Hades abrió el cofre, en forma similar a como lo había hecho la primera mujer, Pandora. Pero esta vez no salieron atropelladamente los males de la Tierra, sino el sueño eterno que se apoderó inmediatamente del alma atormentada. Cayó sobre la tierra, dormida en el profundo sueño de la muerte.

Nada de esta tragedia había sido ajeno a Eros ni a su madre Afrodita, al fin y al cabo los dioses del amor. Además Eros continuaba, no obstante su furor, perdidamente enamorado de Psique.

Ambos se conmovieron viendo a la mujer hermosa que había vencido los obstáculos más grandes, incluso volver viva del reino de la muerte, ahora vencida e inerte. Entonces Eros, solícito con su poder de dios y la complacencia de su madre, le devolvió el hálito vital y la llevó, como una inmortal, al Olimpo donde continuaron su amor y procrearon una familia feliz.

El simbolismo del bello mito es ciertamente el alma, o sea la psiquis, es decir la capacidad de pensamiento, de sentimientos, de obrar y un estado de conciencia. Episódicamente en esta historia, femenina, la de una mujer en busca del ideal del amor. Es otra manifestación de la búsqueda perenne de la felicidad que se pierde por defecto del propio ser humano. La curiosidad, en este caso, como una debilidad femenina. Pero un poco más allá, es la incapacidad de apreciar, como en otra parte se comentó, cuándo se es feliz y cómo, sin

quererlo, hacemos todo lo necesario para dejar de serlo. El simbolismo es ambivalente para el hombre.

Harmonía, Deimo (el Terror) y Fobo (el Temor)

Hablábamos de los hijos de Afrodita y Ares. Los otros eran Harmonía, en la que igualmente, como en Eros, primaba el espíritu de Afrodita, en cuanto a que simbolizaba la belleza integrada, el equilibrio de las formas, la serenidad de las pasiones y la voluntad.

Fueron también hijos Fobo, el Temor, y Deimo, el Terror, los cuales, aunque hijos de Afrodita, encarnaban al padre con el que se identificaban y complementaban. Eran un buen equipo y de ordinario andaban juntos. Cuando hacía su aparición Eris, su aliada, se generaba la discordia que predisponía el ánimo belicoso. Luego entraba Fobo –del cual derivan las fobias, que es el temor a determinadas cosas o situaciones–, antes de la acción que provocaba el padre, y así se generaba un ambiente de desequilibrio emocional. Entonces sobrevenían las matanzas de Ares, y acudía a la escena Deimo causando un terror colectivo que aún se ve en las situaciones de guerra y violencia.

El Areópago

Hay una historia noble de Ares. Un día se paseaba cerca de la fuente consagrada a Asclepio en Atenas, un poco distraído. Entonces escucha unos gritos de mujer y voltea su mirada en busca del suceso. Ve a una joven corriendo desesperada, con el vestido desgarrado, mientras un hombre enfurecido y ciego por la pasión la persigue de cerca.

Ares interviene en defensa de la víctima. Al acercarse descubre que se trata de su hija Alcipe. La sujeta por el talle e interpone su cuerpo ante el desaforado perseguidor en defensa de la dama. El violador es nada menos que Halirrotio, hijo de Poseidón. Pero Ares, por supuesto, no lo sabe. De todas maneras no importa.

Halirrotio no para en su desafuero. Furioso, ignorando quién es el entrometido, arremete contra él. Cosas de las hechicerías de los dioses. Y qué oportunidad la que se le sirve al belicoso Ares. Lanza entonces su grito de guerra y arremete

contra aquél. Las fuerzas, por supuesto, son desiguales. Pero de todos modos Halirrotio pelea y lucha con ardiente pasión. Corre la sangre a borbotones. La sangre de éste, por supuesto, que queda tendido en el campo. Ares ha ganado. Alcipe está horrorizada con lo que ha padecido y visto. Pero la cosa no se queda ahí. Poseidón ya ha sido enterado y, naturalmente, está furioso. Y así llega a la escena.

Para impedir la pelea de los dos dioses, los otros acuden presurosos. Palas Atenea, que es la reina de Atenas, interviene y solicita un juicio justo, que rápidamente se celebra *in situ*, con el veredicto de los otros inmortales que actúan como jurados. Ares, naturalmente, alega la legítima defensa del honor, de la libertad y dignidad de Alcipe, no porque fuera su hija, como que de todos modos, como un caballero andante, habría actuado igual si hubiere sido otra.

Poseidón alega, por su parte, la desproporción de las fuerzas, que, a su juicio, le quitaban la legitimidad a la defensa. Empero, al final, los olímpicos por unanimidad absolvieron a Ares.

Es inocente, dice el gran jurado. Razón de más para que, dada la connotación del drama judicial y del hecho de sangre, se le diere al lugar, en honor a Ares y en recuerdo de tal vez su única acción honrosa y noble, el nombre muy conocido, que conserva hasta la fecha, del Areópago, cuna de todo derecho.

> Aun en los seres más viles y criminales, energúmenos y pendencieros, como Ares, siempre cabrá una acción ennoblecedora como la que da origen al mito que explica el significado del Areópago, símbolo de la democracia y del derecho, que inventaron los griegos.

Orfeo

XV

Afrodita[54]

Se narró antes cómo nació Afrodita y gran parte de lo que fueron su vida y hazañas sexuales. Quiénes fueron sus hijos y cuáles sus aventuras, sazonadas con historias picantes. Pero no se agota el largo historial, ni siquiera con lo que se va a contar en este capítulo.

Como se recordará, surgió Afrodita de las fecundas y vivientes aguas del mar, acariciada por la espuma. Un semen al aire de Cronos, sin destino específico, surgido de unos testículos que habían perdido ya a su dueño, le dio la existencia. Este ser perfecto en belleza y cuerpo a la mirada y creación de los mayores expertos en tales temas que ha tenido la civilización humana, estaba así mismo inundado de sensualidad, de artes seductoras, y de lujuria.

Apareció primero en Citera y pasó a Chipre, donde se operó la llegada prodigiosa de la gran concha abierta por el amor de las olas. Cuando surgió desnudo, como una perla, el cuerpo lúbrico de Afrodita, llamada por eso *Chipris Afrodita,* la recibieron las Horas, la vistieron con tules, la coronaron

54 Venus de los romanos.

de flores y ufanas la llevaron al Olimpo, donde todas las divinidades sucumbieron a la visión de tanta belleza y donaire, como los que rebosaban en esa diosa plena de amor.

Y por ser una deidad que se proyectó por toda la Hélade, la llamaron desde un comienzo *Afrodita Pándemos,* o sea de todo el pueblo. Más tarde, como matrona de todas las lides del amor, la acogieron las prostitutas –que ya existían con cierto esplendor– y la llamaron *Afrodita Hetaira,* que quiere decir compañera. Finalmente, por repartirse entre todos los hombres adoradores del lecho, la conocieron como *Afrodita Pandemia*.

La palabra venérea viene del latín y proviene de Venus –hasta las enfermedades que así se conocen–, es decir, de Afrodita. Y de ella igualmente nacen todos aquellos alimentos que el vulgo quiere ver como afrodisíacos, lo que significa que incitan al amor carnal.

Era Afrodita la encarnación suprema y pura del amor traducido en pasión y concupiscencia. Del sexo, en la plenitud de su atracción. De la pérdida de la cabeza y la voluntad. Del amor que se prodiga en caricias, audacia e imaginación. No hay palabras que puedan decir exactamente lo que produce internamente, cuando llega, porque siempre se quedarán cortas. Era un cultivo sentimental que iba poseyendo con la demencia del que se sabe hundido en un laberinto sin salida, pero del que nadie quiere salir.

El amor que no se sacia, porque se incentiva cada vez más con el recuerdo. La química que atrae. La plácida ternura, la devoción suave y al mismo tiempo volcánica. El que hizo siempre que muchos reyes perdieran la corona y otros que no la tenían, la cabeza.

Eso era Afrodita, la madre de Eros. Eso y mucho más, sin que nadie haya podido agotar el tema. Ni siquiera los ríos de poemas que diariamente inundan la literatura. Es el cosquilleo tanto de la niña núbil como de la experimentada, cada vez que se toca un determinado punto. El del adolescente que suspira, o el del monje obsesivo que lacera sus carnes para ahuyentar la visión que cree satánica de las formas femeninas que no le dejan paz en las noches de delirio. Todo eso es el recuerdo de esa Afrodita de belleza incomparable que nació del dulce vaivén de las olas y sigue dominando al mundo.

El mito de Afrodita, al calor de la vida humana, de su tendencia, de su pasión, con todas las imperfecciones que emanan de la naturaleza del hombre, o mejor, de su creación, constituye una de las expresiones más bellas de imaginación popular, que con mayor exactitud se adecua al ser humano. La diosa del amor que lo eleva, o lo degrada, según sean las circunstancias, de que hablaba Ortega y Gasset.

Pígmalión

La historia de Pigmalión es conmovedora, y ocurrió en Chipre. Es el relato de un escultor solitario, que inicialmente consideraba a la mujer como un ser incompleto y por lo tanto la abominaba. Había jurado permanecer soltero, como misógino que era.

Trabajaba en su taller incansable, dando forma humana al mármol y aun al marfil, que tallaba a la perfección. Un día asistió al culto de Afrodita; y viendo su imagen en el santuario quedó prendado de su belleza que luego, en su soledad y febrilmente, reprodujo en un bloque de marfil ensamblado, hasta lograr el tamaño natural de una figura femenina. Y fue emergiendo, al toque de sus manos, una mujer con el rostro presentido de la diosa.

El artista quedó, al inicio, enamorado de su arte, pero luego, de la mujer cautiva y sin vida, con rígidas formas, que estaba encerrada en la materia inerte. Y así comenzó a padecer por esa amada inmóvil a la que consagraba mimos y caricias.

Conforme lo idealiza Ovidio, el poeta latino, agobiado por la pasión, Pigmalión se fue al santuario de Afrodita de nuevo y suplicó a los dioses que le dieran una esposa que tuviera las mismas facciones de su obra. Afrodita oyó la súplica, porque en materia de amores no era sorda a ninguno. Le envió una señal tal, como era la forma en que hablaban los divinos. Levantó la llama de su altar por encima de la de los demás altares de los sacrificantes. Pigmalión no entendió el mensaje, pero se fue con la fe del creyente a su casa, en donde lo esperaba la escultura fría.

Le habló como si fuera humana y le volvió a expresar su desesperación, que acrecentaba la indiferencia del silencio. Se le acercó, la abrazó y depositó sobre su boca rígida un beso dulce que fue despertando la carne y la humedad del aliento, que en ese momento sintió que le inundaba.

Poco a poco los ojos adquirieron el brillo de la luz; el cabello el color de almendra de su mirada; la piel el nácar tibio y terso de la vida y el movimiento llegó a las manos que se tendieron amorosas en un abrazo de pasión. Ese abrazo se transformó inmediatamente en la plenitud del amor reprimido, que en silencio la obra había sentido desde un principio por el autor. Y se llamó Galatea.

Siguió después la felicidad que se completó con un niño cuyo nombre sería Pafos, apelativo que tomó la ciudad en la que estos acontecimientos tuvieron lugar y donde existe el mayor santuario que tuvo Afrodita.

El mito recoge la sublime creación artística del hombre en busca de la belleza y la perfección, que de ordinario nunca alcanza porque no la entiende, a menos que haga un acto reflexivo. Es la creación, en la que el artista obra a la manera de un dios supremo y todopoderoso entregando la vida. Cuento feliz, que puede no parecer un mito en la medida en que cada cual construya su propia obra y la sepa apreciar.

Adonís

Hubo una princesita llamada Mirra, hija del rey de Chipre de entonces de nombre Ciniras. Otros sostienen que se llamaba Tías y era rey de Esmirna o de Siria. Mirra era bella como una azucena. Pero, por alguna rebeldía femenina, no era devota de Afrodita, no obstante vivir en tierra de la diosa; y se negó a asistir a sus celebraciones. Ésta, que era inmensamente generosa como se ha visto, al mismo tiempo, como cualquier mujer, era celosa y egoísta. Y podía ser vengativa, porque tenía todo el poder para serlo y un toque de maldad que no escapaba a los dioses. Entonces, sin más miramientos, castigó a la princesita en una forma muy especial. Usando toda su hechicería, le descargó un golpe de amor por su propio padre.

Eran muy poderosas las inclinaciones que nacían de un designio de Afrodita. Al igual que de su hijo Eros, que, como se vio atrás, disparaba flechas de amor o de odio amoroso, ella también daba un golpe seductor que hacía perder la razón en aras de una pasión, de amor u odio. Y así fueron las pasiones que la hija sintió por su progenitor, en un silencio

acompañado de gran sufrimiento. El que ha pasado por un amor tormentoso sabe qué es eso.

Cuando se celebraban unas fiestas a Deméter, las esposas debían ir con recogimiento al santuario y abstenerse de sexo durante nueve días. Así la madre de Mirra y esposa de Ciniras partió como peregrina, antes de que el rey se percatara.

Esta ausencia temporal fue aprovechada por la hija. Esa noche, con la ayuda de una mucama a la que la princesa había comunicado su inconfesable pasión, temblando de amor se introdujo en el lecho de su padre y allí aguardó en la oscuridad. Cuando él llegó a acostarse, la princesita lo rodeó de los más ardorosos embelesos que él multiplicó pensando que se trataba de su esposa.

El alba los sorprendió en tales menesteres, y fue así como con la luz, Ciniras descubrió el engaño y se topó con Mirra. Una furia huracanada lo invadió y quiso matarla. Pero la princesita, todavía aturdida por el hechizo de Afrodita, alcanzó a medir la situación y, comprendiendo el grave peligro, como pudo huyó despavorida del palacio. Fue a refugiarse a lejanas tierras, pero allá llegó el padre con los soldados de su guardia en implacable persecución.

Naturalmente la noche de amor había producido su fruto. La princesita estaba embarazada.

Próxima al alumbramiento, y en medio del incesante acoso de Ciniras, cuya ira no había disminuido, Mirra imploró a los dioses para que la ayudaran. Y los dioses oyeron su voz suplicante y vencida. Pero no para salvarle la vida junto con la de su hijo, sino solamente la del niño. A ella la convirtieron en un árbol que tomó su nombre y toda una significación honorífica. Pero la princesita murió. El árbol fue, pues, el árbol de mirra, que es una gomorresina muy aromática que consagraron entonces, precisamente por su delicado perfume, a los reyes.

Afrodita, conmovida con lo que había hecho, salvó al hijo, al que extrajo de la corteza del árbol. Era un niño hermoso, que continuó siéndolo mientras creció y fue un hombre. Y era, naturalmente, un mortal, hijo de mortales, y se llamó Adonis.

Se convirtió desde entonces en el símbolo de toda la belleza masculina. Hay muchos que sostienen que Adonis

fue un dios muy significativo y que tenía un origen fenicio. Todo esto puede ser en la mitología. Pero la historia misma induce a pensar que era un mortal, como quiera que habría de morir.

Afrodita para su crianza se lo confió a su amiga Perséfone, que lo cuidó con especial dedicación en las temporadas en que le correspondía estar en la Tierra. Y lo amó como una madre mientras fue infante. Pero después lo amó como mujer cuando, ya adolescente, el efebo adquirió una belleza irresistible.

Y así, la reina del Hades y de la agricultura, cuando llegó su momento, no quiso devolvérselo a Afrodita, muy pendiente ésta de recuperarlo, porque además ella también se había enamorado perdidamente de Adonis.

Fueron muchos los reclamos de Afrodita para que le devolviera a Adonis y tantas otras fueron las negativas de Perséfone. Ahora, como ninguna de las dos diosas daba el brazo a torcer, Afrodita suplicó a Zeus que resolviera el engorroso litigio. Empero, Zeus no quería enredarse en líos de féminas, que bien le eran conocidos, y designó a la musa Calíope para que dirimiera el conflicto.

Esta reina de la poesía épica y de la elocuencia, con su sabiduría ordenó que Adonis pasara cuatro meses con Afrodita, cuatro meses más con Perséfone y los restantes cuatro los pasaría como bien quisiera él.

Y Adonis fue feliz, porque amaba a Perséfone como a una madre y algo más, y a Afrodita porque lo había despertado a las dulces emociones del amor.

En cuanto a los meses de su libertad, los consagró a la cacería. Según cuentan, estos sucesos tenían lugar en la época en que Ares mantenía su idilio tormentoso con la diosa del amor. Mas como supo del poderoso enamoramiento de ésta por el efebo, lleno de celos tomó parte en el asunto y le inculcó a éste –que para eso era un dios– la pasión irreductible por la caza. Era parte de un plan malévolo.

A la caza, pues, se dedicó con frenesí el joven y bello Adonis. Y allí encontraría la desgracia, como un cobro vengativo del rijoso dios de la guerra. Naturalmente todo valía cuando se poseían esas artes de hechicería.

Afrodita desde un principio sintió y padeció por el adolescente Adonis las dulces punzadas del amor, de la

misma forma que ella lo solía transmitir. Pero luego fueron tornándose en agradable dolor. Sin embargo, el sentimiento no paró hasta desatarse en sufrimiento tempestuoso, sin reservas. Como mujer, lo daba todo. Dulcemente aportaba sus carnes divinas, sus caderas cimbreantes, su cabellera rojiza con visos dorados con la que enmarañaba el rostro de su amante, sus senos turgentes y nacarados; y esas piernas triunfales de equilibrio y sensualidad, en una entrega alucinada acompañada de toda la lujuria.

Y lo amaba con desenfreno cuando estaban juntos. Pero se consumía de soledad en los instantes de ausencia. Entonces sufría porque sabía que su amante remontaba los ríos torrentosos y bajaba cañadas resbaladizas. Allí ella sentía arder sus entrañas ante el peligro. Era el presentimiento de perder el bien del que dependía su felicidad. Saber que la juventud y lozanía de Adonis eran tan frágiles ante las fieras a las que perseguía intrépido en los bosques agrestes. Y agonizaba, asistida por sus dos hijos Deimo (el Terror) y Fobo (el Temor) al pensar acerca de lo terrible que sería perderlo.

En la pluma de Ovidio le suplicaba: "*No doy tanto valor a tu gloria al punto de consentir en que para conseguirla te expongas de esa manera. Tu juventud y belleza, que tanto encanto me causan, no conmoverán el corazón de los leones o los jabalíes. Piensa en las crueles mandíbulas de esos animales y en su prodigiosa fuerza*".

Todo fue inútil: sus ruegos y lágrimas, que no lograron disuadir el empecinamiento aventurero de su amado. Ella mejor que nadie sabía cuál era el carácter de su antiguo amante Ares, y perfectamente calculaba la capacidad de convertirse en una fiera para darle muerte. Y así ocurrió, a pesar del valor del joven. Cuando vio al jabalí enorme corriendo entre los riscos, armó su arco con la flecha certera que dio en el blanco, pero sin dar muerte al enemigo. Y en la veloz carrera el animal herido –que por supuesto era Ares– lo embistió con furia y fuerza descomunal, con sus colmillos afilados, en el muslo, de donde manó la sangre a borbotones.

Hay otra versión, parecida en cuanto compromete en esa muerte a otro dios, tejida por la imaginación popular: En una oportunidad el joven Erimanto, hijo de Apolo, oculto

vio a Afrodita desnuda en una fuente, después de haber hecho el amor con Adonis. El muchacho, por supuesto, se entretuvo en la visión esplendorosa de la deidad, como lo haría cualquier adolescente –y no adolescente–. Pero los dioses no perdonaban. Eran soberbios y arrogantes. Y así, percatada Afrodita de que la estaba mirando, con un simple gesto lo privó de la vista.

Apolo, que no podía tomar venganza con la diosa, sí la cobró con Adonis y se convirtió en el mortal jabalí. Naturalmente es más confiable la primera versión y no la segunda, que no compagina con un ser como Apolo.

Afrodita, que presentía la escena, oyó desde muy lejos un grito y sabía que era él. Corrió desesperada y encontró el cuerpo tendido en el césped. La herida abierta y el manantial de sangre corriendo por la tierra, mientras se perfilaba el rostro pálido, ya inmóvil.

Fue muy grande su dolor, como el de cualquier mujer ardientemente enamorada al pie del cadáver de su hombre. Sus ojos vertían manantiales. Lágrimas de una diosa, la más bella de todas, mezcladas con la sangre de Adonis, el más bello de los hombres. Y de allí nació una flor que todavía florece en todas las primaveras. Es la anémona, vestida de alegría, con sus eternos colores de pasión.

El mito recuerda una frase, que se acuñó desde esas épocas lejanas, conforme a la cual los preferidos de los dioses mueren jóvenes. Por la fragilidad de la vida y su fugacidad. Y por el terrible impacto de la muerte, a la que nunca nos acostumbraremos los hombres. Pero no solo eso, sino que allí también aparece la búsqueda incesante de la esquiva felicidad. Una felicidad que no depende de uno mismo, sino ordinariamente del amor que huye, y a la que, a pesar de los esfuerzos, nadie, ni siquiera una diosa, logra cautivar. El amor que da y quita.

Es símbolo igualmente de la irracionalidad del amor, no sujeto a reglas de sensatez y equilibrio. Pero así mismo, el mito recuerda la búsqueda constante de la ilusión.

Ares, Marte de los romanos

XVI

Dionisos[55]

Es la historia más interesante de todos estos personajes. Hijo de mortal y de Zeus. Pero no fue mortal sino un gran dios.

Dios del vino, de la alegría, de la danza frenética y sensual, dionisíaca, de las bacanales, de las saturnales, de las nocturnales, de la embriaguez, de la locura, del delirio; pero también del ditirambo, del yambo, de la comedia, la tragedia y el teatro. Cuánta importancia ha tenido y tiene Dionisos en el cultivo de la vid y la vendimia del vino, que él aprendió a hacer por puro accidente, cuando, sin pensarlo, encontró un racimo silvestre pendiendo de la parra y probó la pequeña fruta, la uva morada, que le fascinó. Luego sembró la semilla y vendimió una cosecha y fue seleccionando las sepas. E intuitivamente puso a macerar los frutos triturados con sus propios pies, al cabo de lo cual coló el caldo e ingirió el licor, cálido y embriagante.

Y allí estaba el vino con su sabor glorioso y el poder de elevar la miseria humana hacia los linderos del super-

55 Baco de los romanos.

hombre, que presentía Nietzsche. Ese vino que calienta los inviernos y torna suaves los sofocantes veranos. El mismo que en todos los rigores de la vida alegra el corazón.

Dionisos no tuvo una vida alegre en un principio. Tal vez su nombre significa *el que nació dos veces*, porque a su madre, Sémele, una bella princesa hija de Cadmo, rey de Tebas, Zeus la miró con concupiscencia, en una de sus diarias excursiones. Y entre prendarse de ella y hacerla suya no transcurrió sino un instante. La bella Sémele sucumbió de amor por el padre de los dioses.

Era, en cierta forma y hasta allí, una afortunada. Recibía con abundancia los dones de la veleidosa Tique. Pero luego los cambiaría por infortunios.

Y fue al comienzo, puede decirse, un buen amor. Zeus, cautivado como pocas veces había estado, fue capaz de entregarlo todo por la bella mortal. Y así comprometió su palabra divina, que debía ser inalterable, ofreciéndole que le daría gusto en cualquier cosa que le pidiera.

Pero Hera, la de los níveos brazos, con su ojo avizor y sus oídos de fina presencia, alcanzó a percatarse, en la misma fulguración del tiempo, de esos amores y de esas palabras. Y es así como, con toda la carga de su ira, que ya conocemos, pero con astucia cruel e inteligencia, en vez de perseguir a Sémele como había hecho con las otras, se le acercó en plan de amigas. Y con sin igual perfidia le aconsejó que le pidiera al dios que se dejara ver en la plenitud de su belleza y poderío, de la misma manera que se le había mostrado a ella cuando la conquistó e hizo su esposa.

"Tú no puedes ser inferior en esos dones del amor, querida", le dijo sibilina y animó la vanidad de la mortal.

Cuando Sémele le planteó a socaliña su pedido, Zeus suplicó que no le pidiera eso, pues bien sabía lo que iba a suceder. Pero ya estaba en marcha la obstinación y el orgullo femeninos, y Sémele insistió en el cumplimiento de la palabra de honor de dios comprometida.

Era suficiente. Zeus no podía faltar al compromiso. Entonces, con gran aflicción, readquirió su ígnea fisonomía, subido en el carruaje, con los rayos en la diestra, los truenos y el esplendor incinerante de su poderío en la siniestra.

Sémele, embarazada del dios, naturalmente sucumbió en llamas y quedó calcinada ante el pavoroso poder usto-

rio del rey de los dioses. Murió en esa forma, sin que Zeus pudiera hacer nada para impedirlo.

Pero sí le alcanzó su poder supremo para salvar a la criatura en gestación, al fin y al cabo su hijo. Primer nacimiento. E introdujo al pequeño, con sutura y todo, dentro de uno de sus muslos, donde se concluyó el período de gestación. Cuando con su sabiduría Zeus supo que ese proceso había concluido, lo extrajo vivo y hermoso. Y lo llamó Dionisos, porque, como ya se anotó, había nacido dos veces.

Mas ya marchaba vengativo el plan de Hera, que no se saciaba con la muerte de su rival. Iba también por la vida del hijo de esos amores abominables para ella. Y cuando el afectuoso padre confió el cuidado del niño inicialmente a Ino, hermana de Sémele y esposa de Atamante, rey de Beocia, Hera lo descubrió y fue en su persecución.

Zeus, por su lado, precavido y sagaz, transformó al niño en un pequeño cabrito y lo confió a Hermes para que lo condujera a Nisa, a una montaña hermosa en la que estaría al cuidado de las Ménades,[56] refugiado en una cueva. Pero allá también llegó la insidia de la diosa, y tuvo que partir.

De ahí que la infancia, adolescencia y juventud de Dionisos fueron errantes, mejor, itinerantes, como que se trataba de extender el cultivo de la vid.

Entonces habría Hera de acudir a un castigo muy cruel: Dionisos, que ya había pasado por ser cabrito, esta vez se volvió loco como una cabra. El pobre entonces debió vagar sin conciencia por la Tierra, sin conocer su destino ni su nombre y menos la simplicidad de la cordura.

Y en esa condición viajó a Siria y a Egipto, donde Proteo, su amigo, trató inútilmente de ayudarle. En vano, porque la magia de Hera era mayor que la de otros dioses. Finalmente recaló en Frigia, adonde lo condujo su desvarío. Y allí sí encontró a alguien que poseía una magia superior a la de Hera: Rea, su madre. Rea por su parte, enterada de la trágica persecución al pequeño dios, se apiadó de él y le levantó el hechizo.

56 Bacantes de los romanos.

Pero entonces, ya acostumbrado a los viajes, prosiguió en su trashumancia. Y fue, ya consagrado dios y consciente de su destino, un viajero impenitente, con su ruidosa comparsa, vestido con piel de venado, coronado con ramas de hiedra y un cetro largo de madera de parra, que combinaba con las flores violáceas de la misma hiedra. Y no fue –salvo contadas veces– un hechicero como los otros dioses, porque no necesitaba de ello. Le bastaba con el vino y la locura que de él dimanaba para favorecer a los amigos con la dulce ebriedad, o para vengar afrentas y ofensas presentes o pasadas con los excesos ciegos y furiosos de quienes, no creyendo en él, despreciaban su sabio consejo de la moderación en el uso del elíxir de la uva.

Dionisos era un ser apacible, bondadoso, caritativo, inteligente, poeta, rey de la alegría. Fue él además quien creó el teatro y la poesía escénica, que comenzó con el ditirambo.

Era éste un canto ritual en honor del mismo dios, a varias voces que entonaban al compás de cítaras y flautas el séquito de sátiros y silenos, del que se abría paso la voz principal, dulce y melodiosa, como un anticipo de lo que sería la ópera. Y todo el conjunto bailaba las frenéticas danzas sensuales que apartaban de los rigores y preocupaciones diarios de la vida.

En los cortejos, ditirambos y bacanales así mismo participaban Pan, el dios con patas de macho cabrío, y un personaje muy especial: Príapo, hijo del mismo Dionisos y de Afrodita –estos dos también tuvieron sus amores–. Príapo era el simbolo de la sexualidad masculina. Feo como un demonio pero sátiro y brutal, tenía un falo gigantesco que se tornaba en gran fetiche para las adoratrices de ese enorme tótem viril, del que dependen la vida y el placer.

Después, bajo su propia inspiración, a ese coro se sumó alguien que iba diciendo un parlamento. Del parlamento brotaban en los espectadores las risas o los llantos, según que el tema fuera la comedia o la tragedia. Y luego, bajo esa misma protección divina, fueron desfilando los poetas y los comediantes. Había nacido el mundo fascinante del teatro y de la poesía.

Llegaron las fiestas de la cosecha conocidas como las Grandes Dionisías. Fiestas que se repitieron en las Lenéas, y en las Antesterias y en las Pequeñas Dionisías. La libación

y la danza, la poesía y el canto, la música, la elevación espiritual y el desprendimiento de la miseria humana tenían su espacio en el regocijo dionisíaco con la cálida presencia del vino.

Matrimonio con Aríadna

De amores, todos los tuvo este genio que inventó el licor espirituoso. En realidad no había quién resistiera un requiebro de amor de Dionisos, porque a sus palabras se sumaba todo el cortejo y allí estaban la música, la sensualidad de movimiento y la lascivia del vino.

Pero tuvo unos amores serios y nobles, que redimieron una traición malhadada. Ya se vio cómo el gran héroe Teseo, del que volveremos a hablar adelante, había podido vencer al temible Minotauro porque contó con la protección de Ariadna, la hija del celoso rey Minos. Ella le dio un hilo que le permitió salir de la confusa e insuperable trama del laberinto –similar al laberinto de la vida– por el que debía atravesar para llegar al monstruo. Teseo se enamoró de Ariadna, su protectora, y fue un romance de cuento de hadas con final feliz, cuando el héroe, vencedor del Minotauro, se llevó a la amada en una fuga de amor. Hasta allí.

Pero vendría la continuación de la historia. La fuga de amor tuvo una escala en el puerto de Naxos, donde debieron pasar la que se suponía era una sublime noche de pasión. Lamentablemente no fue así, porque el héroe –hasta los héroes tienen mucho de malvados– se levantó muy temprano y sin despertar a la dulce amada se embarcó hasta hoy, y dejó sumida a la hermosa princesa en el abandono, sin importarle que era él quien la había inducido a la deserción de las comodidades que le prodigaba su padre y a la vida de palacio.

Pero sobre todo lo que dolía más no era haber creído ingenuamente en las dulces palabras del galán heroico y valiente, que así la dejaba perdida a su suerte, sino que la otra enamorada por la que la dejaba, era la propia hermana de Ariadna, Fedra, la de la tragedia que luego veremos.

La villanía no triunfó, porque allí hizo su aparición Dionisos. Ella imploró su ayuda de dios benefactor –ventajas del politeísmo– y éste, noble y bueno como ya fue anotado, no solo acudió gustoso en su protección, sino que, además,

siendo soltero, cosa que realmente no importaba, se enamoró lealmente de ella y la hizo su esposa.

Enopión y Orión

Dionisos y Ariadna, como una familia feliz a pesar de los extravíos y parrandas del dios, tuvieron dos hijos: Enopión y Estafilo.

Enopión, que significa bebedor de vino, fue el legendario rey de Quíos. Y en verdad no fue un hombre bueno. Tuvo una hija muy bella llamada Nérope. Ella se enamoró de un hombre igualmente bello y bueno, cazador como eran casi todos los hombres de entonces. Se llamaba Orión. De él y de esta historia ya hemos hablado. Nérope correspondió a tales amores con la misma pasión que le prodigaba el galán. Pero Enopión, extremadamente celoso con su hija, se opuso con rabia a esa relación. Cosas que suelen pasar.

Claro que ni la hija ni el galán estaban dispuestos a ceder a las negativas del padre. Ambos conocían los sentimientos perversos de éste. Por su parte Enopión era consciente de que los enamorados son caprichosos, porque las flechas doradas de Eros los había cubierto con el hechizo apasionado. Y cuando esa situación se da, ni la muerte detiene a los amantes.

Por supuesto que si éstos no estaban dispuestos a ceder, el rey tampoco. Eso era claro. Pero, taimado, éste urdió un plan criminal. Fingió un cambio de actitud y como consecuencia, admitió de buen grado a Orión en su palacio y se mostró inclinado a aceptar los amores. Jubilosos los dos novios se reunieron a la vista de todos. El rey entonces, en prenda de amistad, les prodigó una gran fiesta con viandas, música y vino en gran abundancia. Entonces, confiado en su suegro y lleno de alegría, Orión se emborrachó.

Ya en ese estado, el pérfido Enopión le sacó los ojos y lo arrojó al mar.

La tragedia de Orión movió la conmiseración del cojo Hefeistos que, como ya se sabe, era bueno por las buenas; y apiadado de él le salvó la vida, al tiempo que le asignó al joven Cedalión, un herrero de su taller, para que le sirviera de lazarillo.

A pedido de Orión, aquél lo condujo al Oriente, donde se hallaba Helios, que era su amigo. No se sabe qué distancia

recorrieron, porque cada vez que se camina hacia el Oriente, siempre en esa dirección seguirá siendo el Oriente, sin que termine nunca, así se llegue al Occidente. Helios, con todo el poder de cegar con su luz, también como un dios hechicero podía devolverle la luz al que había perdido sus ojos. Y así lo hizo con el pobre amigo Orión, engañado con grosera perfidia por su suegro.

De este modo, pleno de deseos de venganza, el bueno de Orión volvió a Quíos con el propósito solemne de matar a Enopión. Empresa no fácil porque, primero, éste era el rey y tenía todo el poder y la vigilancia; pero en segundo lugar porque, siendo Enopión el hijo de Dionisos, muy amigo como se recordará de Hefeistos, éste le había construido una fortaleza inexpugnable, como todo lo que hacía el herrero.

Y así Orión tuvo que partir frustrado hacia otro destino, donde iría a reconstruir su vida al lado de un nuevo amor que, por su belleza legendaria, le era fácil conseguir. Pero ¡ah! la traicionera Tique. Habría de jugarle otra mala pasada, porque organizado como ya estaba con su nuevo amor, un día salió de cacería, al igual que todos lo hacían. Cuando entró en un coto privado de Artemisa, que era en verdad dueña de toda la fauna, al verlo la diosa virgen se deslumbró por su hermosura varonil y quedó prendada de él, hasta el punto de sentir en grave riesgo su virginidad, que guardaba como su gran tesoro.

Su pasión creció y su temor también. Entonces algunos dicen que lo mató con sus flechas infalibles para no ceder de debilidad a sus encantos masculinos. Otros, que es la versión más segura –si es que cabe– dicen que Artemisa, incapaz de matarlo por su propia mano, pero enamorada de vista como estaba, le puso un escorpión al pie para que, clavándole el emponzoñado aguijón, recordando aquello de que el hombre mata lo que más ama, le diera muerte.

Luego, inundada de amor, pero a salvo su virtud, y no pudiendo en su arrepentimiento devolverle la vida, suplicó a Zeus que convirtiera a Orión en una constelación. El padre de los dioses así lo hizo, fragmentando el cuerpo hermoso del desgraciado en pequeñas partes luminosas que allí están, en las limpias noches de verano huyendo en el espacio de otra constelación, creada igualmente con el mismo propósito y con el propio escorpión.

Queda aun otra versión, no verificable por cierto y de la que también se habló antes. Ártemis andaba por los cielos acompañando en su diaria labor a Apolo, su hermano y gran amigo. Orión, por su lado, deportista como era, se había metido al mar muy profundo y muy lejos de la costa. Es posible que hubiera aprendido a nadar muy bien con su experiencia pasada. O sea que desde las alturas a las que volaban los dos dioses, Orión no era más que un puntito negro sobre la superficie del mar. Entonces, por juego, Apolo le dijo a aquélla que afinara su puntería disparando a tal punto. Ella lo hizo con mucha exactitud y, trágica y equivocadamente, mató al joven hermoso.

Estafilo

El otro hijo de Dionisos y Adriadna, como se dijo, era Estafilo, nombre que por algún motivo curioso les ha gustado a los médicos actuales.

Este vástago de Dionisos y Ariadna llegó a ser rey en una ciudad más bien de segundo orden: Bibasto. Allí vivía con dos hijas, Hemitea y Rea.

Por otro lado en Cauno, región de Caria, en el Asia Menor, existía un rey llamado Lirco. Este, por su parte, era casado y se llevaba bien con su esposa a la que amaba. Pero no habían podido tener descendencia. Luego peligraba la sucesión del trono.

Como último recurso Lirco, que era joven, se fue a Delfos a consultar al Oráculo para saber si iba a tener descendencia o no. La consulta tuvo por respuesta que de la primera mujer con la que yaciera tendría un hijo varón.

Y así, al regreso muy ufano hacia su tierra, debió hacer una escala en Bibasto, donde el rey Estafilo le dio hospitalidad. Lo atendió tan bien, que le prodigó una gran fiesta. No hay que olvidar que era hijo de Dionisos. Y como quiera que Lirco le contó lo del oráculo, tanto al rey, que también tenía preocupaciones por prolongar su prosapia, como a las dos hijas enamoradas a primera vista del visitante, les llamó la atención el vaticinio de Apolo y urdieron un plan sobre la marcha.

Lo primero era emborracharlo en la fiesta. Y así, con los alebrestamientos de los alcoholes, Hemitea con la ayuda de

su padre se le introdujo lasciva en el lecho y, cumpliéndose a cabalidad el oráculo y con un buen trabajo de alcoba de una nieta de Dionisos, quedó embarazada esa misma noche.

A la mañana siguiente Lirco se dio cuenta del error cometido. Él amaba a su esposa y habría sido ella la que hubiera quedado grávida si le hubiera sido fiel. Mala fortuna. Pero mirado el hecho, ya pasado, con un criterio realista, Lirco tomó el aspecto favorable del asunto y en prenda de su respeto a los designios de los dioses, le dejó a la madre Hemitea y al futuro abuelo Estafilo, el cinturón que portaba para que, después de que naciera el niño y fuere ya un hombre, se presentara en Cauno a reclamar la sucesión al trono que le pertenecía, viviera Lirco o hubiese ya muerto.

Ese niño, curiosamente, se llamó Bacilo, otro nombre que ha gustado mucho a los médicos de nuestra era. Y con Bacilo continuó la historia de Lirco y Estafilo, hasta que los médicos los hicieron famosos.

Dionisos y los piratas

Y hay otra historia interesante de Dionisos, de las muchas que hicieron apasionante la vida de esta divinidad cuya presencia todavía se advierte. Un día Dionisos descansaba solo en una playa. Miraba el mar inmenso. Dio la coincidencia de que por allí, en su pequeña embarcación, pasaban unos piratas tirrenos que lo vieron y por su presencia distinguida y juventud, creyeron que el personaje era el hijo del rey. Perversos, que para eso eran piratas, lo tomaron a la fuerza y lo subieron secuestrado al barco. Pensaron que iban a cobrar un inmenso rescate.

El dios se dejó conducir sin oponer resistencia. Mal se habían apuntado. Pero ya en el crucero, cuando le dijeron que estaba secuestrado, con la indignación propia de un dios ofendido volvió a ejercer como tal. Y acudió a la hechicería que casi nunca tocaba, e inundó la nave con vino, haciendo crecer la hiedra que le era característica en los mástiles, y en las velas racimos de uva.

Ya en ese escenario, Dionisos se convirtió en león y devoró al líder de los piratas. Pero también se volvió un oso que aterrorizó a los otros, los cuales se arrojaron al mar –tampoco sabían nadar–. Pero, seguramente porque no eran

tan malos, la hechicería los transformó en delfines, y así vivieron como esos nobles animales sagrados.

Sin embargo, al único de ellos que se había opuesto al secuestro, nada le pasó. Recibió la sonrisa amigable del dios, que lo mandó con vida a su casa y le obsequió, por supuesto, una buena provisión de vino para que, con sus amigos y al calor del licor, contara la historia.

El hombre siempre hizo vino de cualquier cosa. Seguramente de las primeras raíces que comió, o de las primeras frutas, que dejó macerando en agua y se fermentaron. En un proceso perfeccionista, bebió los primeros caldos, que luego fue mejorando, porque gustó el efecto de la embriaguez. De ahí que el vino se convirtió en el primer elemento liberador de las angustias diarias. Y por eso mismo en algo vital para la vida. El mito, bellamente, creó a Dionisos al que atribuyó las aventuras y desventuras que se han dejado expuestas, que son por cierto muchas más, y que recogen la asociación de la música y la danza con la alegría del vino.

Hermes, Mercurio de los romanos

XVII

Hermes[57]

Dios del comercio. Tal vez por eso y por otras hazañas que vamos a ver, Apolo, al final su gran amigo, lo motejó como el rey de los ladrones. Fue, desde niño, malo, travieso y ladrón. A más de lo anterior, es decir de dios del comercio que sigue siendo, era el mensajero de Zeus para delicadas misiones, como la de velar por que se cumpliera el castigo cruel de Prometeo que atrás vimos. Y era el encargado de llevar las almas de los muertos por el río Estigia en la barca tenebrosa de Caronte y, finalmente, al sombrío reino de Hades.

Hijo de Zeus y de Maya, hija a su vez del gigante Atlante. Al nacer en una caverna en Silene, dentro de la tierra de Arcadia, como todos los bebés tenía una carita angelical. Pero no fue un niño bueno. Primero porque no le gustó la vida al lado de su madre y se fue sin más ni más, la misma noche de su nacimiento, mientras ella, exhausta, dormía creyén-

57 Mercurio de los romanos.

dolo a su lado. Como era un dios, ya hablaba precozmente y tenía como nadie la capacidad de convencer. Pero además caminaba y tenía la fuerza sobrenatural correspondiente a su categoría divina.

Así, desde que emprendió el viaje, la primera hazaña que realizó tuvo ribetes de crueldad: vio una tortuga que pasaba lenta. La cogió, le prodigó mimos, le agregó que la llevaría a su casa donde tendría una larga vida, como la de todas las tortugas, pero inmediatamente, sin más palabras, la mató con un fino estilete que con el deseo y gran ingenio había forjado. Luego la destrizó arrojando sus carnes. Con las tripas afinó unas cuerdas y luego en su caparazón hizo una caja de resonancia ayudado con alguna madera y piel de cordero, que culminó con gran sensibilidad de virtuoso, convirtiéndose así en la primera cítara que existió.

Como sintió hambre y sabía que la tendría después, pero especialmente porque le gustaban la travesura y la maldad, sin que mediara más que un pensamiento, luego de ver las vacas gordas del rey Admeto que cuidaba Apolo, en esa época en que soportaba el castigo que atrás se mencionó, robó en la noche cincuenta de ellas y se fue a esconderlas con gran habilidad de cuatrero, recorriendo una distancia enorme. Esa noche mató dos que cocinó con fuego artesanal que él mismo hizo como segundo inventor de este elemento sagrado, y las partió equitativamente para ofrendarlas a los doce dioses del Olimpo, incluido naturalmente él mismo.

Claro que esto no le produjo gracia a Apolo, quien, desconcertado, hizo las investigaciones de rigor a lo que agregó su capacidad adivinatoria, y entonces, aunque le pareciera increíble, supo que el autor del estropicio había sido el pequeño dios neonato. Entonces se fue a la caverna donde vivía el recién nacido y lo encontró durmiendo entre pañales. Apolo, como cualquier ser humano a quien han robado, le hizo un airado reclamo. Pero el niño contestó con su bella carita inocente que él era solo un bebé de brazos y que lejos de su mente estaba cometer un acto de rufianes. "¿Es que acaso me ves facha de ladrón de bueyes?", argüía con su carita angelical y una verborrea inagotable.

Bravo Apolo, lo hizo subir hasta el Olimpo para enfrentar a su padre –de ambos dioses–, Zeus. Y ante éste, que por su conocida condición de rector del mundo ya estaba

enterado de todo, con la mayor frescura Hermes volvió a exponer las conmovedoras tesis de su inocencia y de su indefensión de bebé.

Zeus, al que le causaba risa la audacia de su pequeño hijo y a quien utilizó después muchas veces para que ejerciera esa capacidad dialéctica, le ordenó sin más cuentos que devolviera las cuarenta y ocho reses que le quedaban. Cuando se alejaron Apolo y el niño bribón, éste volvió empecinadamente a sostener su inocencia.

Y mientras caminan de regreso, de noche, porque Hermes era precisamente nocturno, en las propias narices de Apolo le roba el carcaj donde guarda sus flechas de plata. Doblemente indignado Apolo, que no puede dar crédito a lo que está pasando ante sus ojos, le pronostica su destino: *Astuto malhechor, ese será tu talento, vaciar todo lo que encuentres por la noche. Rey de los ladrones, título que será tuyo para siempre*.

Y estando en esas el infante sacó la lira que había hecho y tocó con ella hermosas melodías que prendaron a Apolo. Otra vez deslumbrado ante el ingenio de esa criatura de pañales y ante la belleza de la música que salía de la lira, Apolo perdió el equilibrio natural hasta el punto que le regaló las vacas. Pero con la condición de que, a cambio, Hermes le regalase el instrumento. Hermes, negociante como era, pide algo más. Nada menos que el caduceo que hasta ese momento era de Apolo, pero que después siempre llevó Hermes consigo como su distintivo característico, igual que las alas en los pies y el casco que lo hacía invisible como el viento.

Apolo, con tal de tener la lira que fue igualmente su característica más notoria, aceptó. Y a partir de allí fueron los grandes amigos y hasta cómplices, como se ha visto atrás.

Qué capacidad para convencer la que tenía ese dios. *Hermes Logios* lo llamaron entonces, padre de la retórica y la elocuencia. Fue el mismo que le dio a Pandora el arte de hablar y de mentir. Y por sus andanzas después de nacer adquiere la categoría de viandante y es el dios de los viajeros. Un comerciante muy hábil para los negocios, y por lo mismo es el dios del comercio.

Dicen que para proteger a los consumidores del vendedor inescrupuloso, inventó la balanza. Es un músico, y por lo tanto es el dios de los músicos; padre como se verá

después, de Pan. Rey de los oradores y políticos que abrevan en su parla el discurso que todo lo concede, aunque sin comprometerse suficientemente.

Y algo les llega a los poetas que entresacan de sus palabras, iguales a sus pies alados, una vena inagotable de fantasías y metáforas. Por supuesto los ladrones, que siempre han existido, saben que en él tienen un protector sobrenatural.

Hay una palabra novedosa que lo describe en otra actividad muy especial y muy suya: Hermes es un *psicopombo*, porque es quien conduce las almas muertas al ultramundo de Hades, su amigo igual que Perséfone. Por matar la tortuga y hacer con ella la lira, su símbolo es la tortuga, igual que el gallo que vigila las horas de la noche. Orna su cabeza con el *pétaso*, que es el casco o sombrero de ala ancha y redonda; y en sus pies ligeros calza las *talarias,* sandalias aladas y veloces como la luz. El caduceo no le faltará jamás después de su negocio con Apolo.

Ha de recordarse con cuánta astucia fue a cumplir la misión que le impuso su padre Zeus de rescatar a la ninfa Io de la vigilancia insomne del gigante Argos, impuesta por Hera. Y como, con la simple flauta siringa que le prestó su hijo Pan, y con la bella historia de la ninfa Siringe que entonaba poéticamente, fue capaz de poner dormidos y cerrados los ojos infinitos del vigilante, momento aprovechado por Hermes para, con la velocidad del rayo, desgajarle la cabeza.

Como era el mensajero de Zeus al que servía sin ninguna renuencia, lo llamaron *Aggelo,* y como se desplazaba con la velocidad del pensamiento entre todas las distancias para cumplir los encargos de su padre, se lo consideró el dios de la juventud y los deportes. Tenía agilidad, bello porte y cuerpo perfecto. De ahí que se lo reconoció también como el rey de los juegos olímpicos.

El caduceo que antes fue de Apolo, como se ha dicho, es un bastón del que dimanan poderes para otorgar prosperidad. Tenía la virtud de transformar cualquier cosa en oro. Por ese motivo lo llamaron *Crysórrapis,* que significa "munido de vara de oro". Como dios del comercio se lo llamó *Empolaios.*

Hermes era un dialogante que odiaba la guerra. No había conflicto al que no dedicara un tiempo de conciliación con base en la razón y la palabra. Por eso se lo consideró

un abanderado o dios de la paz. Y debido a su capacidad argumentadora, también era un símbolo del derecho y la justicia. De él proviene la palabra hermenéutica que se refiere a la interpretación de los textos.

Los amores y los hijos de Hermes

Fueron muchos. Como todos los dioses, atalayaba un amor y lo perseguía con insistencia digna de mejor causa. Cuando ese amor le era difícil, utilizaba todo su poder en la búsqueda y consecución, porque ordinariamente un dios no aceptaba un no por respuesta. Las cosas eran para ellos por la razón o por la fuerza. Y claro que las ninfas y las diosas, igual que cualquier mujer, solían ser dadivosas y coquetas y les gustaba tanto hacer el amor como a los hombres.

Pero hubo muchas a las que, como se ha visto, esas lides no atraían y hasta se jugaron la vida por defender lo que ellas juzgaban era la virtud. Podían tener razón o no, cosa que no entraremos a dilucidar. Pero hicieron de un posible amor una tragedia griega. En tales casos los dioses todos lucharon con furia y utilizaron todos los recursos de hechicería de que disponían para triunfar. Hermes tuvo de los amores buenos y de los malos, que a veces para los inmortales y para los hombres son los mejores.

Y así, casi no hubo ninfa que se le escapara y a la que no dejara un hijo, muchos de los cuales fueron héroes famosos. Veamos esos prolíficos amores y la prole:

Con la ninfa Quione, en amores de un día, procreó a Autólico, que, como buen hijo de su padre, fue ladrón famoso y abuelo del tramposo Ulises. Con la ninfa Antianira concibió a Eurito, arquero de la guerra de Troya y a Equión, uno de los Argonautas.

Con la ninfa Lara, igualmente en amores breves, tuvo a los gemelos Lares, que fueron para los romanos dioses menores del hogar, del lar. Con la ninfa Acacalis tuvo a Cidón, héroe que fue fundador de la ciudad cretense de Cidonia. A Céfalo, que sería el amante de Eos (la Aurora), lo concibió con una princesa llamada Herse.

De los amores fugaces con la hermosa ninfa Dríope nacería su hijo más ilustre, Pan. Con otra ninfa llamada Carmenta procrearía a Evandro, que fue profesor de escritura y música.

Con Daira engendró a Eleusis, gran héroe que le dio su nombre a la ilustre ciudad griega. Eudoro, héroe con Patroclo de la guerra de Troya, fue concebido con otra princesa llamada Polímela.

Y con Faetusa concibió a Mirtilo, aquel personaje cómplice de Pélope para aniquilar en una carrera tramposa al rey Enómao. Finalmente, la princesa Aglaura lo hizo padre de Cérix, quien fue sacerdote de Deméter.

Hermafrodito

Tal vez la primera de las amantes de Hermes fue nada menos que Afrodita. Con ella no había que luchar, porque era la diosa del amor y hasta le gustaba cierta violencia, que le enseñó Ares en aquellos tormentosos amores que atrás miramos. No se sabe cuánto tiempo fueron amantes, pero sí es conocido que fue lo que podría decirse un buen amor. Hermes, tunante como era, pero de palabra florida y embaucadora, debió de halagar dulcemente el oído de la diosa, propicio al encanto y la seducción. No ha de olvidarse que fue la madre de Eros.

Y de estos amores nació una criatura de sexo masculino y gran belleza, heredada de ambos padres. Era, pues, un mancebo apetecido por todas las mujeres. Un día, después de haberse bañado en un río, se recostó desnudo en la ribera. Y allí lo vio la ninfa Salmacis, que así mismo era bella y sensual.

Prendada de todo lo que veía, la ninfa despertó al mancebo y se mostró ella misma también desnuda en el esplendor de la naturaleza y de sus propios paisajes corporales.

El muchacho cayó igualmente rendido a la belleza y los encantos femeninos de la ninfa. No tuvieron necesidad de mucho preámbulo, porque de inicio entraron en la cópula. Y a partir de ese momento se imbricaron en un amor tan tumultuoso que no se separaron más el uno del otro.

Todo el tiempo estuvo incorporado el elemento masculino de él en el femenino de ella. Hasta el punto que, en tan estrecha unión y con algo de hechicería, pero sobre todo por el juramento loco de no separarse jamás, se volvieron uno solo. Era la unión de los dos sexos en una sola persona.

Pan

Lo más seguro es que fue hijo de Hermes con la ninfa Dríope, aunque también se sostiene que su padre fue Cronos con Rea, en cuyo caso sería hermano de Zeus y de Hera. Otros han dicho que era hijo de Gea y Urano. Pero todo indica que la afinidad musical con Hermes lo hace su hijo. Mas lo que nadie sabe es por qué nació feo y con las piernas de chivo.

Y es lo cierto que, concebido con amor como lo fue, primer hijo de una madre bellísima, ella como cualquier mujer tenía ilusiones de madre. Pero al verlo no tuvo capacidad para darle de mamar y prodigarle entrañables caricias maternales. Su desconcierto fue tal que lo abandonó a su suerte, como había ocurrido por las mismas razones con Hefeistos. Triste historia, porque el niño no tenía la culpa de su fealdad.

Empero, su suerte no se marcó allí en la orfandad y el desamparo, porque Hermes, malandrín como era para ciertas cosas, en líneas generales era lo que podría decirse un buen tipo. Especialmente un buen padre. Y amorosamente lo recogió y llevó al Olimpo, muy seguramente cuando la Titanomaquia, guerra en la cual, como ya lo reseñamos antes, prestó un invaluable servicio a Zeus que por ese motivo lo amó. Y no porque fuera un guerrero valiente y diestro en el ejercicio de la jabalina o la lanza. No. Esos instrumentos no eran parte de su manera de ser.

Pero ya se dijo cómo tenía la capacidad de producir un sonido, hoy no descriptible aunque subsiste, agudo, parejo, que iba subiendo y transmitía en el que lo oyera un sentimiento insuperable de terror paralizante que, por lo mismo, se llamó y sigue llamándose *pánico.*

Cuando Pan le producía el sonido a uno de los titanes o a los gigantes, y éstos quedaban bajo los efectos del pánico, entraba Zeus, o Apolo, o el propio Heracles que participó en esas contiendas, y remataban al aturdido y acobardado enemigo.

Era, por supuesto, un dios poderoso. Manejaba no solo el grito, que era un truco de hechicería, sino todas las artes mágicas de la seducción. Siendo feo, como ya se dijo, lucía una barba rubia atrayente y se desplazaba con gran agilidad no obstante sus extremidades caprinas. Gran amigo de Dionisos, por lo tanto del vino y la danza, hacía parte de las comparsas dionisíacas y era un bailarín sensual y frenético. Amó el teatro, la poesía

y la comedia. Pero especialmente la música, que interpretaba con gran dulzura y sensibilidad en su flauta de carrizo.

Cuenta el mito que siendo Pan un dios de amores desenfrenados, perseguía a todas las ninfas y mujeres que agradaban a sus sentidos. Fueron muchas esas pasiones absolutamente pasajeras. En realidad era solo sexo lo que buscaba desaforado.

Un día sorprendió en el campo a una ninfa muy bella llamada Siringe, que era virtuosa. El dios la persiguió con intensidad, pero ella logró evadírsele. Ya dijimos que un dios no aceptaba un no por respuesta. Así pues, salió en persecución de la indefensa beldad con todo su ímpetu. Ella llegó, con la ayuda de la hechicería, al sacrificio definitivo, como Dafne, y se convirtió en una caña o carrizo.

Entonces Pan, sin saber hacia dónde había partido, estando profundamente enamorado, cortó la caña para hacer con su delicada estructura una flauta que producía los más enternecedores sonidos, la que nunca le abandonaría y la llamó la siringa. Y entre sus composiciones poéticas y musicales, la más sensible fue aquella en la que contaba la historia de la bella ninfa Siringe.

El duelo musical con Apolo. Midas

Se cuenta así mismo que como Pan tocaba con maestría la siringa, un día se atrevió a desafiar a Apolo a un concurso para definir quién era mejor músico entre los dos. Apolo no sólo tocaba la lira sino que, padre de la poesía, los arpegios que emanaban de la antigua tortuga y de sus tripas iban acompañados de la voz y los relatos cantados de las melopeas. Claro que Pan también encantaba con su flauta y de sus labios salían floridas baladas; una de las más conmovedoras, como ya se dijo, era la historia de Siringe.

El desafío se convirtió en algo que inundó de expectativa a la Hélade. Y se constituyó en gran certamen con jurado y todo. El duelo, por supuesto, lo ganó Apolo, aunque ayudado con una hechicería mayor que la de Pan. Y es de destacar que entre los miembros del jurado estaba el famoso rey de Frigia Midas, quien fue el único que en su veredicto favoreció a Pan. Apolo, que era de talante bueno pero no tanto, se vengó; y en un acto de magia le hizo crecer al rey las orejas como a un burro.

Para disimular este castigo de por vida, el monarca se mandó a hacer un sombrero que más era una gorra y que llegaría a ser famoso: el gorro frigio, que se convirtió en símbolo de la libertad cuando la Revolución Francesa. En ese recuerdo, el de la libertad, el gorro figura en la segunda franja del escudo colombiano.

Este Midas tenía todas las cosas que caracterizan a los tunantes. Era oportunista, avaro, mentiroso y petardista. Ya para entonces venía de una experiencia dotada de gran filosofía. Porque en una oportunidad en que Sileno, el compañero de parrandas de Dionisos, se había emborrachado y se durmió en un bosque, los campesinos de la región, que también bebían en el cortejo dionisíaco, lo reconocieron y lo llevaron ante el rey Midas.

Éste, calculador como era, de inmediato lo acogió como a un príncipe y lo agasajó con festividades durante diez días, al cabo de los cuales lo llevó donde el dios del vino. Dionisos, muy contento con volver a tener a su amigo isleño, le dijo a Midas que podía pedirle lo que quisiera. Y Midas, sin vacilar, avaro como era, pidió que le diera el don de convertir en oro todo lo que tocara.

Dionisos le advirtió de los grandes inconvenientes que ese acto habría de acarrearle. Pero el sentimiento de avaricia podía más en el intelecto de Midas que la razón, e insistió en su pedido.

Y he aquí que Dionisos, que como se dijo antes casi no usaba la magia porque poseía una mayor que era el vino, no tuvo más remedio que realizar el conjuro. De donde, si Midas tenía sed e iba a tomar agua, o cualquier otra bebida, se le volvía oro. Se quedó entonces sin qué comer ni qué beber, ni qué vestir o con qué cobijarse contra el frío. ¡Vaya!, algo realmente horrible, provocado por el sentimiento desbordado de codicia.

Lleno de terror Midas volvió donde el dios y le suplicó arrodillado que le devolviera a la normalidad su vida, como era anteriormente. Dionisos le replicó que le había advertido antes acerca de los graves inconvenientes que iría a tener con el don que le pedía. Y Midas continuaba suplicante que renunciaría a las riquezas que ya tenía y sería un rey frugal y austero.

Dionisos, que era buena gente, le impuso que fuera a purificarse al río Pactolo, en la misma Frigia, donde después

de muchas abluciones retornó a la normalidad. El río, desde esa época y tal vez hasta hoy, sigue llevando en correntío pepitas de oro.

La ninfa Eco

Pan no era, digamos, que una pera en dulce. Lo que se le atravesara a sus designios enfrentaba su furor. Tal vez para eso era un dios. Es un poco triste la historia con la ninfa Eco, bellísima, como que, salvo contadas excepciones algunas de las cuales hemos visto, todos los habitantes de la Hélade eran bellos. Grecia era la patria de la belleza por excelencia. Y Eco no solo era bella, sino virtuosa. Doble acicate para el concupiscente Pan. La virtud y la belleza para profanarlas.

Cuando la pretendió mediante el uso de sus artes: la flauta, la palabra meliflua y la danza sensual, la ninfa, recatada y casta, lo rechazó. Por supuesto, Pan insistió haciéndola objeto de un poderoso asedio, que la fortaleza de virtud volvió a rechazar. Y así continuó por un tiempo indefinido hasta que la inicial pasión del dios se fue tornando en odio.

Agotados pues los planos de la seducción, e inundado de soberbia y prepotente, mandó Pan a unos esbirros, que siempre han existido, con instrucciones precisas de dar muerte a Eco. Pero debían además destrozarla parte por parte, en una ceremonia de descuartizamiento y desaparición tan cruel, que de la núbil ninfa solo quedó el eco, o sea la capacidad de repetir las últimas palabras.

Narciso y Eco

Otra versión existe en relación con la bella ninfa Eco. Es una historia diferente, sin la participación de Pan. Eco, hermosa como era, había sufrido uno de los injustos castigos de Hera, naturalmente movida por los celos. El castigo consistía en que la bella ninfa, cuando se le hablaba, estaba condenada a repetir las últimas palabras.

Simultáneamente vivía un joven de nombre Narciso que ostentaba una esplendorosa hermosura. De él se enamoraban hombres y mujeres, que no podían resistir la intensidad de su belleza. Él, por supuesto, vivía pagado de sí mismo y no ocultaba el orgullo que le asistía por ser bello.

Un día pasaba por el bosque cuando entre los árboles, tímidamente, se escondía la ninfa Eco, rendida de amor por el apuesto joven. Él notó la presencia de alguien y exclamó: "¿Hay alguien aquí?" La ninfa, que no podía sino repetir las últimas palabras, respondió: "Aquí, aquí". Intrigado, Narciso volvió a hablar: "Ven, ven". Y la ninfa, enamorada, salió de su escondite con los brazos sedientos de amor. Pero Narciso no era hombre para amor distinto a aquel que se inspiraba de sí mismo. Entonces la rechazó sin consideración alguna.

Ella, avergonzada y deprimida, se fue a morir a una cueva donde se consumió. Su cuerpo fue desapareciendo en la propia delgadez, hasta no quedar sino la voz que seguía reproduciendo las dos últimas sílabas de lo que otro dijera.

Pero Némesis, la vengadora, por su parte, también utilizó su brujería para castigar la arrogancia y el despotismo de Narciso. Lo condenó a vivir perdidamente enamorado de su propia imagen. Y fue de tal naturaleza su amor por sí mismo, que andaba por los campos en busca de un estanque tranquilo en el que, en el espejo de las mansas aguas, pudiese ver su imagen imponente.

Hasta que un día la atracción por su hermosura fue tanta que se arrojó al agua para poder asir la imagen. Con tan mala suerte que, como tampoco sabía nadar, se ahogó. En el lugar, y en su recuerdo, nació una flor que lo evoca con una belleza más serena y delicada: el narciso.

La existencia del dios Hermes se acomoda perfectamente a la caracterización del ser humano, como ocurre con las diferentes facetas de los otros dioses. De ahí que la creación de Hermes solo puede ser producto de quien intuyera empíricamente la psicología, que tres milenios después sistematizaría el gran americano William James. Podía penetrar tan finamente en los meandros del hombre e imaginar lúdicamente a un infante de un día de nacido levantándose a la media noche, aprovechándose de las facultades plenipoderosas de su condición divina, para salir en largo viaje con el propósito bien definido de robar un ganado y ocultarlo, en actos para los que usó no solo su astucia sino la increíble capacidad de mentir.

Y por supuesto argüir una coartada, como lo hizo conmovedoramente, colocando con gran desparpajo a su propia madre, exhausta y dormida después del parto, como su testigo cumbre, porque ella, no obstante ser una diosa, lo suponía beatíficamente durmiendo a su lado. Todo esto, por ser el rey de los ladrones como lo llamó Apolo. Título que también, irónicamente, le sirve para su consagración como dios del comercio.

Todo el derroche imaginativo de sus diferentes amores, entre los que destaca el que tuvo con Afrodita y el fruto encarnado en la intrépida historia de su hijo que comienza en la combinación del nombre del padre y de la madre en uno solo, para llamarse Hermafrodito. Después el ardoroso amor con la ninfa Salmacis, arrebatadora, sensual, insaciable. Fundidos en un amor de carne que se inició y no pudo parar ante la ninfomanía de la fémina y el priapismo del mancebo, encarnizados en una penetración sin intermitencia que los condujo a fundirse en un solo ser.

O la historia de la dulce y recatada ninfa Eco, y el despiadado designio vengativo y criminal con ella de Pan, el hijo epónimo de Hermes, utilizando sicarios para dejarla después del descuartizamiento convertida solo en la débil voz que queda en las montañas para repetir las últimas palabras, que se pierden en el espacio y son rechazadas por las paredes inciertas de la impunidad.

La otra versión de Eco y Narciso es igualmente filosófica. Eco, la víctima de la incomprensión y la intolerancia. De una virtud sin palabras. Y Narciso, el vacío ser que se enamora de sí mismo y pierde la capacidad de amar a los demás. Quizás la mayor privación que pueda tener alguien es la de no poder compartir el amor que se le ofrece.

Todo en el mito de Hermes y sus hijos es un resultado de lo que somos los hombres, con todas las imperfecciones que nos caracterizan. Incluso la historia de Midas, imbricada en un relato de tan honda significación filosófica. La sed de riqueza desmedida, que se torna al mismo tiempo en un castigo implacable lleno de imaginación. Quizás por toda la

riqueza que ofrecen las diferentes facetas de este complejo mito, la psicología y la psiquiatría modernas han tomado de allí muchos elementos de clasificación de los diferentes cuadros psíquicos y clínicos.

Teseo descubre el legado de su padre Egeo

XVIII

Poseidón[58]

Dios de los mares y las aguas. También del movimiento de la Tierra, con sus temblores que destructoramente la sacuden. Y de las tempestades. Poderoso en las simas del océano, también en las lagunas y aun en las cimas de las montañas. Temible con su tridente, regalo como se vio, cuando la Titanomaquia, de los Telquines, que fueron, como ya se dijo, grandes forjadores. Un golpe con él en tierra produce un terremoto y en el mar un cataclismo.

Ese es Poseidón, cuya imagen lo muestra soberbio, gigante de gran musculatura y belleza física, con su cabello y la barba oscuros y enmarañados, el torso desnudo. Montado en el carro dorado que mueven fogosos corceles con cascos de bronce y crines agitadas. Por supuesto, con su infaltable tridente en la mano derecha. Amo de todos los seres vivientes del mar y de los dioses y diosas que de allí salieron en una teogonía propia. Lo acompañaba permanentemente en todas sus salidas el ruidoso cortejo de ninfas

58 Neptuno de los romanos.

del mar, hipocampos y delfines. Unas veces se le unían los telquines, otras los cabiros, por todas las sendas del océano. Al regresar, lo hacía en la misma forma aparatosa y con la misma corte, y entraba a su palacio de oro levantado en los hondos recodos del mar, con sus hermosas torres y almenas, salones espaciosos, mobiliario de refinadas formas y una iluminación perfecta propia del divino rey de todo lo que existe en el fascinante mundo submarino.

Poseidón es casi tan poderoso como Zeus, su hermano. Pero, aunque se sabe su igual y le habla duro, le teme. En la *Ilíada*, cuando el rey del Olimpo manda a Iris, la del arco, a llevarle el mensaje de que no intervenga a favor de los troyanos, ya casi para terminar la guerra, después de oír a la mensajera, airoso exclama:

"*Somos tres hermanos, hijos de Cronos y de Rea. Yo, Zeus y el tercero Hades, que reina bajo la Tierra. Todas las cosas están divididas en tres modos, y cada uno de nosotros tiene su parte de honores. Cuando se tiró a suertes, a mí me cupo el mar vinoso, para morar en él para siempre, y Hades recibió el nebuloso reino de las sombras. A Zeus le cupo el alto cielo, en medio del aire y de las nubes. La Tierra y el Alto Olimpo. Sin embargo, no son comunes a todos. No viviré, por lo tanto, según el parecer de Zeus. Que él, a pesar de ser el más poderoso, viva en paz en el tercio que le tocó en suerte*".

Pero al orgullo de tales palabras del dios de los mares, responde Zeus desde el Olimpo, con su voz de trueno:

"*¡Oídme todos, dioses y diosas, para que os manifieste lo que en el pecho mi corazón me dicta! Ninguno de vosotros, sea varón o hembra, se atreva a transgredir mi mandato; antes bien, asentid todos, a fin de que cuanto antes lleve a cabo lo que pretendo. El dios que intente separarse de los demás y socorrer a los troyanos o a los dánaos, como yo le vea, volverá afrentosamente golpeado al Olimpo; o cogiéndole, le arrojaré al tenebroso Tártaro, muy lejos, en lo más profundo del Báratro debajo de la Tierra –sus puertas son de hierro, y el umbral de bronce, y su profundidad es del Hades como del cielo a la tierra–, y conocerá enseguida cuánto aventaja mi poder al de las demás deidades. Y si queréis, haced esta prueba, ¡oh dioses!, para que os convenzáis*".

Sin embargo, es el mismo Homero quien cuando se refiere a Poseidón lo llama "el estremecedor de la tierra" y sabe que en toda Grecia, sacudida por constantes temblores, es a Poseidón al que hay que rendirle culto para que no los castigue con ese medio. Por esto se lo llamó *sisicton,* de donde viene la palabra sismo.

Y tal vez porque se convirtió en la divinidad de todo lo que se movía, al observarse a alguien que presentaba el convulso mal de la epilepsia, se entendía que era un poseído por este dios. Después, cuando se descubrió que hombres providenciales como Heracles y posteriormente Julio César daban muestras de convulsiones, se consideró que ese era un mal sagrado y misterioso, que coincidía con algunos poderes sobrenaturales provenientes de Poseidón.

Dios de los marineros que imploraban a él para poder hacer un viaje sin sobresaltos en el incierto mar. Su solo nombre infundía terror. Pero era al mismo tiempo un formidable protector cuando se lo imploraba con devoción.

Se vio atrás cómo, simbólicamente, se unió a Deméter –el mar trayendo la vida a la tierra–, en forma de caballos ambos y contra la voluntad de ésta, y de esa unión nacieron Despoina o Déspine, otra de las diosas de la germinación de la tierra, y el caballo Arión, primer equino que hubo y el que hablaba y tenía poder adivinatorio.

Se dice igualmente que fue padre de *Pegaso*, el caballo alado que nació al morir la Medusa. De hecho Poseidón era considerado rey de los caballos. Debido a esto en muchas ciudades se le llamaba *Hipios*.

Por supuesto tuvo innumerables hijos, gran parte de los cuales se mencionaron en los diferentes relatos precedentes. También se vio que su esposa, la gran reina del mar, fue Anfitrite, la ninfa que raptó a gusto de ella Poseidón utilizando como instrumento a un delfín, que a partir de entonces hizo parte, con todos los de su especie, de la categoría de animales sagrados y grandes amigos. Por supuesto que Anfitrite lo amaba tiernamente y jamás le hizo, no obstante las frecuentes infidelidades, manifestaciones de celos como lo acostumbraba Hera con Zeus.

El poder de Poseidón era tan grande, que podía crear una isla cuando quisiera, o una laguna o una fuente, o un estrecho. Él creó el complejo y desaparecido mundo de Atlántida, y

la pobló cuando se unió a Clito, y procreó a cinco parejas de gemelos. Allí impuso como rey a uno de ellos, Atlante, cuyo nombre tomó el enorme país que hoy solo es un recuerdo.

Y fue él mismo quien, antes de Anfitrite, contrajo matrimonio con la telquín Halia, no solo en gratitud con los telquines por haberlo criado, sino porque le atraía poderosamente y la persiguió con ardor, hasta que la bella cedió con encanto y satisfacción, mientras sus hermanos se complacían con las escenas de amor.

Se dijo que al nacer Poseidón su madre Rea, igual que había hecho con Zeus, logró mimetizarlo para que no lo ingiriera su padre Cronos, y lo escondió en un establo. A cambio entregó a éste una mula que él devoró al instante con su insaciable apetito. Y entonces el niño, solo y muy indefenso porque Rea no podía estar con él sin despertar las sospechas de su marido, fue adoptado por los telquines, espíritus nobles y laboriosos, y, como ya se dijo, grandes forjadores de metales. No solamente eso, sino dominadores de poderosas magias y hechicerías que enseñaron al infante.

De la unión de Halia y Poseidón nacieron seis hijos y una princesa llamada Rodo, de la que tomó su nombre la ciudad de Rodas.

Historia con dos versiones: la primera, que atrás se vio, señala cómo, debido a los poderosos movimientos telúricos –la palabra viene de Tellus, que en latín es la misma Gea o Gaia, la Tierra–, los seis hijos abandonaron temporalmente la isla, en la que se quedó Roda. Ésta, posteriormente, habría de casarse con Helios, y con él tuvo unos hijos que poblaron la isla. Y así, cuando los tíos quisieron regresar, aquéllos no les permitieron ni siquiera el arrimo. Ya eso estaba ocupado.

La otra versión es desventurada. Apunta a que los seis varones enloquecieron y, presas de un infame desvarío, trataron por todos los medios de poseer a su progenitora. Halia, como buena madre que era, los amaba maternalmente. Pero ellos no la querían como hijos sino como mujer. Así, pues y en ausencia de Poseidón, Halia no sabía qué hacer ni hacia dónde dirigirse para evitar lo que ya a ella parecía inevitable.

Hasta que un día, cuando los seis varones se le acercaron y la abrazaron, para luego continuar con besos y caricias, prodigados con el mismo ardor que mostraba su padre Po-

seidón, Halia no tuvo más remedio que invocar al esposo en una oración desesperada. De nada habían valido sus súplicas y llanto, ni la sensatez y la cordura ante seres que la habían perdido. Enceguecidos y locos la fueron despojando de las vestiduras.

Y es así como, cuando ya se iba a consumar la violación incestuosa, atendiendo al llamado Poseidón, con todo el poder de dios del movimiento, llegó al término de su deseo. Por supuesto éste también amaba a sus hijos, pero en el instante en que presencia el horrendo espectáculo, presa de indignación, les arroja el tridente con furia. Entonces, ante la mirada de impotencia y dolor de la madre, se abre la tierra profundamente y los hijos caen en el abismo supremo, quedando sepultados para siempre.

Fue Poseidón el fundador de la ciudad de Orcómeno cuando tuvo sus amores con Crisogenia, hija de Eolo, y de ellos nació Minia. Fundó Nisiros después de haber vencido al gigante Polibotes al que sepultó con una gigantesca roca tomada de la isla Cos. Fue padre, a más de los que se han mencionado, de Proteo, de Orión, y también del héroe Teseo.

Engendró monstruos como el que asoló el mar de Troya. El famoso Minotauro de Creta, al que dio muerte Teseo, fue así mismo su hijo, al igual que Polifemo y otros muchos.

Ulises, que clavó un tronco puntiagudo en el único ojo de Polifemo, tuvo que resistir durante otros diez años, adicionales a los que duró la guerra de Troya, errando por un mar tempestuoso y terrible, venganza de Poseidón por este hecho.

Y aunque muchas ciudades acogieron a Poseidón, unas como dios del mar, otras como deidad del movimiento, es lo cierto que tuvo muchas dificultades para que alguna en especial le diera su protectorado. Curioso que los dioses, tan poderosos como eran, tuvieran necesidad de que los hombres, así fueren los de un pequeño villorrio, los aceptaran como sus patrono, sin lo cual sentían cierto dolor de abandono y menosprecio.

Poseidón padeció la humillación de no ser escogido. Y por supuesto debió afrontar consecuencias amargas por ello. Iracundo tomó venganzas y retaliaciones, no siempre justas.

En Corinto, donde era reconocido por todos, no tuvo sin embargo el patronato total, porque Helios –el Sol– se lo disputó ardientemente. El enfrentamiento se dio, hasta el punto que tuvieron que acudir a un árbitro que dirimiera el conflicto de jurisdicción, digámoslo así, y para esa labor escogieron al gigante Briareo. Éste, después de un tiempo, dio el fallo: a Helios le correspondía la acrópolis de Corinto y a Poseidón el istmo.

No fue de su agrado tal decisión, y mascullando su amargura, sobre todo él que era un dios tan iracundo, marchó a Egina en busca de que allí sí lo escogieran como patrono. Mala suerte, porque cuando llegó ya los habitantes habían elegido nada menos que a Zeus. Hubo un enfrentamiento sin llegar a fondo, y a las primeras de cambio Poseidón se percató de que saldría derrotado. En esta forma partió de nuevo, sin que supiera hacia dónde, con gran pesadumbre.

Tuvo entonces noticias de que el puerto de Naxos se encontraba libre y hacia allá se dirigió. Pero ¡vaya mala suerte!, porque después del abandono que hizo Teseo de Ariadna, como atrás se vio, Dionisos llegó en protección de ella y allí se quedó como el dios tutelar.

Y no se le escapaba lo que le había acontecido con Gaia al cederle el territorio de Delfos, que después, como atrás se vio, pasaría a Apolo.

Luego le dijeron que un tal Cécrope acababa de fundar una ciudad en el ática. Es el momento, creyó, y sobre la velocidad del pensamiento hizo su aparición en el lugar. Pero ya los habitantes habían escogido a Atenea o Atena. Él, claro que frustrado como estaba y sabiéndose muy poderoso, entabló un enfrentamiento con esta mujer que había nacido armada.

Esta vez no daría el brazo a torcer. Entonces, ante su terminante pretensión y la proximidad de la contienda, los dioses del Olimpo, curiosos como eran, acudieron a presenciar la divina lucha.

No se dio, porque los habitantes, que en algo debían dar opinión, vieron propicio el momento para sacar partido. Entonces les plantearon a los dos dioses, a través de oraciones, por supuesto, que ellos como fieles devotos escogerían al dios que les hiciera un mejor regalo. Poseidón aceptó, porque se sabía dueño del agua y del caballo. Atenea, por su parte, también asintió. Era sabia y astuta.

Y así, cuando Poseidón dio el golpe de tridente en la propia Acrópolis,brotó una fuente luminosa de agua pura. Y, como si fuera poco, les entregó el caballo. En respuesta Atenea horadó la tierra e hizo brotar un árbol que fue creciendo a los ojos asombrados de todos. De las ramas nacieron abundantes olivas o aceitunas, y los atenienses presintieron que esa fruta les daría alimento y aceite. Y sin más consideraciones, escogieron a Atenea y pusieron su nombre a la ciudad.

De nada importó que Poseidón les diera el agua y un amigo tan noble e insustituible a la civilización que comenzaba, como el caballo. Y así, pues, muy decepcionado se fue a buscar fortuna a otro lugar. Empero, la rabia le alcanzó para desquitarse: los sumió en una inundación pavorosa, al cabo de la cual el agua de la fuente, tan pura como era, se volvió salada.

Sin embargo hay que decir que Poseidón fue el dios absoluto de los jonios. Y vale la pena referir una historia interesante y casi humana: Se trata del aborto de una conspiración contra el despotismo de Zeus, que habían urdido Poseidón, Apolo y Atenea, movidos por Hera, ardida de los celos y furiosa con su marido.

El asunto no llegó a mayores, pero sí lo supo el omnipotente y omnipresente Zeus. Indignado e iracundo, a las dos diosas les impuso un castigo menor. Pero en cuanto a Poseidón y Apolo, les fue inferido uno más severo. Despojados de poderes, como simples mortales, fueron condenados a trabajar durante un año como esclavos a favor del rey troyano Laomedón.

Éste, prepotente, les impuso como tarea la construcción de la imponente e inexpugnable muralla de Troya. Y así lo hicieron. Esa muralla fue, efectivamente, irreductible para todas las fuerzas aqueas durante los diez años que duró el sitio que impusieron a la ciudad; y se sabe que solo pudieron entrar cuando, por la astucia de Odiseo, se construyó el gigantesco caballo de madera que, por curiosidad, los troyanos introdujeron a la ciudad pensando que los griegos ya estaban lejos.

Esa noche de celebración para los troyanos, cargados de vino y entregados al sueño, debieron soportar que del vientre del equino se descolgaran los taimados griegos. Abrieron la

puerta, y superadas al fin las murallas, entraron después de haber permanecido escondidos y a la espera del momento. Entonces perpetraron la horrenda matanza que dio marco inapelable a la victoria.

Pero volviendo a la construcción de la muralla, es preciso decir que no tuvieron, ni Apolo ni Poseidón, reciprocidad de parte del rey Laomedón, quien los humilló y algo más: no les pagó el salario que les correspondía. Y así, pues, los troyanos debieron afrontar la ira de los dos poderosos dioses, luego de haber estos cumplido su castigo y ser rehabilitados por Zeus.

Poseidón entonces creó un monstruo marino que asoló sin piedad las costas de Troya, cuya muerte sería, como se verá luego, uno de los trabajos de Heracles.

En cuanto a Apolo, habría de colocarse de parte de los griegos en la guerra, hasta que la arrogancia de Agamenón le causó gran agravio con la afrenta que le infirió a Crises, su sacerdote, al raptarle a su hija Criseida. Entonces el anciano sacerdote pidió la protección de Apolo y éste se la dio mandando con sus flechas de plata durante nueve días una peste al ejército aqueo.

Empero, como las cosas son cambiantes y nada hay estático, Poseidón también experimentaría un cambio cuando ya vencidos los troyanos, los griegos entraron a abusar inmisericordes de aquéllos. Allí quiso, como se vio antes, intervenir Poseidón a favor de los vencidos, pero Zeus no se lo permitió. Y así, pues, siguió aquella historia de heroísmo y crueldad, pero sobre todo de muerte.

> Poseidón, terrible dios Neptuno de los romanos, con su tridente y su furia en el mar y la tierra, dueño de todos los temblores, es la deidad más importante porque, no obstante no poseer ni el rayo ni el trueno, era el dueño de las tempestades en un mar que podía, a su voluntad, ser sereno y bienhechor, o agigantarse en su tormenta y acabar con los navegantes. Sobre todo en un país marino de más de dos mil islas, cuyos habitantes eran pioneros de una navegación incipiente a vela. De ahí que, por el temor, Poseidón debía ser adulado y amado, porque lo contrario era la muerte.

Heracles, Hércules de los romanos, luchando con Ateneo

XIX

Teseo[59]

Fue el más ilustre hijo de Poseidón, aunque con algún enredo en su concepción, según lo cuentan Plutarco y otros escritores, entre ellos Hesíodo en su poema *Los trabajos y los días*, que atribuyen una paternidad real a Poseidón y otra a Egeo.

El asunto fue así: Egeo era de la descendencia de Cécrope, primer rey de Atenas que ya mencionamos, de Cráneo y Erictono. Los dos segundos también fueron reyes del Ática. Egeo, pues, era rey de muy larga nobleza. Pero tenía un hermano llamado Palante, el cual, a diferencia de Egeo que no tenía hijos, procreó cincuenta varones, al igual que aquel Egipto, hermano de Dánao, que vimos en páginas anteriores.

Preocupado por esas circunstancias y porque además su hermano, que albergaba la mayor ambición por el trono, se había convertido en su enemigo feroz, Egeo viajó, como era la costumbre entonces, hasta Delfos a consultar el oráculo. La pitia le dio una respuesta ambigua, conforme al estilo que

59 Héroe griego por excelencia.

era de rigor: no podía tener mujer antes de estar de regreso en Atenas. Plutarco transcribe el texto de lo que dijo el oráculo: *Del odre el pie que sale, no desates/ ¡Oh magno vencedor de las naciones! Sin que al pueblo de Atenas vayas antes.*

Egeo, un poco confundido, viajó de Delfos a la pequeña ciudad de Trecene, en el Peloponeso, donde reinaba su amigo Piteo, padre de una hermosa doncella llamada Etra. Analizaron juntos lo que decía el oráculo y ambos lo entendieron. El odre, por supuesto, eran las bragas y el pie era lo que ya sabemos. O sea que no debía sacar tal elemento sino para las necesidades urgentes e inaplazables, pero no para mujer, antes de estar en Atenas.

Terminaba siendo claro en cuanto a la prohibición de estar con mujer diferente a la suya propia en su ciudad. No obstante, la hija de Piteo era tan hermosa que después de ingerir los vinos propios de la hospitalidad, Egeo, con la complacencia de Piteo, en vez de pernoctar en la alcoba de huésped que se le dio, lo hizo en la de Etra.

Y así, pasados unos días de dulces amoríos, cuando iba a continuar su viaje hacia el Ática, tuvo la sospecha de que Etra estaba embarazada. Ella también la tenía. De esta suerte, cuando ya debía partir de regreso, pensando Egeo en su falta de descendencia y en que, muy seguramente en adelante tampoco tendría hijos después de haber ignorado la recomendación de la profecía, llevó a Etra hasta un sitio donde había una pesada piedra, que con su fuerza descomunal levantó, cavó un hueco y allí depositó unos coturnos y su espada corta, muy filosa y puntiaguda.

Volvió a colocar la piedra donde estaba, al tiempo en que, con don profético, dijo a Etra: "Si es verdad que habrás de tener un hijo mío y nace varón, cuando sea joven le contarás esto y le pedirás que levante la roca y extraiga los objetos que he dejado allí. Si tiene la fortaleza para hacerlo, le agregarás que con esos objetos debe viajar a Atenas donde, si yo vivo, deberá presentarse ante mí. Si he muerto a manos de otro, deberá vengarme y tomar el reino en sus manos".

El tiempo pasó y el hijo que nació se hizo mancebo. Parece ser que el propio Piteo se encargó de contar que su hija estuvo ayuntada con Poseidón, quien era el verdadero padre del joven que tomó el nombre de Teseo. El caso es que Etra, viendo a su hijo muy poderoso de fuerza, lo llevó

hasta el paraje en mención y le contó la historia de Egeo y las cosas que había dejado debajo de la roca. El hijo entonces, con gran facilidad, la levantó y tomó los objetos. Era claro que cumplía las condiciones impuestas por aquél.

Se dispuso entonces a ir hasta el Ática a cumplir el destino de la Moira. Y como el viaje desde el Peloponeso era bastante largo y erizado de peligros, todos le dijeron, entre ellos su abuelo Piteo, que lo hiciera por mar. Él, rebelde e imitador como era de su pariente Heracles, su ídolo, de quien ya se hablará en el último capítulo, resolvió irse caminando en busca de aventuras.

Dicho sea de paso, para esa época Heracles, como se verá adelante con más detalle, estaba en Lidia bajo el yugo de la reina Ónfale por haber dado muerte en un acceso de ira a Ifito, rey de Escalia. De modo que en su ausencia los caminos habían vuelto a poblarse de malhechores y bandidos. Su deseo no era exactamente buscar pendencias, pero le ajustaría cuentas a los criminales que reinaban en total libertad, aplicándoles los mismos métodos de muerte que ellos utilizaban, y libraría de esa manera al país de todos los peligros que lo acechaban.

De este modo, su primer destino fue la ciudad de Epidauro, donde sembraba el terror un gigante de nombre Perifetes. Éste usaba una gran maza con la que destrozaba el cráneo a todos los viandantes. Su garrote era tan temible, que a él mismo lo apodaban Corynetes, que quiere decir el portador de la maza. Cuando Teseo estuvo frente a él, el criminal soltó un grito terrible de combate. Pero nuestro héroe no se asustó. Lo enfrentó con su sola fuerza y esquivó los mazazos que a diestra y siniestra lanzaba aquel. Hasta que de un momento a otro, con gran destreza, lo despojó del poderoso instrumento y con el mismo lo mató.

Allí comenzó su fama de héroe. Y a continuación, al igual que hizo Heracles con el león de Nemea cuya piel usó como vestido, tomó la maza que lo acompañó siempre en su largo caminar y fue su arma para enfrentarse a todos los criminales.

Luego pasó por el istmo de Corinto, donde vivía un terrible criminal llamado Sinis, el que era apodado Pitnocampte porque tenía tal fuerza y era tan malo, que doblaba un pino formando un arco, sujetando luego su copo a la

tierra. De allí amarraba un pie y un brazo de su víctima. A continuación doblaba otro pino hacia el lado opuesto, y en la misma forma amarraba el otro pie y la otra mano del desgraciado. Luego cortaba simultáneamente los dos copos, siendo así que al recobrar su forma los pinos, con la fuerza liberada, descuartizaba al infeliz. Cuando el bandido trató de hacer lo mismo con Teseo, éste lo venció en la lucha y le administró el mismo procedimiento, como señal de una justicia que consistía en aplicar la ley del ojo por ojo, tomada del famoso código Hamurabi.

Muerto Sinis, una hija hermosa que éste tenía, llamada Periguna, huyó despavorida, seguida por Teseo. La muchacha se escondió por varios días en un campo rodeado de matas de espárrago, que a partir de ese episodio adquirieron cierto valor sagrado. Pero allí la alcanzó Teseo y, bajo palabra que nada malo le haría, logró cautivar su amor y poseerla; aventura de la que nació un hijo que llamaría Melanipo, quien después sería célebre.

Su siguiente paso fue llegar a Eleusis, donde dio muerte en una lucha abierta al temible Cereyón, otro asesino.

Luego pasaría a Hermione, donde tenía asiento el famoso Damasta, más conocido como Procustes o Procusto, el abominable asesino tan conocido de la antigüedad.

Procustes era cruel. Tenía un lecho elaborado a propósito por él mismo con ciertas artes hechiceras, pudiendo hacerlo o muy corto o muy largo, según sus criminales propósitos con la víctima. Muy corto para los hombres altos y muy largo para los bajitos. Y así, cuando tomaba a sus víctimas después de vencerlas por la fuerza, las acostaba en el catre. Si el hombre era alto, le cortaba las extremidades que le sobraban en el lecho. Si era de corta estatura, las estiraba con poleas hasta romperle las articulaciones y desmembrarlo. Teseo lo venció en franca lid y lo sometió, en castigo de sus crímenes, al mismo tratamiento inicuo.

Y dio muerte a muchos más asesinos y ladrones, sin que se le escapase una mujer en Cromyón, a la que llamaban la cerda Cromyonia y apodaban la Faia. Unos dijeron que era ladrona y furiosa. Otros señalaron que la muerte de esta mujer fue injusta. Pero aumentó la fama de Teseo.

Y así llegó a las cercanías de Atenas, en las orillas del río Céfiso, donde fue recibido por los hijos de Fytos. Los

fytólidas lo acogieron bien, pues ya lo precedía alguna fama por sus acciones. Lo instaron ellos a que, conforme a la religión, se purificase de crímenes y culpas, con oraciones, sahumerios y sacrificios a los dioses, cumplido lo cual le tributaron un agasajo en su casa.

Finalmente, lo acompañaron a Atenas donde llegó el día octavo del mes Cronio, que obviamente evocaba a Cronos y que hoy corresponde a julio o agosto. Para la época en Atenas todo era un desorden. El rey Egeo estaba desesperado por la falta de descendencia, y ese precisamente era el motivo del asedio de los palántidas, hijos de Palante su hermano, que de antaño, como se apuntó antes, pretendían el trono.

Había llegado allí, procedente de Corinto, una mujer con algunos rastros de belleza pasada y dones adivinatorios, llamada Medea. Hábil de palabra y artes seductoras y embaucadora de oficio. Le había ofrecido al rey darle prole a base de la ingestión de unas hierbas y de ofrecerle su propio vientre y todo lo demás. Y en virtud de tales artes bien cultivadas, logró que Egeo se casara con ella.

Y es así como cuando el desconocido Teseo llegó a Atenas, sin identificarse porque prefirió buscar una ocasión propicia para descubrirse ante su padre, Medea, sibilina como era, tuvo sospecha sobre el personaje que llegaba.

Sabía que ya era un héroe, a pesar de la juventud, y calculó que sería peligroso para su futuro con Egeo. En otras palabras, calibró que no le convenía la presencia del joven. De manera que, utilizando sus malas artes, influyó en el anciano Egeo, que tal vez frisaba en los cuarenta y cinco años, para que le ofreciera un banquete al desconocido que llegaba al Ática, pero no con el ánimo de agasajarlo sino de envenenarlo.

El reino estaba, según su juicio, en grave peligro.

Así, pues, Egeo captó los pérfidos análisis y dispuso lo necesario. Se le haría el banquete y se le brindaría un vino previamente preparado. Él mismo echó el veneno en la copa, que reservó para ofrecersela en el momento adecuado. Todo estaba listo para que muriera aquel joven que aparecía de improviso sin saberse su origen.

Pero he aquí que, cuando sirvien las viandas, Teseo saca su espada corta y afilada y con ella taja la porción que

va a comer. En ese momento Egeo ve la fina hoja de bronce bruñido y la reconoce. Es la suya. Entonces desfilan atropelladamente por su mente los recuerdos de la juventud, hace veinte años: el amor de Etra y el anuncio de un hijo. Sabe que ese es el hijo anhelado, y efectivamente Teseo le refiere la historia, al tiempo que le entrega los coturnos y la espada a su dueño.

El padre abraza y besa al hijo que ha estado a punto de asesinar, y el hijo abraza y besa al padre con tierno amor. Conmovedora historia que deja sin aliento a Medea.

Lo cierto es que los amores con Medea tuvieron fin. Y que la alegría inundó el espíritu del avejentado rey. Y es entonces cuando presenta muy ufano ante la corte a su hijo Teseo, al que acredita como su heredero, para gran despecho de Palante y sus hijos, que ven perderse toda oportunidad de acceder por vocación hereditaria al trono.

Era el hijo que providencialmente había llegado a su vida y a su reino. Los atenienses entonces reconocieron a Teseo, quien asumió, por delegación de su padre, funciones del gobierno. Pero no todos recibieron la noticia con alegría.

La voz de los palántidas y de su padre Palante se hizo sentir con fuerza. "¡Forastero advenedizo!", le gritaban, y alebrestaban al pueblo para que vociferara iguales u otros calificativos de ofensa. Su furor llegó a tal punto que, sin más consideraciones, acudieron a las armas y a la insurrección contra el hermano y tío.

Se oyó entonces la voz de combate de los inconformes, y los cincuenta hijos de Palante se repartieron en dos grupos. Unos marcharon desde la población vecina de Esfeta, y otros, con el padre a la cabeza, se emboscaron en el Gargueto para caer de improviso sobre las pequeñas fuerzas de Teseo. Pequeñas ciertamente, pero no necesitaba más, porque él era el prohombre hijo de Poseidón.

Informado, pues, Teseo de la revuelta, se fue a enfrentarlos con el reducido contingente. Pero sería él solo quien afrontara el ataque de los que marchaban desde Esfeta. Blandiendo la maza de Corynetes los destrozó a todos. Hecho lo cual salió en busca de los que se encontraban emboscados en Gargueto, a cuya cabeza estaba el propio Palante, y también les infligió la muerte. Fue una gran matanza, pero en legítima defensa.

Como consecuencia de ella, y porque los muertos eran príncipes y parientes de Teseo, éste debió enfrentar un juicio muy sonado ante el Areópago, del cual salió absuelto por haber obrado con justa causa.

Teseo confirmaba toda su fortaleza en el gobierno. Y habría sido un rey justo, amigo del pueblo, progresista y probo. Pero ese no era su oficio. No era el hombre sedentario de los días y las noches tediosas del poder. Era el andante caballero en busca de injusticias para deshacer y pleitos ajenos para pelear. Sin duda alguna, ya era un héroe a la altura de su admirado pariente Heracles. Por ello, y atendiendo a su destino, poco tiempo después Teseo se fue a la aventura.

A las cuatro ciudades de Tetrápolis, a saber Zenoe, Maratón, Probalinto y Tricorito, las asolaba un acuciante y trágico mal: el toro Maratonio. Era una bestia mala a la que todos temían, que había enviado Poseidón a Creta y cuya captura fue el séptimo trabajo de Heracles, al cabo de lo cual la dejó suelta. Y ya en libertad, el toro se encaminó hacia Maratón, sembrando el terror.

En el camino fue Teseo atendido por la anciana Hécale, cuyo nombre fue venerado por los griegos por su especial bondad. Ella le dio fuerzas antes de salir en búsqueda de la fiera. Y él prometió que si volvía afrecería a Zeus un sacrificio en su nombre. Hecho lo cual, salió en pos del toro.

Y lo encontró fácil. Luchó con él, no se sabe de qué modo, pero lo cierto es que lo venció. Mas no lo mató en la lucha. Algo más asombroso ocurrió: le ató una cuerda y entró con él, mansito, a Maratón donde todos los habitantes lo vieron con asombro. Solo al cabo de esta exhibición de héroe, con gran devoción sacrificó el toro a Apolo Delfinio.

Al tomar el sendero del regreso, fue a buscar a su benefactora Hécale. La anciana había muerto. Entonces, recordando su promesa e invocando su nombre, le hizo el sacrificio y la ofrenda a Zeus bienhechor. Este acto de fe se convirtió en una tradición y se llamó el sacrificio Hecalesio.

El minotauro

Sin más distracciones, Teseo se dirigió a Atenas, donde encontró a su padre, Egeo, sumido en una gran aflicción. Se cumplía el tercer cobro del tributo humano que los atenien-

ses debían pagar al minotauro de Creta, por órdenes del rey Minos, cada nueve años. Tenían que enviar siete mancebos y siete doncellas, que serían entregados al monstruo, dentro del inescrutable laberinto que le servía de antesala para ser devorados.

La historia es así: El rey Minos de Creta, hijo de Zeus y de Europa –posteriormente, se vio, uno de los jueces del Averno–, era casado con una mujer muy bella llamada Pasifae, de origen divino. Se sostiene con buenos argumentos que era hija de Helios. Tuvieron varios hijos, a saber: Acacálide, Andrógeo, Glauco, Ariadna, Fedra y Catreo.

Minos era, en líneas generales, un rey justo, bueno y progresista. Durante su reinado, Creta había alcanzado tan gran poderío, que dio lugar a que aún se hable del desarrollo de la civilización minoica. Por otro lado, Creta era tierra en que, siguiendo la tradición egipcia, se le rendía un tributo al toro, antecedente de la tauromaquia española, como que era costumbre carnavalesca el hacer el ejercicio del salto al astado, con gran agilidad y destreza.

Tal vez por ese motivo, dicen algunos, Poseidón le envió a Minos de regalo un bello toro blanco para ser sacrificado en su templo. Otros sostienen que fue el propio Zeus quien hizo el envío, con la misma exigencia. Empero Minos, ante la hermosura del majestuoso toro, no lo sacrificó. Codiciosamente lo mezcló con todo su rebaño, y en su lugar sacrificó a otro toro.

El engaño, como era de esperarse, no tuvo efecto con ninguno de los dos dioses. Y bien fuera que el envío del regalo tuviera como origen a Poseidón o a Zeus, el que hubiera sido tomó la decisión de castigar a Minos y a Creta en forma muy especial: convirtió al astado en un monstruo terrible, azote de la región. Pero esto no fue todo.

Valiéndose de hechicerías, antes de ser la temible fiera, el hermoso toro logró encantar a la reina Pasifae y de alguna manera, que ya había usado el propio padre de los dioses como atrás se vio, cautivó sus amores y la poseyó, de lo cual quedó preñada.

En relación con el toro, como ya se comentó, al convertirse en una fiera de altísimo peligro, en el cumplimiento de uno de sus trabajos Heracles lo venció y llevó a Micenas para enseñarlo al pérfido rey Euristeo, en prueba del cum-

plimiento de la labor encomendada. Pero luego quedó suelto y fue, como acaba de narrarse, a aterrorizar a las gentes de Maratón, donde lo habría de vencer Teseo.

Hay otros que sostienen que fue Afrodita quien, rencorosa con Helios, padre de Pasifae, por haber contado a Hefeistos sus aventuras con Ares, cobró venganza con la hija del Sol y le envió su rayo seductor que la dejó prendada del toro.

Pasifae no pudo ocultar el embarazo. Todo se supo en una sociedad pequeña que, como todas, era chismosa. De ahí que se formara una gran expectativa para el nacimiento próximo. Además, de entrada era conocido que quien estaba detrás de todo este asunto era Poseidón, de modo que le fue imposible a Minos tomar venganza.

Y así nació el monstruo con cuerpo enorme y atlético de hombre y cabeza de toro, al que denominaron minotauro. Era feroz y comía carne humana. Gran tragedia se sumió contra el próspero burgo y el feliz hogar. No se sabe si la madre lo alimentó o no, y si lo hizo, en qué forma fue. Tampoco se conoce si el bebé creció tranquilo, o desde entonces le dio por comerse a las nodrizas. Todo eso queda cobijado por la débil luz de los recuerdos.

Dédalo e Ícaro

Mas como quiera que el minotauro asoló la isla cobrando cada vez más víctimas, el rey Minos contrató al gran arquitecto Dédalo para que hiciera un laberinto tan intrincado que a nadie le fuere posible salir de allí. Y en él encerraron al monstruo. Este, por supuesto, tenía la hechicería de Poseidón y su respaldo.

El laberinto de Creta resultó ser una construcción de la que ninguno pudo evadirse jamás. Cuando el desgraciado que allí caía pensaba que había encontrado una salida, ésta elusivamente conducía a un camino falso y tapiado desde donde tenía que volver a comenzar la búsqueda. El laberinto enloquece, porque en ninguna parte se siente con mayor impacto la desesperación y la inseguridad, que cuando se está perdido y no es posible hallar el camino.

Dédalo, con la ayuda de su hijo Ícaro, construyó, desde ese punto de vista, una obra maestra.

Minos tampoco era un dechado de virtudes. Y así a fin de que el constructor Dédalo no pudiera comunicar

a nadie la forma de escapar, lo condenó a permanecer dentro de la isla con su hijo Ícaro. El mito cuenta que, prisioneros ambos en Creta, y como todas las naves salían vigiladas por las fuerzas del rey, Dédalo pensó que la única manera de recuperar la libertad era construyendo unas alas gigantes para volar. Y como era arquitecto, experto en construcciones, las hizo con plumas y con cera –no tenía seguramente otro material a la mano–, y ambos, después de algunos ejercicios y consejos de la perspicaz mente de Dédalo, se las pusieron, y lo cierto es que, batiéndolas al viento, los dos pudieron volar.

Mas, con el mismo cuidadoso espíritu investigativo, Dédalo hizo al hijo la advertencia de que no volara demasiado bajo, porque las olas del mar lo podrían alcanzar y hacer sucumbir. Pero tampoco demasiado alto porque el sol podría derretir la cera. Lamentablemente el hijo no hizo caso y, emocionado con el poder de volar, se remontó como un águila a las mayores alturas. Era ciertamente hermoso ver volar en forma tan imponente a un hombre, igual que lo hacía Hermes con sus pies alados. Pero no duró mucho, porque efectivamente, como lo había anunciado el padre, la cera se derritió y las plumas fueron cayendo hasta que Ícaro, sin más sustento que sus propios brazos, cayó aparatosamente al mar.

La muerte del minotauro

Se mencionó que cuando Teseo regresó a Atenas su padre, Egeo, estaba sumido en la mayor amargura. El propio legendario rey Minos había llegado a Atenas para conducir hasta Creta el doloroso tributo humano al minotauro. En realidad no había nada qué hacer ni cómo oponerse, porque cuenta la historia que dieciocho años atrás el hijo de Minos, Andrógeo, fue muerto villanamente en Atenas, donde estaba de visita.

Ese, por supuesto, fue motivo para que el poderoso rey Minos invadiera el territorio y declarara la guerra con su fatídica secuela de grandes derramamientos de sangre griega, a lo cual que se sumó una sequía muy prolongada y el desvío del curso de los ríos en el Ática.

Atenas en esos momentos no era una potencia militar como lo era Creta. Naturalmente, ante el desastre, los

atenienses enviaron un mensajero al oráculo de Delfos. Y encontraron que, prudentemente Zeus, a través de la Pitia, les hizo la recomendación de que satisficieran la justa ira de Minos y le ofrecieran el tributo que éste requería. De esta suerte se estableció la obligación que se ha señalado.

Es entonces cuando Teseo suplica a su padre que entre los mancebos que han de enviarse lo coloque a él, que aún es muy joven, pues quiere acabar con el monstruo para liberar a su patria del ominoso tributo. Egeo se aflige más, porque han pasado muchos años para tener a su lado al hijo heredero y sabe que nadie ha resistido al minotauro ni ha salido airoso del laberinto de Dédalo. Éste a su vez es primo de Teseo por parte de madre.

Por lo tanto, Egeo está en el doloroso deber de enviar a la muerte a trece jóvenes de su ciudad, y como si fuera poco, a esa cifra debe aumentar a su propio hijo, al que sabe perdido desde ese momento.

E intenta por todos los medios seductores de la persuasión convencerlo de que renuncie a la loca idea de hacer parte del envío. Inútil, porque un héroe es un héroe y tiene decidido su destino.

Y así llega el momento de la escogencia de los mancebos, que debía hacerse por sorteo. El pueblo de Atenas estaba presente con gran aflicción y angustia. No era para menos, pues ningún joven, hombre o mujer, estaba libre de ser parte de la nómina del sacrificio. Y naturalmente no faltaron voces que increpaban a Egeo sobre el por qué, cuando ellos tenían que arriesgar a sus hijos, el rey estaba a salvo con su hijo bastardo y extranjero.

Ante tales protestas, que oyó Teseo, les expresó con su voz sonora y con toda claridad, que él había tomado la decisión de ir voluntariamente a Creta, y le pidió a Minos que lo tuviera el primero. En estas condiciones los demás hubieron de aceptar el riesgo.

A partir de ese instante todos tenían que despojarse de todo lo que pudiere servir de arma.

El envío en la galera fue altamente conmovedor. Llantos inconsolables y dolor de toda Atenas. La nave, como cuando se anunciaban grandes calamidades, portaba una vela negra. Empero, se convino con Egeo que si Teseo lograba salir victorioso del encuentro, al regreso el navío

tendría un vela blanca, señal de que estaba vivo. Si conservaba la vela negra, era señal de que habían sucumbido ante el monstruo.

En el barco también iba de pasajero el propio Minos.

Fue, sin duda, un viaje de sombríos presagios. No por temor al proceloso mar y a su dios tutelar Poseidón, que Teseo conocía bien era su padre, sino porque se iba a cumplir la cita fatal con la muerte. Era estremecedor para los jóvenes conocer que se embarcaban para no volver jamás, y que además estaban condenados a ser descuartizados y comidos por un ser infernal de instintos bestiales y fuerza sobrehumana, sin posibilidad alguna de escaparse.

En la larga travesía Minos se enamoró de una de las doncellas y trató de violarla. Por supuesto Teseo se lo impidió. Minos montó en cólera y dijo tener poder y derecho para hacerlo, pues no solamente era el rey, sino que era hijo de Zeus. Teseo respondió que él era heredero al trono de Atenas y que su verdadero padre era Poseidón.

Entonces Minos, iracundo, se quitó un anillo, se lo enseñó y lo arrojó al mar al tiempo que increpaba a Teseo: "Si eres hijo de Poseidón, ve a buscar la sortija". Grave desafío, arrojarse desde un barco en movimiento en busca de un pesado anillo que habría casi desaparecido en la inmensidad de las aguas. Pero Teseo no era hombre de arredrarse. Inmediatamente se lanzó por la borda y se sumergió en las encrespadas aguas.

Pareciera ser que el dios de los mares estaba pendiente de esta aventura, porque envió de inmediato unos delfines que condujeron a Teseo a su palacio, donde lo recibió Anfitrite, su esposa, que colmó de honores al héroe. Y no solo le entregó el anillo de Minos, sino que lo coronó con una guirnalda.

No se sabe a ciencia cierta si Poseidón estuvo presente o no, y en este caso por qué no estuvo. Pero así lo enseña el mito, sin que además sea necesario ponerse a pensar por cuál arte de magia Teseo no se ahogaba en las simas más profundas del mar.

Honrado como estaba con la guirnalda, y recuperada la sortija, Teseo regresó al barco, subió por la borda y enseñó el anillo y la corona de flores para asombro de todos. Minos ya no pudo dudar de Teseo. Sabía que, aun siendo él hijo

de Zeus y un hombre de mucho poder, estaba ante alguien con atributos mayores, porque era un héroe, no obstante su rutilante juventud.

Así, pues, Minos tuvo que jugar limpio. Y como consecuencia de tal decisión, impuesta por las circunstancias, estableció que si el minotauro era muerto vendría la liberación de Atenas del humillante y cruel tributo, que en tal caso se tornaba innecesario.

Llegaron a Creta. Los mancebos fueron paseados por la ciudad, mientras oían con ansiedad los bramidos del monstruo desde el fondo del laberinto. Se fijó el día del sacrificio y se dispusieron las alarmas y vigilancia de los jóvenes, listos para la ofrenda. El pueblo, por supuesto, estaba pendiente de todo este desarrollo un tanto carnestoléndico.

Pero he aquí que sobreviene un hecho no previsto. La hija de Minos, Ariadna, se enamoró, a la simple vista, de Teseo. Admiraba su arrojo y la fama de que ya estaba precedido.

Éste debía ser, como uno supone a un príncipe y a un héroe, apuesto, de imponente silueta y en el umbral de los veinte años. Ariadna con sus palabras le infundió ánimos, que al valiente no le faltaban, y al mismo tiempo le entregó un gran carrete de hilo. "*Pon mucha atención –le dijo en el furtivo momento en que pudo acercarse a él con la complicidad de la noche–: por ningún motivo te desprenderás de este carretel de hilo. Al entrar al laberinto yo tomaré la punta de la hebra y tú irás desenrollando el carretel en la medida en que avances. Ese hilo te marcará el camino del regreso, y aquí te estaré esperando*".

Así lo hizo Teseo, también enamorado como parece. Y de esta suerte se internó con las otras trece víctimas en el laberinto de Dédalo, siempre desenrollando el hilo y, por lo tanto, marcando el camino. El minotauro estaba de fiesta. Cogería con su fuerza descomunal a una por una de las víctimas y, en presencia de las otras, la iría descuartizando y devorando.

Pero no fue así, porque cuando hizo su aparición siniestra ante los catorce jóvenes, Teseo le salió al paso adelantándose a cualquier movimiento del monstruo, dos veces más grande que él. Su sola presencia dejaba paralizado al más valiente: su fuerza descomunal, los destellos de sus ojos de

fuego y los bramidos de toro mitológico que hacían temblar la tierra. Mas Teseo era de un temple diferente al del simple y debilucho mortal; y a pesar de que no portaba la maza ni la espada, con arrojo fue al encuentro.

Era un duelo de fuerza y astucia, en el que Teseo fulguró sus brazos como gigantescos molinos, con movimientos rítmicos y potentes. Y así, sin que los testigos lo recuerden con toda claridad y detalles, venció a puños al terrible y legendario minotauro, que después del enconado combate cayó tendido en uno de los pasillos del laberinto. Y allí se quedó, porque nadie tenía forma de levantarlo y llevarlo a la salida.

Mas Teseo y sus compañeros, que en otras condiciones se habrían perdido irremediablemente entre los infinitos corredores sin salida, sí pudieron reemprender el camino del regreso, siguiendo el hilo conductor al final del cual estaba Ariadna plena de amor.

Claro que cuando se suponía que el triunfo colmaba la vida del vencedor y sus liberados, el peligro no había cesado. Porque Minos, olvidándose de su palabra, no accedió a dar libertad a los cautivos. Y se supone que menos cuando supo de los amores de su hija con Teseo. Entonces, con la celeridad de un pensamiento, Teseo desfondó los barcos que estaban en la rada de la flota del tramposo Minos. Y venció a los guardias y derribó a puños todas las puertas cerradas; y como una exhalación, ganó el puerto y retomó su nave, que aún portaba las velas negras.

Naturalmente que con los buenos vientos de un soplo de su padre y el mar de leche, regresó sin contratiempo en el largo camino de islas e islotes.

Y ocurre entonces que cuando llegan al puerto de Naxos, como ya se dijo en capítulo anterior, deben aprovisionarse de agua y comida. Y es entonces cuando Ariadna, suspirando de pasión por el héroe de sus ensoñaciones, se queda esperándolo en la pobre habitación donde él la ha llevado, y en la cual, sin una despedida, la deja desamparada.

Increíble que un héroe como Teseo pudiera cometer una acción de tanta villanía, a menos que existiere otra razón que solo se alcanza a intuir por algunos autores. Según ellos, no fue que Dionisos, atendiendo las oraciones de Ariadna, hubiere presto llegado en su ayuda ante el abandono de aquel,

sino que, vista la belleza de ésta, el dios del vino, alegre como era, la cautivó con sus artes amatorias superiores a las de Teseo, quitándosela al héroe, quien, farfullando su amargura y en el afán de retornar a su patria lo antes posible, debió levar el ancla acompañado solo de sus hombres.

Y se recordará que Dionisos, muy enamorado, la hizo su esposa, mientras Teseo debía continuar su proceloso viaje hasta Atenas para luego conformarse con la hermana Fedra.

Al fin llegó. Desde la lontananza del horizonte divisó el puerto de El Pireo, en cuya muralla resplandecía la venerable imagen de Egeo, ya anciano, a la expectativa del regreso y de la visión de las velas. Por su parte sabía Egeo que, como era el convenio, si eventualmente Teseo hubiese podido triunfar, las velas negras de la aflicción serían cambiadas por las blancas de la luz.

Pero en la aglomeración de los sucesos que debió vivir, Teseo olvidó el acuerdo con su padre, y no cambió las velas, de manera que las que divisa Egeo son las negras de la tragedia. Y es tanto su dolor de padre y rey, que sin detenerse a pensarlo se lanza desde lo alto de la muralla a la rocosa playa donde el mar llega con la intermitencia de su incesante trajinar.

Y por supuesto muere. Su sangre es recogida y mezclada por las aguas que a partir de ese momento llevarán su nombre legendario. Ese será el mar Egeo.

Gran luto, por supuesto, embargó a todo el Ática. Los funerales fueron de estado. La cama ritual de leña expuesta a todos los vientos y los mares, ardió con el cuerpo de Egeo, viajando ya por los caminos de la eternidad. La aflicción hizo recordar todos los tiempos del largo reinado de este hombre bondadoso pero rígido, que había mantenido una corona como símbolo de unión. Y a partir de ese instante trágico y doloroso, Teseo ciñó la diadema y las riendas del gobierno. Y fue, conforme todos lo acreditan, un rey tan bueno y noble como su padre.

Pero no se apoltronó en los placeres del poder, sino que siguió siendo un héroe actuante por la geografía del mundo conocido.

En una de sus muchas hazañas, con Heracles, de regreso éste del cautiverio que le impuso la reina Ónfale, participó de otro de sus trabajos que era lograr el cinturón de Hipó-

lita –la reina de las Amazonas–, que era un regalo de Ares. Guerreras temibles éstas, que llegaron a invadir a Atenas, pero fueron vencidas por la fuerza de los dos héroes.

Y se cuenta que Heracles, por su participación en la contienda, le entregó a Teseo, como premio de guerra, a Hipólita. Otros dicen que Teseo la raptó e hizo su amante o esposa. Es incierto el rumor. Tampoco se sabe si fue un gran amor o no, aunque termina uno suponiendo que una mujer a la que le habían extirpado un seno no debía cautivar mucho tiempo a un amante (se sabe que amazona significa a la que le han quitado un seno para poder manejar el arco con mayor eficacia).

Pero lo que sí es conocido es que con ella tuvo un hijo, del que hablamos antes, que llamó Hipólito. Noble muchacho, hermoso y valiente, destinado a ser parte de una de las más tristes tragedias griegas.

Teseo había podido olvidar a Ariadna. Ya era una mujer ajena, a la que, por lo demás, le fue excelentemente en el decurso de la vida. No escapa a nadie que para una mujer ser la esposa, como se ha dicho, de un dios tan bienhechor y alegre como Dionisos, constituía el mayor triunfo de la felicidad.

Tal vez por eso el héroe-rey puso, no se sabe desde cuándo ni cómo, los ojos en Fedra, la hermana de Ariadna. Esos amores, ciertamente, pudieron tener origen desde la época del minotauro. Mas no se manifestaron sino muchos años después. Hipólito ya era un adolescente apuesto y atlético cuando el rey Teseo se casó con Fedra. Para entonces la tragedia asomaba su rostro en la escena.

Fedra, por supuesto, era una mujer maravillosa, de belleza legendaria. Y estuvo tiernamente enamorada de su esposo, hasta que vio al joven hijo Hipólito. A partir de ese momento entró en un proceso de locura de amor, obsesiva y turbulenta, sin control de voluntad ni de razón.

Se dice que ello obedecía a rencores pasados de Afrodita. Porque, por un lado, se afirma que el bello Hipólito era devoto de Deméter y de Artemisa, dada su pasión por la caza, y desdeñaba a la diosa del amor. Otros piensan que ésta también estaba frustradamente enamorada del efebo, que todavía no tenía interés en los ardores del sexo. O bien pudo ser que Teseo, muy seguro de sí mismo, era indiferente a la celosa Afrodita.

Sea lo que fuere, el toque de la diosa rindió su efecto insuperable en la débil conciencia de mujer hermosa y pasional que era Fedra. Y un día, cuando su esposo que vivía viajando en su carrera de caballero andante, estaba ausente, Fedra no pudo más y se presentó en la alcoba de Hipólito. Con un movimiento suave desanudó el cíngulo y la túnica blanca se abrió dejando al descubierto el talle perfecto de alabastro. En la mirada ardía la pasión, mientras los brazos buscaban con febril ansiedad la cercanía y los brazos del joven.

Ella estaba hechizada sin remedio. Él no. La luz de la razón se impuso, confundida con la imagen de su padre. Entonces, con un movimiento brusco y definitivo, rechazó el dulce cuerpo de aceituna fresca e increpó con duras palabras el incesto al que lo invitaba aquella mujer sin control.

Terrible escena. El desaire, por supuesto, insultaba el orgullo femenino. Entonces la vergüenza mezclada con la ira, inundó la psiquis de Fedra. Y es así como, cuando Hipólito huyó enfurecido, Fedra, humillada, guardó silencio y se concentró a estudiar la situación. Así, con gran frialdad, a la llegada de su esposo se adelantó a las cosas. Sabía que si éste hablaba con Hipólito primero, ella estaba perdida. Entonces se valió de todas las artes seductoras, y cuando había calmado los ardores de ausencia del marido, en la intimidad del lecho le contó con llanto el padecimiento que había tenido que soportar cuando su hijo Hipólito intentó, con toda su fuerza de atleta, violarla. Ella había podido salvar su virtud, pero demandaba castigo para el ofensor ante el esposo rey.

En el fondo del alma, tortuosamente y en una mezcla vengativa, aun respiraba el amor insatisfecho que le había insuflado Afrodita.

Teseo montó en una cólera que subía a cada momento. Pero no tuvo el valor para dar muerte de propia mano al hijo. Imploró entonces a su padre Poseidón que cobrara la vida del vástago infame, ignorante el héroe de la felonía de aquella tierna esposa. Y, tal como antes lo vimos, Hipólito, por acción directa de Poseidón, fue muerto por sus propios caballos cuando éste los asustó con la presencia de un monstruo marino.

Se vio igualmente que Asclepio, el médico hijo de Apolo, conocedor de la injusticia cometida, resucitó al

joven, que fue llevado por Artemisa a Sicilia donde vivió aparentemente a salvo. No ocurrió lo mismo con el prodigioso médico. Porque, como la vida es prestada por los dioses, éstos la dan y la quitan a su voluntad. Y fue entonces cuando, no sobra recordarlo, Zeus, intuyendo el peligro del poder de resurrección en las manos de un mortal, y sobre todo calculando que bien podía este volver a la vida a los Gigantes, fulminó al aventajado Asclepio con un rayo que le prepararon los Cíclopes.

Todos estos sucesos desencadenaron el golpe aciago del destino. Al comprender Fedra hasta dónde la habían llevado su maldad y su amor sin control, tan cercano de la muerte, en un llanto sin tregua por el desgraciado joven, desesperadamente puso fin a su existencia colgándose de una viga.

Teseo en el infiermo

Estas cosas no variaron la vida de Teseo. Era, por supuesto, un codicioso de aventuras. Y de amores. Vale la pena transcribir lo que consigna Plutarco sobre esos aspectos de la vida del héroe: *"Corren todavía otras narraciones, que no han salido a la escena, acerca de otros casamientos de Teseo, que ni tuvieron justos principios ni felices fines, porque se cuenta que robó a una doncella llamada Anajo, de Trecene, y que habiendo dado muerte a Cinis y a Cercyón se ayuntó con las hijas de éstos; que se casó con Peribea, madre de Ayax, además, con Ferebea y con Iopa la de Ificles. Por otra parte, el haberse enamorado de Egle la de Panopeo es la causa que dan como ya hemos dicho, para el abandono de Ariadna, tan feo y tan injusto; y, finalmente, se habla del rapto de Helena, que atrajo la guerra al Ática y para él mismo. Teseo terminó en destierro y perdición".*

Es bien difícil penetrar en los mitos y las leyendas, sobre todo cuando una versión se interpone a otra y se tornan contradictorias. Pero realmente eso es lo que debe esperarse en relación con relatos que tuvieron ocurrencia hace por lo menos tres mil años. Se dice que Teseo hizo amistad con Pirítoo, rey de los lapitas, tan aventurero o más que él. Iba a ser una amistad perniciosa.

La forma como se conocieron fue demasiado especial. Pirítoo, apuesto y esforzado, supo de la leyenda de Teseo, a quien quiso desafiar para probarlo. Se enteró entonces de

que Teseo tenía unos bueyes en Maratón. Y la mejor manera de conocerlo era atreviéndose, nada menos, que a robarle el ganado a la luz del día y a la vista de todos.

Apropiado del ganado, buscaba que le contaran a Teseo, y ni siquiera intentó huir. Era obvio que esperaba la llegada de aquel, quien finalmente se hizo presente. Iba armado a defender lo suyo.

Pirítoo podía darse por muerto. Pero no tuvo inconveniente, cuando el rey ateniense llegó, en salir a su encuentro, admirándose de su belleza y de su valor, que comentó sin ahorrar palabras. Teseo, que iba furioso, también cedió en el encono y expresó su admiración por el valor y la apariencia hermosa del desafiante. No hay que olvidar que eran griegos.

Entonces, no obstante que ya casi se habían hecho amigos, Pirítoo propuso que lucharan. Y lucharon esforzadamente, sin que ninguno de los dos venciera. Empero, en un momento de la lucha, Pirítoo cogió la mano al héroe y la levantó señalándolo como su juez por el delito que había cometido en su contra. Teseo entonces, hecha aceptación del cargo, anunció su sentencia: se remitía el delito y surgía al tiempo una amistad que iría hasta los rincones del infierno, como se verá a continuación.

Y pasó por la aventura máxima de haber sido ambos parte de los Argonautas en busca del famoso Vellocino de Oro de que habla la *Ilíada,* y en la caza del abominable jabalí de Calidonia. Todo esto a la vista de los maratonios.

Después de las celebraciones de rigor, que fueron abundantes, pasaron a otras más rumbosas, pues Pirítoo era el novio, con fecha de matrimonio y todo, de una doncella llamada Deidania, del vecino país de los lapitas, donde, como se ha dicho, Pirítoo era el rey, quien se dispuso al himeneo con otra gran fiesta, y por supuesto con Teseo como invitado de honor.

Fue una boda memorable a la que también convidaron a los centauros, curiosamente parientes de Pirítoo, como que éste era descendiente de Ixión, rey de Tesalia, cuya historia con Nephele ya vimos. Como ya se dijo, los centauros eran seres mitológicos de cuerpo de caballo y tronco de hombre. Eran inteligentes y apreciados, y algunos muy sabios. Otros, como los descendientes de Ixión, eran salvajes y agresivos. Violadores además.

Y así, en los varios días de celebraciones que originó aquel casorio, el vino en exceso hizo sus efectos en los centauros, los que, no obstante su cuerpo de caballo, tomaron mujeres lapitas y las forzaron a un ayuntamiento que, no por difícil, escapó a sus lúbricos deseos. Y naturalmente los lapitas no soportaron esas demasías y acudieron a las armas. Sobra decir que los centauros eran valerosos y podría presumirse que, dadas las circunstancias, más corpulentos y poderosos que los hombres. Estos elementos, notorios por supuesto, harían suponer una importante ventaja para aquéllos. ¡Ah!, pero del lado de los lapitas estaban Teseo y su nuevo amigo Pirítoo, tan valiente y esforzado como el primero. De modo que muchos de los centauros fueron muertos y los otros expulsados, en una guerra que debió ser corta, según las informaciones que se poseen.

Herodoto dice que, a raíz de la guerra con los centauros, Teseo tuvo oportunidad de conocer personalmente a su pariente Heracles, quien ya había sido liberado del castigo que le fue impuesto en Asia Menor por la reina Ónfale con motivo de haber dado muerte a Ifito, rey de Escalia, como se comentó antes.

Ese encuentro tuvo lugar en un sitio llamado Traquinia y estuvo rodeado de la admiración y aprecio de ambos colosos, con ceremonias religiosas y purificaciones que buscaban lavar la abundante sangre derramada por los dos héroes.

Y hay algo más que suele pasar inadvertido a quienes estos temas han estudiado. Es que, no obstante las brumas y diferentes versiones que teje la leyenda, parece que es versión más probable que, estando Teseo con su amigo Pirítoo por tierras lacedemonias, vieron danzar a la bella Helena, hija de Zeus, quien, transformado en Cisne, se había ayuntado con Leda la reina espartana esposa de Tíndaro, como también se ha narrado.

Se sabe que de ese ayuntamiento nacieron Helena y Clitemnestra, hermanas gemelas. Pero igualmente Leda, con su esposo Tíndaro, tuvo a Cástor y Pólux, también mellizos, a los que llamaron los Dióscuros. Es así mismo conocido que las dos gemelas Helena y Clitemnestra casaron en su orden con los atridas Menelao y Agamenón.

Helena, con su cabello rubio y su cuerpo de seda, ya era sensual como una diosa cuando Teseo la vio danzando,

no obstante que aún era niña y, naturalmente, no se había casado todavía con Menelao, ni había sido vista por Paris.

Es de suponer que Teseo ya no fuera un muchacho. Incluso Plutarco calcula para entonces su edad en cincuenta años, que era indudablemente una edad avanzada para la época. Pero no era un hombre que envejeciera pronto o fácil. Ni que mermara su sed de aventuras y menos cuando lo acompañaba el impulsivo Pirítoo. Y así, respondiendo a un deseo incontrolable, ambos decidieron raptarla por encima de todo y jugarla a la suerte para saber quién se la quedaba. Ganó Teseo, con trampa o sin ella, no se sabe.

El rapto fue grosero y desafiante. Después de derribar guardias y herirlos o matarlos, huyeron con la niña en veloz carrera que no paró hasta Atenas. Pero no obstante el disimulo con que cubrieron a la bella y predestinada criatura de cabello de oro, los atenienses se dieron cuenta de lo que había ocurrido y se negaron a que allí, en esa ciudad cuna de la libertad, fueran a mantener oculta a la bella prisionera.

Detrás iban los Dióscuros, Cástor y Pólux, acompañados de los guardas espartanos o lacedemonios. Entonces, ante el rechazo de sus conciudadanos, Teseo no tuvo inconveniente en tomar el camino de su país de origen hasta llegar a Trecene en el Peloponeso, en busca de su madre Etra, la hija de Piteo, ya muerto. Y a ella entregó, para que se la guardara celosamente, a la niña, que seguramente apuntaba ya a la adolescencia.

Allí, bajo ese buen recaudo, la dejó mientras iba a continuar con otra aventura más descabellada con su amigo Pirítoo. Ocurre que éste, vencido en el azar del juego en su deseo de Helena, no quiso quedarse atrás. Si Teseo era el dueño de una hija de Zeus de belleza incomparable, el demencial Pirítoo iría más lejos con una pretensión mayor, que implicaba a otra hija de Zeus. Pensó en Perséfone, que ya había sido raptada por Hades –historia que se contó antes–, y ahora vivía al lado de éste como la reina del Infierno durante una parte muy importante del año.

¿Cómo podría una mente alocada pensar en desafiar simultáneamente al todopoderoso dios del inframundo de la muerte, el esposo; de paso a Zeus, el padre; y a Deméter, la madre? Era necesario estar muy loco para emprender tan disparatada empresa. Pero lo hicieron. Se fueron, como ha-

bían hecho otros pocos, quizás preguntando dónde quedaba y sin hacer el tránsito obligado de la muerte, hasta ese paraje sombrío del Hades.

Pasaron por la laguna y el río Estige, montaron en la barca de Caronte, dominaron no se sabe cómo al perro Cerbero y a sus tres cabezas, hicieron abrir la herrumbrosa puerta, penetraron y vieron a las almas, algunas taciturnas, entre las sombras caminando cansadas, otras bajo el tormento infinito del Tártaro. Y así llegaron ante los dioses reyes, con el adusto Hades de primero, después Perséfone radiante de belleza.

¿Cómo pudo ser esto? No es fácil imaginarlo. Pero sí es fácil pensar cuál sería la indignación del rijoso personaje cuya mujer pretendían quitarle. En un principio fingió cierta consideración y los mandó a sentar. Debían estar cansados después del largo camino. Cuando se sentaron, Hades, que conocía bien la historia de la silla de Hefeistos con Hera, aplicó la misma fórmula. Él también era hechicero. Y cuando intentaron levantarse de los asientos, no pudieron. Estaban pegados a ellos y así quedarían por toda la eternidad.

Hecho lo cual, y saboreando su fácil victoria sobre este par de tunantes, dieron la vuelta los dos esposos y se fueron, dejándolos en la oscuridad total, asidos inmóviles a unas sillas embrujadas y profiriendo insultos y blasfemias que nadie oía.

Y así estuvieron un tiempo impreciso, que se supone era eterno, más que por el paso del tiempo, por la calidad del suplicio para dos hiperdinámicos condenados a no poderse mover. Hasta que el admirado Heracles, el pariente de Teseo que cumplía en el Hades el último de los doce trabajos impuestos por el rey de Micenas, Euristeo, supo del tormento de los dos aventureros.

Ese último trabajo era el de bajar al inframundo, luchar con el terrible can que guardaba las puertas del Averno, vencerlo y conducirlo ante Euristeo. ¡Tamaña empresa!

Para cumplirla, Heracles se inició en los misterios de Eleusis. Allí tuvo contactos y practicó su devoción por Deméter y su hija Perséfone, que conocedoras de lo noble de la misión y de las iras despiadadas de Hera que ellas también habían sufrido en carne propia como ahora Heracles, le

ayudaron. Igual que otros dioses, entre ellos Hermes y Atenea. Y así llegó al Infierno, y con las mencionadas ayudas divinas pudo vencer en lucha limpia y abierta, sin armas, a Cerbero, que humillado como un perro se echó a los pies del vencedor.

Cuando desarrollaba la gloriosa lucha, al ver a Teseo y a Pirítoo, a los que había conocido personalmente en Traquinia como se dijo en precedencia, fue hasta ellos. Tendió su fuerte mano a la también poderosa de Teseo, y en un despliegue de fuerza que le era propio, venció las cadenas invisibles y embrujadas que lo ataban a la silla y logró liberarlo. Era su primo al fin y al cabo y otro héroe de fama tan grande como la suya.

Pero no tuvo éxito en el mismo propósito con el loco Pirítoo, pues al intentarlo la tierra tembló con tan gran estruendo y sacudimiento que se le soltó de la mano y allá quedó, siendo posible que aún permanezca pegado a su silla.

En el ínterin los Dióscuros Pólux y Cástor, en el desesperado afán de rescatar a Helena, habían llegado a Atenas acompañados de los soldados espartanos. Se tomaron la ciudad e hicieron huir a los jóvenes príncipes Acamante y Demofonte, –hijos de Teseo con Fedra–, a la sazón al frente del gobierno. En su lugar introdujeron al demagogo Menesteo, quien duraría largos años como gobernante.

Mas como no encontraron a Helena y tuvieron la información de que Teseo se la había dejado a su madre, prosiguieron en su desesperada marcha hacia el Peloponeso, donde aquélla permanecía y la liberaron, conduciéndola jubilosos a su hogar en Esparta. Pero también se llevaron a Etra a la que convirtieron en esclava. Esa dolorosa situación, según se cuenta, la conservó al lado de Helena aun en el segundo rapto, algunos años después, y fue con ella a Troya, al lado de Paris.

El tiempo que siguió para la vida de Teseo fue gris. Del reino de Hades volvió a Atenas, donde, a instancias de Menesteo, aún seguían considerándolo un extranjero advenedizo. Y por eso no lo dejaron permanecer en la ciudad, ni a él ni a sus hijos Acamante y Demofonte.

En adelante no sería fácil la vida para estos dos jóvenes. Su padre, desterrado, debió confiarlos a su amigo Eleféno r, en la Eubea, donde habrían de permanecer varios años.

Menesteo gobernó un tiempo largo, y cuando se presentó la guerra de Troya hubo de tomar parte en ella. Murió, como tantos otros héroes, honrosamente a manos de Héctor. Y solo transcurridos otros años de melancólico olvido, Acamante y Domofonte pudieron regresar a Atenas, donde finalmente fueron reconocidos e introducidos al gobierno como arcontes. Ya no existía la monarquía.

Teseo erró solitario. Es de suponer que sus largas y tormentosas aventuras le habían dejado el cansancio de la vida. Y en la amarga situación de proscrito se dirigió al Esciro, donde tenía tierras y gobernaba un antiguo amigo llamado Licomedes. Con éste fue a hacer un reconocimiento de sus tierras, que eran extensas, y así subió hasta la cúspide más empinada. El pérfido Licomedes lo tenía calculado. No quería indisponerse con Menesteo que, temeroso, seguía en la distancia el recorrido del héroe. Y entonces, cuando Teseo, confiado en la amistad, miró desde lo alto el paisaje que se abría bajo sus pies, Licomedes lo empujó con tal fuerza que se elevó en el vacío y cayó como un guiñapo en el abismo insondable.

Nadie se apiadó. Sus partes quedaron dispersas entre los riscos blancuzcos y pelados de la geografía griega. Y quedó sumido en el olvido.

Unos años después, cuando los griegos peleando en desventaja obtuvieron la legendaria victoria de Maratón, escenario de muchas de sus hazañas, los soldados griegos lo vieron. Allí estaba el héroe cabalgando a la vanguardia con su formidable maza que quitó al vencerlo al gigante Perifetes, y se llenaron de coraje y vencieron. Obtenida la victoria, se desvanecio para siempre la imagen de Teseo.

Pero volvió años después a la memoria de sus conciudadanos. Y de ese modo el arconte Fedón, conforme lo cuenta Plutarco, mandó a consultar en relación con él al oráculo de Delfos. La pitia contestó que era preciso rendir homenaje a Teseo y rescatar sus huesos. Mas aun debió pasar cierto tiempo, porque nadie sabía dónde podían encontrarlos. Solo cuando el gran héroe Cimón venció en Esciro, se decidió a recuperar esos restos. Y entonces, obedeciendo a las oraciones, salió un águila que fue a escarbar en un terreno elevado. Y buscó y buscó con el pico y las uñas. Los ciudadanos, viendo esto, cavaron allí, y enconraron las armas y los huesos de

aquel vencedor del minotauro, soñador y aventurero. Y lo llevaron a Atenas donde lo colocaron en el Gimnasio, lugar de honor donde lo veneran hasta hoy.

Es una historia fascinante la del héroe Teseo, como se ha visto, hundida en la leyenda y rodeada de mitos. En él, como en los dioses, la imaginación popular reúne todas las virtudes y defectos del ser humano. Teseo fluctúa entre lo sublime y lo perverso. El abandono canallesco de Ariadna y la muerte de su hijo Hipólito son una muestra de la mezquindad del hombre. Pero el triunfo sobre el minotauro significa la poderosa virtud del ideal, triunfando sobre las fuerzas del mal. Hay sublimidad en esa constancia del héroe en redimir a los pueblos de las injusticias. Esa es su gloria.

Ruinas del Oráculo de Delfos

XX

Herakles[60] y sus doce trabajos

Ningún héroe alcanzó los niveles, divinos o humanos, a los que llegó Herakles o Heracles. Desde su nacimiento, retardado en el tiempo por obra de Hera, tuvo que afrontar los más terribles desafíos y peligros, todos los cuales sorteó con habilidad y destreza. Su fuerza descomunal era un instrumento muy poderoso puesto al servicio de su inteligencia, y con ella llegó a realizar los trabajos más insospechados e increíbles que puedan imaginarse. No obstante, conoció intensamente el dolor físico y el dolor moral. Y ha de recordarse que fue factor clave en la Gigantomaquia, guerra a muerte entre los dioses olímpicos y los grandes monstruos divinos, confrontación que iban perdiendo los primeros, antes de que alguno recordara la profecía que anunciaba que en esa lucha brutal de inmortales sería un mortal el que habría de definir la victoria. Y así fue.

Heracles fue llamado, semidiós como era pero mortal, y tomó parte muy activa en la lucha. En el campo Hegreo mató

60 Hércules de los romanos.

de un flechazo certero al gigante Alcioneo; y en compañía de Apolo eliminó a Efialtes. Su brazo invencible estuvo activo al lado de los grandes dioses, con los que, de manera colectiva, peleando de igual a igual, fue el vencedor.

Su historia está cargada de mitos propios estremecedores. Hijo de Alcmena, princesa de Argos refugiada en Tebas, de la descendencia del héroe Perseo. Según Plutarco, Alcmena era prima de Etrea, la madre, como se vio, del vencedor de la Medusa, quien a su vez era hija de Piteo. Alcmena lo fue de Lusidica, hermana de aquél, ambos hijos de Perseo. Por tanto, primas hermanas entre sí, y nietas de éste. Con lo que puede decirse que Heracles fue biznieto de Perseo.

No sobra decir que Alcmena, al igual que su prima Etrea, era dueña de una belleza legendaria. Hasta el punto de que Zeus, enamorado como era, no respetando los lazos matrimoniales que la unían con Anfitrión, su fiel devoto, se enamoró de ella perdidamente.

Es preciso decir, además que Anfitrión era tío de Alcmena. Con él había huido, por razón de persecuciones a su familia, de Argos para refugiarse en Tebas, donde luego se casaron. Ese matrimonio acababa de ocurrir, aunque algunos sostienen que aún no lo habían contraído cuando Zeus, valiéndose de toda su magia, logró con engaños ayuntarse con la hermosa Alcmena.

Anfitrión era un hombre de bien y un soldado valeroso. A su amada había prometido ir en plan de guerra a derrotar al rey Pterelao, autor de las persecuciones a la familia de los Perseídas, al que venció.

De regreso victorioso, Zeus desató una tempestad y soltó sus truenos en el mar por el que conducía su nave el devoto Anfitrión. Y pérfidamente, tomando el vestido y la apariencia de éste, se presentó a Alcmena, contó la historia de su victoria sobre Pterelao, le entregó una copa de oro que había quitado como trofeo al rey vencido, y yació plácidamente con la bella e inocente Alcmena, ambos enamorados, pero ella creyendo ciegamente que se trataba de su marido. Y hasta se dice que para disfrutarlo más, Zeus prolongó la noche a su antojo. Y en ese largo coito fue concebido Heracles.

Pero como el marido retornó la misma larga noche, o al día siguiente, ocupó su puesto en el lecho aún caliente del cuerpo de Zeus, y de igual modo copuló con la mujer, que

era su legítima esposa, no obstante el estrecho parentesco. Y de este nuevo contacto fue concebido Ificles. O sea que, aunque ocuparan el mismo huevo genético los dos hermanos gemelos, concebidos la misma noche del pérfido engaño, el uno era del padre de los dioses, el otro del tío.

En el prólogo a la obra *Anfitrión* de Sófocles, Hermes suelta este discurso: "*Esta ciudad es Tebas y allí, en aquella mansión, vive Anfitrión, nacido en Argos, de padre argivo, que está casado con Alcmena, hija de Electrión. En este momento, Anfitrión se halla al frente de las legiones tebanas, puesto que el pueblo de Tebas está en guerra con los teléboes. Este mismo, antes de marcharse al ejército, ha dejado preñada a su mujer. Pero creo que ya sabéis cómo es mi padre, con qué libertad se ocupa de asuntos como éste y qué clase de amante suele ser después que se ha fijado en alguna mujer. Comenzó a enamorarse de Alcmena, a espaldas de su marido, y se la hizo suya. La dejó embarazada, a consecuencia de acostarse con ella. Así pues, para que sepáis con exactitud el estado de Alcmena, sabed que se encuentra preñada por los dos, por su marido y por el todopoderoso Zeus. Precisamente, mi padre, en este momento, ya se ha acostado con ella y por tal motivo, esta noche ha sido prolongada, mientras él halla placer con aquella a quien ama. Pero ha tomado el aspecto de Anfitrión*".

¡Ah!, pero estas cosas de *Zeus* no pasaban inadvertidas a Hera. Atenta estuvo a todo, mientras crecía su furor contra Alcmena y, como era su costumbre, contra el hijo. En realidad contra Ificles no tenía ningún sentimiento. Entonces ocurrió algo inusitado. El noble Anfitrión entró en sospechas sobre la fidelidad de Alcmena cuando ésta le hizo alusión a la larga noche y a su alegre participación en los regocijos del amor y le mostró la copa. Cuando Anfitrión negó haber estado allí en esos momentos, para aquélla surgió la convicción de que el autor del engaño no había sido otro que Zeus. Porque ninguno tenía su poder para saberlo todo en relación con la guerra contra Pterelao y para adoptar la fisonomía de su marido.

Había yacido con el mismísimo padre de los dioses. Pero el bueno de Anfitrión no digería tan fácilmente el cuento.

Y así, para aclarar las dudas, fue llamado Tiresias, el adivino al que Ártemis, como se anotó, dejó ciego por haberla visto desnuda en una fuente, pero al que entregó el don

divino de verlo y saberlo todo. Y Tiresias dijo esa verdad que a sus ojos apagados se veía tan clara. Anfitrión entonces, fiel devoto de Zeus como se ha mencionado, se sintió honrado por el dios y amó a la criatura entrañablemente desde antes de nacer.

Zeus, en su condición de nuevo padre de la criatura por nacer, proclamó, como vidente y soberano de todos los dioses olímpicos, que el primer niño que naciera en Tebas de la estirpe de Perseo sería el rey del país argivo –viene de Argos– que incluía a Tirinto, Midea y Micenas. Se trataba obviamente del que acababa de concebir con Alcmena, al que por supuesto quería favorecer. Hera, taimada y marrullera, le hizo jurar a su esposo que así sería, y éste con cierto candor así lo juró.

Ya Hera tenía un plan perverso, porque sabía que poco después de la concepción del hijo de Alcmena, también entre la prosapia de los perseidas había sido concebido Euristeo, hijo de Esténelo, quien era rey de los argivos y vivía en Micenas o tal vez en Tirinto. Se dice que Tirinto fue fundada por Proteo, a su vez hermano de Acrisio quien reinaba sobre todo el país de Argos y cuyo nieto fue Perseo, el que heredó el trono. Nietos de Perseo pues, fueron Heracles y Euristeo.

O sea que, siguiendo el curso natural de las cosas, primero debería nacer Heracles y después Euristeo, como le era conocido igualmente a Zeus. Y así, hecho el juramento que comprometía la palabra divina, cuando llegó la hora del parto para Alcmena, Hera no tuvo inconveniente en retrasarlo valiéndose de la peor de todas las hechicerías, con la complicidad de su hija Ilitia, no obstante que era la diosa de las parturientas, pero a la que mandaba Hera como un instrumento perverso de su encono.

Y para ralentizar el nacimiento, a control remoto, valiéndose de la misma técnica de la macumba, mandó a atar en una muñeca, con un nudo impenetrable, las ropas de la parturienta Alcmena.

Al mismo tiempo provocó el nacimiento de Euristeo en forma prematura. Y no habría nacido Heracles debido a la superchería, si no hubiera sido porque una criada de Alcmena, de nombre Galantis, mintió diciendo que el niño ya había nacido y ella había ayudado en el parto, con lo que

la insidiosa Hera desató los nudos y así nacieron los dos gemelos en Tebas.

Cuando Hera se percató de la mentira de Galantis, con todo su rencor la convirtió en una comadreja.

El asunto, de todas maneras, había quedado decidido por el destino, puesto que la vocación para heredar el trono de los argivos había quedado resuelta, bajo la palabra del más poderoso de los dioses, a favor de Euristeo, que había nacido primero.

No cesó la rabia de Hera, sino que aumentó. Al nacer el niño le pusieron el nombre de Alceo o Alcida, y estando recién nacido, aprovechando una breve ausencia de la alcoba de Alcmena, Hera le mandó un par de serpientes grandes, que iban a enrollársele en el cuerpecito para triturarlo. Empero, cuando la madre retornó a la alcoba en compañía de Anfitrión, halló al niño jugando con los cuerpos de los ofidios muertos, estrangulados por las pequeñitas manos. Fue la confirmación de la paternidad divina del infante.

Mas si Hera, por diosa y por mujer, era astuta, Heracles por naturaleza también lo era. Y así, sin precisarse mucho el detalle, logró engañar, es obvio que con la ayuda de su padre Zeus, a la archiodiada Hera y mamó de su leche de diosa, porque se decía que el que tal cosa hiciera alcanzaría la inmortalidad. Ella, al principio, como buena madre que fue y pensando que quien mamaba era uno de sus hijos, se dejó hacer sin remilgo alguno. Hasta que descubrió quién era, y de un manotazo arrojó al intruso. Ya realmente era tarde, porque había ingerido esa leche divina. Y ocurrió además que, como del pezón estaba fluyendo el blanco líquido, al soltarlo la boca de Heracles se derramó en el infinito espacio del cosmos y así se formó la Vía Láctea.

A pesar de esta persecución irracional y malévola, Heracles creció sano y fuerte en compañía de su hermano Ificles, con los cuidados de sus dos padres mortales. Se ejercitó en el conocimiento, pues tuvo por maestro al noble centauro Quirón, a quien después habría de dar muerte accidental pero al que quiso con tierna devoción. Curiosamente también daría muerte a su maestro de música Lino, que además le enseñó a leer y escribir.

Es natural que no servía para la música ni la poesía, porque era, según disposición de la Moira, un guerrero.

Y de acuerdo con el Oráculo de Delfos, consultado desde entonces, "no moriría por la mano de un vivo sino por la de un muerto". Profecía que habría de cumplirse, como se verá, inexorablemente.

Lino, gran virtuoso de la música, poeta y hombre culto, comoquiera que Heracles no aprendía fácilmente esas disciplinas, lo regañaba con cierta rudeza. Es evidente que no era un buen estudiante. Un día en que eso ocurrió, es decir, en que lo regañó Lino, una furia sin control estalló en Heracles y golpeó a su maestro con una lira dándole muerte. Fue llevado a juicio y absuelto por los jueces, pues se hizo prevalecer lo que desde entonces existía ya como la legítima defensa.

Pero, dada su fuerza descomunal, se lo obligó a ir a vivir en el campo en una humilde cabaña, donde gran parte del tiempo lo acompañó Quirón, sin cesar en su labor didáctica.

Su vocación de héroe al estilo muy antiguo, radicaba en la demostración de fuerza, el denuedo y el coraje para emprender acciones increíbles, la gran mayoría de ellas libertarias. En realidad el heroísmo consiste en un raptus de valor inusitado con el que alguien se juega la vida por salvar la de otros. Y eso hizo desde muy joven Heracles.

Para entonces era de conocimiento público el peligro que encarnaba el león de Citerón, que acababa con todos los rebaños y una que otra persona. El león era enorme y de fuerza descomunal. Cuando el muchacho se enteró de la existencia de tal fiera y el flagelo que representaba para esa región, hacia allá se dirigió con el firme propósito de eliminarla. Apenas había cumplido los dieciocho años.

No se sabe con exactitud cómo fue la lucha. Es posible que Heracles ya usara su poderoso mazo hecho con madera de olivo, o su espada corta de doble filo, de bronce, porque la humanidad apenas estaba en el comienzo de esa era. O el arco y las flechas que le enseñara a manejar Eurito. Mas lo cierto es que el pobre león sucumbió a la hazaña de nuestro héroe.

De lo que sí se tiene conocimiento es de que contó con la ayuda de su hermana Atenea, no se sabe tampoco si an-

tes o solo después de haber dado muerte a la fiera, y que la diosa le enseñó a despellejarla y a curtir la piel, utilizando las propias garras del animal, con lo que ya es fácil suponer que Heracles no portaba nada cortante.

Triufalmente, pues, ostentó como prueba de su primera proeza juvenil la piel con la que se hizo un vestido, usó la cabeza del fiero animal como casco dándole al resto de la piel la forma de su propio cuerpo. Ese vestido lo portó toda su vida. O gran parte de ella, porque también se sabe que a veces usaba una túnica, de la que habrá de hacerse un comentario.

Después emprendió el lento camino de retorno a su hogar, mostrando orgulloso el despojo a todos los habitantes que desde allí apreciaron su gran valor.

Tespio y los heraclidas

Naturalmente la noble hazaña no pasó desapercibida a Tespio, el rey de Citerón, que muy emocionado convidó a Heracles a un gran festejo en palacio. Y en el frenesí de la admiración por éste, no tuvo inconveniente en entregarle, para que las disfrutara y fecundara, a sus cincuenta hijas, las cuales gustosas se turnaron para llevar en sus entrañas, y posteriormente entregar a la vida, la simiente heraclida. Y fueron los cincuenta heraclidas los que habrían de desempeñar un papel muy importante en el desarrollo de la historia de los griegos.

En efecto, cuando crecieron, muerto su padre, mostraron como él la misma fuerza descomunal. Fueron pendencieros y perdonavidas. Uno de ellos, que se llamaba Ilo, retó uno a uno a los soldados del rey de Micenas, con la condición de que si él vencía tomaría el trono de esa ciudad. Si alguno lo vencía a él, los heraclidas abandonarían Grecia, pero retornarían cincuenta años después, convertidos en otros hombres, con la llegada de dos generaciones nuevas. Aceptada la apuesta, alguno de tantos soldados lo venció, y así tuvieron que emigrar los cincuenta heraclidas. Empero, como estaba previsto, a los cincuenta años volvieron convertidos en miles y esta vez sí se adueñaron de la Hélade.

Montanelli apunta que "*Esto que la leyenda llama 'el retorno de los heraclidas', en lenguaje histórico se llama invasión doria y aconteció hacia el año 1100 A. de J.*"

El tributo a los minios

No había llegado Heracles a su casa, cuando en el camino se topó con los esbirros del rey minio Ergino, que iban a cobrar a Tebas el tributo de cien bueyes que se les había impuesto por el término de veinte años después de un suceso trágico que había costado la vida del rey Clímeno, padre de Ergino y soberano de Orcómeno, a manos de los tebanos.

Esta ciudad, situada en el occidente de la Beocia, se llamó antes Minias, en homenaje al gran rey del mismo nombre. Después se llamó Flegias, en honor a otro rey. Pero a la muerte de éste, su hijo, de nombre Orcómeno, al asumir la corona no tuvo inconveniente en cambiar de nuevo el nombre de la ciudad por el suyo propio.

Se celebraban las fiestas a Poseidón, que en Orcómeno eran tradicionales y solemnes. Y sin que se sepa exactamente cómo fueron los detalles, ocurrió que Perietes, el auriga del rey tebano Meneceo, dio muerte al rey minio Clímeno. Y fue así como Ergino persiguió a los tebanos, que agotado el crimen huyeron a Tebas. Ergino no solo estaba animado del furor que le ocasionaba la muerte del autor de sus días, sino que como un gran guerrero, venció con alguna facilidad a los tebanos. Consolidada la victoria llegó la paz con la obligación de pagar, como se dijo, cien bueyes anualmente por espacio de veinte años.

Ergino, por supuesto, era un tirano y el tributo impuesto ocasionaba enormes sacrificios, pues el pueblo era realmente pobre. Nadie tenía como riqueza, más que unas cuantas vacas y otras tantas ovejas.

Y allí iban bien armados sus soldados a cobrar, a como hubiere lugar, la onerosa obligación. Pero no contaban ellos con la presencia del joven Heracles. Al verlos y saber de su misión, los enfrentó valerosamente y los sometió a golpes con su fuerza inigualable. Cuando los tuvo fuera de combate, dormidos, les cortó la nariz y las orejas –castigo que era muy socorrido por esas calendas– y así mutilados los envió de regreso a Ergino, engarzadas las narices y las orejas en un collar humillante, con la advertencia de que ese sería en adelante el tributo que pagarían los tebanos a quien les fuera a cobrar. Resulta claro que ninguno de ellos volvió.

El matrimonio con Megara

Es de suponer que dos hazañas seguidas tan brillantes le dieron gran gloria a Heracles. Todos lo miraban con gran admiración y le tributaban homenajes de gratitud. El propio rey tebano Creonte, en persona, salió a recibir al héroe y a conducirlo a palacio donde le brindó un regio banquete. En medio de la fiesta y en el tono más subido de su agradecimiento, le ofreció la mano de su bellísima y joven hija Megara. La que desposó no importaba si con amor o sin él, y tuvo con ella varios hijos. Al hermano Ificles, que ya había aparecido en la fiesta, le entregó igualmente a la otra hija Pirra.

Cualquiera pensaría hasta aquí que la vida sonreía al valeroso tebano que, a base de su fuerza y valor, gozaba ya del aprecio de todos. Se podría decir entonces que era un privilegiado de los dioses.

Pero no era así de simple. Ni Hera había cesado en su incomprensible rencor y deseos de venganza, ni el destino había hecho olvidar la usurpación tramposa con la que Euristeo, ya a la sazón rey de Tirinto o de Micenas con la ayuda rencorosa de Hera, había privado a Heracles del designio de su padre Zeus. Y todas estas circunstancias habrían de tener otros desenvolvimientos trágicos.

La locura y el parricidio

Se puede decir que el matrimonio de Heracles con Megara fue feliz, como que tuvieron tres hijos llamados Terímaco, Creóntidas y Deicoonte. El suegro era un rey bueno, querido por los súbditos y amaba al yerno. Pero un día Hera entró a jugar su abominable papel. Valiéndose de sus malas artes, después de que el héroe había ingerido una moderada dosis de vino, Hera le hizo ver a sus propios hijos impúberes y a dos sobrinos de las mismas edades, hijos de Ificles y Pirra, como hijos de su odiado Euristeo y transtornó su mente urgiéndolo a que les diera muerte. Eurípides describe conmovedoramente el drama en la tragedia *Heracles loco*. Y perdida la razón, el héroe mató a los cinco infantes y luego los quemó.

Algunos cuentan además que, cuando Megara llegó, movida por los gritos y su propia desesperación, también le

dio muerte. Otros dicen que ella logró escapar al demente furor de su esposo y, pasado un tiempo, después de que Heracles hubo abandonado Tebas, contrajo nuevas nupcias con un sobrino de él de nombre Iolaus o Yolao, con el que pudo reconstruir su vida.

Agotado el momento de la locura, cayó en un largo y profundo sueño. Dicen que impuesto conmiserativamente por Atenea, para impedir que también matara a su padre de crianza Anfitrión, al que en su alucinación ve como Esténelo, ya muerto y padre de Euristeo. Cuando despertó, amnésico, se halló frente a un cuadro desolador. Los chiquillos quemados y esparcidos en la estancia, sin saber cómo había acontecido tan execrable infanticidio.

Sumido en el dolor y la desesperación oyó la narración macabra de su insania y miraba sus manos parricidas sin poder entender cómo habían podido matar a esos niños que constituían todo para él. Y no le fue necesario un tormento mayor para descubrir que allí estaba la mano oculta de la esposa de su padre, guiada por ese odio mortal que nada detenía.

Sintió entonces el grito espeluznante de las Erinias estrangular su conciencia; pero más poderosa que esas voces estaba la punzada interior de su pecado y la necesidad inaplazable de una larga expiación.

El camino de la expiación y las doce tareas

Y así, agobiado por el dolor y la culpa, marchó a pie desde Tebas hacia Delfos. Allí se refugió con conmovedora humildad y arrepentimiento en el santuario de Apolo Delfinio. Y así, haciendo penitencia e implorando a través de éste la ayuda divina de su padre Zeus, cuya palabra en el santuario le era transmitida a Apolo para que éste su vez la entregara a la Pitia, supo que le esperaba un ingente camino de esforzados trabajos y de humillación.

Debía, para comenzar, cambiar su nombre por el de Heracles, que en griego quiere decir gloria a Hera. Se trataba de un intento, inútil por cierto, de aplacar aquel terrible y apasionado rencor. Luego debería partir al país argivo hasta Micenas, o muy seguramente a Tirinto, ciudad a veinte kilómetros de la primera, que era donde reinaba su enemigo Euristeo, postrarse ante él y esperar a que, con soberbia, le

impusiera la consumación de diez trabajos no propios de un mortal, en todos los cuales se jugaba la vida afrontando inverosímiles peligros.

Leída la sentencia del oráculo no había nada qué discutir, sino bajar la cabeza contrito y cumplir la penitencia. Todo para regocijo de la malvada diosa, autora del crimen cuyos resultados había planeado cuidadosamente, y del pérfido Euristeo, usurpador de su trono.

Hera aún no estaba saciada. Y por insinuación suya, Euristeo habría de objetar dos de los trabajos porque dizque había recibido ayuda, con lo que los diez trabajos se volvieron doce.

> Se ha sostenido por los estudiosos que Heracles padecía de epilepsia. Y así parece, según el cuadro clínico que ofrecen los hechos. Heracles cae en un impulso delirante y desenfrenado, con alucinaciones; y después de agotado el hecho criminal, subsigue un estado de sueño profundo y amnesia posterior. Era, sin duda y sin que sea preciso acudir a Hera, lo que en derecho se considera un inimputable.

Los doce trabajos

Si uno los examina colocándose en la vida de la época, cada uno de ellos implicaba no solo el juego de la vida del que lo intentara, por el peligro salido de la realidad normal, es decir, sustraído a los simples acontecimientos de lo cotidiano, sino que en el fondo constituían la satisfacción de una necesidad social. Lo que se albergaba detrás de los pedimentos hechos por Euristeo era la confrontación de una amenaza mítica que aterrorizaba al pueblo de entonces, sumido en esa serie de temores irreales que surgían precisamente de los mitos y las leyendas.

Es posible que la perversidad de Euristeo, con el prevaricato de Hera, lo que buscase de propósito inicial era que el héroe sucumbiera en la tormentosa demanda. Pero no puede negarse que vencer en cada hazaña tenía la significación del dominio del bien sobre el mal. De hecho nadie se acordaría de Heracles si no hubiere sido porque logró, con su voluntad y demás virtudes, imponerse a tan disímiles tareas. Y por supuesto, hacer prevalecer lo bueno sobre lo malo, en el discurso de ese eterno dilema.

Y es preciso anotar que la humildad y penitencia de Heracles suponían una sumisión tal a Euristeo como si fuera su esclavo. Así, por supuesto, fue considerado por todos.

Empero, Heracles, fuera de su valor, tuvo siempre la ayuda de los dioses. Ellos le dieron las armas. Apolo le regaló el arco y las flechas, Hefeistos le obsequió la espada de bronce que él mismo fabricó y el *peplo*, que era la túnica blanca, sin mangas, asida en el hombro por un broche. Y tuvo unos caballos formidables que fueron regalo de Poseidón. La maza, hecha con el tallo y la raíz de un olivo, fue elaborada por el propio Heracles. Claro que alternativamente con el peplo lucía casi siempre la piel del león de Citerón.

La muerte del león de Nemea

En la región de Nemea existía para entonces un animal monstruoso, hijo de otros dos monstruos, que eran Equidna y Ortro –algunos dicen que de Tifón y Equidna–, que mataba y devoraba a los seres humanos que encontrara, al igual que toda clase de ganado. Asolaba campos y aldeas. Por las noches se lo oía y sus rugidos paralizaban de terror. Era el temible león de Nemea, que no era ciertamente un león cualquiera. Tenía la piel invulnerable y de sus ojos salían destellos de fuego. Criado según dicen algunos por Hera, según otros por Selene. Darle muerte fue el primero de los trabajos impuestos por Euristeo.

Encomendada la misión, Heracles parte presto hacia Nemea. Sabe que su enemigo es invulnerable, no obstante lo cual lleva su arco y flechas, y la maza. En la ciudad pregunta a todos por su paradero. Pero para los lugareños la sola mención del nombre incita al silencio. Entre ellos reina el pavor, y a la pregunta dan la vuelta y se alejan aterrorizados.

No obstante, un hombre llamado Molorco, al que la fiera le ha devorado a un hijo, le da albergue esa noche, y al alba del siguiente día le ofrece un carnero para que eleve un sacrificio a Hera a fin de aplacar sus iras. Heracles le agradece, pero se lo impide. “Si vuelvo, hazle el sacrificio a Zeus, le dice, y agrega: y si no regreso, ofrécemelo a mí mismo”.

Así, pues, a la mañana siguiente, sin ninguna ayuda, se interna en el bosque. Euristeo le ha suministrado algunos datos: la fiera vive en una cueva que tiene dos salidas. Y He-

racles camina y camina por varios días infructuosamente. Al fin oye su desplazamiento entre la hojarasca. Escondido en los arbustos Heracles observa. El león se dirige a la caverna portando en su boca, sangrante aún, un cuerpo humano. Rápidamente tensa el arco y dispara una certera flecha que resbala en la piel inatacable. El monstruo se percata de que alguien intenta matarlo. Deja su presa a un lado y penetra en su morada donde se prepara. Su fiereza sube de intensidad, y allí está, agazapado, como lo hacen todos los felinos, listo al ataque.

Heracles, movido como un rayo, rápidamente bloquea una de las entradas y se dispone a penetrar con la maza por la otra. El león salta con todos los músculos nervados y las garras crispadas. Ambos se atacan, pero la fulgente maza de Heracles no logra mellar la fortaleza brutal de su enemigo. Suelta el arma y, tendido en el suelo por el león, se aferra a sus poderosas mandíbulas, para luego pasar al cuello, que sujeta con sus manos, mientras instala los brazos alrededor y aprieta, y aprieta y aprieta. El león hace esfuerzos desesperados para soltarse de la terrible tenaza. Inútil. Su piel es invulnerable, pero su cuerpo desconocía una fuerza tan poderosa como los brazos de Heracles. Y así, después de mucho rato, sucumbe estrangulado. El movimiento deja de animar el cuerpo descomunal y queda inerte.

Herades ha triunfado en el combate. Y para mostrar su hazaña, que como se recordará era una expiación por haber dado muerte a sus hijos, coge el pesado cuerpo que pone sobre sus hombros y emprende, a la vista atónita de los habitantes, el camino hacia Micenas. Llega y se dirige de inmediato hasta el palacio y lo arroja a los pies de Euristeo.

Éste queda aterrado. No da crédito a lo que ven sus ojos, y la sola visión de la fiera muerta le infunde una repulsión interior tal, que ordena a Heracles no volver a entrar nunca a Micenas. En adelante las órdenes de los nuevos trabajos serán transmitidas a través de un estafeta de nombre Copreo. Heracles, si es que regresaba, habría de entenderse con él, y los trofeos no podrían en adelante ser mostrados sino más allá de las murallas.

Pero más que el miedo que le infundía el león muerto, las medidas se encaminaban a alejar a Heracles de la persona del monarca, tembloroso de pensar en una venganza del hé-

roe humillado por él. Y así, inspirado por ese terror, mandó a construir por sus herreros una enorme habitación de bronce subterránea, blindada, donde se refugiaría bajo llave cada vez que Heracles llegara de una de sus misiones.

Ante estas prohibiciones de Euristeo, Heracles con humildad y penitencia levantó el cuerpo del león de nuevo y salió de la ciudad. Ya fuera de las murallas despellejó al animal en la forma que le había enseñado Atenea cuando mató al de Citerón, y Zeus, para gloria de su hijo, llevó los restos del animal al firmamento y lo convirtió en la constelación de su mismo nombre.

La muerte de la Hídra de Lerna

La Hidra era un monstruo acuático multicéfalo, fruto de la unión de la ninfa Equidna, ser igualmente monstruoso que tenía cuerpo de mujer y cabeza de serpiente, y del así mismo monstruo Tifón, hijo sin padre de Hera, del que se habló en el capítulo respectivo. Es decir, que de tales padres no podía esperarse un hijo con alguna gracia o siquiera normal.

Era, prevalentemente, una serpiente gigantesca de cola prominente que se bifurcaba en siete ramificaciones que eran las cabezas. Algunos dicen que eran cien. Cada cabeza podía tragarse a un hombre entero con la boca grotesca y pestilente cuyo furor y sonidos hacían temblar la tierra. De ojos llameantes y malvados, vivía en el agua, pero salía a recorrer los bosques y a buscar víctimas que quedaban paralizadas de terror ante su presencia, para luego morir envenenadas por la expulsión de su vaho venenoso y repugnante. Después las engullía con la cabeza más próxima, y proseguía su camino destructor.

Hera, realmente su abuela, la había criado pensando seguramente, omnipresente como era en su condición de reina de los dioses, en que con ese monstruo haría sucumbir al odiado Heracles.

Es difícil concebir un monstruo de las dimensiones y poderes maléficos como la Hidra de Lerna, así llamada porque Lerna era su lugar de asiento, en el cercano lago Amimone, sitio en el que igualmente tuvo ocurrencia el mito de las cincuenta danaides, hijas de Dánao, de las que antes se habló.

Euristeo, asistido por Hera en su proceso de perversidad contra Heracles, sabía de la estrecha afinidad, diríase que fraterna, que existió entre la Hidra y el León de Nemea, acabado de morir en las manos del odiado héroe. En realidad Hera los había criado a los dos. Y por esos motivos y algunos otros, supo de la sed de venganza de la Hidra contra Heracles.

Así pues, con la sugerencia de Hera, el rey micénico impuso a Heracles, como segundo trabajo, ir en busca de ese monstruo para darle muerte.

Heracles se dirigió a Lerna. Pero pidió a su amigo –como se mencionó antes dicen que era su sobrino– Iolao o Yolao, que le acompañara. Y con él se acercó a la fuente Amimone. La Hidra, que tenía pensamientos y era inmortal, lo esperaba. Hera se había encargado de eso. Y cuando lo sintió, salió del agua y avanzó en la tierra. Heracles se veía pequeñito ante ella, no obstante su elevada estatura. Entonces se cubrió la nariz y la boca con un paño, cosa que también hizo Yolao. En esa forma evitarían que el vaho los envenenara. Era preciso tener un corazón muy valiente para acercarse al monstruo. Pero Heracles, sin vacilar, lo hizo.

Entonces disparó las primeras flechas, que no obstante su poderoso arco, no mellaron el cuerpo de la Hidra. Sacó entonces el héroe esa espada de bronce, corta pero muy afilada por los dos lados. Otros dicen que llevaba a propósito una hoz igualmente de bronce. Es posible que, dada la magnitud de las cabezas, lo más indicado fuera la hoz que seguramente le fundió Hefeistos por insinuación de su padre Zeus, quien no era indiferente a estos trabajos.

Y de poderoso golpe bajó de tajo la primera y la segunda cabezas, mientras las otras se balanceaban en el aire calculando el momento de lanzar la mordida. Mas, ¡vaya una sorpresa! Rato después de que las dos cabezas habían caído, de los cuellos mútilos brotaban otras dos por cada una de las cortadas, tan poderosas y desafiantes como las primeras.

La empresa, pues, se tornaba imposible. Empero, el héroe no era de los que se arredran ante las dificultades. Con flechas llameantes disparó al bosque y lo incendió. Luego observó los muñones sangrantes, cuando cortó otras dos, y sobre uno de ellos colocó una tea y de inmediato vio cómo se

retorcía ante el fuego y moría. Rápidamente fue cortando las restantes, incluso las que habían retoñado, mientras Yolao aplicaba el fuego en cada una. Si fueron cien o siete, más las otras dos, realmente carece de importancia. Dispendioso y fatigante, asaz peligroso. Pero lo hizo.

Finalmente cayó la que se podría decir era la cabeza principal. Y el monstruoso animal quedó tendido, sin movimiento, en el pantano, para mayor rabia de Hera, vencida, hasta ese momento, por un mortal.

De inmediato Heracles se acercó triunfante, y del cuerpo fue sacando la sangre, con la que empapó sus flechas, y seguramente guardó otra cantidad para el resto de su vida, de forma que cuando agotara la existencia de flechas, pudiera renovar el veneno en otras nuevas.

Apolodoro cuenta que, cuando Heracles estaba en plena batalla con la Hidra, Hera le envió un cangrejo con muelas envenenadas para que le mordiese los pies. Y posterior al triunfo de Heracles en su segundo trabajo, tanto el cangrejo como la Hidra fueron llevados por Hera al espacio para convertirlo en constelaciones. La de Cáncer del Zodíaco y la de la Hidra.

El regreso de Heracles a Micenas no fue glorioso. Hera había transmitido a Euristeo que Heracles había acudido a la ayuda de Yolao, y el rey, por esa razón, no le dio validez al trabajo.

Así, pues, humildemente Heracles, que en esa oportunidad ya no había podido entrar a Micenas, desde más allá de las murallas oyó con sumisión el veredicto y empezó de nuevo con el siguiente trabajo, que sería el segundo. Iría tras el furioso y mortal jabalí de Erimanto, que debía traer vivo. Pero esta hazaña, sin lugar a dudas, le sirvió mucho porque ya sus flechas estaban, y lo estarían por siempre, envenenadas fatalmente con la sangre de la Hidra.

El mito tiene connotaciones muy importantes en la vida de los hombres. Cuando es preciso afrontar un problema muy grave, pareciera que cada vez que se da un paso en la solución del mismo se complica más. Un problema, por difícil que sea, siempre será susceptible de empeorarse, se dice. Cuando se corta una cabeza de la Hidra, del cuello mútilo surgen dos más. Y es la paciencia y el talento de

Heracles, su constancia y valor, los que nos iluminan para resolverlo. El mérito de vencer la dificultad, que constituye una brújula para el ser humano. Desde luego el hombre no sería lo que es sino hubiera estado marcado su destino por las dificultades.

El jabalí de Erímanto

Ya no hay jabalíes. El hombre los fue acabando, primero por el temor que inspiraban, segundo por su carne apetecida. Solo en los países orientales de Europa, cuando existía el comunismo, se podía pedir en un restaurante un plato de ese legendario antecedente del cerdo. Los criaban en grandes granjas con destino a la consumición. Era un cerdo muy grande, veloz, con mucha fuerza, agresivo y equipado con grandes colmillos en las poderosas mandíbulas, largos y retorcidos, que de ordinario eran mortales en la embestida.

Erimanto era un monte entre la Arcadia y la Élida, rodeado por un valle semidesértico, donde nadie volvió a sembrar y todos los habitantes vivían un régimen de miedo, sin esperar futuro alguno que los redimiera. Esto ocurría porque allí moraba un legendario y monstruoso jabalí que sembraba el terror en toda la región.

Por supuesto era mucho más grande y feroz que los demás animales de su especie. Y en cumplimiento de su deber, hacia allá se encaminó el héroe tebano a cumplir con el segundo trabajo señalado por Euristeo.

El camino era bien largo. Y el viaje tuvo otras derivaciones que redundaron en otros peligros no buscados. Ocurrió que en la ruta estaba el paso de Foloe, la tierra de los centauros, aquellos personajes míticos que ya vimos en el capítulo de Artemisa, en lo tocante a la historia del joven cazador Acteón. Heracles era amigo del buen centauro Folo, y por supuesto de Quirón, su maestro. Y paró a saludarlos. Folo, en medio de la alegría que le producía la presencia de Heracles, le brindó su mesa y su vino, mientras Quirón ofrecía su charla sabia y su noble compañía.

Y comieron y bebieron como antiguos camaradas, recordando viejos tiempos y hablando hasta de arte.

Se recordará que había tres clases de centauros: los buenos, los hospitalarios y los malos. Estos últimos comían carne cruda, eran violadores y malvados.

Folo, como también se vio, cuidaba los viñedos de los centauros hospitalarios y era el líder de éstos. Y así, cuando atendía a su amigo Heracles, en la querida compañía de Quirón, el olor del vino y de la carne atrajo a los centauros malos y violentos, los que llegaron y tomaron a la fuerza el vino y la carne cruda. Rápidamente se emborracharon y hastiaron de comida, y de inmediato, como era su costumbre, pasaron al ataque contra los hospitalarios.

Ignoraban, desde luego, quién era ese desconocido que compartía la mesa. Y así, sin quererlo ni buscarlo, Heracles se vio en la necesidad de entrar en acción. Naturalmente no hacía falta de mucho para esto. Y sin que se sepa cuál era el número de los centauros malos, que se supone era bien surtido, Heracles sacó el arco y las flechas emponzoñadas y entró en la batalla contra los feroces agresores.

Quirón, de natural pacífico, terció a favor de Heracles. Era, como se recordará, inmortal por ancestro como que era hijo de Cronos. Y, al igual que todos, se movía con ligereza en la refriega. De este modo y en medio de la confusión, llegó el momento fatal. Una de las flechas de Heracles disparadas contra los malos, por accidente, hirió al bueno. Y el mortal veneno de la Hidra se expandió rápidamente por todo el cuerpo de Quirón, causándole un gran dolor general, pero sin matarlo porque era de estirpe divina.

Esa misma tarde, mientras los pocos sobrevivientes de los centauros malos huían en desbandada, el hospitalario Folo recogió una de las flechas de Heracles tendidas en el campo. La observó con cuidado de filósofo, como inquiriendo cuál era la causa de tan eficaz producto de muerte. Pero he aquí que por descuido, por temor o por simple fatalidad, se le soltó de la mano y cayó de punta, alcanzándolo a herir en una de sus patas. Mas a pesar de la levedad la herida, la sangre de la Hidra la hizo mortal. En pocos minutos Folo habría de fallecer.

No ocurrió lo mismo con Quirón. Como se recordará, asumió el dolor intenso e inenarrable con gran sabiduría, como un objeto de su estudio de médico. Naturalmente estos dos sucesos entristecieron grandemente a Heracles, no obstante lo cual, muy acongojado, partió a su labor, en busca del jabalí. Pero volvería presto, después de cumplida la misión.

Ya se estudió atrás cómo el tormento de Quirón fue muy grande. Y cómo Heracles, aunque la herida había sido accidental, con su culpa y el agobio del amigo a cuestas, al paso del tiempo buscó a Tánatos y le preguntó cómo podría morir el buen centauro para ganar el descanso. Tánatos respondió que en el caso de los inmortales solo podía ocurrir si alguien estaba dispuesto a cambiar su vida por la muerte de otro.

Estos sucesos habrían de tener lugar antes del último trabajo. Y fue así que Heracles entonces recordó a su admirado titán Prometeo y el castigo que padecía y se fue donde él, lo libertó de sus cadenas, sin que ese fuera un trabajo más impuesto por Euristeo, y lo trajo ante Quirón. Ambos, gustosos, cambiaron su destino. Y así pudo morir piadosamente Quirón, y Prometeo gozar de la libertad.

En cuanto al segundo trabajo, Heracles llegó a su destino. El campo está blanco de nieve. Durante varios días seguidos ha nevado. No se ve a nadie en los confines de Erimanto. Heracles entonces produce gritos a fin de llamar la atención del enemigo. Se mueve de un lado a otro y continúa gritando. El temible jabalí se encuentra en su resguardo en una cueva. Oye los gritos y sale, como es su costumbre, furioso. Ve a Heracles al otro lado del campo y hacia allá se encamina en veloz carrera, mientras éste continúa gritando y moviéndose con gran agilidad. Esto hace que la fiera tenga que cambiar su dirección una y otra vez, siempre a la carrera y en actitud de ataque.

La nieve está alta y es natural que el pesado jabalí se entierre en ella. Se le dificulta el movimiento, y después de la tenaz carrera frente al brioso desafiante que cambia de lugar con increíble facilidad, comienza a dar muestras de cansancio.

Pero Heracles, que tiene trazada su estrategia, vuelve a cambiar de posición utilizando en todo momento la parte plana del terreno, sin hundirse en la nieve. Es la lucha de la inteligencia contra la fuerza bruta. Y como cada vez grita más, el jabalí se desorienta y desespera, hasta que en un momento dado no puede más con su propio peso, la fatiga y la nieve y se echa sin poderse mover. Así llega Heracles hasta él, lo ata y, a pesar de su enorme peso, lo coloca en sus hombros y parte con él, vivo, pero mansito, hacia Micenas.

Todos los habitantes salen de su miedo y ven al héroe marchar victorioso.

La noticia se expande por toda la Hélade. Y así, cuando Heracles después de largos días de camino llega a Micenas, Euristeo, que ha prohibido, como se dijo antes, la entrada de Heracles más allá de las murallas, lo espera desde éstas. Lo ve venir con su pesada carga sobre los hombros. Y tiembla ante la presencia de la fiera viva y gigantesca. Entonces huye a obtener refugio en la habitación subterránea y blindada que ha mandado a construir. Heracles ríe. Y entra con el jabalí a cuestas y busca al cobarde. Lo encuentra llorando aturdido por el miedo. Intenta arrojarle el jabalí, pero el rey le suplica que no lo haga. Entonces, con gran desprecio, el héroe da la vuelta con el animal y sale de Micenas.

Al otro lado de la muralla recibe del heraldo Copreo las órdenes del siguiente trabajo: traerá viva y sin que haya derramamiento de sangre, a la cierva de Cirinia.

Este mito hace trascender el eterno drama de la mediocridad imponiéndose sobre el talento y el mérito. Los mediocres alcanzan con mayor facilidad metas que por muchas circunstancias irónicas de la vida se escapan a los virtuosos.

La cierva Cirinia o Cerynites

La historia de esta cierva es delicada y fina. Había en Arcadia, en la región de Énoe, una doncella mortal llamada Taigete, de donde seguramente vino el Taigete o Taigeto de Esparta. Taigete era hermosa, sobra decirlo. Y pura, como que se había consagrado a Ártemis.

Jugaba desprevenida con el apoyo de esta diosa por los vergeles y fuentes, como una ninfa. Pero no había doncella ni ninfa, que fuera hermosa, que pudiera permitirse esas libertades sin que sobre ella cayera el ojo lúbrico y acosador del rey de los dioses. De donde, vista Taigete y enamorarse de ella, fue cosa de un instante para Zeus. Y a partir de allí vino su empeño en lograr a la joven por cualquier medio, entre éstos la violación, que eventualmente podría parecerle más agradable. Él era Zeus, el conquistador.

Taigete no sabía lo que le esperaba, porque no pensaba en el mal. Ya se dijo que era pura. Y así, una mañana soleada se le apareció Zeus y de inmediato la asió a la fuerza contra

la resistencia de la muchacha, que luchaba por su virtud. Por supuesto, aparentemente, no había nada qué hacer.

Pero en realidad sí, porque Ártemis llegó presta y con su delicado perfume virginal se enfrentó a su padre Zeus, no se sabe exactamente en qué forma. Naturalmente que no fue con sus flechas, porque lo respetaba y lo quería, y además sabía lo que eran su rayo y su trueno. Seguramente la autoridad de la virgen y su pureza, más la dulzura de la ninfa, lo convencieron, por primera vez en la existencia del monarca inmortal, de desistir de sus afanes galantes y libidinosos. Realmente, una hazaña.

Zeus se fue, y Taigete, flor de inocencia, le rindió sus oraciones a la diosa protectora e hincó sus rodillas ante su presencia. Y en gesto de gratitud le regaló a la Cierva, que era la más veloz que se haya conocido. Curiosamente, siendo hembra, tenía cornamenta, que la diosa convirtió en oro, como sus cascos en bronce. Y la doncella victoriosa le colocó en el cuello un collar con la leyenda "Taigete me dedicó a Ártemis".

Era, pues y a partir de ese momento, un animal sagrado y muy querido por ésta.

Hay, como siempre, otra versión, con sus respectivas variantes: Zeus sí logró poseer a la hermosa Taigete, y con ella tuvo un hijo llamado Lacedemón, cabeza visible de los lacedemonios; y el sitio donde esto ocurrió se llamó el Taigeto. La región tomó entonces el nombre de Lacedemonia, que es lo mismo que Laconia e igualmente Esparta. La otra variante señala que Zeus solo logró su propósito sexual cuando la doncella se desmayó; y al despertar ésta, llena de vergüenza, corrió a refugiarse en el monte Taigeto, donde tuvo la criatura.

Nadie, humano o animal, podía alcanzar en carrera a la Cierva Sirinia o Cerynites. Ni siquiera intentarlo, sin tener que enfrentarse a Artemisa. Y eso lo sabía Hera en toda su perfidia. De ahí que le sugirió a Euristeo que impusiera como labor a Heracles atrapar viva y sin derramamiento de sangre a la hermosa cierva. Orden perversa, primero porque sabía que no podía alcanzarla nunca, y segundo porque también sabía que el solo hecho de intentarlo lo enfrentaría con Artemisa, tan celosa y terrible cuando le pisaban sus terrenos.

Sin chistar, Heracles emprendió su camino hacia la Arcadia. Solo, pues como se dijo no podía tener compañía ni ayuda alguna. Ya había adquirido experiencia después de lo que le pasó en el trabajo con la Hidra.

Finalmente vio a Cerynites y la persiguió, mientras la cierva rompía el viento veloz en su grácil carrera. Sin que disminuyera su entusiasmo, Heracles lo volvía a intentar, pero la cierva huía cada vez más veloz y liviana por los aires. Ella realmente no significaba un peligro para nadie, como sí lo representaban las fieras de sus tres trabajos anteriores. Era como decir la belleza huyendo y siempre inalcanzable.

Pero Heracles era porfiado y perseverante. Seguía detrás con su velocidad de héroe. Y no desmayó cuando Cerynites pasó la frontera de la tierra y se internó en el país de los Hiperbóreos que atrás vimos, donde no había ni espacio, ni tiempo, ni oscuridad, ni bien ni mal y todos eran felices. Pero aun allí, la cierva corría veloz y el héroe, que cumplía su penitencia, también continuaba la persecución.

Hasta que en un momento el animal. ligeramente cansado, se detuvo en un arroyo a tomar agua. Se perfiló su silueta en la luz sempiterna del país Hiperbóreo, hermosa en el instante de la pausa.

Y allí, como la fulguración de un rayo, Heracles armó su arco con una flecha no emponzoñada, lo tensó y soltó la saeta que debía pasar, entre la piel y el tendón de las patas traseras, sin causar daño alguno ni herida que derramase sangre. Era increíble que alguien pensara en alcanzar el blanco en esa forma sin producir consecuencia alguna. Pero así ocurrió.

Con una puntería certera y precisa, pasó entre el talón y el nervio sin herir ni dañar, pero la cierva quedó inmóvil. Heracles se acercó y la acarició. Luego la puso sobre sus hombros, después de haberle retirado suavemente la flecha. La persecución había durado un año. Y emprendió su camino de regreso.

No era tan fácil, porque Heracles no podía soltar a la cierva si alguien lo atacaba. De hecho nadie se atrevió a hacerlo; pero tuvo un compromiso más serio: apareció Ártemis, armada con el arco en actitud de ataque, por el ultraje que se había hecho a su cierva. La acompañaba su

hermano gemelo Apolo, igualmente amenazante. Heracles no se inmutó. Le asistía la razón. Su duelo por la tragedia de sus hijos continuaba entristeciéndolo, y los dos dioses sabían cuál era la verdad en relación con esa tragedia. Ellos conocían, por haberla padecido en propia carne antes de nacer, lo que era la venganza criminal de Hera.

Y cuando Heracles recordó que el propio Oráculo de Apolo, en transmisión del pensamiento de Zues, le había establecido la obligación de ir a obedecer y cumplir los diez trabajos, que se tornaron en doce, que le impusiera Euristeo y Hera detrás de él, y que el último era apresar a la cierva Cirinea o Cerynites, él solo había obedecido esa orden superior para expiación de su pecado. Pero lo había hecho sin causarle daño al hermoso animal.

Ártemis y Apolo oyeron las razones, verificaron la salud de la cierva y sintieron la misma tristeza que padecía Heracles, al cual dieron aliento en su imponderable faena que realmente apenas comenzaba. De hecho los tres eran hermanos.

De nuevo gran revuelo en las murallas de Micenas. Euristeo no podía creer la hazaña, pero veía allí a la cierva sana y salva, atrapada por la astucia y el coraje del odiado héroe. Mientras tanto, Hera en el punto más alto de su odio, tascaba el freno. Había concluido el tercer trabajo válido, cuarto realmente.

Los trabajos anteriores de Heracles suponían la lucha del bien contra el mal. Las superiores fuerzas de los malos contra los buenos y la licencia que aquellos se toman para vencer a las limitadas fuerzas del bien, sujeto a las leyes de la convivencia. En otros términos, es la eterna lucha de la ley contra el crimen.

Pero el trabajo de la captura de la Cierva Cirinia o Cerynites supone algo que va más allá: es la persecución del hombre por la belleza y por el ideal, siempre elusivo y esquivo.

Los pájaros de la laguna Estínfalia

Copreo transmitió a Heracles la orden de su siguiente trabajo, es decir el cuarto, quinto en la realidad. Debía dirigirse a Arcadia, hasta el lago Estínfalo, cercano a la ciudad del mismo nombre, donde moraban unos pájaros míticos

grandes, con plumas aceradas y cortantes, depredadores de todo lo que encontraran, fuese animal o vegetal.

Estínfalo fue rey de Arcadia en la época en que Pélops o Pélope, hijo de Tántalo, cuya historia se narro antes, vivía. Y con él tuvo que librar una guerra que concluyó cuando Pélops fingió querer la paz y ofreció a Estínfalo las seguridades de su amistad. Y así, movido en engaño, éste acudió y se confió al anfitrión. La fiesta fue estupenda, con abundancia de vino. De ese modo, bajo los efectos del licor, Pélops, al que su progenitor, como habrá de recordarse había descuartizado y preparado en la cocina para servirlo en sacrificio y bien sazonado al propio Zeus, abuelo del muchacho, acudió a las mismas prácticas de su padre y descuartizó a Estínfalo, sin que se sepa si se lo comió o no.

Fue por cierto que, sobre esa gloria sombría, a la región después se la llamó el Peloponeso. Y pasado el tiempo que todo lo olvida, de Estínfalo solo quedaba el nombre de la ciudad y el lago adyacente que, con el paso de los años se fue convirtiendo en un símbolo de muerte, turbio y pestilente. A él caían basuras y animales muertos. El lago, pues, estaba ya sin vida. Mas algo peor le había ocurrido: en el bosque que le daba marco, se fueron aposentando los mortíferos animales alados y negros que asolaban el contorno.

Eran muchos. Una verdadera plaga que, en vuelo, oscurecían el sol. O sea que el exterminio de los pájaros de Estínfalo significaba una tarea casi imposible por el número infinito de aves que debían morir solo cuando estuvieran al alcance de sus flechas. De hecho la descomunal fuerza física de Heracles de nada le servía. Pero el trabajo impuesto alcanzaba la dimensión de un gran servicio comunitario.

Heracles llegó y se percató de la intensidad del desafío, pero no perdió entusiasmo. Por el contrario, inundó su alma de optimismo y se encomendó a su amada Atenea, quien le socorrió con un címbalo de bronce. El címbalo es un instrumento de percusión que, en este caso, por ser metálico y hecho por los dioses, seguramente por Hefeistos a pedido de Atenea, al tocarlo producía un sonido mágico que hizo levantar en vuelo, al instante, a todos los pájaros, los que despavoridos huían hacia otros lugares. De hecho ya no quedaban de otros pájaros. Y al estar en vuelo y al alcance, Heracles disparaba sus flechas certeras y precisas

que mataban por miles de aves, y volvía a tocar el címbalo para repetir el experimento.

Se dijo que casi todas huyeron hacia el Mar Muerto. Fueron encontradas algunas en el viaje de los Argonautas en la isla de Ares. Pero hubo algo curioso y sarcástico. Otras aves volaron hacia Micenas, de modo que cuando Heracles llegó allá victorioso, el rey Euristeo, cobarde como era, se había refugiado en su cuarto subterráneo, porque hasta allá habían volado algunos de los terribles pájaros. Heracles rió con buena gana de la cobardía de su amo, y volvió a tocar el címbalo, con lo que definitivamente se alejaron para no volver jamás. El trabajo se había cumplido con honradez y talento.

La limpieza de los establos de Augías

Augías, que en griego significa brillante, era el rey de Élide. Personaje fabuloso, hijo de Helios y seguramente de Naupidame. Hay otras opiniones sobre la paternidad de Poseidón. Pero dejémoslo como hijo del Sol. O sea que era un ser semidivino y privilegiado.

Casado con Epicaste, tuvo con ella cinco hijos: Epicaste, Fileo, Agameda, Eurito y Agástenes. Se dice que fue uno de los argonautas, hermano medio de Eetes, dueño del Vellocino de Oro. Sobre este punto habremos de volver.

Helios era dueño de brillantes rebaños. Todo lo suyo era brillante. Por lo demás, los rebaños de Helios tenían la peculiaridad de que estaban al amparo de enfermedades. Y como buen padre que era, le regaló doce toros a su hijo Augías para que montara su propia ganadería que, por lo mismo de ser a prueba de enfermedades, creció y creció hasta el punto de ser la más grande conocida en la antigua Grecia.

Tuvo pues unos establos inmensamente grandes para sus rebaños, que se multiplicaban incalculablemente porque ninguno se moría, y como Augías era tan rico, tampoco vendía. De manera que, siendo tan grande el establo, era imposible limpiarlo todo. Y así, con el correr de los años, la gran extensión de tierra que ocupaba se había llenado de tanta inmundicia, que se volvió una especie de paradigma de suciedad. Pero había algo peor, y es que, por estar acaparado allí el estiércol del ganado de todas las reses, no había ya en Grecia suficiente abono para las tierras labrantías.

Euristeo –y Hera detrás de él–, pensaron en el sexto trabajo, quinto válido, con el ánimo por supuesto de garantizar su fracaso. Se trataba de limpiar el gigantesco establo en un solo día, labor que a cualquier mortal debía resultarle realmente imposible. Pero igualmente decidieron que así fuera con el fin de humillar con un trabajo indigno al héroe que venía de desempeño de tan brillantes acciones. Ahora Heracles tendría que ir a limpiar estiércol con humildad y sin chistar, como un esclavo que no delibera ni puede mostrar su voluntad propia. Y así, Heracles partió sin decir nada a cumplir su deber.

Pero cuando llegó a Élide y se dio cuenta de lo imponderable de la labor, pensó, como ser humano que al fin y al cabo era, que más allá de la penitencia impuesta por sus enemigos, Augías, que era completamente ajeno al asunto, iba a obtener un gran beneficio de su esfuerzo y eso debía tener un costo. Heracles, bien se sabe, era pobre porque la corona que su padre previó para él, le había sido escamoteada por las brujerías de Hera.

Entonces pidió a Augías que le participara con una décima parte de su ganado. Y Augías aceptó con la condición de que fuera en un solo día. Esto ocurrió en presencia de su propio hijo Fileo, fiel testigo del trato.

Un día era ciertamente muy poco tiempo para esa labor. Pero Heracles era el héroe, más esforzado de los griegos.

Entonces, con gran inteligencia, para iniciar la tarea, rompe el muro del establo. Le bastaba con darle un puñetazo.

Y a continuación elabora un canal simple que recoge las aguas de los ríos Alfeo y Peneo que pasan vecinos, y por sí misma la corriente, con su propia fuerza, ejecuta lo que parecía imposible: limpiar con sus aguas el cúmulo nauseabundo del producto de años de abandono. De paso, al seguir rodando las aguas por las tierras estériles, las fecunda con la ayuda de Atenea y Deméter, como consecuencia de lo cual, corto tiempo después, volvió a florecer la agricultura.

La labor se había hecho en un día. Y regresó otra vez triunfal a Micenas. Pero en ésta, como en la segunda vez, el malvado Euristeo niega su valor al trabajo, porque ya sabía que Heracles se estaba ganando de Augías una parte del ganado. Hera, con sus ojos de novilla, todo lo veía. Y lo sabía.

De esta suerte, invalidado este trabajo, debió recibir un nuevo encargo. Debía ir a Creta a capturar al toro blanco loco, y traerlo.

Y hacia allá se fue a cumplir ese quinto trabajo válido, que se iba a demorar un poco por la simple razón de que antes Heracles debió volver a Élida a arreglar el asunto económico pendiente con el rey Augías.

Éste, en la forma más descarada, se negó a cumplir el trato aduciendo distintas razones: primera, que Heracles era un esclavo y por lo tanto no podía contratar. Segunda, que el trabajo no lo había hecho él sino los ríos Alfeo y Peneo. Heracles, por supuesto, no aceptó tan tramposas razones y llevó a juicio a Augías. Cuando el hijo Fileo, testigo del contrato, declaró la verdad, los jueces aceptaron y fallaron a favor de Heracles.

Pero Augías, que sabía que tenía el apoyo de Hera, no aceptó ni el fallo ni el testimonio de su hijo Fileo, al que desterró, al tiempo que mostró un gran ejército a su servicio, listo a la guerra.

Heracles, ante estas poderosas razones que lo situaban en desventaja, tuvo que marchar. Pero se fue a buscar ayudas en toda Grecia. Y claro, cuando regresó a Élida, llegó con él la guerra que, como todas las guerras, fue cruel y sangrienta. Y además, la perdió porque los Moliones o Moliónidas, generales de las fuerzas de Augías, no solo le ganaron la batalla, sino que dieron muerte al propio hermano gemelo de Heracles, Ificles.

Y ¿quiénes eran estos Moliónidas o Moliones que así vencían a un ejército con Heracles a la cabeza? Eran otros héroes griegos, hermanos gemelos –algunos dicen que eran hermanos siameses, pegados por la cintura–, llamados Ctéato y Eurito –nombre que también llevaba el último hijo de Augías–, hijos a su vez de Poseidón y Molíone, hija de Molio, doncella a la que sedujo aquel convertido en un pájaro, por lo cual, tanto Ctéato como Eurito, habrían de nacer de un huevo.

Después de este parto ovíparo, Molíone se habría de casar con Áctor, por lo cual a los Moliónidas también se los conocía como los actóridas o actórides.

Valerosos guerreros ambos hermanos, ágiles y esforzados, diestros en el manejo de todas las armas, seguramente

lo de siameses no era verdad, porque se multiplicaban individualmente en la batalla como si fueran muchos. Con su abuelo Molio habían participado desde adolescentes en una batalla en defensa de Élide contra el rey de Pilos Neleo, atacante de su ciudad.

Eran tan jóvenes e inexpertos entonces que, estando perdidos en la batalla, su padre Poseidón los salvó mandando un temblor de tierra y luego una densa capa de niebla para que pudieran huir.

Pero para la época de la ira de Heracles contra Augías, ya eran hombres casados, aunque muy jóvenes aún. Y eran tan poderosos guerreros, que Augías los nombró, junto a uno de sus hijos, generales para la defensa de la ciudad frente al ejército con el que volvió Heracles. A la sazón Áctor, el padrastro, era una especie de primer ministro de Élide.

Nada pudo pues Heracles al enfrentarse a los Moliónidas, y ante las pérdidas tan sensibles que sufrió, entre ellas la de su hermano gemelo, cayó enfermo. Es entonces cuando, a pedido del istmo de Corinto, se decreta una tregua. Y así pasa tres años, suspendidos los trabajos de Euristeo, pensando en su venganza. Al cabo de ese tiempo, han de celebrarse en Élida las fiestas a Poseidón. Hacia allá se encamina con un grupo de hombres.

Los éleos festejan desprevenidos, circunstancia que aprovechó Heracles para hacerle una emboscada a los Moliónidas y al hijo de Augías. A traición, pues, les da muerte y huye de inmediato hacia Tirinto, donde ya tenía un palacio. Los héroes también eran canallas y mezquinos.

Y es así como la madre Molíona, transida de dolor, camina y camina por todos los lugares en busca de justicia. Pero lo único que logra es que en los juegos olímpicos no vuelva a ganar ningún éleo.

La deuda de Augías, por supuesto, no la pagó jamás, por lo cual, ya realizados todos los trabajos, Heracles volvería con más cólera, después de reclutar nuevas fuerzas en el Peloponeso, y mataría al tramposo rey éleo. En su lugar pondría al hijo Fileo, de regreso del largo destierro.

No era perfecto Heracles, como no era perfecto ningún dios. La muerte de los Moliónidas en una emboscada es censurable, por la falta de nobleza que reviste. Pero era la crueldad

de la guerra y el desarrollo del odio y el instinto homicida del hombre lo que primaba en esas acciones.
Ahora, en relación con la labor aparentemente indigna de la limpieza del establo por un héroe lleno de gloria, en realidad lo que significa es que ningún trabajo, por humilde que sea, degrada al hombre. Al contrario, lo enaltece. Por lo demás, la construcción del canal, podría decirse, fue la primera gran obra de la ingeniería humana, en el esfuerzo asombroso de mover montañas, romper barreras naturales y cambiar las cosas con el predominio del talento sobre la dificultad.

La captura del toro de Creta

Se sabe ya que Minos fue el legendario rey de Creta, casado con Pasifae, padres que fueron ambos, entre otros, de Ariadna y Fedra, de los que hemos hablado en el estudio de Teseo. Y ha de recordarse que fue, después de muerto, uno de los jueces del Hades. También es conocido que era hijo de Zeus con la bella ninfa Europa. Minos era arrogante y prepotente.

Heredó de su padre adoptivo, el rey Asterio, el trono de Creta. Se valió de ardides para que el rey moribundo lo prefiriese por encima de sus otros hijos, y muerto el padre, mantuvo una férrea dictadura contra sus hermanos, que se levantaron en rebelión, herederos como eran con igual derecho. Minos sostuvo como argumento central contra ellos que su linaje era mejor, pues para entonces ya era del conocimiento público que su padre verdadero era Zeus.

Esa circunstancia, según lo afirmaba, hacía que tuviera un canal directo con todos los dioses olímpicos, y que aun el dios del mar, Poseidón, dueño de los temblores, y temible deidad que podía borrar en un instante una isla como Creta con un maremoto, estuvieren atentos a sus solicitudes. De hecho esos cataclismos se veían entonces con alguna frecuencia e infundían un miedo sobrecogedor.

Entonces, para demostrar Minos que sí era verdad lo que decía en relación con el afecto divino de que gozaba, en presencia de todos le hace una súplica a Poseidón, desde la playa. Concretamente le pide que haga salir del mar a un toro, y le ofrece que él, con gran ceremonia, habrá de sacrificarlo a su culto. Y para el asombro de todos, he aquí que

de las olas del mar va saliendo un hermoso y gigante toro blanco que se pasea en las arenas con gran imponencia. Es tan bello, que Minos queda fascinado con él.

Entonces, muy asegurado en el trono después de este prodigio, decide que ese ejemplar no sea sacrificado y lo deja para él. En su lugar ofrendaría al dios otros toros.

El engaño no pasa desapercibido a Poseidón, quien, enfurecido, transforma al toro y lo enloquece. De sus fauces sale fuego y su cornamenta es gigantesca y pavorosa. Con fuerza huracanada recorre las ciudades de Creta matando todo lo que ve, sin que nadie tuviere ni el valor ni la fuerza para someter al animal, aparentemente inmortal.

Minos, angustiado, despacha barcos pidiendo ayuda a los reyes vecinos y también implora a todos los dioses para que perdonen su innoble acción. Naturalmente que ya de nada vale el arrepentimiento.

La súplica de ayuda de Creta llegó a Micenas cuando Heracles, terminada la labor del establo y lo que siguió de allí, se presenta a reclamar el séptimo trabajo, quinto válido. Y Euristeo, a través de Copreo, no vacila en señalarle la captura del toro blanco de Creta.

Así, pues, Heracles emprende el viaje a esa isla, solo. Al llegar encuentra a la capital de Creta, Cnosos, acuartelada y medrosa. La gente, entre ellos el propio rey Minos, tenían las puertas trancadas por dentro con horror por el antes majestuoso toro blanco.

En una tierra que se consagró a los toros y donde se les rendía un culto ceremonial, ahora se padecía el terror por uno de ellos enloquecido, debido a la ira del dios que lo había creado.

¿Cómo fue el combate, o mejor la lucha? Lo desconocemos. Pero se sabe algo definitivo. Heracles no podía matar al animal. O sea que lo que debía primar era básicamente la fuerza, y en segundo orden el talento para vencer una fortaleza tan superior, arrolladoramente distribuida en los mil quinientos kilos largos que debía ostentar el ágil astado.

También se dijo que en Creta, como antecedente de la tauromaquia, el hombre esforzado luchaba grácilmente con el toro y lo vencía. Pero con un toro normal, no con este, detrás del cual estaba Poseidón, con toda su ira por

satisfacer. O sea que esta pelea era mucho más riesgosa y difícil que la que se podía sostener con cualquier toro.

Y lo que se sabe es que Heracles hizo homenaje a la sabiduría popular que desde entonces, para casos muy difíciles, afirma que hay que tomar el toro por los cachos. Así lo hizo sobre la furia de la embestida y la velocidad. Burló al animal con un movimiento de engaño y luego corrió a su lado con la misma velocidad. En plena marcha pasó sus brazos por los cuernos y lo detuvo. Luego luchó denodadamente, sacudiéndolo el toro con su potente cabeza, pero manteniéndose firme, sin aflojar la férrea tenaza que sujetaba las astas.

Y así, no se sabe al cuánto tiempo, el toro fue cediendo, hasta que se quedó quieto y dócilmente bajó la potente testa. Heracles lo soltó y amarró; y a continuación marchó con él por los caminos del mar y de la tierra, hasta llegar a Micenas, donde todos lo vieron entrar conduciendo a la antigua fiera de cabestro.

Se cumplía cabalmente la misión. Terminada la hazaña, Heracles soltó al toro que, vagando y vagando, llegó hasta la llanura de Maratón donde volvió a sembrar el terror, como antaño en Creta. Y pasado el tiempo, como ya se vio en el estudio de Teseo, este otro héroe, llegó hasta allá donde luchó con él y lo venció. Luego, repitiendo la hazaña de su admirado primo, lo amarró con un lazo y entró con él a la ciudad, donde se lo ofreció en sacrificio a Apolo.

Los caballos de Diomedes

El octavo trabajo, sexto válido, le fue impuesto personalmente por el propio Euristeo. Habría de ir hasta Bistonía, en el reino de Tracia, donde reinaba el cruel Diomedes. Odiaba éste a todos los extranjeros que pasaban por allí, a los que hacía morir de una manera original y despiadada. Tenía cuatro caballos, algunos dicen que eran yeguas, llamados, el primero Podargos, que significa pies largos y ligeros, el segundo Lampos, que quiere decir brillante, el tercero Xanthos, que significa amarillo dorado, y el cuarto Deinós, que quiere decir temible, terrible.

Estos caballos o yeguas habían sido entrenados por su amo para comer carne humana. Cruda, para ser más exactos. Y era doloroso saber que a cada uno de los que pasaban por

allí él los hacía matar de las yeguas o caballos para ser de inmediato devorados.

Heracles se fue acompañado de sus amigos, aunque solo él participó en la hazaña. Empero, cuando supo de su llegada el pérfido Diomedes, le soltó a las yeguas que mataron y engulleron a un amigo muy cercano a él, de nombre Abdero. Las yeguas exhalaban fuego por la nariz y mataban a coces y mordiscos, mientras el monarca reía satisfecho de su perversidad.

Heracles lo observa cargado de odio y rencor. De un momento a otro, con la agilidad de un felino, salta y agarra del cuello a Diomedes, que siente la fuerza mítica del héroe arrancándole la vida. Y cuando ya va a morir, lo arroja a sus propios monstruos equinos, que sin reparar en él como su antiguo amo, lo devoran caliente. Y sabe entonces en carne propia lo que eran sus crueles castigos a los extranjeros. Agotada la brutal escena, los caballos se dejan coger de Heracles, quien los enlaza y los lleva a Micenas. Euristeo los ve, los recibe y ordena que se los consagren a Hera. Ésta los recibe encantada y los lleva al monte Olimpo, con tan mala suerte para ellos que en un descuido de Hera fueron devorados por las fieras.

Volvió Heracles a la tierra de Tracia y fundó en el lugar donde esto ocurrió la ciudad de Abdera en homenaje a su amigo caído.

El cinturón de Hipólita y Admete

Hipólita era la reina de las Amazonas, bellas guerreras que habitaban Capadocia, región de Trebisonda, cuya capital era Trebiscira. Dicen que se habían extirpado o reducido con amarras el seno derecho –Amazona significa sin un seno– para poder usar sin estorbo el arco y las flechas.

Hipólita era hija, a mucho orgullo, de Ares. Precisamente por eso era guerrera por vocación y por culto a su padre. A su vez Ares, con amor, le había regalado un cinturón que era el símbolo del poder, y el que ella guardaba celosamente. Se dice que Hipólita, a más de valiente y esforzada, era hermosísima. Su leyenda era un rumor general en toda Grecia y había llegado hasta los oídos de Admete, o Admetis, hija favorita y adolescente de Euristeo.

Ésta, cuando se cumplió el octavo trabajo de Heracles, hizo aparición ante su padre y le pidió que le impusiera, como el noveno trabajo –séptimo válido–, ir hasta donde Hipólita para despojarla del cinturón, que debía llevar a Micenas y el que en adelante habría de lucir en su delicada cinturita. Capricho de mujer y oportunismo.

Partió de nuevo Heracles. Sabía que una pelea con las Amazonas era asunto bastante complicado. Todas eran furiosas. Pero llegó y, sin mayores dificultades, fue introducido donde Hipólita que, según dicen unos, se enamoró de él a pesar de que las amazonas no eran ni femeninas ni propensas al amor del hombre. Y se agrega que, después de haber hecho el amor, cuando él le dijo el objeto de su misión, ella de buen grado le contestó que le regalaba el cinturón. Hasta allí ningún problema había.

¡Ah!, pero faltaba Hera en ese paseo. Ésta, cargada de su ira sempiterna, se convirtió en una Amazona e inculcó entre las demás la insidia. Ella –sostuvo– era conocedora de que los planes verdaderos de Heracles eran no solo robar el cinturón, sino raptar a Hipólita. Y así todas se indignaron y se pusieron en pie de guerra. Es entonces que, al intentar Heracles huir ya con el cinturón, debe enfrentarlas a todas y se ve obligado a matar a la terrible Hipólita, presa de elevado encono y armada ya de su arco y espada.

Hay otra versión que coloca a Teseo interviniendo en el asunto y dice que este héroe raptó a la amazona Antíope, hermana de Hipólita, porque estaba enamorado de ella y con ella tuvo a Hipólito, del que se ha hablado antes. Otros dicen que se la llevó como rehén, y no faltan los que agregan que a quien raptó y con la que tuvo al hijo Hipólito, fue a la propia Hipólita.

Y el mito se bifurca porque, bien sea que la secuestrada era Antíope o Hipólita, las demás lo siguieron hasta Atenas y entraron en guerra con los atenienses. Otros dicen que no fue un rapto sino que, para el matrimonio de Teseo con Fedra, de lo que también se habló, irrumpieron las Amazonas por celos y porque, bien fuera la enamorada de Teseo Antíope o Hipólita, todas se sentían burladas.

Mas es preciso recordar que Teseo fue quien crió al hijo Hipólito, que ya era un adolescente crecido cuando Fedra, como ya se narró, se enamoró de él y se le ofreció, habiéndola rechazado el joven cazador por respeto a su padre.

Sea como fuere, cosa que es difícil averiguar con exactitud, lo más probable es que Heracles, introducida la cizaña por Hera, tuvo que dar muerte a Hipólita en legítima defensa y partió con el cinturón hacia Tirinto. Y todo esto para la satisfacción de un capricho de la cabecita loca de Admete o Admetis y su vanidad femenina.

La captura de los bueyes de Gerión

Gerión o Geriones era un ser mitológico monstruoso, pues tenía tres tórax con sus respectivas cabezas y seis brazos. Hesíodo lo llama *tricéfalo*, hijo de Crisaor y Calirroe. Vivía en la isla Eriteia o Eritia, muy probablemente en la desembocadura del río Tartessos, cerca de la ciudad de Cádiz, en España. El décimo trabajo era ir hasta allá, matar al monstruo y quitarle los bueyes, que debía llevar vivos a Micenas o Tirinto.

Se dice que de los doce trabajos de Heracles, los seis primeros fueron realizados en el Peloponeso. Los otros seis en diferentes partes, aun las más apartadas del reducido mundo conocido. Y a buscar a Gerión en el extremo Oeste, partió Heracles con una flota de barcos, que bien podía ser solo uno.

No se sabe a ciencia cierta por qué, siendo que Eriteia o Eritia quedaba en el Occidente de Hispania, Heracles se embarca y va hacia Libia, nombre genérico como se conocía toda el África. Y por supuesto, ya sin el barco, emprende una caminata feroz por los desiertos del Norte de ese continente. Seguramente al remontar en el Mediterráneo la larga bota italiana y darle la vuelta a Cicilia, lo que le quedaba más fácil en su peregrinación era recalar en Túnez y proseguir por tierra, seguramente mientras su nave avanzaba sin él y su gente, por el mar. Todo es nebuloso.

Lo cierto es que el sol calcinante y la falta de agua le dejan sin aliento en algún tramo del ardoroso camino. Él está desesperado y va a desistir de su empeño y a entregarse a la conformidad de la muerte en las arenas interminables y abrasadoras. Entonces, bajo un impulso desesperado, dispara una flecha al sol terrible. Helios o Apolo comprende o comprenden su desolación y le dan aliento para que continúe. Heracles asiente, pero con la condición de que aquel le preste la copa de oro que diariamente utiliza para la travesía nocturna del extremo Oeste hacia Oriente, y el dios accede.

Seguramente la copa de oro era un poco de agua solamente, que le brinda algún lugareño. Y así Heracles recobra su condición de héroe y logra volver al mar y de él a la Hispania y a su destino en Eriteia.

Y me imagino que preguntando pudo llegar hasta un sitio donde encontró a un perro monstruoso de dos cabezas llamado Orto u Ortro, similar a Cerbero, el perro del Hades, que vigilaba el ganado. De un mazazo le dio muerte. Pero de inmediato le surge otro enemigo, Euritión, vanguardia del propio Gerión, al que también mató. Al llegar donde estaba el rebaño, ya listo a apoderarse de él, Menecio, o Menencio o Menete, que era un pastor que había presenciado lo acontecido, se fue donde Gerión, que dormía una siesta, lo despertó y contó las desagradables noticias.

Gerión, con su estatura de gigante y sus tres torsos, corrió en tres zancadas hasta donde estaba el intruso. De sus tres bocas salía fuego y rugidos que hacían estremecer la vegetación, como si fuera un dragón. Era uno de los últimos grandes monstruos que poblaban la tierra. Sus seis brazos y manos se agitaban en el aire buscando asir a ese desconocido que sin motivo alguno llegaba a perturbar su paz.

Heracles no se arredró ante la fiera visión. Sacó las flechas y tensionó el arco, y disparó certero las saetas envenenadas, una por cada cabeza. A los pocos minutos el gigante tricocélafo cayó tendido en el campo. Entonces Heracles, con su afilada espada de bronce, lo cortó en tres y allí lo dejó para escarmiento de cualquier otro que quisiera medírsele. Ya era dueño del ganado y con él partió. Esta vez no por mar, sino por tierra.

En realidad era a partir de ese momento cuando comenzaba su verdadera hazaña. Irse seguramente por toda la península española, remontar los Alpes, pasar a Italia para luego caer a las costas adriáticas en donde debió volver a embarcarse hacia Grecia, llevando un ganado –no se sabe cuántas cabezas–, muy abundante. O pudo ser que en las costas españolas tornó a la mar hasta salir a Italia, seguramente a Roma. De todos modos era una proeza de gran tamaño. Y un gran desafío a las fieras que abundaban, y a los ladrones y monstruos que aún existían.

Cuentan los autores italianos que cerca del monte Aventino en Roma había un famoso ladrón –algunos apuntan que

también era un monstruo– que se llamaba Caco. Es fácil suponer por qué a sus colegas de todos los tiempos los han apodado con el mismo sobrenombre. Y es así que, estando dormido Heracles, vencido por la fatiga, Caco, furtiva y sigilosamente, se acercó y robó cuatro parejas del ganado. Para que Heracles no se diera cuenta, arrastró a las reses por la cola, dando la apariencia de que caminaran hacia atrás sobre las mismas huellas que habían dejado. Hecho lo cual, las ocultó en su cueva.

En otra versión se dice que Caco era un gigante, hijo de Hefeistos, mitad hombre y mitad sátiro, es decir, con patas de macho cabrío y de su boca, cuando lo quería, expelía grandes chorros de fuego y de humo. A la entrada de su cueva colgaba las cabezas humanas de sus víctimas que devoraba dentro.

Puede uno imaginarse lo que sintió el héroe cuando despertó y se topó con esta desgracia, estando ya a la mitad del camino de regreso. Qué latrocinio, cometido en sus propias barbas. Buscó entonces por todas partes, en un país que le era desconocido. Todo inútil.

Pero la astucia siempre termina venciendo. Y es así como una hermana de Caco llamada Caca, se enamoró de Heracles. De su fuerza, de su valor, de su leyenda y de algunas otras cosas más.

Heracles aprovechó la situación y sedujo, con cálculo refinado, a Caca y ésta, sin reparar en la venganza del héroe legendario contra su propio hermano, le contó todo. Dónde estaba Caco y dónde el ganado.

No había terminado de hacer la revelación cuando ya Heracles estaba en la cueva. Y de diestro mandoble mató al ladrón y recuperó el ganado. Caca, por supuesto, se quedó con su pecado y sin Heracles, quien de esta forma pudo proseguir su marcha.

Empero, Hera no se daba por vencida. Y es así que con toda su malicia y su poder, mandó un enjambre de tábanos que picaran al ganado para provocar una estampida. Más Heracles, con paciencia y algunos amigos que todavía le quedaban, logró reagrupar a los vacunos y continuar. Luego Hera mandó una inundación que hizo crecer un río hasta el punto de que se tornó inaccesible para el ganado. Entonces Heracles, acudiendo otra vez a la ingeniería, movió con

sus amigos todas las piedras que encontró, que debieron ser muchas, y las arrojó al cauce, y así, disminuyendo la profundidad del río, pasó con su ganado.

Finalmente, y con todas las trabas que el destino y la rencorosa Hera le pusieron ante el odiado rey Euristeo, éste recibió el rebaño satisfecho e inmediatamente lo consagró y sacrificó a Hera. Estaba cumplido el décimo trabajo, octavo válido.

Le restaban dos.

Las manzanas de oro de las Hespérides

Heracles debía ir esta vez hasta los confines del planeta a traer las fabulosas manzanas del Jardín de las Hespérides para entregarlas a Euristeo en Tirinto o Micenas. Trabajo, como el anterior, para cumplir en punto muy lejano. Al extremo occidental de la Tierra, donde confluía todos los días el sol –Helios o Apolo, o ambos– y donde igualmente el titán Atlante se hallaba condenado por Zeus, después de la Titanomaquia como se vio antes, a soportar de modo permanente sobre su nuca el peso de la tierra, que de tanto cargarla él supo que era una esfera. Y a más de la tierra, también debía cargar el cielo.

Las manzanas eran de oro y las cuidaban las Hespérides. Ya de eso se ha hablado. Quien las probara se convertía en inmortal. Por cierto que fue el regalo que, con motivo de la boda de Zeus y Hera, Gea o Gaia –la madre tierra– les ofrendó. Y Hera, fascinada por la belleza del presente, sembró las semillas en aquel jardín.

El Jardín donde florecían los manzanos estaba vigilado celosamente por un monstruo gigante llamado Ladón, que ostentaba cien cabezas, cada una de las cuales era temible. Con él estaban las cuatro ninfas Hespérides, que tenían nombres muy especiales: Egle, que significa la Resplandeciente, Eritia, que significa la Roja, Hesperia que quiere decir el Ocaso, y Aretusa, que era el Poniente. Eran hijas de Atlante.

Nada sencillo era dirigirse a un sitio que ningún hombre había conocido. Así Heracles tuvo que vagar por África y por Asia en averiguación de dónde quedaba ese lugar. En este último continente, al extremo oriental del mundo, conoció, como ya se contó, a Prometeo cuya historia sabía, y al que vio clavado en la roca. De él se apiadó.

Con su arco y las flechas envenenadas mató al águila que diariamente se comía su hígado. Y fue cuando hizo el trueque de la vida de Prometeo por la de Quirón. Es decir, liberó a este benefactor de la humanidad.

En gratitud Prometeo le sugirió que para cumplir el undécimo trabajo era preciso que primero aprisionara a Nereo, uno de los dioses del mar, padre de las Nereidas, al que debía preguntarle, una vez capturado, la forma de llegar al Jardín de las Hespérides. Le indicó además cómo agarrar al viejo dios marino. Hecho todo esto, le sugirió que debía convencer a Atlante para que mientras Heracles soportara momentáneamente el peso de la esfera terráquea, fuera aquel quien pasara al Jardín, tomara las manzanas y se las llevara.

Y parecerá increíble, pero con estos valiosos consejos pudo Heracles aprisionar al viejo Nereo, quien en esas condiciones le indicó el camino hasta donde se encontraba Atlante, al lado del Jardín. Y allá llegó. Nada es imposible cuando se tiene una voluntad tan poderosa como la de Heracles. Y dialogó con Atlante, cuyo tamaño debía ser colosal. Empero, un gigante tan alto como él, se dejó convencer de un mortal semidivino como Heracles. Y fue entonces cuando le demostró al gigante que un hombre con vocación de dios podía soportar, al igual que él, la carga del mundo.

Convencido Atlante, descargó su enorme peso sobre la nuca de Heracles. Este alivio lo dejó muy agradecido, y así fue gustoso hasta el Jardín y tomó las manzanas. Es natural que sus hijas no desconfiaban de su honradez ni el gigante Ladón. Y las llevó hasta donde estaba Heracles y se las mostró; pero conocida la libertad, no quiso volver a ocupar su lugar. Bobo sería si lo hubiera hecho.

Heracles supo entonces que estaba metido en un gran lío. Pero lejos de enojarse o de desesperarse, acudió a una táctica inteligente. Y como parece ser que los gigantes no lo son tanto, le dijo que no había problema. Que él seguiría con el mundo a cuestas, pero que lo dejara por lo menos ir en busca de un cojín, porque el mundo le tallaba demasiado.

Atlante, con alma caritativa y gran ingenuidad, volvió a tomar su enorme carga, aunque fuera momentáneamente, para que Heracles pudiera ir por el cojín. Mas Heracles, al verlo de nuevo con el mundo a cuestas, se rió con buena gana, tomó las manzanas y partió hasta el sol de hoy.

Llegó ante Euristeo, quien deslumbrado por la hermosura del presente, llamó a Atenea y se las obsequió con gran devoción. Mas Atenea era desprendida y noble como ninguna, y las devolvió a su lugar de origen, donde vio a Atlante cumpliendo con su deber. Por lo menos había tenido un pequeño descanso.

El perro Cerbero

Ya se habló de Cerbero, el can que cuidaba las puertas del Averno, monstruo de tres cabezas rugientes. Heracles debía ir hasta allá y capturar al perro para llevarlo ante Euristeo. Era el último trabajo. Claro que en toda esta cadena de historias ya se sabe de algunos mortales que se atrevieron a hacer el viaje, sin el requisito previo de la muerte, hasta el reino de Hades y retornaron vivos. Orfeo y Sísifo, entre otros. El propio Teseo y Pirítoo, como antes se narró, lo intentaron. Los primeros, regresaron, los otros dos se quedaron cumpliendo un castigo impuesto, más que por el propio Hades, por la increíble osadía de pretender quitarle a su mujer Perséfone. Ellos mismos se habían condenado.

Es lo cierto, como antes se dijo, que Heracles, para poder llegar a cumplir su último trabajo, debió de iniciarse en los misterios de Eleusis y hacerse devoto de Deméter y de su hija, las que finalmente le ayudaron, porque ellas mismas, como se recordará, habían tenido que soportar las vengativas persecuciones de Hera. Y también tuvo la ayuda del psicopombo Hermes, quien conocía muy bien el camino como que era el encargado de llevar a las almas en su último viaje de la muerte.

Heracles llegó, vio la laguna Estige, y antes el río del mismo nombre que a ella conducía, se encontró con la barca fatídica y el barquero insustituible Caronte, montó en ella y pagó el óbolo a éste, luego se encontró en el vallecito de Perséfone, y divisó, entre la niebla, la herrumbrosa puerta custodiada por Cerbero. Y allí tuvo su encuentro denonado. Con sus poderosos brazos logró desafiar las mordidas múltiples del perro tricéfalo, para luego asirlo por el tórax y oprimirlo. Es natural que un ser cuya fuerza le sirvió para soportar el mundo sobre su cerviz, tuviere tanta fortaleza como para hacer chillar de dolor al enorme can en el momento en que lo apretó.

Y, perro al fin y al cabo, cuando sintió el poderoso abrazo, se humilló y se tendió sumiso a los pies del héroe. Entonces este lo sometió con un cordel.

Ya estaba listo para regresar, después de tan escabroso viaje, cuando le llegó a la mente la idea de darle una mirada al interior del reino de las sombras. Y vio a Meleagro, el héroe hijo de Eneo –que era rey de Calidón– y de la ninfa Altea. Había nacido invulnerable, pero su vida, de acuerdo con la decisión de las Moiras, dependía de un tizón encendido. Cuando éste se consumiera él moriría.

Su madre Altea, hermana de Leda, precavidamente apagó el tizón y lo guardó. Pero muchos años después, por haber tenido un disgusto con su hijo, lo volvió a encender. Y así, al consumirse del todo, se cumplió la profecía y murió. Su madre, arrepentida, se suicidó.

Y allá estaba, en el inframundo. Con él conversó Heracles. Entre otras cosas Meleagro le aconsejó que al regreso tomara a su hermana Deyanira, cuya belleza y virtud ponderó altamente, por esposa. Heracles tomó nota.

Y fue luego de esta conversación, cuando vio en el mismo mundo de los muertos a Teseo y a su amigo loco Pirítoo, sentados en las sillas embrujadas. Ambos le pidieron ayuda, y Heracles se la prestó. A su primo Teseo le extendió la mano que él tomó con las suyas igual de potentes, y lo liberó del castigo. Pero no ocurrió la propio con Pirítoo, porque en el momento en que le iba a dar el empujón se presentó un gran temblor de tierra que lo hizo soltarlo y se perdió para siempre.

Cumplida esta misión adicional, salieron juntos Heracles y Teseo emprendiendo la ruta del regreso. Con una cuerda aquel conducía al manso perro. Y no se sabe dónde se separó de Teseo. Esa historia ya se contó antes. Pero lo cierto es que a Tirinto o Micenas, que no hay una precisión al respecto, llegó Heracles conduciendo al monstruoso guardián del Hades, ante cuya visión Euristeo se volvió a estremecer de espanto, refugiándose en su habitación metálica subterránea.

Y ejecutado a plenitud lo que se le había pedido, Heracles caminando volvió al Hades, pero esta vez no entró. Simplemente dejó al monstruo en el umbral, donde era su lugar y al que pertenecía, y allí lo dejó.

Los trabajos estaban terminados, pero no las aventuras del héroe.

> Los doce trabajos de Heracles son un catálogo imaginativo. Cuentos de ficción fascinantes que agotaban la fantasía de los habitantes de ese mundo de mar e islas, que amaban la política –palabra que viene de la *polis*–, el arte, la belleza física, los ejercicios y el cultivo de la inteligencia. Y además la guerra. Un universo que despertaba a una civilización tan grande, pero en el que aun subsistían los lejanos recuerdos de los monstruos milenarios que habían desaparecido en la noche de los tiempos: los dinosaurios, y que se identificaban con la forma diabólica como podía concebirse el mal.

Regresó a Tebas, su patria chica. Habían pasado diez años, o sea que Heracles podría ser un hombre de unos treinta y dos años. Ya estaba cumplida su expiación. A su pobre mujer Megara, abandonada desde la muerte de sus hijos y con la que después de lo ocurrido ya no era posible convivir, la consoló entregándole como nuevo esposo a Yolaus o Yolao, su amigo y pariente, el mismo que le había ayudado en el enfrentamiento de la Hidra de Lerna.

Y volvió al mundo en busca de lo que le deparara el destino. Sin embargo, sabía que necesitaba otra esposa, pensando que era tiempo de volver a organizar una familia. Soñó entonces con la felicidad del hombre sencillo, sin el revestimiento de la notoriedad del héroe. Tener una esposa tierna y dulce que lo esperara al atardecer y le diera descanso a su fatiga con las complacencias del amor. Y unos hijos a los cuales enseñar sus oficios y la labor del campo. No necesitaba el poder ni la riqueza. Solo precisaba pasar la vida laboriosa como un hombre común y corriente.

Oyó entonces que en Escalia el rey Eurito había convocado un concurso de arqueros y el premio era la mano de su hija Yole, la que, sobra decirlo, ostentaba una belleza legendaria. Presto se dirigió allá y participó en el concurso. Pero antes, a simple vista, se enamoró de Yole y ésta de él. Ha de suponerse que la fama que lo precedía en todo el mundo inducía a cualquier mujer a amarlo. Y también es fácil suponer que no había alguno que pudiera vencerlo en el arco. Así, pues, ganó fácil y reclamó con ansiedad el premio.

Pero Eurito, no obstante saber quién era el personaje, se negó a cumplir lo prometido, muy seguramente porque se cree que con Yole ya había adelantado algunos otros trabajos más íntimos.

Muerte de Ifito y nueva penitencia

Heracles partió para Tirinto. Y por algún motivo que no se conoce con exactitud, allá fue a dar Ifito el hijo de Eurito, quien había fallecido. Ifito, ya era rey. Con él cobró venganza Heracles arrojándolo desde lo alto de la muralla. Por supuesto murió. Naturalmente este nuevo ataque de ira, muy injusto por lo demás, motivó el que tuviera que volver a visitar el Oráculo de Delfos en busca de una nueva purificación.

Pero esta vez la pitia, disgustada por el nuevo crimen, se negó a entregar el veredicto. Heracles era furioso, eso ya se sabe. Y por supuesto montó en cólera con la pitia e hizo el anuncio de que si no accedía a darle el informe, él, Heracles, fundaría su propio oráculo. Y en prueba de su resolución, tomó el Tripié sagrado de Apolo para llevárselo. El Tripié era una lámpara de tres patas.

Ya en ese momento apareció el dios de la luz, quien era su amigo y el que le había regalado el arco, y no tuvo inconveniente Heracles en luchar con él. En verdad era furioso. Y no se sabe con exactitud quién iba ganando en ese cuerpo a cuerpo, cuando intervino Zeus, quien no solo los separó sino que los reconcilió. Ambos, como se sabe, eran sus hijos.

La sumisión a la reina Ónfale

Por supuesto, a esas alturas de los hechos, la pitia leyó el oráculo: Heracles debía ir hasta Lidia, en el Asia Menor, y ponerse al servicio, por un año, de la legendaria reina Ónfale. Y así lo hizo. Porque además se dijo que esta reina era de fascinante belleza, lo cual era verdad. Hasta el punto que Heracles, al capricho de ella y como su esclavo, se vestía de mujer con las prendas de la soberana, mientras ésta lucía el peplo o la piel del león que caracterizaba a Heracles, y jugaba con sus armas.

Debieron ser unas noches de bohemia en las que la altiva mujer disfrutó de la mansedumbre de ese héroe temible, y él de los encantos luminosos de la fémina. Heracles, por supuesto, se enamoró perdidamente de ella y se dice que se casó, ya próximo a cumplir la penitencia.

Pero claro que Heracles podía ser de todo, menos buen marido. Y así, a pesar de amar a tan poderosa y bella reina, abandonó Lidia para retornar a su vida de aventuras.

La liberación de Hesíone en Troya

Claro, volvía a estar soltero. Mas he aquí que en el camino de regreso oyó una historia que lo conmovió. En Troya reinaba para entonces Laomedonte, tres generaciones antes de la fatídica guerra que canta Homero. En realidad fue el padre de Príamo, el noble rey al que le tocó afrontar la segunda gran guerra con motivo del rapto de Helena por parte de su hijo Paris. Laomedonte parece que fue un buen rey, según se dice, aunque tunante. Tenía una joven y bella hija llamada Hesíone.

El asunto se remonta, como se ha visto atrás, al castigo que les impuso Zeus a Poseidón y Apolo de desempeñar el oficio de albañiles comunes en la construcción de la muralla de Troya, labor que cumplieron a cabalidad. Pero al final, tunante como era, Laomedonte se negó a pagarles el salario que les correspondía por el formidable trabajo a los dos dioses. Apolo, por ese motivo envió una peste a Troya y estuvo al principio de la gran guerra a favor de los griegos. Luego, como se recordará, por las ofensas de Agamenón a Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo, se colocó del lado de los troyanos.

Troya, es bueno rememorarlo, quedaba en el continente asiático, en lo que hoy es Turquía, pero los troyanos, sus dioses y la lengua eran griegos aunque éstos los llamaban barbaros. Poseidón por su parte, altamente ofendido después de construida la muralla, guardó rencor. Y, sin que se precise al cuanto tiempo, castigó a la ciudad con el envío del dragón sanguinario que, como todos los dragones, arrojaba fuego por la boca, volaba y devoraba a las personas.

Laomedonte, desesperado, consultó el Oráculo, y la pitia dijo que, para aplacar esos males era necesario sacrificar

a la hermosa Hesíone, a la que se debía amarrar con cadenas a los acantilados rocosos.

Allí, naturalmente, necesitaban a Heracles. Ese era su oficio. Y allá llegó. Habló con el rey, y al comprometerse a dar muerte al monstruoso dragón y liberar a la princesa, Laomedonte le ofreció como recompensa entregarle unos caballos o yeguas divinos, regalo de Zeus.

Cuando se han ejecutado todas las hazañas que se han visto, esta nueva parecería a Heracles un juego de niños. Pero no era así a los ojos de los troyanos que padecían la plaga y estaban próximos a ver desgarrar las carnes blancas y puras de la doncella, absolutamente impotentes. Esa era una labor heroica que toda la ciudad se aprestó a presenciar.

Y así, cuando el dragón llegaba arrojando su fuego infernal por las fauces, listo a servirse el banquete, Heracles lo mató con sus flechas envenenadas mientras el monstruo volaba. El dragón cayó en la playa y sufrió, con estertores, los minutos necesarios para que el veneno obrara. Cuando quedó inerte, el héroe remontó la rocosa pared, rompió con su espada las cadenas y liberó a la aterrorizada Hesíone.

En medio del júbilo de todos, la entregó sana y salva a su amoroso padre. Pero cuando reclamó su recompensa, que naturalmente había ganado limpiamente, Laomedonte, bien tramposo y desagradecido, se negó a entregarle los caballos divinos y le dio a cambio unos vulgares.

Heracles enfureció, mas no dijo mayor cosa y se fue. Pero sí anunció que volvería. Y lo hizo con un ejército bien poderoso. Fue la primera guerra de Troya, que terminó, como la segunda, en la destrucción de la ciudad y en la muerte de Laomedonte.

En relación con Hesíone, cuando la toma de Troya, Telamón, uno de los compañeros de Heracles, se enamoró de ella, la tomó como botín de guerra y se la llevó a Grecia. Luego la haría su esposa habiendo tenido con ella un hijo llamado Teucro. Cuando salieron hacia ese destino, le permitieron llevar a una persona con ella, y escogió a su hermano medio Podarses, que era un muchacho.

Ese nombre luego fue cambiado por el de Príamo, que tiempo después fue el padre del valeroso Héctor y de Paris; y como fue el único descendiente al trono que quedaba vivo, sería el famoso rey de la segunda gran guerra. Se cuenta que, mucho tiempo después, ya siendo el soberano de Troya y

teniendo a sus hijos mayores, envió una embajada a Grecia para llevar de regreso a la hermana querida. Fue entonces cuando Paris, miembro de esa misión, llegó hasta Gracia y se entretuvo en los devaneos y el rapto de Helena, la esposa de Menelao el rey.

Hesíone, a pesar de que pudo regresar con su hermano, nunca volvió. Amaba a su esposo Telamón y a su nueva patria. Por cierto que su hijo Teucro, ya adulto, fue uno de los que hizo parte del ejército aqueo que atacó la segunda vez a Troya.

Otras aventuras

Quedaban todavía muchas aventuras para Heracles. No hubo lugar al que no llegaran su fama y su acción. Fue el fundador en Olimpia de los Juegos en honor de su padre Zeus. Y venció en la Ilida y en Pilios o Pilos, donde mató al rey Néleo y a sus doce hijos, después de que aquel le había hecho una ofensa. De éstos solo se salvó el esforzado Néstor, héroe griego de la *Ilíada*. Pisístrato el tirano, de época muy posterior, era descendiente de Néleo.

Fue luego hasta Esparta donde el rey Hipocoonte había usurpado el trono a su hermanastro Tindáreo, y le dio muerte a éste y a sus hijos, hecho lo cual restableció a Tindáreo en el reino.

Pasó a Tegea donde participó en las fiestas rituales. Y allí, bajo el exceso de alcohol, violó a Auge la hija del rey Áleo –entregada por su padre al culto de Atenea–, a la que dejó embarazada. Grave asunto, porque Auge soportaba una profecía que señalaba que si ésta llegare a tener un hijo, traería grandes desgracias al reino, como que estaba determinado a dar muerte a los hijos de Áleo y herederos de trono, Hipotoo y Pereo.

El asunto es que Áleo, en medio de la mayor indignación, entregó a su hija Auge a un bribón llamado Nauplio, a la sazón rey de Nauplia, para que se la llevara y la lanzara al mar con su criatura y todo. La leyenda, por supuesto, se torna imprecisa. Pero lo cierto es que Nauplio, viendo tan bella la hija de su amigo, en vez de ahogarla, la vendió como esclava al rey de Teutrania en la Misia, Teutrante. Y aquí aparece una versión según la cual en la travesía ya había nacido la criatura, que fue un niño, hijo de Heracles y a quien se llamó Télefo.

Hay otra versión diferente, que parece la más confiable, que señala que por la razón trágica de la profecía, y quizás para encubrir la deshonra, se ocultó el embarazo, y al nacer el hijo lo abandonó en un bosque rodeado de fieras para que pereciera.

Y se hacen confusas las versiones; pero muy seguramente a Teutrante se le entregó a Auge sola, después de nacer la criatura. Y siendo ésta tan joven y tan bella, Teutrante la adoptó como su hija.

En cuanto a la criatura, varón como se dijo, seguramente con la ayuda de Ártemis, una venada lo amamantó. Cuando ya creció un poco fue descubierto por unos campesinos que lo llamaron Télefo (de *tele, ubre* y *élaphos, cierva*) y lo llevaron al rey Córito, quien ante la hermosura del niño, igualmente lo adoptó. Y habiéndose hecho hombre, bajo el cuidado de este rey, fue hasta el Oráculo de Delfos para preguntar por su origen. Orientado por él, pero sin darle con claridad la clave, se dirigió a Teutrania.

Y se cuenta, en medio de la confusión del tiempo, que al llegar allá, con motivo de que el reinado de Teutrante estaba amenazado por Idas, que fue uno de los argonautas, Télefo por una razón desconocida tomó parte en el asunto y se enfrentó a Idas y lo derrotó.

Teutrante, por supuesto muy agradecido con el joven héroe, lo rodeó de atenciones y, sin que él lo hubiere solicitado, le entregó la mano de su hija adoptiva Auge, la que había permanecido casta después de la violación de Heracles.

Por supuesto la voluntad de ésta no contaba para un matrimonio.

Mas cuando iban a celebrarse las bodas, Auge para impedirlo trató de matar a Télefo con su propia espada. Empero, Atenea envió una serpiente que se enroscó en la espada e impidió el crimen. En ese instante, Télefo, lleno de ira, trata de matar a Auge. Y cuando ella le cuenta que abomina tener relaciones sexuales con cualquier hombre después de la historia con Heracles, él comprende que esa mujer es su madre y ella descubre que ese joven es su hijo. Y así se previno la repetición de la tragedia de Edipo.

Deyanira, el centauro Neso y otra vez Yole

Terminadas todas estas andanzas, Heracles no olvidó la sugerencia que le hizo su amigo Meleagro en el inframundo

de Hades, y se fue hasta Etolia, ciudad de Calidón, a buscar al rey Eneo para pedir la mano de su hija Deyanira. Su fama de belleza era multinacional, como lo era igualmente la fama de héroe de Heracles. Y debió contarle a Eneo la sugerencia de su hijo Meleagro en la región del Hades, y éste debió escuchar con fascinación la historia. Y, sin más remilgos ni miramientos, le entregó a Deyanira, con la que se desposó en medio de la pompa de una faustuosa boda real.

Pero antes de que la historia se desenvolviera tan fácil, cuando iba con la pretensión ya señalada hacia Etolia, tuvo una nueva aventura que realmente no fue sangrienta. La misma aspiración de la mano de Deyanira la tenía uno de los dioses no olímpicos, que podía tomar la forma humana o simplemente seguir siendo lo que era: un río. Se trataba del río Aqueloo. Y como el hombre y los animales siempre han peleado por las hembras, los dos se trenzaron en una batalla de fuerza. Es de suponer que por ser Aqueloo un río, no tenía sangre ni se podía estrangular. Pero aun así, Heracles lo venció y el río reconoció con la mayor elegancia su derrota.

Así, Aqueboo no interfirió más en esos amores; y como si fuera poco, hizo regalo a Heracles del cuerno que Zeus niño le arrancó a la cabra Amaltea, que éste convirtió en el llamado Cuerno de la Abundancia. Presente magnífico que Heracles guardó muy celosa y herméticamente, tanto que de él no se ha oído hablar en adelante. Salvo cuando ha sido colocado simbólicamente en ciertos escudos nacionales, como el de Colombia.

Y vivieron felices al lado de Eneo en Calidón. ¡Ah!, pero la diosa Tique, la Fortuna de los romanos, juega sus trucos sucios y traidores. Y fue así que al regresar de uno de sus numerosos viajes Heracles, su suegro le organizó un banquete, con abundante vino. Bastante alicorado, Heracles dio muerte a Eunomo, pariente muy cercano del rey, quien era el copero real. Eunomo había lavado, como era la costumbre, los pies al héroe; pero luego le quemó las manos cuando se le derramó un agua caliente que llevaba. Heracles reprimió fuertemente al copero y como éste le contestó también con alguna cólera, lo mató. No hay duda que Heracles era un homicida de fácil enojo.

Por este motivo, más que suficiente, Eneo los invitó a irse de su reino de manera inmediata, tanto a Heracles como a su propia hija Deyanira.

Lo que les quedaba más cerca era Traquis, y hacia allá se dirigió proscrito Heracles con su bella esposa Deyanira. Como Heracles no era rico, a pesar de tener el Cuerno de la Abundancia, se fueron a pie. El camino se cruzaba con el río Eveno. Y en este sitio paraba el centauro Neso, que pasaba sobre sus lomos a los viandantes por cierto dinero. Heracles, por supuesto, no necesitaba de esa ayuda. Pero Deyanira sí. Y de esta suerte, Deyanira subió sobre el centauro, el cual, deslumbrado por la belleza de su pasajera y con la sangre de violador que llevaban los centauros malos, que antes vimos –él era uno de ellos–, en la ribera del otro lado intentó violar a la dama. Ésta por supuesto gritó llamando a su esposo.

El río era ancho en ese lugar –y profundo–, no obstante lo cual Heracles alcanzó a ver lo que estaba ocurriendo. Entonces, sin pensarlo dos veces, desenfundó la flecha, tensó el arco y disparó preciso.

Neso sintió llegar la muerte, mientras el veneno de la Hidra se extendía rápidamente por todo su cuerpo. Pero tuvo un tiempo para hablarle a Deyanira en esa agonía conmovedora, con voz de apariencia muy sincera. Le predijo todos los peligros que tenía al lado de Heracles, infiel como era. Y le aconsejó que guardara su sangre envenenada por la flecha y la utilizara como filtro de amor en el momento en que lo necesitara. En tal caso le bastaría con empapar una túnica en ella y así, cuando Heracles se la pusiera, recuperaría todo su amor.

Deyanira quedó conmovida con la nobleza del centauro, al que vio morir. Recogió la sangre que conservó en silencio. Y así, viviendo en Traquis, amó a Heracles con ternura y pasión, habiendo tenido con él dos hijos llamados Hilo y Macaria.

Pero no era éste el hombre para ser marido permanente. Vivía viajando y jugándose la vida en cada pueblo, aunque más se jugaba la de los contrarios.

Muerte de Eurito, Yole y muerte de Heracles

Y fue por esa época cuando recordó que no había cobrado una vieja ofensa que el rey de Escalia o Ecalia, Eurito, le había inferido al negarse a entregarle la mano de su hija

Yole, ganada limpiamente en el concurso de arqueros que antes se vio. Y hacia allá se fue tal vez con el deseo de volver a ver a Yole, cuya figura y belleza no había olvidado.

Eurito lo enfrentó en compañía de sus otros hijos. Mantenía igualmente vivo el deseo de venganza por la muerte de Ifito. Pero no fue una batalla pareja. Heracles, curtido en todos los desafíos y peleas con monstruos, tomaba cualquier lucha con hombres como un juego de niños. Se la ganó fácil y los mató a todos. Luego abrazó a Yole, en quien pudo más el amor por el héroe que su propia rabia por el homicidio de su padre y hermanos, y emprendió la fuga con ella hacia Traquis, su nuevo domicilio.

Cuando llega allá con la bella Yole, ante los ojos humillados de Deyanira, piensa en presentarse al templo de su padre Zeus para purificarse de los nuevos homicidios. Pero no tiene a su alcance la túnica blanca o el peplo de las ceremonias, regalo de Hefeistos.

Entonces no tiene inconveniente en enviar a su casa a su amigo Licas por el peplo. Deyanira está sumida en llanto de mujer, pero obedece la autoridad del marido. Y cuando se dispone a enviar la túnica, recuerda las palabras vivas de Neso, saca su sangre que se conserva líquida, empapa en ella la túnica, que por una circunstancia especial de hechicería no se mancha; y la envía, en la esperanza de que el filtro funcione y le devuelva el amor arrebatado. El centauro habìa sido tan sincero y noble, que no podía fallar. Ella misma se va detrás, para observar a cierta distancia el prodigio.

Licas entrega la túnica que el héroe se coloca de inmediato. Pero cuando la tela cubre el cuerpo, en todas las partes donde lo alcanza siente un dolor terrible y abrasador que lo asesina. Intenta quitársela, pero primero se le arranca la piel, mientras el veneno de la Hidra va recorriendo todo el cuerpo.

Heracles comprende tarde que está embrujado y que va a morir, pero como es hijo del dios supremo, la muerte habrá de retrasarse, mientras aumenta su sufrimiento. De hecho conocía ese mismo cuadro que había visto en Quirón su amigo, y en todos aquellos, entre los cuales estaba el propio Neso, a los que mató con sus flechas envenenadas.

Cuando todo esto sucede en tan pocos instantes, Deyanira presa de la desesperación aparece y le cuenta, con su dolor enloquecedor, lo que ha pasado. No comprende cómo

pudo ser tan ingenua. Lo peor es que lo ha hecho por amor. El arrepentimiento es tan fuerte, que en su desesperación se suicida. Pero todo es inútil, porque el héroe se muere.

Y es en ese momento en que Heracles, invulnerable a todo, comprende que el Oráculo se cumple, porque como lo había predicho, no lo está matando la mano de un vivo, sino la sangre de un muerto al que él mató.

Sin embargo sabe que, como a Quirón, la muerte lo rondará pero no lo atacará de frente. Es un semidios. Entonces decide que para poder morir debe hacer encender la pira funeraria de los héroes, a pesar de que aun no haya fallecido.

Y ordena que lo transporten al monte Eta y que se apilen los leños en el ara. Se hace trasladar allí, pero nadie quiere dar fuego a los leños. Es demasiado el amor que le profesan para hacerlo. Solo uno de ellos, Filotectes, hijo de Pean, a la sazón el rey de los moliones, lo hizo con una unción sagrada. Por eso mismo heredaría su arco y sus flechas.

Por cierto que después, cuando iba en la gran armada de los griegos contra Troya, en la isla de Lemnos, al caérsele una de las flechas sobre un pie, lo alcanzó a herir y se le produjo una llaga fétida e incurable, por lo cual hubieron de dejarlo allí Odiseo y sus compañeros, para volver después, curarlo e incorporarlo a la lucha.

Cuando los leños se prendieron y el humo fue saliendo de ellos, se formó una nube que lo envolvió todo y el alma inmortal de Heracles se fue disipando en el aire, hasta llegar al Olimpo, donde todos los dioses la recibieron con gloria y honor. Incluso Hera, que olvidó el viejo odio y lo cambió por amor.

En prenda de lo cual le entregó a su hija Febe como esposa. Heracles era ya por derecho propio un nuevo dios.

Heracles fue la cumbre de todo lo bueno que el pensamiento griego fue creando. Seguramente existió y sus hazañas se fueron homologando, por la imaginación popular, en un mito. Es decir, en una mezcla de realidad y ficción. Pero en él no se advierte, como se ha visto, al ser perfecto separado de las pobres y apasionadas debilidades de los humanos. Al contrario, participa de ellas y las vive. Siente hervir en su sangre el odio y la venganza, pero al mismo tiempo

resalta la humildad y la nobleza de la vida. Aprovecha su portentosa fuerza para cometer acciones viles y mata. Pero redime al ofendido y reivindica al humillado. Es decir, que para la sacralización de su vida pesan sus virtudes, que evidentemente las tuvo, pero éstas van combinadas con sus defectos humanos. Al igual que los dioses.

O sea que no se hizo una cosmogonía de perfección, sino de realidades humanas. Por eso les era tan fácil a los griegos identificarse con sus dioses, porque eran iguales, salvo el poder y la magia de que aquellos estaban investidos. Y es precisamente por ello que un hombre como Heracles se convierte en dios, como la consagración máxima y suprema que un pueblo puede dar a un ser humano.

Epílogo

El catálogo de historias, mitos y leyendas que envolvieron a los dioses y que conformaron el credo religioso de los griegos fue, como se ha visto, muy rico imaginativamente. Y muy largo. Todo esto comenzó con la iniciación de la nacionalidad griega, de su cultura, de sus instituciones, de la filosofía y la ciencia que ellos fueron descubriendo intuitivamente. El florecimiento de la cultura misénica tuvo lugar entre los siglos XII a XVI antes de Cristo, y para entonces se había conformado en gran parte la teogonía griega. Ya existían los dioses olímpicos y habían sucedido la Titanomaquia y la Gigantomaquia.

O sea que hacia el año 1600 (a. de C.), ya vivían los dioses y se les rendía aquel culto acendrado que el espíritu religioso y espiritual de los griegos les tributaban. Todos esos pueblos fueron, como es conocido, una conjunción de etnias y nacionalidades en aquellas épocas de la *polis* o estado-ciudad. Cada ciudad era un reino, y después de que los reyes se acabaron, una democracia. Y es de resaltar que lo único que los unió fue la religión, abierta a los credos foráneos que fue admitiendo e ingresando a los suyos propios, y la lengua. Es por esto que, en los comienzos de esta obra, se señaló que la cultura griega fue un producto

de su religión, y con ella alcanzaron a dominar el mundo conocido varias veces, hasta la culminación máxima con Alejandro de Macedonia.

Poblaron y colonizaron el Asia Menor y se extendieron a Italia donde fundaron grandes ciudades que siempre tuvieron sus mismas tradiciones y costumbres, pero sobre todo su religión. Y cuando ya perdieron toda importancia política y su lugar, ampliado, lo ocuparon con su pujanza los romanos, los mismos dioses y su mitología fueron transplantados, aunque con nombres cambiados, a las instituciones y creencias del pueblo romano.

No sobra apuntar que en los tiempos del Imperio, la religión se había oficializado en todos los territorios que componían el dilatado dominio romano. Es decir que Zeus, ahora con el nombre de Júpiter, dominaba en Europa, en Egipto, en toda el Asia Menor y, por supuesto en Grecia. Igual ocurría con Hera, convertida en Juno, y Hermes, convertido en Mercurio, Afrodita, convertida en Venus, Deméter convertida en Ceres, su hija Perséfone en Proserpina, Hestia en Vesta, Asclepio en Esculapio, Ártemis, vuelta Diana, Hefesto vuelto Vulcano, Ares vuelto Marte, Poseidón vuelto Neptuno, Hades vuelto Plutón, Dionisos Baco, Atenea Minerva, Heracles Hércules, Heros Cupido, etc. Apolo conservó el mismo nombre.

Ahora, la pregunta es ¿hasta cuándo vivieron esos dioses?

Si bien se dijo antes que nunca existieron, es lo cierto que sí vivieron en la imaginación y creencia de los pueblos del mundo durante un período muy largo, que podría pensarse duró dos mil años.

Por supuesto el advenimiento del cristianismo fue su mayor enemigo. Primero, cuando los cristianos advirtieron que esa religión tan profusa, en realidad lo que constituía era un paganismo, muy diferente a la espiritualidad idealista del monoteísmo cristiano. Segundo cuando los emperadores locos y sanguinarios emprendieron las cruentas y crueles persecuciones a los cristianos primitivos, listos al martirio para santificarse. Tercero porque al cabo de esa época de terror, finalmente se dictó el conocido Edicto de Milán de junio del año 313 d. C., firmado por Constantino como emperador de Occidente y Licinio, como el emperador de Oriente, que establecía la tolerancia religiosa, es decir, que admitía a la legalidad al cristianismo.

En lo principal el Edicto decía:

"*Habiendo advertido hace ya mucho tiempo que no debe ser cohibida la libertad de religión, sino que ha de permitirse al arbitrio y libertad de cada cual se ejercite en las cosas divinas conforme al parecer de su alma, hemos sancionado que, tanto todos los demás, cuanto los cristianos, conserven la fe y observancia de su secta y religión… " … que a los cristianos y a todos los demás se conceda libre facultad de seguir la religión que a bien tengan, a fin de que quienquiera que fuere el numen divino y celestial pueda ser propicio a nosotros y a todos los que viven bajo nuestro imperio. Así, pues, hemos promulgado con saludable y rectísimo criterio esta nuestra voluntad, para que a ninguno se niegue en absoluto la licencia de seguir o elegir la observancia y religión cristiana. Antes bien será lícito a cada uno dedicar su alma a aquella religión que estimare conveniente".*

Hubo antes, en 311, bajo el emperador Galerio, un intento similar, con lo que se llamó *Edicto de Tolerancia de Nicomedia*, que no funcionó. Pero ahora parecía distinto.

La sola autorización para escoger religión, cuando la legalmente establecida era la de los dioses griegos convertidos en romanos, y cuando estaba prohibido ser cristiano y a los que a tal religión pertenecían se los consideraba subversivos, fue factor fundamental hacia la finalización del paganismo. En adelante los cristianos fueron ocupando un espacio de fe muy profundo, que fue desplazando, por sí mismo, el abigarrado mosaico del paganismo. Fue el primer paso, pero vendrían otros.

Y no ha de olvidarse que aunque Constantino oficialmente no era cristiano, es decir, no se había bautizado, cosa que ocurrió solo al final de su vida en el 337, al consolidar su dominio sobre los dos imperios romanos de Oriente y Occidente en que se había dividido el gran Imperio, abrió camino definitivo para la oficialización del cristianismo como la religión única reconocida. Constantino, es preciso recordarlo, fue un gran militar, hijo del emperador augusto de la segunda tetrarquía, Constancio Cloro, del cual heredó su lugar; y de Helena, primera esposa de éste, la que se convirtió tempranamente al cristianismo y habría de influir poderosamente en su hijo, cuando éste tuvo el poder. De hecho es hoy conocida como Santa Helena.

El acontecimiento histórico de la oficialización del cristianismo se produjo después de un largo proceso que pasó por la primera Tetrarquía, compuesta por dos emperadores, Dioclesiano y Maximiano, y dos césares, Constancio Cloro y Galerio. Era el 293.

Luego vendría la segunda Tetrarquía, en el 305. Habían renunciado los dos emperadores augustos, Dioclesiano y Maximiano, y en su lugar fueron designados para Occidente Constancio Cloro como emperador y Severo II como césar. En Oriente reinarían Galerio y Máximo Daya, respectivamente.

Cuando murió de fiebres en Britania, donde se encontraba en el frente de batalla Constancio Cloro, a su lado estaba su hijo Constantino, que de inmediato fue aclamado sucesor. Pero al mismo tiempo el otro emperador Galerio proclamó como emperador augusto de Occidente al césar occidental Severo II. Allí estaba formado el gran conflicto que solo las armas definirían al cabo de varios años.

El asunto se enredó más hacia finales del 310, cuando habían sido proclamados Siete Augustos, a saber: Constantino, Majencio, hijo de Maximiano, el augusto que había renunciado en la primera Tetrarquía y el que volvía a hacerse proclamar, Galerio, Maximino, Licinio y Domicio Alejandro. De estos siete, Domicio Alejandro fue asesinado, de Maximiano dijeron que se suicidó, pero parece ser que fue asesinado por su propio hijo Majencio; y Galerio murió él solo, sin ayuda.

Siguió la que se conoce como la Triarquía, que fue breve, como que solo duró de 311 a 312. Licinio era emperador augusto en Oriente, y Constantino y Majencio en Roma. El pleito entre estos se definió con la famosa batalla del puente Milvio, en las afueras de Roma, el 28 de octubre de 312, en la que venció Constantino siguiendo la premonición de que con el signo de la cruz vencería: *In hoc signus vincit.* "Con este signo vencerás". Le habían hablado las altas esferas, y así fue.

En la Diarquía que siguió, que era más o menos la normalidad del tiempo pasado, cuando el Imperio Romano se dividió en dos, después de entendimientos y rompimientos con Licinio, todo habría de culminar en una campaña militar en la que las fuerzas de Constantino, con él mismo a la cabeza, habrían de vencer a las de Licinio el 3 de julio de 324 en Andrianápolis.

Pero aún no estaba derrotado del todo el emperador oriental. Solo en Crisópolis, en el mismo año, tuvo lugar la gran batalla naval en la que Crispo, hijo de Constantino y gran militar, lo vencería definitivamente. Licinio fue capturado.

Pero Constantino no era tan cristiano en la práctica. A Licinio, a pesar de las promesas de respetar su vida, lo mandó a estrangular en 325. Y a su propio hijo Crispo, que le había ayudado tan eficazmente a vencer al enemigo, lo asesinó en 326, para remordimiento eterno. A su segunda mujer Fausta, un breve tiempo después, igualmente la mandó a asesinar. Cosas del poder.

Pero solo fue a finales del 380 cuando el emperador Teodosio dictaría el Edicto de Tesalónica que convirtió el cristianismo como la religión oficial del Imperio Romano.

Mucho antes, bajo Constantino y los que lo siguieron, los dioses romanos fueron desalojados de sus templos que, después de ciertas adaptaciones, se convirtieron en templos cristianos. Nadie podrá negar que el alma de esos cambios y la muerte de los dioses paganos fue una obra directa de Constantino I El Grande, título que mereció por haber promocionado tales victorias y avances, ayudado de modo especial por su fe en Cristo.

Cuando la fe cristiana también se dividió en Oriente y Occidente, los que se llamaron a sí mismos ortodoxos, santificaron al emperador, ya muerto. San Constantino figura en el santuario de la vieja religión que tiene su sede en Estambul. Los católicos, apostólicos y romanos no lo hicieron, tal vez por algunas de las repugnantes acciones ya vistas.

Porque Constantino tuvo cosas muy buenas. De sus leyes, como monarca absoluto, vale la pena destacar:

Se prohibió, bajo pena capital, secuestrar a las niñas.

Se le impuso la pena de muerte a los que se apropiaran de los impuestos, o recaudaran más de lo que se debía.

No se permitía mantener a quienes estuvieran prisioneros en la oscuridad total, pues debían ver la luz del día.

A un condenado se le podía llevar a morir a la arena, pero no podia ser marcado en la cara, sino que debía serlo en los pies.

Los padres que permitieran que sus hijas fueran seducidas, serian quemados introduciéndoles plomo fundido por la garganta.

Los juegos de gladiadores fueron eliminados en 325, pero continuaron en la clandestinidad.

El propietario de un esclavo tenia sus derechos limitados, mas todavía podía golpearlo y hasta matarlo.

La crucifixión fue abolida por razones de piedad cristiana. Sin embargo, se cambió por el ahorcamiento.

La pascua de los judíos, ahora de los cristianos, podía ser celebrada públicamente.

El día domingo fue declarado día de descanso y por lo tanto los mercados estarían cerrados.

Mas tuvo cosas bien malas. La más horrenda, no hay duda, fue dar muerte a su hijo, igual que harían después Iván el Terrible y Pedro el Grande. Y a su esposa. Quizás por eso, ante el aguijón implacable de la conciencia y el temor al infierno, la Iglesia, a través de un obispo llamado Eusebio, de tradición arriana, lo bautizó para lavar sus culpas y darle el perdón. Más o menos como había ocurrido más de 2.200 años atrás con Heracles cuando dio muerte a sus hijos. Solo que, como a éste, no se le impusieron los doce trabajos de la expiación que antes vimos, comoquiera que Constantino estaba en su lecho de muerte.

Pero a cambio hubo de su parte un beneficio grande para el Papa Silvestre I, después ingresado al santoral como San Silvestre, con cuya fiesta se cierran los años del calendario. Se le donaron fastuosos edificios en Roma y un poder muy grande, porque pasó a ser el soberano de la que desde entonces se llamó la Ciudad Eterna, con todos los estados pontificios. Ese don fue conocido a partir de allí como el Poder Temporal del Papado, del que derivaron hacia el futuro terribles males que la historia no ha podido perdonar aún: El auspiciamiento de los grandes tiranos de la monarquía, a los que ungieron los papas, el oscurantismo fanático de quince siglos, en los que lo que se había ganado de cultura y ciencia por los griegos, pasó a la oscuridad; y el esplendor y boato paganos de los grandes prelados.

Después vendría, bajo la misma inspiración, el denominado Santo Oficio, y su consecuencia directa, la Santa Inquisición.

Obviamente, gracias a Constantino, habían muerto los dioses de la mitología griega. Pero también y de modo prematuro, aquel cristianismo de la humildad, de la tolerancia, la fraternidad, el amor y el equilibrio social.

Bibliografía

Mitología griega, María Mavromataki, edit. Hattalis, Atenas.

Historia de los griegos, Indro Montanelli, Plaza y Janés Editores.

Mitología romana, editada por Abril, editor Víctor Civita.

La Cosmogonía de Hesíodo.

La Ilíada y la Odisea, Homero.

Ciro el Grande, Harold Lamb, Editorial Ediciones Selectas, Argentina,

Internet, distintos autores.

Enciclopedia Espasa.

Tragedias, Esquilo.

Eneida, Virgilio.

Las Bacantes, Eurípides.

Fedra, Eurípides.

Alcestis, Eurípides.

Hambre, Knut Hamsun.

Las aves, Aristófanes.

Las Metamorfosis –El asno de oro–, Apuleyo

Tiestes, Séneca.

Las Metamorfosis, Publio Ovidio Nasón.

Vidas paralelas –Teseo–, Plutarco.

Las Obras y los días, Hesíodo.

Itinerario de Grecia, Pausanias.

Biblioteca Mitológica, Apolodoro.

Descripción de Grecia, Pausanias.

Anfitrión, Plauto.

Heracles loco, Eurípides.

Gerión y otros mitos griegos, José María Blázquez Martínez

El Imperio romano y Los griegos, una gran aventura, Isaac Asimov.

varios libros de ensayos históricos: *Momentos y personajes de la historia* (tres tomos), *La separación de Panamá*, al igual que otro volumen de variadas prosas, *Notas del caminante*, *El Magnicidio de Sucre,* un tema aún sensible, doloroso y en cierta manera urticante, y tres libros más de poemas, en todos los cuales muestra una escritura elegante, fina y muy bien elaborada. Es un escritor versátil, erudito y severo.

"... los dioses sirven a las necesidades de los hombres, sus creadores, porque los hombres son sus criaturas. Desde ese ángulo válido de observación, es preciso decir que los dioses sí existen y el hombre no puede vivir sin ellos, como que los dioses acuden a su llamado para salvarlo de los grandes y pequeños males que asedian la vida. Y porque además, son mágicos. Hechiceros, para ser más exactos".

ISBN:978-958-98247-6-4

9 789589 824764